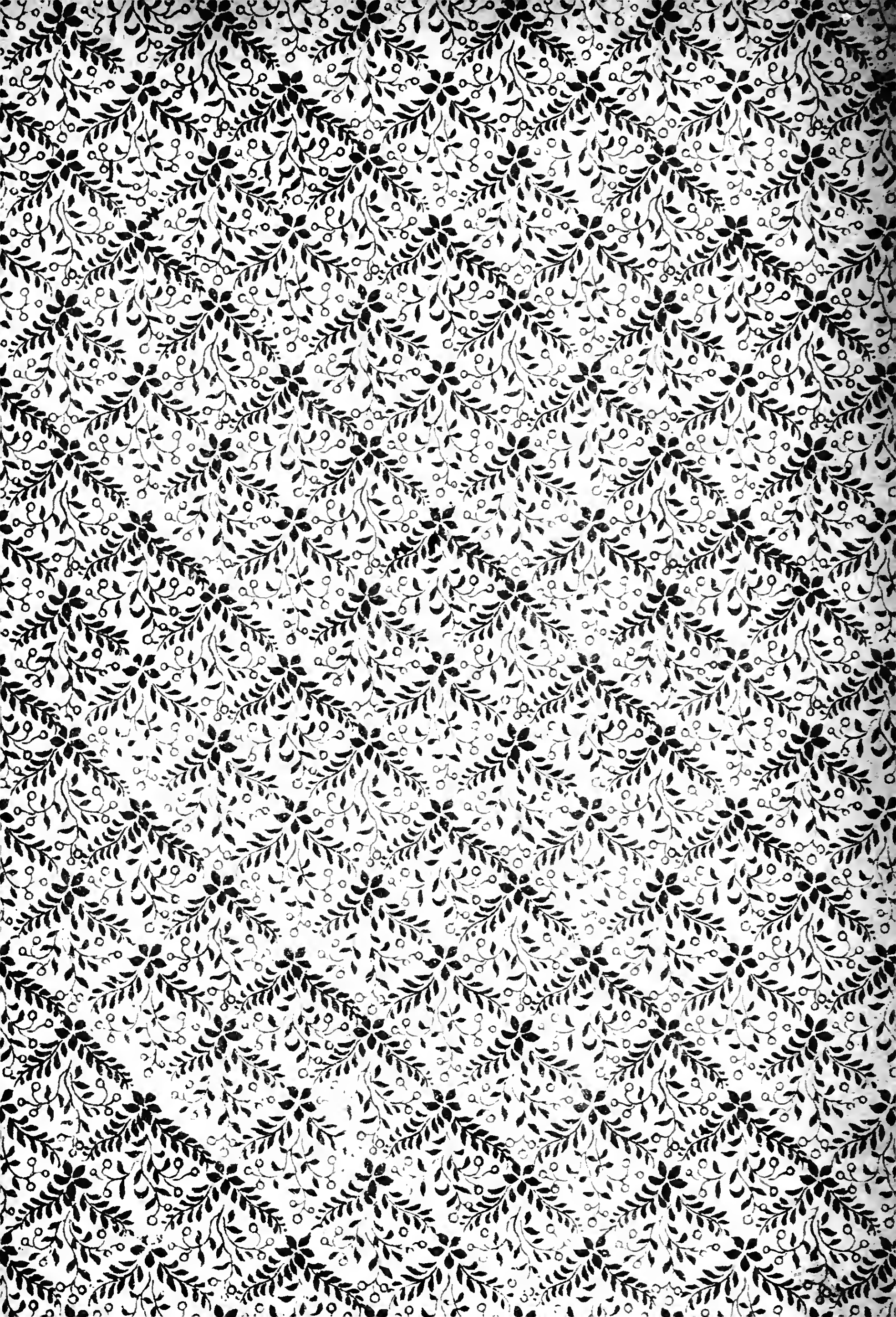


LA NOVIA DEL HEREJE

LA NOVIA DEL HEREJE

Ó LA

INQUISICION DE LIMA

POR

VICENTE F. LOPEZ.

TOMO SEGUNDO.

BUENOS AIRES.

CARLOS CASAVALLE, (EDITOR)

Imprenta y libreria de MAYO, Moreno 241

Plaza Monserrat.

1870.

LA NOVIA DEL HEREJE

Ó LA

INQUISICION DE LIMA.

CAPÍTULO XIX.

UNA CONVERSION.

Don Antonio Romea, que habia quedado desmayado en la Iglesia como saben nuestros lectores, recobraba sus sentidos cuando la fujitiva luz de la tarde empezaba á poner de mas en mas sombrío el templo solitario.

Al levantar su cabeza la sintió torpe, y como oprimida por una profunda melancolia. En medio de aquel lúgubre silencio que lo rodeaba, empezó á venirle una especie de recuerdo vago de las tribulaciones y de las maldades en que habia estado envuelto. Presentábasele este

recuerdo como si fuera una vision triste y remota que le viniese desde el mundo de los vivos hasta la rejion de olvido y de perdon en que le parecia hacer ya tiempo que habitaba. Aquel silencio solemne del templo, aquella inmovilidad sombria de las imájenes, la conciencia de su delito, la pérdida de sus esperanzas, y sobre todo las creencias profundas con que todo hombre rendia culto en aquel tiempo á estos accidentes visibles del catolicismo, influian de mas en mas en el alma del desdichado para ponerla en un estado místico intermedio al del terror del castigo y la esperanza en la misericordia divina. La idea de Dios habia empezado á llenar su alma como el único asilo contra el terror de sus maldades y el grito de sus víctimas que de cuando en cuando creia oir.

El sonido de una puerta que se abrió, y un rumor lejano de pasos y voces contenidas, vino á perturbar las místicas sensaciones de Romea. Sintió rodar por las bóvedas del templo el tropel de los mismos pasos y morir como si en alguna parte de él se hubiese detenido y acomodado los que lo causaban. Una voz ronca y sonora empezó un momento despues un rezo solemnísimo, uniéndosele en coro un ciento de otras voces que pare-

cian remedar el tono de los lamentos que el condenado debe dirijir al cielo desde las llamas infernales.

Don Antonio conoció entonces que era la *Comunidad* que rezaba las *vísperas del Sábado;* y sin poderse contener unió su voz tambien para repetir los sublimes conceptos de perdon y de esperanza que á esas vísperas ha dado la liturjía romana.

Esta circunstancia vino á aumentar poderosamente las impresiones de misticismo que se habian apoderado de Romea, alejándolo mas y mas del mundo esterior que habia dejado.

Cuando se acordaba de don Felipe y de su familia, cuando cavilaba sobre la opinion que habrian formado de él sus amigos, y el juicio que á la hora de su muerte lanzaria Dios sobre unos actos que su conciencia misma calificaba de crímenes, se replegaba sobre sí mismo y se acobardaba de arrostrar otra vez el mundo de los vivos.

Tal era la situacion psicológica de su alma; esto no obstante en los pocos intérvalos en que hablaba su razon, veia bien que de algun modo tenia que salir del caso en que se hallaba; y que siendo transitorio su estado, tenia que arrostrar la degradacion en que creia haber caido.

Los frailes entretanto se habian retirado del Coro, y

vueltas á cerrar las puertas, la Iglesia habia quedado otra vez en el mas profundo silencio; y sin embargo de ello, don Antonio no hacia ánimo todavia de tentar á retirarse.

Pocos minutos habian pasado cuando sintió voces en la direccion de la sacristía, como si varias personas hablasen entre-sí y dispusiesen alguna cosa: apareció una linterna un momento despues, traida por una persona cuyo rostro no podia ser visto á causa de la sombra que el resplandor de la linterna misma proyectaba sobre él: le seguia un fraile con un rollo grueso sobre los hombros, y vinieron ambos á pararse en el centro de la Iglesia como á veinte pasos del altar, de donde Romea, palpitante y anheloso, veia todo esto como si fuera alguna escena del mundo sobrenatural.

—Aqui! dijo el de la linterna.

—Alumbre las paredes Vuesa Paternidad, para ver si estamos en el mismo centro.

El de la linterna la levantó en alto á uno y otro lado, y dijo:

—Sí, estamos: aqui está el clavo que marca el centro.

El otro dejó caer entonces su carga, y empezó á desarrollar y estender una alfombra negra.

Don Antonio pudo distinguir ahora algunos otros bultos vestidos tambien con el hábito conventual, que comenzaron á ayudar á los que habian hablado.

—Vaya: traigan las tarimas ahora, dijo el de la linterna que parecia ser el jefe.

Tres ó cuatro frailes fueron presurosos hácia la sacristía, y volvieron despues de unos segundos cargando muchas tablas, que acomodadas con esmero formaron una espaciosa tarima con varias argollas de hierro destinadas á amarrar algo que debia levantarse sobre ella.

Luego que la tarima estuvo acomodada y alfombrada, el de la linterna la colocó allí y se adelantó por encima á revisar las argollas. No bien recibió la luz en sus formas cuando don Antonio reconoció al padre Andres, y se puso á temblar como un niño que sueña haber visto una fantasma.

Mientras que el padre Andres examinaba los accidentes, los demas frailes se dirigieron todos á una pieza fronteriza á la sacristía, quedándose aquel solo, segun creyó Romea; pero distinguiendo mejor, percibió á su lado, trabajando al parecer en el suelo, al negrillo del Guardian, aquel que conocimos ya cebándole mate á la puerta de la celda.

—Mira, Pedrillo, dijo el fraile: fíjate bien en lo que te vamos á enseñar.

—Muy bien: santo Padre; dijo el negrito al tiempo que ya los demas frailes venian cargando con grande trabajo, y dando voces de acomodo, el inmenso crucifijo de la porteria, cuya falta habia notado don Antonio cuando pasó por allí en aquella mañana. Al cabo de muchas veces y de mucho trabajo lograron los frailes enderezarlo sobre la tarima. El padre Andres levantó su linterna para examinar si estaba bien recto, y don Antonio, que siguió con su vista la altura de la luz, la tuvo que bajar aterrado, tal fué la viveza con que percibió en medio de la oscuridad los rasgos feroces y atrabiliarios que el tallista habia dado á la imágen del Verbo de los Evangelios, que habia sido todo dulzura y mansedumbre entre los hombres.

Satisfechos todos de la colocacion del crucifijo, el Padre sacó unas llaves chicas de su cintura, y como le habian colocado ya una doble escalera vertical, subió hasta alcanzar el pecho de la imágen y tocando algun resorte con una de las llaves abrió las cavidades quedando patente un vasto vacio en el interior del pecho y del vientre.

—Ven acá, Pedrillo: le dijo el padre Andres al negrito que le servia; sube por el otro lado.

El negro subió.

—Entra: le dijo señalando el vientre de la imágen.

El negro se introdujo en la cavidad, parándose cómodamente en unos descansos preparados al efecto.

—Mira: aquí, por la tetilla, hay un cristal pintado por afuera, que te permitirá ver todo lo que pase aquí al derredor. Vas á ver: y el padre cerró otra vez la cavidad que habia abierto dejando adentro al negro. Ves? preguntó.

—Si, señor! le respondió el negro, y su voz salió hueca y retumbante como de un sepulcro.

El Padre volvió á abrir la cavidad.

—Mañana tienes que meterte aqui bien temprano; puedes sentarte y estar descansado como ves; y el Padre le mostró cómo: te vamos á poner ahora aqui dentro una lamparita de aguardiente, y una botella llena para que no la dejes apagar. Ves? has de poner la lamparita en este descanso, desde bien temprano, de modo que se caldée esta bola de bronce que por medio de este alambre va á tocar con los pies del crucifijo: como estos son de metal, (por de fuera no se conocia á causa de la pintu-

ra) es preciso que se pongan bien calientes. Cuando la novia del hereje, traida por mí, venga á besarlo ha de retirar la cara cuando sienta el calor; tú debes estar muy atento para que en el mismo instante que ella se retire toques este resorte y el Cristo dé vuelta su cabeza para atrás. ¿Has entendido bien?

—Sí, señor: sí, señor, repitió el negrillo.

—No te olvides! todo es muy sencillo: calientas esta bola de metal, esperas etc.... Y el fraile repitió menudamente y con calma todas las instrucciones que ya habia dado al negro, hasta que quedó convencido de que este las tenia bien tomadas en su memoria.

Lo hizo bajar entonces de la escalera, cerró las cavidades, y bajó á su vez, diciendo á uno de los frailes que lo acompañaban:

—Establecido por medio de esta prueba prévia que el arrepentimiento y contriccion de las acusadas no es aceptable á Dios, empezaremos inmediatamente la causa judicial; pues segun el último *ordenamiento* se nos prohibe enjuiciar antes de que se sepa si el arrepentimiento y la contriccion es sincera, y no esterior solamente. La dificultad de arribar á la verdad por este medio, ha hecho arbitrar otro, el de librar la causa siempre

al proceder judicial, por que todo lo demas es quimérico.

—Por sentado! respondió humildemente el otro fraile. Permítame Vuesa Reverencia, advertirle que se ha olvidado de poner en el Cristo la lámpara y el aguardiente.

—Es verdad! dijo el Padre rascándose la frente. Alcanzádmela, hermano; está allí en el sotanillo de ese altar: agregó el guardian señalando el altar desde donde don Antonio, abismado y horrorizado, habia estado penetrando aquellos horribles misterios con que la inquisicion de España ha perjudicado tanto al cristianismo y al sacerdocio católico, que pretendia sostener.

El padre tomó la linterna y se dirigió al altar que le habia sido señalado: el frio del espanto se apoderó de los miembros de Romea al temor de ser descubierto. Pero, no sabemos cómo fué que el padre pasó sin verlo, abrió una puertita lateral que habia en el altar, y se introdujo por ella quedando la nave en una profunda oscuridad. Un momento despues volvió á salir; mas teniendo que sujetar en la misma mano la lámpara, la botella, y la linterna, al cerrar la puertecilla del sótano se le ladeó la linterna hácia el lado de Romea, de modo que toda la luz le dió de lleno sobre la cara.

—Santo Dios! esclamó espantado el fraile. ¡Aqui hay un mundano que se ha introducido al templo!

El padre Andres, y los demas frailes con él se lanzaron al lugar designado: el primero llevaba ya en sus manos un agudo puñal levantado de un modo amenazador. ¿Dónde? ¿donde? gritaba.

—Aquí! aquí! decia el fraile arrimando la linterna sobre las facciones aterradas de Romea.

Vino entonces el guardian y sacudiéndolo por el cuello con la fuerza de un hércules, lo levantó del suelo como quien levanta un saco, y cuando se encontró con el mismo semblante de su primer cómplice, lo dejó caer, diciéndole:

—Infeliz! ¿qué habeis venido á hacer aqui?

Don Antonio balbució: ignoraba lo que le pasaba; pero urgido al fin por lo terrible de su situacion, esclamó:

—Misericordia, Señor! Misericordia! yo entré al templo desesperado cuando Vuesa Paternidad me arrojó de su puerta, buscando un consuelo en los brazos de Dios. ¡Misericordia, Señor! ¡misericordia!

El Padre Andrés lo miró con compasion, y tomándose la frente con la mano izquierda, pareció reflecccionar profundamente.

—Dejadme solo, hermanos, con este desventurado; dijo dirigiéndose á los otros frailes.

Se retiraron estos en silencio á la sacristía, y tomando por el brazo á don Antonio, el Padre Andrés lo llevó á un escaño donde lo hizo sentar poniendo en medio de ambos la lúgubre linterna que era la única luz que tenian aquellas bóvedas solemnes.

—¡Con qué lo habeis visto todo! dijo el fraile á su interlocutor con una mirada cruel y compasiva al mismo tiempo.

Y viendo que vacilaba en su respuesta, agregó:

—Guardaos de mentir, malhadado!

—Todo, señor! respondió entonces Romea dominado de terror.

—¿Y qué remedio pensais que tenga un acaso tan fatal? ¡Hombre imprudente y desdichado!

—Señor! dijo don Antonio con el ademan de la desesperacion: si quereis mi vida en garantía del secreto, aqui la teneis! mandad abrir una sepultura en el frio piso de este templo; hacedme entrar en ella, rasgadme el pecho, y haced cubrir mi cadáver con la tierra del eterno olvido! Os lo agradeceré, Padre mio, con lo íntimo del alma, porque me habreis librado del martirio intolerable

á que me veo condenado. ¡Ya no puedo sufrir mas! ....la muerte! la muerte, ¡Dios mio! con tal que lleve á vuestra presencia la gracia de vuestro perdon! y el infeliz se torció como si los mas acerbos dolores le destrozáran el cuerpo.

—Ven acá, criatura débil y miserable! le dijo el fraile agarrándolo con fuerza y obligándolo á calmarse y tener quietud. Deja el delirio de las pasiones del mundo, que no pueden conducirte á otra parte que al infierno; entra en el reposo de la paz, domínate y resuelve! le dijo el fraile levantando sus manos con la energía de un demonio, en medio de aquella oscuridad. El Dios de misericordia y de perdon que adoramos, lleno de piedad y de amor por tí, te brinda por mis lábios con un camino vasto de salvacion: si humilde y resignado lo aceptas, puedes elegir en él: ó la paz eterna del arrepentimiento de los crímenes mundanos, adquirida con el místico y beato amor de Jesu-Cristo, ó la gloria de ser instrumento y campeon de los triunfos terrestres de su Iglesia! Si quereis quietud y olvido, lo encontrareis! si quereis accion y predominio, se os dará! No necesitais mas sino de un momento de abnegacion y de fortaleza, de un momento de resolucion, como la que hace el héroe que se

lanza á lo crudo de la batalla!....¿Pensais que yo no he sentido hervir tambien en mi pecho las pasiones de la carne? ¡y eran pasiones!....no como las vuestras.... sino pasiones mias!....pasiones voraces!....He sido víctima del amor, de la codicia, del juego....y una vez (¡la única!) en que una pasion pura entró en mi alma.... ¡era la del amor de un hijo! (sabeis ya demasiado para que os oculte mas) la desgracia me obligó á morder su tallo y á chupar todo lo amargo de su jugo....Y bien! en una hora de inspiracion dije *adios* á todo, y el mundo y la carne y el demonio se arrastran hoy vencidos á mis pies!....Ea! coraje, hijo del hombre! rasga la atmósfera que te ciega, y ven á mis brazos (dijo el fraile presentando su pecho á don Antonio) porque si no lo haces tengo que sumiros en una perpétua prision, única garantia de tu silencio. ¡Escoje! agregó, abriendo aun mas sus brazos.

Don Antonio se precipitó en ellos; y al dejarse caer, casi exánime, en el seno del Guardian, lo único que pudo decir fué—Acepto! soy vuestro! señor.

—Venid! dijo el fraile. ¡Es preciso que pongais el sello á vuestro compromiso jurándolo á los pies del Cristo!... Y arrastándolo á los pies del crucifijo lo hizo arrodillar.

—¿Tomais el hábito de la órden de nuestro seráfico Padre San Francisco?

—Sí, Padre!

—Jurais renunciar á los bienes de la tierra, y mendigar la caridad de los hombres para sustentar á tus hermanos?

—Sí, juro.

—Jurais servir á la fé católica romana como el soldado que sirve á su rey renunciando á toda soberbia que os venga de vos mismo?

—Sí, juro.

—¡Bien, Hermano Antonio! perteneceis á la milicia de la Iglesia! os abrazo y doy un millon de gracias al eterno! Lo demas son formas que llenará el ordinario.

Y bajando una tarima lo volvió á estrechar entre sus brazos.

—Hermanos: venid! dijo llamando á los demas. Os presento á nuestro predilecto novicio, el hermano Antonio Romea. Es de los *iniciados* como vosotros, y tiene

de antemano toda mi confianza porque la fé y la Iglesia le deben ya servicios eminentes.

Cada uno de los frailes se acercó sucesivamente al *Padre Antonio*, y poniéndole la mano derecha sobre la cabeza le dió el ósculo de paz y de fraternidad.

CAPÍTULO XX.

LOS RECUERDOS.

Al pasar el Padre Andres de la sacristía al cláustro que conducia á su celda le detuvo un fraile, y con todo el aire de un grave arcano le dijo: que una mujer le esperaba, y que con tal imperio habia exigido verle, que habia atropellado al hermano portero, y dirigidose á la celda del Guardian con una resolucion y una energia irresistible.

El Padre Andres frunció las cejas, y con el tono mas severo del mundo reprendió al fraile por haber permitido semejante desacato — ¿No veiais (le dijo) que no tengo tiempo ni está mi espiritu para escenas de súplica y de lágrimas?

—Señor: no hemos podido detenerla! Su resolucion era poderosa, y á no haber usado de la fuerza....

—Pues debiais haber usado de la fuerza!....

—Como no sabiamos quien era....

—Y quién ha de ser sino la desdichada madre de la novia del hereje que ha sido puesta en prisiones esta tarde.

—Ah! no, señor: no es doña Mencia de Manrique!

—No es?....

—No, señor: conozco á esa señora, y no es ella la mujer que se ha entrado á la celda de Vuesa Reverencia.

—Qué figura tiene? dijo el Padre Andres visiblemente sobresaltado al oir esto.

—Parece....dijo el fraile con encogimiento y con reserva.... parece una .... no digo que sea .... pero. me ha parecido .... asi.. como zamba.

—¿Que decis, hermano?....¿A estas horas?.... bien conoceis mis virtudes.

—Señor:....no es doña Mencia....yo os digo lo que me ha parecido.

El Padre Guardian se puso de mas en mas inquieto y pensativo.

—Bien: dijo al fin, retiraos: y se dirijió á su celda. La puerta estaba apretada. La abrió con garbo, y no bien entró cuando se encontró al frente de una mujer que habia tomado asiento, y que le fijó los ojos con denuedo menospreciando el gesto adusto que traia el fraile.

En la mirada recíproca que ambos sostuvieron parecia estar escrita una terrible historia de ódio, de rencores y de pasiones. El fraile queria dominar á su antagonista con las arrugas de su frente y el fuego aterrador de sus ojos; pero como ella le resistia con una fisonomia tranquila y resuelta, pareció obedecer á un consejo súbito de prudencia, y volviendo hácia la puerta la cerró bien, para evitar que por acaso se impusiese alguno de la cruda escena que al parecer iba á efectuarse dentro de aquellas paredes.

—Haceis bien ! dijo ella entonces: nada sé me daria á mí que el mundo entero sepa lo que os vengo á decir; pero vos haceis bien.....digo mal: Vuesa Reverencia (agregó en el tono de una amarga ironia) hace bien de evitar que se nos oiga.

El fraile se mordió los labios, y aunque nada respondió, su respiracion contenida y alterada mostraba bien la rabia y el rencor que lo devoraba.

—Y bien! criatura del infierno: dijo al fin cruzando sus brazos ¿qué venis á buscar aquí?

—Si el infierno es la mansion de la lujuria, de la ira y del asesinato, bien lo sabeis, vuestra descendencia, Reverendo Padre Andres, no procede del cielo.

—¿Que decis, desgraciada? dijo el fraile dirijiéndose enfurecido á la mujer.

—Deteneos! dijo ella incorporándose y llevando la mano al pecho. Mirad que ya no tengo nada que perder, y que cualquier escándalo os sería fatal por que ese secreto que tanto temeis, y que yo tengo en mis manos me ha de sobrevivir.

El fraile se detuvo en efecto: se reprimió y cruzando otra vez sus brazos inclinó su cabeza sobre el pecho.

—Sobre todo, continuó diciendo ella, yo no he venido aquí por interes mio, bien lo sabeis; hace mucho tiempo que no os necesito en este mundo, y espero que en el otro me hareis menos falta todavia: yo he venido aquí por vos.

—Mujer: no me precipiteis! Refleccionad que cien brazos robustos me obedecerán, al momento que os mande arrojar de aquí á latigazos, que es lo que mereceis por vuestra insolencia.

—Oh! estoy cierta, Padre Guardian, que no llevareis las cosas á ese estremo: no, no me hareis arrojar! respondió ella y tornó á sentarse. Los recuerdos (agregó), los recuerdos me protegen; por que es imposible que hayais olvidado la historia que os ata las manos .... ¿Os acordais de Mamapanki, como la llamaban sus padres, ó, si quereis, de Rosalia, como la llamaban los cristianos?

Esta pregunta produjo en el Padre una singular agitacion. Se refregaba la cabeza con las dos manos; y como si el aire le faltase en la celda, caminaba precipitadamente de una pared á otra.

—Y bien! dijo, parándose con indignacion delante de la mujer. ¿A quién debe horrorizar mas este recuerdo? ¿A tí, que la asesinaste con una mano fratricida, ó á mí, que por su muerte quedé con el corazon desgarrado y despojado de afecciones sobre la tierra?....Responded, perversa!

—¿Y quien ha sido la causa de que ningun crimen me horrorize, Padre Andres?.... le dijo la mujer mirándolo con valentia. ¿Habeis olvidado la historia de nuestro primer conocimiento? Pues sabed que he venido á conversar sobre ella para refrescaros un poco la memoria!

—No quiero! no necesito! dijo el fraile con presteza y con imperio.

—No quereis? le preguntó ella con calma....Pues yo necesito y quiero que veais que la recuerdo; porque ha llegado el momento supremo de que aquellos crímenes se conviertan en bien de alguien....Vengo á traeros hoy lo que no habeis conseguido antes á pesar de vuestro poder y de vuestra astucia: vengo á libraros vuestro secreto, el secreto que ha sido la garantia de mi vida contra vos y vuestra Inquisicion, y á entregarme á vuestras garras para que me devoreis y sacieis vuestra venganza.... cuando no tengais ya que temerme! agregó dando á su voz y á su fisonomía el aire del desprecio.

—Ah! dijo el Padre levantando sus manos con todas las señales de la desesperacion: ¡si fuerais capaz de volverme á mi hija, os lo perdonaria todo, fúria del averno!

—Mentís, señor!....Estoy cierta que preferireis á vuestra hija los papeles y las pruebas de la traicion cuyo castigo......

—Calla, Mercedes! calla! dijo el fraile mirando trémulo al suelo, y sacudiendo por el hombro á la mujer.

—Veo, le respondió ella, que comenzais á recordar las cosas!......Calmaos, y oidme.

El fraile entretanto se habia echado contra la mesa y tenia la cabeza escondida entre el círculo de sus brazos. La mujer continuó:

—Sinchiloya y Mamapanki eran hermanas, Padre Andres: ¿os acordais?.... La naturaleza habia hecho á la primera bella y ardiente como la flor del chirimoyo, franca y confiada como el azahar: no era menos bella Mamapanki, su hermana menor; pero adusta y reservada como la madreselva, tenia un ardor concentrado en los pliegues de su alma, y era esquiva y era agreste como el romerillo de las montañas.

Cuarenta años hace á penas que cuando el Huinca opulento salia de sus palacios, los padres de Sinchiloya y de Mamapanki acupaban el lugar de honor entre los que conducian sobre sus hombros el trono de oro y de brillantes en que aquel se sentaba;[1] por que eran nobles entre los nobles del reino, sábios entre los sábios del consejo, y leales de palabra entre los santos que adoraban á Pacha-Kamac!....tened paciencia, Padre Guardian: voy á continuar. Vos que hace tanto tiempo que

1. Robertson. lib. 6--ann. 1532.

habitais entre nosotros debeis saber todo el ódio con que los vencidos miraban á los vencedores.

No pasaba un dia sin que se reanudasen las conspiraciones de aquellos contra estos, ni pasaba una hora sin que el verdugo y el cuchillo remachase ó retemplase los anillos sentidos de la cadena. La fatalidad era inflexible conta la raza de mis padres. Pero ellos parecian resueltos á arrostrarla; no pudiendo olvidar tal vez el esplendor de que habian gozado al lado de Atahualpa, el de los tiernos recuerdos; no pudiendo resignarse á la condicion de siervos y de presidarios que les habian impuesto los opresores, no habia esperanza de insurreccion á la que no prestaran sus oidos como á un consuelo de cada reciente y cruel descalabro.

Tal era la situacion de nuestras pobres familias, cuando una noche....la recuerdo como si fuera esta misma!....tocaron con urgencia á la puerta de la humilde casa á que estaba reducida nuestra antigua grandeza, y un jóven bizarro, vestido de hábitos franciscanos, de rasgos animados y resueltos, entró presuroso y palpitante, atravesó el corral barroso de nuestra habitacion, y fué con todas las señales del terror á echarse á los pies del malhadado anciano que habia dado el ser á Sinchilo-

ya y á Mamapanki; y que quizas en aquella hora misma maldecia, abandonado al eterno reflujo de sus tristes recuerdos, á los bárbaros matadores de su Huinca. El jóven fujitivo pedia con anhelo que mi padre lo asilára ó lo ocultára contra las persecusiones de la justicia; por que allí, en la taberna vecina, acalorado con el vino y en la embriaguez del juego, habia tenido una disputa de naipes con el ilustre jóven Luis de Ordoño, sobrino del Virey, y acababa de coserlo á puñaladas. No era fraile, decia, era un caballero, y los vestidos que traia eran un primer disfraz, el mas pronto que habia podido obtener de un amigo oficioso, por lo que queria quitárselos pronto y cambiarlos por cualesquiera otros. Mi padre le acordó el recinto de su casa con una bondad infinita de corazon: fué obra de un instante procurarle un traje de indio; y guardarlo en la casa con un sijilo inviolable, nos fué fácil porque estando aislada nuestra raza del trato íntimo con la de los españoles se habia establecido de suyo una asociacion fraternal entre todos sus miembros: el hecho del uno era el de todos; y no necesitaba de compromiso espreso para producir acuerdo. Fué así como nuestro huésped se vió cubierto por todo el pueblo de los oprimidos, que aunque era débil era al menos el que

se arrastraba entre la tierra de sus antepasados y la planta de sus opresores........¡Ah, dias de amargo recuerdo!....¡Qué pocos fuisteis los que pasasteis sin que el huésped violase la caridad que merecia aquella casa infeliz! ¡Sin que la naturaleza ejerciéra sus derechos contra la imprudente bondad del anciano!....Sinchiloya cedió á las solicitaciones seductoras del asilado, y tomando por amor lo que no era sino el efecto de la ocasion y del ócio, olvidó....¡lo olvidó todo, Padre Guardian! y dejó subir gradualmente su pasion hasta los delirios de la demencia y de la mas absoluta abnegacion. En nada quiso pensar, á nada quiso aspirar sino á ligar á la suya el alma de su amante, abandonándose á todas las exigencias de sus vicios y de su relajacion.... ¿Cuántos dias tardó la cruel incertidumbre de esta lucha, de este anhelo del amor absorvente de la mujer en trocarse por la furia de los rencores?....¿Os acordais?.... Mamapanki tambien habia sucumbido; pero Sinchiloya no lo supo hasta que el hastío de su amante le abrió los ojos, y le aguzó el instinto para que descubriese á su rival: comprendió entonces que Mamapanki era la amada y que el seductor le pagaba sus sacrificios con un amor real y apasionado; y desde entonces, el ódio, el rencor y

las bajezas del disimulo, vinieron á tomar asiento entre las hijas de un mismo padre, que inocente y confiado en las virtudes de su raza ni soñaba siquiera hasta donde era ya arrastrada su projenie por el lodo! .... ¡Oh dias de horror!....Dios me libre de hacer vuestra pintura!....Yo, Sinchiloya, levantada por el fiero orgullo de mi alma, me retiré del combate; me resigné al dolor interno y desgarrador del abandono; pero llevando en mi pecho el fuego de un amor inextinguible unido al ódio y al deseo de vengarme del mismo que lo mantenia. Entretanto, algo de muy notable habia sucedido en el exterior que tenia en estrema agitacion al causante de nuestros males. Casi todas las noches salia disfrazado de nuestra casa: algunas veces volvia á la madrugada, y otras pasaba ausente dias enteros: todo el dia hablaba en reserva con nuestro padre: algo combinaban: algo disponian; porque cien individuos de nuestra raza iban y venian con mensajes....La calma de mi hermana me decia bien que ella estaba al cabo de lo que se hacia: el amor propio y la rabia me ahogaban el corazon; me propuse averiguar lo que ellos sabian, y supe muy pronto, Padre Guardian (por que ya estaba yo corrompida por el veneno de la astucia y de la hipocresía) que se

trataba de una gran conspiracion; y que el asesino del jóven Ordoño no era un caballero sino un verdadero fraile. Llegué á saber tambien que acababan de darse unas leyes para Indias que habian sublevado á los españoles del Perú, y que la conjuracion que se trataba era no solo para resistir su promulgacion, sino para repeler al Virrey que venia encargado de establecerlas restaurando el mando á la familia de los Pizarros, en la persona del jóven Gonzalo—que vivia desterrado en los Charcas, al otro lado de las cordilleras. . . . Vos, (digo mal) nuestro huésped, habia entrado de lleno en la conjuracion para obtener sin duda la impunidad de su delito. Audaz como nadie en sus miras, decia que él habia concebido un plan vasto y definitivo: que consistia en coronar al jóven Pizarro con Huanca-Colla, la nieta de Athahualpa que vivia retirada en Trugillo; y fundar así un grande imperio mixto (decia él) que la España no podria atacar ni someter, desde que los indígenas fuesen amaestrados en el arte de la guerra que habian ignorado. Mi pobre padre habia abrazado con entusiasmo este plan; y era tal su sumision al hombre que habia salvado de la justicia de la ley española, que hasta sofocó su dolor cuando tuvo el conocimiento de la falta de Mamapanki con sus irreme-

diables efectos. El seductor lo tranquilizó con la seguridad de tomar por esposa á su hija cuando las dos razas estuvieran puestas en igual altura al lado del trono mixto; y repuesto él en sus honores. Entretanto, una gran parte de nuestros compatriotas se negaron á tomar parte en la insurreccion al lado de Pizarro y de los conquistados: preferian las leyes que estos rechazaban, porque la hostilidad que habia provocado (decian ellos) provenia tan solo de que esos nuevos reglamentos emancipaban á los indios de la servidumbre y de los abusos con que sus opresores los tenian reducidos á bestias de carga;[1] siendo seguro (agregaban) que luego que consiguiesen el triunfo su despotismo volveria á tomar por regla para con nosotros los caprichos del individualismo, y las estravagancias del desorden general, como habia ya sucedido. Es inútil que os recuerde cuán ardiente sectaria era yo de esta opinion; no por que entendiese bien de lo que se trataba sino por odio y por antagonismo de mi hermana y de su amante......Una noche os vi entrar á nuestra casa radiante de alegria: habiais estado ausente bastantes dias: ¡hacen veinte años me parece! y casi sin cautela informasteis á mi padre de que Gonzalo Pizarro habia

1. Robertson y Prescot.

entrado ya al Cuzco donde las poblaciones lo habian recibido en palmas; que la insurreccion triunfaba por todas partes; que era menester dar el gran golpe haciendo el gran pronunciamiento combinado en Lima. La mas asombrosa agitacion reinó esa noche en nuestra casa; vos erais como la luz, como el alma de todos los que iban y venian:—Recordad vuestro juramento. Huincha-kanki! le dijisteis vos á mi padre que andaba ya armado y con un ardor impropio de sus años.—Pero antes, os respondió él, teneis vos que cumplirme el vuestro!....y por lo que ambos se siguieron diciendo, supimos que mi padre se habia comprometido á asesinar al Virey con su propia mano, prévia la abjuracion que vos hicisteis de vuestra religion......¡Y sois Inquisidor de Lima, Padre Andrés!....y quereis que yo os deje juzgar como hereje á Maria Perez!....Pero dejemos esto: tiempo tenemos de venir á las aplicaciones......Al otro dia estalló la revolucion, por que la audiencia os ganó de mano, deponiendo, aprisionando y deportando al Virey: llamando en seguida al Ayuntamiento y al Pueblo trató de formar un gobierno interino. Creisteis vos que la revolucion se os escapaba de las manos, y fuisteis y precipitasteis la marcha de Carbajal. No bien lo visteis dueño de la ciu-

dad, vos mismo prendisteis á un ciento de los que juzgasteis enemigos de los Pizarros, y abusando del predominio que vuestras luces os daban sobre aquel torpísimo sargento, hicisteis que los ahorcára á todos en ese mismo instante.

—Mentís! Mentis! dijo levantándose furioso el Padre Andres.

—Miento?.....pues qué no consta acaso de vuestros papeles?.....Ahora vais á saber cómo los tuve, y cómo los aproveché con el ahinco y el claro instinto de la venganza.....Mi desgraciado padre se salvó de cometer el asesinato del Virey, á que vos le empujabais, por que la Audiencia os habia ganado de mano con prudencia.....¿En qué os ocupasteis despues que Pizarro se apoderó de Lima?.....en averiguar quien habia trabajado, quien habia dicho algo, quien habia pensado siquiera, contra los Pizarros en el tiempo de su abatimiento, para hacer listas de proscripciones y de suplicios! Vos, que no tenias siquiera la disculpa de haber tenido las pasiones de aquellas primeras luchas y que tal vez fuisteis enemigo de los Pizarros entonces, fuisteis el mas cruel, el mas impío de los perseguidores. ¡Tengo vuestros papeles!.....Vuestro orgullo habia dado un salto,

y mi padre y Mamapanki empezaron á perder su prestijio á vuestros ojos. No por eso dejasteis de propender con fuego y con tenacidad á que el Perú se separase de la corona de España, convirtiéndose en imperio con Pizarro; cosa que se habria realizado, si la mayoria de tímidos no hubiese esquivado el dia de la resolucion, que vos, y otros audaces como vos, pedian á voz en cuello. . . . El Virey entretanto habia escapado de su confinacion y habia levantado tropas con que sostener su autoridad. Llegados á las manos los dos bandos, vosotros lo derrotasteis, y lo tomasteis prisionero. Sacábanlo del campo de batalla, cuando vos os lanzasteis sobre él y le abristeis el pecho á puñaladas, proclamando que el triunfo de la santa causa necesitaba de quemar sus bajeles en el puerto para no tener retirada. . . . Yo no se lo que os sucedió en los dos años que duró la dominacion de Pizarro; lo único que yo ví fué que arrojasteis de vuestro lado á mi padre, echándolo á peor condicion que la que antes habia tenido; y que conservasteis en vuestra casa á Mamapanki como quien conserva un mueble á que está habituado: y mientras vos viviais atolondrado con el juego y con la satisfaccion del predominio, el pobre viejo murió de dolor y de desengaño en mis brazos.

Por lo que hace á vos, á los pocos meses empezasteis á conspirar contra Pizarro con el mismo ardor con que habiais conspirado á su favor. Este jóven, á quien tan pérfidos consejos habiais dado, se preparaba á rechazar la espedicion del Presidente Gasca, enviado desde España para restablecer el órden en el Perú, y habia establecido al efecto un campo de disciplina en *Chorrillos.* Una noche os prendieron por órden suya y os llevaron allá. Dirijida yo por el fuego de la venganza, que no se estinguia en mi pecho, descubrí que Mamapanki, antes de seguiros en vuestra mala fortuna, habia enterrado unos papeles que sin duda vos le habiais recomendado....No tardó en sentirse el ruido amenazador del ejército de Gasca; y yo he sabido que cuando vinieron á las manos los dos ejércitos vos teniais ya minado el de Pizarro con la intriga y la traicion, hasta el estremo de que todo él lo abandonó pasándose á su enemigo, al caer de la noche. Jamás me olvidaré del horror que en aquella noche ofrecia la ciudad de Lima: bandas desordenadas de fujitivos ó de vencedores la paseaban impunes, ébrios y de su propia cuenta: la lobreguez y el silencio sepulcral que dominaba en ella no eran interrumpidos sino por los lamentos de alguna víctima, por la

violacion de alguna casa de ***sindicados***, ó por la grosera algazara de algun grupo pasagero de soldados. Es probable que, solícito vos al lado de Gasca para ganaros su favor, tuvierais que encomendar á Mamapanki el cuidado de salvar vuestros papeles; ó quizás, la infeliz quiso adivinar vuestros deseos: el hecho es que habiendo entrado yo cautelosa, en la casa solitaria que habiais habitado, habia logrado ya levantar los ladrillos que ocultaban el depósito, y tomaba los papeles con mis manos, cuando la veo lanzarse sobre mí como la tigra que defiende sus cachorros: tuve tiempo apenas para ver que un puñal agudo brillaba en sus manos, y el instinto ciego de la propia defensa me hizo sacar tambien el puñal que yo llevaba. Viéndome ella preparada á resistirle dejó precipitadamente en el suelo una criatura que llevaba en sus brazos, y se lanzó otra vez sobre mi pecho sin darme lugar á tener otra idea que la de defender mi vida. Juro á la faz del cielo que no sé lo que pasó ni como pasó; la razon me vino cuando Mamapanki cayó al suelo revolcándose en su sangre con las convulsiones de la muerte. Sobrecogida de lo que me pasaba, traté de serenarme: el sentimiento de ódio contra vos se levantó como nunca en mi alma desgarrada á la vista del cada-

ver de mi hermana; tomé vuestros papeles y levantando entre mis brazos á la hija de Mamapanki salí creyendo que llevaba al menos con que privaros para siempre de toda alegria y de toda quietud sobre la tierra; vos sabeis que Gasca amnistió á los partidarios de Pizarro, haciendo tantas escepciones especiales cuanto amnistiado habia; pero los dos criminales (dijo la mujer levantando el dedo) contra quien mas se ensañó, fueron Gonzalo Pizarro que subió al patíbulo, y el asesino desconocido del Virey Nuñez Vela, por cuya cabeza y delacion se ofreció un alto precio.... No sé como habeis hecho para salvaros: yo he podido perderos; pero he preferido humillaros y vengarme de vos dia á dia.... Vos solo podeis decir si lo he conseguido! Aun hoy penden todavia los edictos que autorizan la denuncia; y bien sabeis que no estais tan en amor, vos y el Virey, como para salvaros ni por vuestra corona ni por vuestro empleo, de una empuñada y remision á España, si á mi se me antojara ir ahora mismo á poner en sus manos la prueba que tengo de vuestro crímen, pues son tales que os reducirian al silencio .... Y bien, vengamos ahora á las transacciones.... ¿Quieres la paz ó la guerra, poderoso señor?... Mirad bien que quien os ofrece una ú otra no es ya la

nieta de los nobles del Imperio de los Huincas: es Mercedes la prostituida: la enredista que sirve de ege y de alma á los *maricones* de Lima, la planchadora, la mujer marchita que no puede vivir ya sino en la inmundicia y el desorden á que vos la arrojasteis. Pero no la desprecieis! no pongais vuestra bárbara planta sobre lo único que esa mujer ama ya en la tierra; por que nuestro destino depende del primer cabello que le arranqueis....

—Eres una verdadera *palangana!* dijo el fraile haciendo un esfuerzo para reponerse y dominar la profunda emocion que lo agitaba.... ¿Quereis insinuarme ahora que Juana es la hija que robasteis al cadáver de Mamapanki?

—¿Qué decis? le preguntó ella con el asombro del desprecio....¿Juana, la hija de Mamapanki? no delireis, Padre Andres! ¿Cuándo he querido yo insinuaros semejante cosa?....¿Qué me importa á mi de Juana? Haced de ella lo que querais: quemadla mañana en media plaza; y podeis dormir seguro de que eso no hará salir mi secreto de nuestras manos. Lo que yo os prohibo bajo pena de denuncia, es tocar á un cabello de Maria Perez, que como sabeis se ha criado mamando el jugo

de mi pecho, y es la niña de mis ojos. . . . Decid pues si quereis la paz ó la guerra.

—La guerra ! dijo el fraile con denuedo; y salid pronto de aquí, á no ser que empezeis por libraros á mi gratitud y á mi generosidad.

—Lo esperais en vano y acepto la guerra ! dijo ella con una voz imperceptiblemente angustiada. Os lo voy á advertir: podeis hacer de mi lo que querais; pero tened entendido que dos minutos despues de aquel en que me aprisioneis ó me mateis, todo el depósito estará en manos del Virey.

—No necesitais advertírmelo: veo que teneis miedo.

—De que me hagais un daño inútil; pero no de la guerra que os acepto. . . . Una palabra, Padre Andres ! . . . . si mañana á las ocho de la mañana no habeis dado órden de que se suspenda la abominable funcion que preparais, podeis contar con que á las ocho y media estarán vuestros papeles en manos del Virey: haced ahora lo que querais ! dijo, y salió despechada de la celda.

El Padre Andres cerró en silencio su puerta, y se dejó caer agotado sobre una silla.

CAPÍTULO XXI.

LIMA Á OJO DE RATA.

Mercedes, nombre que preferimos hoy al de Sinchiloya, por ser el primero con que nuestros lectores conocieron á esta importante actora de nuestros sucesos, salió del convento de San Francisco con el alma llena de una cruel inquietud. ¿Fracasaba ó no el medio supremo que habia empleado para salvar á doña Maria?....Ella estaba resuelta á todo; lo iba á hacer como lo habia dicho; y su conciencia le decia por intérvalos que el padre Andres no seria bastante osado para arrostrar la denuncia de sus pasados crímenes. Mujer de alma ardiente, de una voluntad indómita é inquieta, de una actividad febril, conocedora de la sociedad limeña como de las

arrugas de sus manos, tenía aun mil otros medios que poner en juego para lograr sus fines, y habia salido con la resolucion de no descansar hasta haberlos empleado todos. Sea efecto de su carácter, del respeto con que las clases bajas miraban su noble filiacion en los tiempos de los Huincas, de la generosidad con que disipaba sus ganancias y su tiempo en provecho de los placeres ó de las necesidades de sus conocidos; ó sea en fin el predominio natural de su alma franca y dominante, de su valor para emprender intrigas de riesgo, de su habilidad y de su impavidez para conducirlas y desatarlas, de su audacia para obrar, de su acierto para aconsejar, de su presteza para ayudar y proteger, el hecho es que esta mujer era el resorte de una gran parte del pueblo bajo de Lima, y que sus relaciones con la jente de tono, aun que misteriosa, y tal vez no muy puras, eran poderosas por la naturaleza de los hilos y de las complicaciones que la ligaban á mil familias de su influjo.

Sus esperanzas no se habian realizado del todo sinembargo; porque ella nunca creyó que el Padre Andres le hubiera resistido como lo habia hecho. Llena pues de ansiedad sobre la resolucion definitiva que el Padre adoptaria, ó sobre las intrigas con que trataria de contrami-

nar sus amenazas, salió á la calle y se dirigió á la casa de don Felipe Perez y Gonzalvo. Marchaba de prisa; pero á cada momento se volvia hácia atrás é indagaba con esmero si la seguian ó la espiaban. Cuando ella creyó que habia dado bastantes rodeos para estar segura de que nó, fué á golpear con infinitas precauciones la puerta del padre de doña Maria.

La habia tocado apenas, cuando el mismo anciano preguntó del lado de adentro con una voz cauta y dolorida, quien llamaba.

—Soy yo, señor: soy Mercedes: le respondió ella; y la puerta se abrió al instante sin ruido.

—Buenas noches, señor: agregó dando á su voz el tono de la simpatía y del dolor.

—Buenas noches, hija, le respondió el anciano; y tornó á pasearse silencioso por su patio, quedándose ella tambien parada junto al lugar en que él venia á dar la vuelta. Al cabo de un rato de estar así, don Felipe, sin detener el paso, le dijo:

—Ya vés, Mercedes, el estado á que me ha traido el poco juicio de la Maria!

—¿Qué dice su merced, por Dios? ¿Que culpa tiene

ese ángel, cuando toda la causa de estas infamias no es otra que el deseo de robar á su merced?

—Calla, hija, por Dios! dijo don Felipe con una emocion visible: no repitais semejante cosa, porque consumariais mi perdicion!

—Es que yo lo puedo decir, señor, sin ningun riesgo: y ahora mismo vengo de decírselo al Padre Guardian de San Francisco .... Desgraciado de él si no devuelve la libertad á mi Maria! desgraciado de él: se lo juro por el ángel de mi guarda!

—Hija, tú deliras! qué es lo que has hecho, Dios mio!....¿Al Padre Andres?

—Sí, señor, al Padre Andres! y no deliro!....De eso precisamente he venido á hablar con su merced.... Ese fraile es un malvado; pero yo tengo con que enfrenarlo: espero que no se atreverá á seguir adelante persiguiendo á Maria despues de lo que le he dicho. Mas no hay que fiarle todo á él, porque es astuto; y es de esperar que á la hora de esta esté rumiando algunos proyectos con que vencerme. Lo que yo puedo asegurar á su merced, es: que de él á mí, vamos de fuerte á fuerte; estoy cierta que su voluntad, hoy, es ceder á las intimaciones que acabo de hacerle; lo único temible es su orgu-

llo, porque antes que ceder puede preferir el perderse; y eso no llena mi objeto que es salvar á Maria. Si yo pudiese hacer venir la suspension de los procedimientos de otra parte, de modo que él salvase su orgullo, todo se habria logrado, señor; y podriamos lisongearnos de haber vencido la inícua trama que le han tegido á su merced. Yo tengo un medio: tengo como poner de nuestra parte al Fiscal Estaca; como hacerlo vacilar, al menos; pero necesitaria diez mil duros tal vez....y mi caudal está muy lejos de alcanzar hoy á eso.

Don Felipe se habia parado y la escuchaba con atencion.

—Si su merced quisiera proporcionármelos!

—¿Pues no he de querer, Mercedes?....Pero, ¿estais segura de no ser burlada despues que entregueis la suma?

—Oh! eso déjelo su merced á mi cargo....¡respondo con mi vida!

—Bien, hija!....Entra: te la voy á dar: dijo el viejo con reserva.

—No, señor!....me guardaria muy bien de andar ahora con esa carga. No he venido si no á saber si puedo disponer de ella.

—Puedes ! puedes !

—Eso basta. . . . .otra cosa es necesaria, señor ! es preciso que su merced ruegue, pida, suplique é implore sin cesar al señor Virey por que dé una órden de suspension.

—No puede, hija ! dijo don Felipe desanimado: no tiene poder para ello, y el Padre Andres le rehusará toda intervencion.

—No importa, señor ! algo es preciso hacer; y yo estoy cierta que el Padre Andres tomará ese pretesto para acceder salvando su orgullo. . . . .algo señor ! . . . . ¡ que hagan algo vuestros amigos, si los teneis ! . . . .y si no los teneis, no desmayeis; dejadme á mí sola. . . .y vereis si hago yo !

—El señor Virey ha estado sumamente bondadoso conmigo: está lleno de pesar por lo que me pasa: lleno de inquietud por la naturaleza de las intrigas que los herejes traman en Lima, y de los agentes que evidentemente sostienen, pero está penetrado de que mi hija y yo somos agenos á esas maldades. . . .A veces te confieso, Mercedes, que pierdo la cabeza ! . . . .se me pierde el juicio mismo que voy á formar de las cosas: ¿ no ves la tentativa que esta tarde misma han hecho dos hereges en-

mascarados para salvar á la Maria?....qué pensar de ella, pues, Dios mio!

—¿Qué hereges, ni qué hereges, señor?....todos esos son sueños, calumnias de los malvados para levantar persecuciones y secuestros....quien ha hecho hoy esa tentativa ha sido don Manuelito de acuerdo conmigo y ayudado por Mateo; con que vea su merced si hay juicio, si hay razon en creer esos absurdos.

—Manuel, decis?

—Don Manuelito: si señor! el sobrino de la señora.

—¿Pero qué no sabe el infeliz el peligro de muerte á que se ha sometido?

—Lo sabe y lo arrostra, señor; por que es noble de corazon, y no como el marido que su merced buscó para su hija separando al gentil americano por un desconocido que....

Don Felipe tornó á pasearse con precipitacion, y como si lo afligiesen los remordimientos, esclamó:

—Calla! calla! no me martirices, que hartos dolores tengo sobre el alma!

—Es verdad, señor, no es tiempo de recriminaciones ahora es tiempo de obrar. Su merced debia correr aho-

ra mismo al palacio: declararle al señor Virey que acaba de saber que es don Manuelito el enmascarado á quien han creido herege; pedirle su perdon en atencion á su juventud y á la pasion que arde en su pecho; y que eso sirva al menos para hacerle despreciar esos absurdos rumores que se han levantado, fomentados por la iniquidad para esplotar la alarma, el terror, y las pasiones de la multitud.

—Comprendo la sensatez de vuestro consejo; y voy ahora mismo á decírselo al señor Virey.

—Va su merced á verlo?

—Estoy citado para las nueve, y el señor Arzobispo irá tambien para ver si algo se combina que contenga la tirania con que el Padre Andres se ha echado de repente sobre mi casa.

—Corra su merced: eso me da alientos....yo voy tambien á poner en movimiento resortes poderosos: dijo, y se dirigió á la puerta con prisa....Adios, señor!

—Adios, Mercedes: le respondió el anciano con voz grave, cerrando la puerta con la misma prudencia con que la habia abierto.

Ligera y contenta al mismo tiempo iba Mercedes con paso tan leve que no hacia el menor ruido: se deslizaba al ras

de las paredes cubriéndose con las sombras de la noche y con los recovecos de las ventanas y portadas, como la perdiz silenciosa que se esquiva del cazador por entre la yerba de los campos.

Atravesó así una gran parte de la ciudad de Lima oyendo á uno y otro lado los sonidos del clavecímbano que revelaban el genio festivo y negligente de aquel pueblo, que subdividido por la noche en cien *tertúlias caseras*, se abandonaba á la danza y al canto con todas las imprevisiones de la pasion del candor y del ocio.

Mercedes, reflexionando quizás sobre las caprichosas desigualdades con que cada dia cae la suerte entre los hombres, se dirijió á las orillas del Rimac en demanda del puente. Cuando creyó estar segura de que nadie la seguia subió la rampa y atravesó al otro lado del rio, ocupado en su mayor parte por ranchos de pobres jentes y por quintas.

En uno de estos ranchos habia tambien fiesta de baile al parecer: tenia dos ventanillas á la calle que en vez de rejas estaban resguardadas por algunas varas de madera cruzadas entre sí: la puerta estaba cerrada; pero por las ventanas, entreabiertas para disminuir en algo el calor y la densidad de la atmósfera interior, podia distinguirse

entre el humo de los cigarrillos una alegre y bulliciosa reunion de jentes del pueblo que bailaban, gritaban y se revolvian en desórden allí dentro.

Mercedes se acercó á la rendija de una de las ventanas, y estuvo mirando atentamente lo que allí pasaba como si tratára de reconocer á alguien.

La fiesta tenia por objeto y por causa el *velorio de un anjelito*. Y en efecto: por la parte de adentro y en la testera del cuarto se veia una mesa tendida con un paño blanco, y adornada con moños de cinta celeste, con recortes ó estrellitas de papel dorado con festones de cuentas de vidrio y con mil otras zarandajas deslumbrantes. Todos estos accidentes servian de adorno á un pequeño atahud forrado de celeste por de fuera y ribeteado con cintas blancas, que contenia el yerto cadáver de una criatura de dos meses, que habia muerto dos dias antes, y que andaba por el barrio, prestado de noche en noche, sirviendo de motivo á la danza y al canto, en conmemoracion de lo que su alma inocente estaba gozando allá en el *Gloria*.[1]

1. Aun hoy, no ha desaparecido del todo en las costas del Pacífico esta costumbre singular, que no hace mucho tambien era conocida en el Rio de la Plata.

Frente por frente de la mesa y del atahud, una chola descocada y bizarra pulsaba con gracia las cuerdas de una harpa corpulenta y tosca, cuya caja se estendia desde el hombro izquierdo de la tocadora hasta tres varas mas allá de sus pies; y ella, al mismo tiempo que tocaba sus aires *ajitanados*, removia en su boca al compas mismo de la música un grueso cigarrillo, del que se desprendian, por el estremo izquierdo de sus lábios, fantásticas columnas de humo que iban á condensarse como la aureola del vicio, sobre la copa de su ancho sombrero. Dos mujeres de la misma calaña cantaban grotescamente al son de aquella música, y golpeando con arte sobre la hueca caja del instrumento, levantaban un repiquete incitador y bullicioso, como el del tamboril de los bailes africanos, con que acompañaban su canto dándole una espresion indefinible de lascivia.

Cantaba con ellas tambien un individuo que á los accidentes del traje masculino reunia circunstancias especialísimas del sexo femenino. Era una especie de término medio indefinible entre la mujer, el muchacho y el hombre, imposible de caracterizar con propiedad. Lo que mas sorprendia era que en aquella reunion habia otros quince ó veinte individuos de este mismo jénero,

que hacian al parecer el papel de mujeres ó de apéndice de mujeres por lo menos; siendo probable que esto hubiese dado márjen á que se les diese el nombre espresivo de *Maricones*, con que desde entonces eran ya conocidos en Lima los de esta ralea.

La baja coqueteria de sus modales, el provocativo y afectadísimo pudor con que andaban blandiendo sus cinturas entre los hombres, y su hablar remilgado y enfadoso, producian en el alma una sensacion de asco moral parecida á la que produce una inmundicia en una persona digna y delicada.

Todos ellos eran azambados de color. El cabello largo y dividido en el centro de la cabeza como el de las mujeres, caia sobre los hombros por ambos lados, ensortijado en los unos, ó suspendido tras de las orejas en los otros. Llevaban desnuda la garganta; y el pecho estaba apenas cubierto por un camisolin de batista sin mas cuello que un angostísimo encaje plegado con muchísimo esmero, y tomado por delante con una cintita de color. Una chaquetilla de raso bien despechugada, y bien ceñida en la cintura: un pantalon de coco blanco muy plegado en las caderas, y tan estrecho en la garganta del pié, que solo entraba al favor de un tajo lateral que des-

pues ajustaban con un moño de cinta: medias de seda y zapatillas de raso; eran las piezas que completaban su traje. Por sentado, que jamás les faltaba de las manos el rico pañuelo blanco de cambray, tan leve y tan trasparente como un tul, con el que á cada instante se enjugaban los lábios con la mas repelente afectacion.

Mercedes, como hemos dicho, observó un momento aquella fiesta por el lado exterior de las ventanas; y acercándose despues á la puerta dió tres golpecitos breves y muy marcados. Cuando le abrieron la *zambaclueca* atronaba el aposento con la embriaguez febril, con el apasionado furor de sus compaces finales, calculados con un arte satánico, para espresar con una música de golpes y de quejidos, el atropellamiento, el éstasis que precede inmediatamente al momento de la laxitud producida por el esfuerzo.

Guay! cumita [1] Mercedes! le dijo dándole un abrazo y beso con su aire mas indecente el maricon que le abrió la puerta; y todos repitieron con él—la *cuma* Mercedes! la *cuma* Mercedes! tal fué la sensacion popular que hizo su comparecimiento en el *velorio*. Ella correspondió

1. Comadrita.

con su acostumbrada franqueza y jovialidad á las demostraciones de su pueblo.

—Un bazito de ponche, *cumita?* le decia otro maricon acudiendo presuroso y remilgado á ofrecerle un vaso de esta bebida.

—No, Nicasito: no puedo beber ponche esta noche; necesito estar fresca; te doy las gracias.

—Siéntese, amita, aquí tiene una zillita: está lindísima la *chingana*: la gente, toda de muy buen humor !

—Me alegro!. . . . .yo lo tengo muy malo.

—¿ Y por qué, corazon ? le preguntó la vilísima criatura haciéndole un cariño y sentándose á su lado con lo mas ridículo de su ternura.

—¿ Y me lo preguntais todavia ?

—Ah ! sí: por la pobre Mariquita !. . . . . .yá ! haber sido usted, *ñorita*, quien le dió el jugo de sus pechos y caer en herejia. . . . .

—Calla, tetudo ! le dijo Mercedes dándole con rábia un empujon: y dirijiéndose á otro maricon que percibia envuelto entre los grupos, le tocó en el hombre y le dijo:

—Solo por ver si te encontraba he venido hasta aquí, Miguelito.

—¿Es posible, niña?. . . .¿Y qué tendrá, mi alma, que mandarme que no se haga ley para mí?

—He venido confiada en eso; pero aquí no podemos hablar por que hay mucha gente. . . . ¿No hay alguna pieza sola?

—Si hay. . . . por aquí, y ambos entraron en un aposento casi oscuro, pues que estaba apenas alumbrado por una mecha que ardia dentro de una taza de barro llena de sebo.

Luego que se sentaron en una especie de catre ó cama que allí estaba revelando la pobreza suma de su dueño, Mercedes le preguntó al maricon:

—¿No fuiste tú quien anduvo enredando entre el señor administrador de correos, don Cárlos Octavio y la Antuquita, la mujer del Fiscal Estaca?

—No, ñorita: está usted trascordada: quien anduvo en eso, y que todavia lo maneja, es Eustaquito el cuzqueño: lo que yo trabajé fué aquello del señor Virey con la coronela de artilleria que. . . .

—Ah! dices bien: ahora me acuerdo. ¿Y eso ya se acabó?

—Qué se ha de acabar, niña!. . . .con mas pazion que nunca!. . . .No hace tres horas que yo misma acabo de

llevarle una bandeja de chirimoyas grandes como membrillos, las primeras del año, cubiertas de violetas y de junquillos. . . .pero sabe, ñorita, que esto es de usted á mí; en toda reserva; por que solo con una de nosotros podria yo hablar de las confianzas que. . . .

—Eso es entendido. . . .entre nosotras y nada mas!. . . necesito ahora mismo de Eustaquio y de tí: ved á traérmelo de la sala.

—¿Es cosa urgente?

—Muy urgente.

—Y de provecho? le decia el maricon imitando con sus dedos al salir la accion de contar dinero.

—Es grande!

El Maricon corrió á traer á Eustaquito, que, por la fisonomia y los modales, era un legitimo hermano de su conductor.

—Eustaquito, ¿en qué estado están las relaciones del Administrador de correos con doña Antuquita Estaca?

—En qué estado?. . . .en el del sol y la luna llena.

—De modo que te necesitan á cada instante?

—Como usted lo dice, *cumita.*

—Y teneis por supuesto entrada franca y poder para con la dama?

—No hace dos horas que ha estado llorando amargamente en mis brazos de celos: presume que su queridito anda enamorando á la Petita Romero, y está furiosa: yo me encargué, por consolarla, de averiguárselo todo á *Paquita*; que segun cree, es quien anda en esto, porque es muy de la casa de la niña.

—Pero el doctor no......

—Nada....cada vez mas abstraido en sus libros y en el amor de su mujer con la inocencia de un ángel.

—Canalla ! dijo Mercedes.

—Y por qué, cumita?....¡ Pobre hombre ! tan inocente !

—Quita allá ! es un pícaro forrado de necedades.... Pero dejemos eso, vamos al caso: vosotros sabeis ya que desde mañana van á empezar á martirizar á mi hija Maria Perez, la niña de mis ojos, la virtud mas pura que pisa la tierra.

—Pero muy orgullosa, y por eso tiene pocos partidarios, cumita.

—Entre vosotros, canallas, por que sabiais bien que no ha nacido para que ensucieis su nombre con vuestros cuchicheos.

—Ha! ha! ha! *cumita* brava!....no se enoje: es cierto que su Maria es una guapa chiquilla.

—No lo es á nuestra manera. Pero sabed que la quiero mas por eso.

—Y qué es lo que usted desea para ella?

—¿Confiariais en mi palabra?

—Hasta la vida! dijeron los dos.

—Me creeis si os digo que tengo doce mil duros, seis para cada uno de vosotros, si lograis que se haga lo que yo quiero?

—Como si lo dijera el Padre Santo.

—Pues bien: vos Eustaquio vais ahora mismo á verte con la Antuquita y pondreis á su disposicion seis mil duros con tal que alcance de su marido la suspension del proceso de Maria por dos dias solamente. Si lo conseguis, os daré á vos quinientos duros. Ya sabeis: habladle con el prestigio que os da vuestra intimidad con ella: exigid, rogad, llorad, haced todas las muecas que vosotros sabeis hacer, dadle á entender que os retirareis de su servicio, que no la ponderareis cuando hableis con su querido; que no os apurareis á reconciliarlos cuando se enojen; y todo, en fin, hasta que la decidais.

—Descuide, cuma! con seis mil duros y todo eso quién

no lo hace?. . . .ni una palabra mas, y usted lo verá. . . . dijo el maricon besando á Mercedes en el carrillo.

—Pues ya está dicho! y tú, Miguelito, influid del mismo modo con la coronela para que implore del Señor Virey una medida, un empeño, cualquier cosa en fin que coadyuve á la misma suspension: las condiciones son las mismas; y al momento que esté logrado, pasad por mi cuarto para contaros y daros lo convenido.

—Al instante! dijeron los dos maricones; y atravesando la sala se salieron á la calle, sin que nadie lo estrañase; pues no habia quien ignorara los graves y reservados negocios que tenian sobre sí, y que á cada instante podian reclamar su atencion y su presencia en tal ó cual lugar.

Mercedes se retiró tambien despues de haber fumado con ansia el cigarrillo con que la convidó la tocadora del harpa, que, de mas en mas entusiasmada con los sonidos roncos y melancólicos de su instrumento, seguia desempeñando en aquella fiesta el papel que desempeñaba la esposa de Baco en los festines con que los pueblos primitivos de la India celebraban al inventor de la embriaguez y del vino.

CAPÍTULO XXII.

LA CASA DEL SEÑOR FISCAL DE PUERTAS ADENTRO.

No obstante que ya eran las doce de la noche por lo menos, el señor Fiscal estaba todavia en sú estudio encantado con la lectura de Soarez y de Escobar, por entre cuyos inmensos volúmenes (que se habian ido amontonando sobre su mesa) nuestro bachiller habia andado buscando toda la noche la resolucion de un *punto* controvertible, como el perro que para descubrir la pista del raton fugitivo huele y aspira en cada rendija sospechosa del cuarto. A cada *hoc est communis secumdum* Joannes, ó *secumdum Petrus* que encontraba, nuestro sábio se calentaba mas y mas con las dificultades de su tarea, y saltaba de capítulo á capítulo y de volúmen á volúmen con una voracidad verdaderamente científica.

Encontró, al fin de un millon de citas y de exposiciones, la opinion de Soarez y de Escobar, y tomando alientos con un resuello lleno de magisterio se repantigó diciéndose—¡aquí está! aquí está!....¡la cazé!....la encontré al fin, y apuesto á que nadie la lleva mañana al acuerdo como yo!....Si es de valde, señor: nadie como yo para buscar un punto y su resolucion!

Y la cara del buen Bachiller se sonreia ella sola con una candidísima infatuacion.

El estudio por cuyos horizontes paseaba sus plácidas miradas, era una sala espaciosa situada en el costado del patio que daba enfrente de la puerta de calle. Pocos muebles y mucha tierra eran las facciones principales que el nido de nuestro sábio ofrecia á la primera ojeada de los estraños; y bastaba que alguno caminase por alli adentro para hacer flamear sobre su cabeza un cortinado tupidísimo de telarañas que pendia del techo á manera de cenefas de tul negro, tal era la cantidad de viejo polvo que se habia aposentado en sus pliegues.

El yunque de las tareas del Fiscal era una mesa de pino, ordinaria, bastante estensa y cubierta por una carpeta del grueso paño conocido con el nombre de la *estrella*. Tres ó cuatro sillas de baqueta andaban arrimadas

á las paredes: sus asientos eran tan vastos y tan altos sus respaldares, que el señor Estaca podia pasearse perfectamente sobre cualquiera de ellas de brazo à brazo como en un balcon; y no pocas veces habia sucedido que teniendo que ensayar algun informe *in voce* ó alguna arenga (él los estudiaba de memoria despues de haberlos escrito) montaba en una de sus sillas, y afirmando su pecho en el respaldar peroraba su trabajo como en un púlpito: método que aguzaba en estremo su ingénio para castigar el estilo de su escrito, y dar á su voz el debido diapason.

Dos estantes toscos, que apenas eran dos pilares con tablas atravesadas, completaban el amueblado. Pero lo que revelaba mejor el buen gusto de nuestro hombre era la paciencia con que habia pintado al oleo, de verde y amarillo, los lomos de sus grandes pergaminos para fijar con letra mas clara y elegante su título correspondiente.

—A que nadie la lleva al acuerdo como yo!. . . .repetia el Bachiller con una sonrisa llena de infatuacion al mismo tiempo que dejando su mesa atestada de libros (para que lo admirasen los que la viesen al otro dia), se levantó de su silla, tomó su lámpara y se dirijió á su aposento donde suponia que su querida mitad estaria ya gozando del plácido sueño que era propio de la hora.

Hacia algun tiempo en efecto que la consorte del Bachiller Estaca le esperaba; mas no dormida como él creia sino bien despierta y medio desabrochada apenas. Cansada de tanta demora habia ido varias veces de puntillas por las piezas interiores á espiarlo; y como lo hubiera visto tan absorvido en sus estudios, se habia vuelto al dormitorio y se habia sentado otra vez á esperarlo. En algo cavilaba ella; pues no solo se mordia un dedo con distraccion, sino que su ojo negro y rasgado tenia la fijeza característica de las preocupaciones mentales.

La consorte del bachiller Estaca era una hermosa muger que estaba en todo el desenvolvimiento físico de los veinticinco á los treinta años: espalda y pecho desenvuelto, garganta llena y torneada, brazos redondos y elegantes con todos los demás rasgos, en fin, con que la muger bella se distingue en esa edad floreciente de la vida.

La señora Fiscala era de color morenito rosado, de nariz respingada, de lábio audaz, de gesto altivo; y tenia sobre todo unos ojos negros tan grandes y tan ardientes, con unas pestañas tan largas, que era considerada en Lima (el pais de los bellos ojos) como la muger que los tenia mas hermosos.

Con tales cualidades físicas, unidas á una sagacidad de alma esquisita y vaporosa, es fácil deducir que esta señora era en efecto la *señora* del doctor Estaca; y la verdad es, que él obedecia sus caprichos como si fuesen textos de Baldo y Acurcio, habiendo renunciado desde mucho tiempo atrás á todo reino dentro de su casa que pasara del recinto de su estudio: era como los Reyes constitucionales—testa coronada y sin gobierno; nada veia sino para aplaudir y congratularse; vivia allá en el quinto cielo, entre los que marchan vendados por la fé.

Grande y muy grande era la atencion con que esta señora trataba de percibir el menor síntoma de retirada que nuestro bachiller diese desde su estudio: cosa estraña, porque no era su costumbre cuidarse mucho de lo que su marido quisiera ó no hacer.

No bien sintió que este venia por los reflejos de la luz en los cuartos interiores, cuando dejó precipitadamente de morderse el dedo, se desparramó el pelo con desórden y se tiró sobre la alfombra como si estuviese aniquilada bajo el peso de alguna grande afliccion. Reflexionó tal vez que si su marido venia abstraido con las cavilaciones doctorales que de ordinario le ocupaban podria muy bien no reparar su ausencia del lecho, como no po-

cas veces sucedia, y levantándose de prisa vino á arrojarse en el lugar mismo en que nuestro hombre acostumbraba á desnudarse para tomar pié (mejor seria decir—para tomar rodillas) en el territorio conyugal.

En efecto—el pobre Fiscal vino caminando con su lámpara en la mano en una completa distraccion hasta su embarcadero de costumbre, y ya iba á poner planta sobre los vestidos de su señora, sin verla, cuando retrocedió todo erizado como si un súbito espanto se hubiese apoderado de su alma; adelantó su lámpara para ver bien lo que tenia por delante; fijos los ojos y abierta su boca cuan grande era siguió retrocediendo paso por paso y á compás clásico, hasta una cómoda en la que dejó la lámpara y se apoyó mientras pasaba la impresion primera del súbito terror que lo habia aniquilado.

—Ay! ..... Ay!...... Ay, Dios mio!....Ay, Dios mio! decia á media voz, y creyendo que su muger estaba yerta no se atrevia todavia á acercarse ni á tocarla. Mas, vencida su timidez por el amor se lanzó de pronto sobre la que él creia su cadáver, y tomándola por la cintura la suspendió en sus brazos diciéndole con todas las señales de la angustia:

—Antuquita!....Antuquit a mia!....qué tienes co-

razon !.... mírame, por Dios !....y la pérfida sirena, desgonzada como si no tuviese una sola coyuntura que obedeciese á su voluntad, se dejaba caer á uno y otro lado revolviendo los ojos hácia arriba, como si estuviera en sus postreros instantes. El bachiller no sabia que hacer, se agarraba la cabeza allí hincado y sosteniendo á su mujer, hasta que desesperado volvió á ponerla sobre la alfombra y salió gritando por todos los cuartos: Rojana ! Estativa ! Olimpia ! Aspásia! Timoclea ! y otras tantas negrillas esclavas de quienes el señor Estaca habia hecho una traduccion andante de Quinto Curcio, dejaron los míseros lechos en que dormian y acudieron espantadas á los gritos del amo.

—Vuestra amita se muere, negras del demonio ! canallas indignas del nombre que llevais, ¿y vosotras estais durmiendo ?.... Venid pronto !.... pronto ! y dando un tiron del pelo á una, un empujon á otra, una patada á esta, un pellizco á aquella, las empujaba á todas al aposento, donde la señora fiscala habia ya prorrumpido en abundante y bullicioso llanto.

—Un físico ! un físico ! gritaba don Marcelin; y la primera negra que pasó por su lado para obedecerle y

llamar un físico, recibió por via de aliciente una animosa patada que la hizo adelantar trastabillando.

—Antuca de mi alma ¿qué tienes?......¿qué tienes, ídolo mio?......decia el bachiller desesperado acercando su rostro al de su mujer que lloraba con desafuero... ¿qué tienes, vida mia? y como percibiera su cercanía le dió un vigoroso empuje de repulsion, y apretó á llorar con mayores ánsias y con mayor dolor.

—Hombre desgraciado!....esclamaba el bachiller y se paseaba por el cuarto como un demente, mientras que su señora repeliendo á sus criadas y al marido se revolcaba llorando, jimiendo y estirándose alternativamente como desmayada y yerta.

En medio de esta cruel ansiedad para nuestro pobre Fiscal, que se paseaba por el cuarto tironeándose el pélo y haciendo dengues para evitar las envestidas convulsivas que su cara mitad le hacia por el suelo, entró todo apurado y á medio vestirse el supradicho físico por quien habian enviado. Era este un negro de dos cuartas de jeta, frente angosta, ojos saltones, tez húmeda y lustrosa como si tuviese barniz de aceite, vestido grotescamente con el traje de los hombres acomodados, y que al verse en aquella escena de dolor saludó humildemente á nues-

tro aflijido Fiscal diciéndole—buenas noches mi amo.[1]

—Muy bueuas las tengo ! bárbaro ! le contestó el Bachiller ¡ cúrame pronto á esta señora !

—Así me dé Dios el poder de hacerlo como tengo la voluntad, mi amo; dijo el físico negro aproximándose con majisterio á la enferma, que habia empezado á tenerse quieta limitándose á dar quejidos.

El físico observó á la Fiscala, le puso la mano sobre las sienes y despues de un rato se levantó abrió la ventana, miró las estrellas que estaban perpendiculares al techo del cuarto, hizo señas como si partiese con los dedos la parte del cielo que observaba, y se volvió á mirar y á tocar á su enferma; púsole la mano por largo tiempo sobre el corazon, y como si empezase á formar juicio del caso dacia entre dientes: esto es !. . . .oh ! de cierto, esto es !. . . .y seguia observando.

Nuestro aflijido Fiscal estaba inmóvil y pendiente con una gran ansiedad del parecer ó del decreto suspenso en los gruesos lábios del médico negro; pero este, con una gravedad imperturbable parecia no ver ni interesarse por

1. No hace medio siglo à que no habia en Lima médico alguno que no fuese negro, por que esta profesion era tenida allí por tan baja que no se creia posible pudiese ejercerla un hombre blanco; y aun hoy no ha terminado todavia esta preocupacion.

nadie allí sino por observar á la enferma. Como si siempre hablára consigo mismo dijo—la respiracion es mala !. . . .y acercó su oido á los lábios de la señora Fiscala. Esta entonces le sopló al oido con sumo disimulo la siguiente pregunta. ¿Te habló *Miguelito* ?. . . .El físico que le tomaba el pulso al mismo tiempo que aparentaba observarle de cerca la respiracion, le apretó la mano en señal de afirmativa. La enferma empezó entonces á mostrarse en un nuevo acceso de convulsiones y de quejidos; y levantándose el físico dijo con una sentida emocion: vuelve el ataque:. . . .el mal es muy grave, mi amo !

—Pero qué es lo que tiene, por Dios! esclamó el Fiscal.

—Oh !. . . .¿lo que tiene ?

—Sí: ¿que es lo que tiene mi Antuca ? Dios mio !

—Tiene, señor, una cosa incurable para nuestro arte.

—Incurable ! Cielos Santos !. . . .Pero por qué es incurable, Esculapio del infierno ? charlatan ! Brujo ! ¿por qué ha de ser incurable ?

—Porque es un mal del alma, señor doctor.

—¿Y que tenemos con eso ? Si no sabeis curar á los que tienen alma? qué es lo que sabeis ? ¿os llamais físicos para curar perros ? Bestia !

—Perdone su merced: hay males del cuerpo y hay males del alma: los unos son *físicos*, los otros son *éticos*: las drogas son para los primeros; los segundos son de veinte categorias segun Aristóteles y Galeno.

—Vete al infierno con tus categorías, palangana !.... lo que yo necesito es saber lo que tiene mi Antuca ! decia el Bachiller medio loco de dolor.

—Oh ! mi amo, lo que tiene mi amita es un mal de la décimatercia categoria bajo la influencia de la constelacion del toro (cuyos cuernos nunca he visto mas claros) partido por la mitad; es un mal cruel, que la está devorando por dentro, es mal que le destroza el corazon, un mal que la mata sino se averigua la causa de su dolor para hacerla desaparecer.

—Dios mio ! Dios mio ! ¿qué es lo que me pasa, señor ?....Y bien, tio Serapio: ¿como haremos para averiguar esa causa ?

—Es preciso hacerlo con precaucion, con muchísima precaucion. Debo ser franco con su merced: sospecho que su merced le ha dado á la señora algun gran disgusto ! dijo el negro hablando muy quedo al oido del bachiller.

—Yo ?....yo ?.... que decis, insolente ?....

—Señor ! las señales de allá arriba nunca mienten !

—Pero mienten los que las interpretan.

—Segun !. . . .segun: no, amo ! dijo el negro enderezándose con fatuidad. Vamos à la prueba ! despida su merced á toda esta gente, quedemos solo los dos.

Luego que se quedaron solos en efecto—sacó el negro un frasquito de un líquido verde, y abrió una cajita que traia en su bolsillo, de la que tomó un pequeño hisopo: lo empapó en el líquido referido, y tocó muy suavemente con él en los lábios de la Fiscala. Empezó esta á serenarse por grados, y el físico trató de suspenderla como para hacerla sentar. Ella se sentó en efecto, quejándose siempre y oprimiéndose el corazon con la mano derecha.

—El mal está aquí ¿no es cierto, mi amita? le decia el negro palpándole sobre el pecho.

—Yo no sé donde está, tio Serapio ! dijo ella al fin con una voz moribunda. Pero yo quiero morirme !. . . . . . .yo no puedo ser feliz ya sobre la tierra !. . . .Diós mio ! Dios mio !. . . .Soy la mujer de un verdugo . . . . la mujer de un ladron !. . . .quiero morirme !. .—que me quiten á ese hombre de mi vista ! esclamaba la Fiscala con todos los accidentes de la demencia, y se revolcaba otra vez por el piso del aposento.

El bachiller estaba estupefacto y consternado.

—Ya lo preveia ! decia el negro contristado: no hay cosa mas funesta que esta conjuncion de la constelacion del toro con....

—Por Dios, tio Serapio ! otra vez ! déle usted otra vez su medicina ! Es preciso que mi Antuca se calme, es preciso que yo pueda hablar con ella; porque me enloquezco pensando de donde ó de quien le puede venir esta fatal preocupacion.

—Señor Fiscal: yo estoy aquí de mas. Su merced es quien puede únicamente curar á la señora. Es preciso que la causa del mal desaparezca; si nó....no hay remedio!...la hora fatal....

—Calla ! calla hombre impío ! brujo inexorable !

—No hay remedio, señor: aquí tiene su merced este líquido precioso que puede calmar por una ó dos veces mas los accesos de la señora, pero que no tardará en ser impotente si su merced no cura la causa moral: apliqueselo su merced à los làbios; yo me retiro al otro cuarto, y esperaré el resultado. Pero tengo que repetirle, señor, que la causa del mal, y la causa de la muerte de la señora, es necesariamente su merced, algun grande disgusto moral que su merced le ha dado ! y diciendo esto con

un tono lleno de autoridad el negro puso en las manos del bachiller su frasquito y se retiró.

El bachiller se quedó como un autómata, pero al ver que la dueña de todo su afecto se revolcaba con las ánsias de la muerte, se arrojó dolorido á su lado, la sujetó entre sus brazos, y en vez de tocarle los lábios con el hisopo le derramó en la boca medio frasco de líquido aquel de virtud. Reveló entonces una esquisita sensibilidad la señora Fiscala; pues se incorporó con rapidez y escupió con asco el brevaje del negro, sin poder contener un flujo de arcadas que por fortuna no pasó adelante.

El Bachiller aprovechó oportunamente de este incidente y abrazándose con ternura de su esposa, y colmándola de besos en la frente mientras ella luchaba con sus violentas arcadas, le decia: Antuca mia! ídolo mio! ¿de qué es lo que me acusas? Habla, vida mia! dime lo que quieres de mí, y verás que hasta la vida puedo dar por verte buena, y quitarme este horrible peso que agóvia mi cabeza.

Ella entonces lo miró con ternura y con un cierto aire de reproche; como si le costara mucho hablar le dijo—Ah! si fueras capaz de cumplirme lo que dices!...

volverias sobre tus pasos y me salvarias de un dolor que me mata....que me mata, Estaca!....que me mata!.. y al decirlo sacudia su cabeza y lloraba sobre las palmas de sus manos.

—Hija mia!....Por Dios! dime lo que he de hacer!....óyeme!....haré lo que me mandes, pero no me enloquezcas con vuestro dolor....¿qué es lo que os he hecho por Dios? ¿qué es lo que os he hecho?

—No me lo negueis, Estaca! dijo ella dejándose conducir por su marido hasta una silla donde la hizo sentar arrodillándose él por delante de ella; no me lo negueis: vos sois el que vais á hacer quemar á Mariquita Perez: vos sois su verdugo y yo me lleno de horror al pensar que mi marido pueda ser tan bárbaro y tan cruel: el Padre Andres queria salvarla; y vos sois (yo lo sé bien) quien exige que la quemen!....¿y quereis que no prefiera morirme?....Si! quiero morirme! quiero morirme! esclamó la Fiscala en un nuevo ataque de convulsiones y abrazándose de su marido lo hacia girar por todo el cuarto. ¡La muerte, mil veces la muerte!

En medio de esta confusion que no puede narrarse, el marido protestaba que no era él quien habia acusado y hecho prender á la Maria Perez: que era calumnia el

atribuirle á él ese hecho vindicando al P. Andres; y empezaba á prometer á su mujer hacer todo lo posible por salvar á la acusada. Pero la Fiscala estaba cada vez mas delirante hasta que de repente se desprendió del marido y cayó como un tronco al suelo.

—Tio Serapio !....tio Demonio !....gritaba el bachiller corriendo de su mujer á la puerta del aposento, y de la puerta á su mujer....¡ Se muere Antuca ! se muere !

El negro acudió á los gritos y contemplando con gravedad á la fiscala estirada en el piso, dijo:

—Esta constelacion del toro es terrible, señor !

Se acercó, tocó la frente, tomó el pulso; y agregó levantándose: esto va de mal en peor, señor ! tengo que ir de prisa á mi casa á traer otro elixir restaurante para ver si la hago volver: entretanto comprímale su merced la cabeza con un pañuelo; yo vuelvo al instante.

Acababa apenas nuestro sabio de cumplir la recomendacion del negro cuando entró ya este bañado en sudor y respirando apenas. La señora volvió en sí y como el doctor Estaca le prometiera al fin consagrarse desde que amaneciera á trabajar en favor de la niña doña Maria, fué se-

renándose poco á poco y recobrando su salud, sin sacudir por eso el caimiento en que pretendia estar.

No es propio de este lugar seguir refiriendo en accion las mil ternuras y las mil gracias con que la fiscala le demostraba la gratitud á su marido.

—No puedo menos que estrañar, le decia este, que hayas venido á tomar tanto interés por una muchacha que antes de ahora te ha sido tan antipática.

—Ah !....pero verla quemar, querido mio !....es una cosa horrorosa; y ademas, he pensado que tú la perseguias por la aversion con que yo te habia hecho mirarla; los remordimientos me hubieran muerto, si no hubieras sido tan bueno.

—Mira, Antuquita: habeis hecho una zoncera; y si es que querias empeñarte, ya que estabas resuelta á exigirme que la salvara ¿porqué no sacar algun provecho ?

—Oh! yo estoy cierta, querido mio, que tio Serapio dirá lo que he sufrido por ellos, y que me sabrán pagar como merece el padecimiento cruel que he tenido.

—Quien sabe?....el egoismo y la avaricia de ese mercader no tienen límites, y no es capaz de un acto de caballeria.

—Pues yo estoy convencida de que sí; y tan convencida estoy, que si no lo hace así consentiría en sufrir mi dolor; te rogaria que me llevases al campo, á Chorrillos por ejemplo, y que castigases su miseria llevando adelante la causa de la hija.

—Queda segura de que asi lo haré; por que no debes creer en la gratitud del mundo: la gratitud verdadera es la que se salda de contado.

—Confia en mí, Estaca!....me ha hecho sufrir mucho esa gente para que pueda escusarse de demostrarme su gratitud como tú dices; además de que tenga motivos para decírtelo!

—De todos modos, vida mia, tú puedes contar con la lealtad de mi promesa....Mas, á decirte verdad—no sé como hacer para inducir á mis miras al padre Andres..... ¡hacerlo retroceder....es cosa árdua....imposible tal vez!....Pero en fin, Dios me inspirará; el tiempo me sugerirá algun camino, y si los motivos en que tú confias no fallan será preciso que luchemos....al fin: yo sé los que tiene y poco importa que él sospeche los mios.... Sin embargo, tentaré primero con prudencia los caminos indirectos.

CAPÍTULO XXIII.

MÉTODO DE AQUEL TIEMPO PARA ALEGAR DE BIEN PROBADO.

Desde que nuestro doctor bachiller vió en calma los accesos de su señora, mediante el compromiso que habia contraido de trabajar por arruinar el plan en que tanto habia ayudado al padre Andres, se retiró de nuevo á su estudio, porque la sorpresa y las aflicciones que acababa de pasar le habia imposibilitado de pensar siquiera en dormir. Volviendo á tomar su lámpara se volvió á su bufete sin saber siquiera cómo iba á hacer para cumplir su oferra, ni qué camino habia de tomar para salir airoso de la dificilísima empresa de hacer retroceder á un hombre tan fijo en sus ideas, tan tenaz en sus voluntades, y tan positivo en sus objetos como el padre Guardian de San

Francisco. Era preciso sin embargo lograrlo: lo habia prometido á su señora: era evidente que esta tenia la voluntad de exigirselo y que estaba movida á ello por algun interés muy fuerte, y nuestro caro bachiller sabia que no habia remedio, que era preciso servirla ó doblar el cuello á los furores de una tempestad aterrante.

La incertidumbre acerca de los resortes que haria jugar, la falta de un pensamiento fijo, la falta de pretesto para cambiar de ideas de una hora á otra hora del mismo dia, y la necesidad imprescindible de hacerlo, lo tenian en una desconsolante cavilacion que bien se revelaba aun al través del paso de ganso con que se paseaba por su estudio bajo los trofeos de telarañas que flameaban sobre su cabeza.

—¡Y que todo esto se haga sin provecho, Señor! decia él: estas mujeres tienen caprichos inconcebibles: nadie odiaba mas á esa muchacha que mi Antuca: y véala usted de repente interesándose por ella! Bien comprendo que nuestro amigo el señor administrador de correos se habrá empeñado con ella; pero ya que tomaba á pechos el servirlo ¿por qué no hablar antes conmigo? yo le hubiera indicado los medios de que este no fuese un trabajo tan estéril!......Pero ¿para qué es romperse la cabeza?

Las mujeres, señor, son puro capricho, puro sentimiento: no piensan, no se ocupan del porvenir; no consideran las situacianes ni las dificultades; y piden las cosas como los muchachos piden los juguetes, por la impresion del momento y por el gusto de que les hagan el gusto.... ¡ Pues sabe usted que voy á hacer un bonito papel con el padre Guardian!... Tras de que él le tiene una antipatia conocida á mi pobre Antuca, por su genio festivo y por su aficion á los bailes, á los paseos y á las demas diversiones inocentes de que la pobre gusta tanto....Ya me guardaré yo de dejarle sospechar siquiera la parte que ella ha tomado en esto !....Pero no puedo resignarme á hacerlo asi no mas....¿Por qué no ha de pagar ese pícaro viejo avaro, que bastantes crímenes carga sobre su espalda, el servicio que tengo que hacerle ? No, señor: voy á hacer llamar á ***Miguelito***; es amigo leal de la casa y desempeñará bien su comision.

—Guay ! eres tú Miguelillo ! dijo el Fiscal todo sorprendido al tropezar con el maricon en la puerta de su estudio al mismo tiempo que salia para hacerlo llamar.

—El mas humilde criado de su merced, señor Fiscal, gloria y tupé de los sábios del Perú !

—Adulon! le dijo el bachiller tironeándolo suavemente de una oreja.

—Adulon? ¿pues hago yo otra cosa en todo el dia mas que amarlo á su merced, y reverenciarlo, y adorarlo, y quererlo?

—Basta, canalla!.....Dios sabe si te acuerdas de rezar por mi salud espiritual y temporal, para ahora y despues de mi muerte.

—Pues ahora le voy á probar á su merced que Miguelito nunca adula á nadie; que cuando dice que ama es por que ama; que bien puede ser un bruto sin que por eso miènta cuando dice y repite y grita, y proclama que V. S. es el sábio de los sábios; y que los que no lo dicen asi en público es por envidia, y bien lo confiesan en sus adentros, como yo lo sé por testimonios irrefragables: dijo impávidamente el maricon, y entrándose al estudio dejó caer sobre la mesa del Fiscal dos bolsas de tucuyú bien llenas y pesadas, que al caer hicieron el ruido incitante de los metales preciosos.

—¿Qué es eso? dijo el Fiscal sorprendido.

—Cómo qué es eso! que no distingue su mercèd el ruido del oro del de la plata?.....son onzas!

—Onzas? onzas? preguntó el doctor pestañeando.

—Onzas! onzas! Sí, señor; y las trae Miguelillo el adulon, el canalla, el desagradecido, el que no quiere á su Fiscal, el que no busca recompensas para la sabiduria, el que....

—Pero estas onzas de donde vienen y para qué son?

—Estas son para su merced, dijo el maricon haciéndolas sonar de nuevo con mucha fuerza, las otras son para la señora: y ahora mismo las está guardando en sus gavetas. ¿Pues qué le parece á V. S que no hay gente sensible que se entusiasme con las buenas acciones, y que trabaje por recompersarlas?

—No entiendo jota, Miguelillo, de todo lo que me estais diciendo; dijo el Fiscal acercándose con cariño al Maricon.

—Bien lo sabemos: todos lo proclaman: V. S. es modesto en su saber, recto en sus acciones, inocente y cándido en sus miras, severo en sus principios, inflexible en sus deberes, y enemigo de que se sepan sus beneficios. Pero lo presente era muy demasiado grande, demasiado bello, para que la gratitud pública no estallase con todo su entusiasmo por V. S.

—Esplícate, por Dios, hijo! No comprendo todavia qué es lo que ha habido. ¿Qué significa este oro?

—Tio Serapio el físico lo proclama á esta hora, y á voz en cuello, á quienes quieran oir; y todos saben la bella accion de mi amita Antuca y de V. S. Si, señor; tio Serapio anda de puerta en puerta anunciando que la Maria no será quemada mañana como decian y que lo debe á la....

—Pues qué ! decian que el auto de fé era mañana ?

—Todos lo aseguraban.

—¡ Qué bárbaros ! *¿ Ubinan gentiun sumus ?*

—Eso mismo decia yo, por que como V. S. dice no es tan fácil cortar y beber las uvas.

—Sí, eso es !....has traducido bien, Miguelillo ! ha ! ha ! ha ! muy bien.

—Gracias ! gracias ! señor Fiscal.

—A lo sólido, maricon!....y estas onzas ?

—Pues bien, estas onzas, como le decia á su merced, el tio Serapio ha dado la noticia de que su merced se ha puesto del lado de la Mariquita y la salvará de que la quemen como quiere el padre Andres.

—¿ Quién es el estúpido que anda diciendo semejante cosa ? dijo el doctor con la mayor consternacion; que me llamen á ese pícaro al momento (agregó:) para hacerle pagar su calumnia !....Yo en hostilidad con el se-

ñor Guardian....Pues que no vé ese pícaro que me compromete, que me pierde, que me inutiliza hasta para dejarme airoso con Antuquita?

—Pero, señor Fiscal ¡por Dios! tenga V. S. un poco de calma; tio Serapio no anda gritando la noticia por las calles; no es tan material lo que he dicho: se contenta con darla al oido á los amigos de la Mariquita que por cierto son bien pocos en Lima desde que la creen herege, y crea su merced que son mas los que se alegrarian de apiñarse para verla arder, que los que aplaudirán cuando la perdonen, porque nuestro pueblo es tan cristiano y tan moral, que nada le inspira mas entusiasmo y regocijo que el patíbulo de los herejes, que tienen otra religion.

El bachiller entre tanto se paseaba de prisa por el cuarto con las manos tomadas por detrás y la frente inclinada al suelo.

—Así pues, continuaba el maricon, tio Serapio ha sido mas prudente: proclamó el bello impulso de su merced al oido del señor Administrador de Correos, que es un amigo seguro, y nada mas; y este fué y se lo proclamó al oido de don Felipe Perez.

—¡Avaro! miserable! dijo el Bachiller como de paso.

—Y el pícaro avaro, agregó el Maricon, recordando el afecto con que mi señorita Antuquita me proteje, me hizo llamar inmediatamente: en dos minutos dejé el lecho en que dormia, y estuve en su casa: el viejo miserable me estaba esperando, y señalándome dos talegas que estaban sobre una mesa me dijo: lleva ese pequeño obsequio al señor Estaca.

—Al señor Estaca!....y nada mas?

—Nada mas....¿qué mas habia de decir?

—¿Y mi título de Fiscal?....Y mi título de *in utroque?*

—¡Ah, sí, señor! dijo el señor Fiscal doctor in bodoque.

—¡Mientes, pícaro!....No ha dicho semejante cosa: yo bien sé que ese insolente es de los que dicen que yo no soy doctor; pero al fin me las ha de pagar todas.

—Y en onzas, señor, como ha empezado ya, porque esa es la mejor paga!....El hecho es que ese insolente me dijo: lleva ese pequeño obsequio al señor doctor in bodoque.

—In....*tu madre*, ¡animal!

—Bueno! ¿qué sé yo como se dice? «llévalas allá, me dijo, y preséntalas á la bella doña Antuquita, como una

pequeña muestra de mi gratitud en este momento.»

—¿En este momento, dijo?

—Sí, señor, en este momento: y aun creo que lo que dijo fué en «este primer momento», de donde yo inferí que su gratitud puede muy bien tener dos ó mas momentos. El hecho es, que yo, desconfiando de la avaricia del viejo, y pagándole con mi menosprecio, ahora que él está abajo, la antipatía y el odio con que me miraba cuando estaba arriba, me acerqué callado á las talegas y las desaté para ver de que eran, porque si hubieran sido de pesos, las tiro abajo de la mesa y me salgo. Pero confieso que cuando ví que eran de onzas quedé un poco mas confortado, y saliéndome callado me vine aquí en derechura y se las di á mi amita; mas esta le manda á V. S. una no como cosa de don Felipe, sino como cosa de ella, como muestra del amor y de la ternura con que ella mira á su célebre marido.

—Eso es otra cosa!....eso ya cambia de especie.... Ademas, debemos tener presente que Antuquita no habia recibido nada cuando interesó mi sensibilidad en esta causa y como la gratitud es un sentimiento noble y virtuoso que tanto el juez como la ley debe fomentar, es claro que sus efectos son nobles y virtuosos tambien; y

por lo que me dices ya veo que esta es la *naturaleza legal del caso*.... Por lo demas, yo haré lo posible para que la muchacha no sufra la última prueba, y para que la causa no se lleve por el *proceder magno*, que es tan público cuanto aterrante. Pero en esta causa hay complicaciones de muchos crímenes: es indubitable que la muchacha esté contaminada con el pestífero amor de la heregía ó del hereje, que es lo mismo; muchas declaraciones atestiguan que esta misma tarde en el conjuro que el Padre Cirilo hizo al borrico poseido por el demonio, á cuyo favor intentaban salvarla, ella se abrazó de uno de los enmascarados y lo nombró ***Henderson! Henderson!*** con todo el delirio de la pasion. Esto es muy grave! Hay necesariamente criminales de alta traicion en Lima! porque estos hechos se corroboran unos con otros así como corroboran las otras declaraciones que ya se habian tomado.

El Bachiller se detuvo aqui y como si una idea súbita le hubiera asaltado dijo de pronto al Maricon:

—Vete, Miguelillo! tengo que meditar cosas graves! anúnciale á Antuquita que no tardaré en ir á besarle los piés con el amor y reconocimiento mas profundo.

—Creo que no la encontrará ya su merced porque tengo que acompañarla á la primer misa.

—Acompañarla tú?....No me parece bien que una señorona como ella vaya acompañada de un Maricon.

—Es que yo no soy *un Maricon*, señor doctor, sino *su Maricon*, el Maricon de la señora....y sobre todo, ella es la que ha dispuesto que yo la acompañe, dijo Miguelillo con enfado.

—¡Ah, si ella lo ha dispuesto, sea enhorabuena!.... pero desearia que fuese al menos *tapada*.

—Naturalmente que ha de ir con saya.

—Asi, no digo nada.

—Y aunque digas! dijo el Maricon entre dientes, ¿qué se nos importa, cabeza de púlpito? agregó retirándose del estudio.

El Bachiller no reparó en él, porque se paseaba preocupado visiblemente con alguna idea de importancia.

—Esto es!....esto es! repetia hablando consigo mismo: la causa de alta traicion es la principal; debe empezarse por ella, porque si bien hay delacion de heregía, esa delacion reposa sobre el dicho de un testigo interesado!....¡De un testigo interesado! aquí está el golpe: Romea atestigua en causa propia en todo lo que es rela-

tivo á la muchacha, mientras que aquello que es relativo á la tapada y á las relaciones del avaro con el hereje se halla corroborado por Gomez; hay pues dos testigos como lo manda la escritura y nuestra ley....El Padre Guardian nada puede decir contra mí: sobre todo, no puede decir que me contradigo, porque yo nunca me contradigo, y bien claro le previne de que la naturaleza de la causa era muy dudosa y que la primacia de los sucesos era la regla á seguir. Sí, señor! me acuerdo que se lo dije, y esto me salva de toda contradiccion.... Mañana de madrugada le voy á ver; y le voy á decir que es preciso cambiar las baterias: arruinemos primero al viejo, el árbol se corta por el tronco y despues todo vendrá: el modo es suspender el procedimiento, pasar oficio al Virey inmediatamente, revelándole los indicios de alta traicion que contiene la causa, y comprometerlo á formar el tribunal mixto con los dos Oidores, para optar á la mitad de la confiscacion: y asi le cumplo mi promesa á Antuquita, de salvar á la muchacha....¡Salvarla! ....No es cosa fácil: el Padre Andres tiene algunos otros motivos que me oculta para proceder contra ella; yo me he hecho el desentendido antes, es preciso que le haga entender ahora que lo alcanzo, y que le obligue á

ser síncero. . . . Entretanto, ¿cómo hago, señor, para hacerle suspender sus procedimientos? ¿Ver al Virey y lanzarlo á intervenir en la causa. . . . es un medio muy violento y muy grosero: el Virey no es mi amigo, y me dejaria en las astas del toro. No, señor! mas bien quemar esa muchacha del demonio y que arda Troya! . . . . Estaca! Estaca! tu cabeza se vá poniendo ya muy estéril! decia el Bachiller y se paseaba con violencia por su estudio. . . . Esto es! esto es! decia despues de un momento de reflexion; el señor Administrador de Correos y Antuquita deberian arreglar este negocio: el Administrador puede ir á ver al señor Virey y ponerlo en tren, y yo cumplo manteniéndome en reserva para apoyarlos con mi parecer y con mi voto en el *acuerdo*. . . . No hay mas: este es el golpe! decia alegre el señor Fiscal, sin sospechar que en aquella hora misma eso era de lo que trataban mano á mano su señora y su amigo.

CAPÍTULO XXIV.

CADA UNO CON SU SECRETO.

Don Francisco de Toledo era un hombre impresionable y ardiente. A una viveza de ideas muy notable reunía la pretension de tener una voluntad firme, mucha energía y grande punto por las regalias de su autoridad. Sensible y bueno por naturaleza, era no obstante violento é imprudente por carácter, alborotador y griton, pasionista y personal: de todo hacia causa propia, y habia llegado á Lima con tal idea de su magisterio y de su poder, que fué el verdadero fundador del tono de corte y de grandeza que el Vireinato del Perú tomó desde entonces, á términos de no ceder en fausto ni en prestijios á la corte misma de Madrid.

La figura del Virey era abierta pero poco imponente. Era pequeño de cuerpo; rostro diminuto y tez blanca y colorada; ojos pestañeadores inquietos y medio irritados movimientos rápidos y continuos; y un cabello escesivamente rubio que empezaba á ponerse blanco imitando las plumas del cisne, como el de Ovidio: eran los rasgos prominentes de esta fisonomía.

Este señor tenia un respeto innato á los hombres graves y mansos que no se apuraban por hacerse oir ni por imponerle opiniones; y cuantas menos intenciones se le mostraban de hacerse valer con él, tanto mas seguro era que al fin él habia de buscar la opinion del que se le reservaba con prudencia; efectos del orgullo de familia y de posicion.

El tributaba una verdadera veneracion al señor Arzobispo Morgrovejo. Mas no era lo mismo con el padre Andres, cuya naturaleza altiva, posicion independiente, fanatismo esclusivo, y carácter rebelde, producian una contínua exasperacion en el ánimo del Virey. No obstante que aquel padre era su confesor titular, existia entre ellos aquella insuperable aversion, aquel odio, aquellos celos, aquellas rivalidades, aquel antagonismo que hubo siempre entre la potestad civil y eclesiástica de to-

dos los paises y que no cesó sino el dia en que esta sometió á la otra las atribuciones soberanas con que habia usurpado todas las fronteras del poder temporal.

Don Francisco de Toledo habia militado en Italia á las órdenes del famoso Condestable de Borbon, que abandonando las banderas de su patria—la Francia—habia tomado servicio con Cárlos V. El Virey habia asistido al saqueo de Roma, á la prision y encarcelamiento del Papa, y á mil otras peripecias de las de aquella época de corrupcion en que la persona del Vicario de Jesucristo se mezclaba con todas las inmundas intrigas de la ambicion y del latrocinio, comprometiendo el augusto carácter que habia recibido de su divino fundador, y arrastrando la tiara por el fango que dejaba la sangre de aquellos combates innobles, en donde no se ventilaban sino los intereses personales de los déspotas, que cual una bandada de buitres devoraba á la iglesia.

El jóven militar habia salido de esta escuela, un tanto irrespetuoso á las dignidades de la iglesia, y no pocas veces se jactaba con grandes carcajadas de risa de haber «*manoseado al Papa Clemente VII*» aludiendo á las muchas veces que le habia hecho la guardia en la prision del Castillo de San Angel y que le registraba la comida,

los vestidos, el cuarto en precaucion de que el Santo Padre nos intrigase para evadirse para Francia.

No por esto don Francisco de Toledo era irreligioso; pero su devocion era parecida á la de los sacristanes de la Iglesia, que habituados á manosear los santos, á vestirlos y desnudarlos, llegan á mirarlos con cierta confianza de intimidad, que si bien disminuye en ellos el sentimiento de veneracion que les presta el vulgo, no los hace por eso ni menos devotos ni menos fanáticos.

De todos modos—el hombre no podia desprenderse de cierto menosprecio hácia los frailes, y no podia comprender siquiera que un Virey tuviese que contenerse ante las pretensiones del sayal.

Eran muy graves ya las contiendas que esta predisposicion de ánimo habia producido entre él y las autoridades eclesiásticas; y el Consejo de Indias, lo mismo que la Mesa del Rey estaban llenas de memoriales y testimonios, de quejas y apelaciones provenientes de la anarquía radicada entre estos dos poderes. Diré de paso que esto sucedia no solo en Lima, sino en todas partes donde habia un correjidor y un cura—desde Méjico hasta los rincones del Paraguay como lo atestigua la historia.

Este hecho fatal, impersonal, diré asi, de las dos au-

toridades, tomaba colores mas ó menos violentos, segun el carácter de las personas que en uno ú otro campo asumian el mando; y á cada instante se veian Vireyes, gobernadores, y alcaldes, depuestos por los obispos y sus partidarios, ó bien obispos depuestos por los gobernadores y remitidos á España con prisiones: una incesante anarquia era de regla en este particular.

El Arzobispo de Lima era una verdadera escepcion de la regla, gracias á las virtudes y á la prudencia del venerable Morgrovejo, prelado sábio, imbuido de un cristianismo puro de ambiciones terrenales, y que á una erudicion asombrosa en las ciencias eclesiásticas reunia las convicciones de un civilista, porque era enemigo declarado del ultramontanismo.

Pero para que no faltara el gérmen estaba alli el *Tribunal del Santo Oficio*, imbuido de máximas deprimentes de la autoridad civil y de la autoridad arzobispal á la vez; y á la cabeza de ese tribunal estaba el padre Andres y el Fiscal Estaca, hombres ambos presuntuosos y tercos que no acataban por superior á nadie, ni en la gerarquia, ni en el poder: y que, preciso es decirlo, estaban autorizados á ello por la naturaleza de las leyes á que debian su jurisdiccion y su carácter.

Esta situacion que no dejaba de ser bien comprendida por el Padre Andres influia mucho para que él diera un doble valor á los secretos de que Mercedes era poseedora.

Sabia que entre él y el Virey mediaba una hostilidad implacable, hostilidad de persona á persona y de autoridad á autoridad y no se ocultaba el júbilo con que el Virey se habria aprovechado de cualquier pretesto, de cualquier causa aparentemente legal para deprimirlo, y fortificar el tenor de las acusaciones y quejas remitidas á la corte; pues el Virey estaba tambien al cabo de cuanto el padre trabajaba por hacerlo deponer.

Cuando el Virey se apercibió de que el padre Andres procuraba saciar su codicia y su ódio contra la familia de Perez en la ruidose causa de herejia, que le habia formado, no pudo contener su indignacion; y en los ímpetus de su orgullo creyó que degradaba su autoridad, que mostraba miedo si se resignaba á ser silencioso espectador de una causa que tanto interesaba á la quietud pública del Vireinato; y no bien supo la prision de doña Maria, mandó inmediatamente decir al Arzobispo que lo esperaba aquella noche para tomar de él un consejo.

El venerable Prelado acababa de entrar á un salon reservado del Palacio, en donde el Virey lo habia recibido

cuando un ayudante de este le trajo una esquela que el virey abrió: no bien leyó dos renglones dijo:

—Infeliz !!....Lea su Ilustrísima y dígame si esto no parte el corazon.

El señor Arzobispo tomó la esquela y leyó—«Exmo.
« señor: único amparo, despues de Dios, que me ha que-
« dado en medio del duelo que cubre mi casa: en este
« momento, señor, acaba de morir mi esposa; no ha po-
« dido resistir á las amarguras ni al terror por que ha
« pasado; y esta desgracia me escusa, señor, de presen-
« tarme á V. E. como me estaba ordenado. Dos pala-
« bras, señor; mi suerte y la de mi hija quedan en las
« manos de V. E....Me creia incapaz de llorar: pero si
« continúo....

« Apiadaos, señor, de vuestro humilde criado—Feli-
« pe Perez y Gonzalvo »

—Me hace el favor S. S. I. de decirme si puedo yo permanecer indiferente á semejante espectáculo.

—Señor Virey; es atroz!....Pero las leyes hacen de las causas de este género una propiedad particular de la Inquisicion.

—Las leyes, las leyes: dijo el Virey paseándose con enfado; las leyes las hacen ellos mismos para salir con

su antojo. . . .No era asi en tiempo del señor don Cárlos que bien se. . . .en los frailes y en la Inquisicion, y si no que lo diga el Papa.

—Señor Virey! señor Virey!

—Perdone su Señoria Ilustrísima! Esta cosa me saca de mis casillas: lo que se quiere es robar, robar, señor Arzobispo, y yo no lo he de permitir.

—Señor Virey! me permitirá usted que le diga que al obedecer al llamado de V. E. crei que se trataba de conferenciar algun punto en que mí esperiencia ó mis cortos estudios pudieran serle necesarios. Pero si V. E. está resuelto á usar de su poder, sin esto, es inútil mi presencia, señor Virey, y mas gusto tendria en ir á consolar al aflijido.

El Virey se repuso y hablando con mas calma dijo:

—En efecto, señor Arzobispo; yo me propaso: escúseme su señoria, este genio mio es asi: yo queria oir á S. S. I., queria que me diese un medio de parar esta inícua causa hasta dar cuenta al Rey de todo: que me dijese si esto no es atroz, señor.

—Señor Virey: arriba de las leyes que dan las potestades de la tierra, hay para mí otra ley superior, de la que soy sacerdote, y de la que seré martir si fuera nece-

sario. V. S. no está en mi caso: las leyes del reino son su única guia.

—¿Qué me quiere decir con eso S. S. I.? dijo el Virey algo dudoso y sorprendido.

—Que yo, señor, miro al Evangelio para definir lo que es justo; y que V. E. no puede hacerlo sino al tenor de la ley del Reino: que yo, señor, puedo levantar mi voz contra la iniquidad sin que tenga que consultar para ello el texto de la ley humana, y que V. E. no lo puede hacer sin incurrir en falta y atraerse el castigo: quiero decir á V. E. en fin que mi consejo como ministro del altar no puede sostituirse al del Fiscal ó al del Asesor de V. E. Yo tengo que aconsejar la caridad y soy mal ojo para analizar y deducir la competencia y la jurisdiccion en materias criminales.

—Pero, señor Arzobispo, ¿es este un caso de heregía?

—No, señor Virey.

—¿No es?

—No es.

—Y entonces por qué he de sufrir que vaya adelante la causa?

El Arzobispo guardó silencio, y el Virey se paseaba agitado . . . .

—Sí, señor, dijo este al fin, yo voy á intervenir, y que despues el Rey haga lo que quiera....¿Qué es lo que me podrá suceder? que me destituirá en el Perú, donde se necesitan frailes, para mandarme á Nápoles, donde es preciso apretar á los frailes, donde conviene un Virey capaz de bajarles el cogote?......Pues bien!.....que así sea, señor Arzobispo!... ..quiero que me sostengan ó que me saquen de aquí......Estoy aburrido; voy á poner las cosas en un punto definitivo....? Puedo contar con su Señoria Ilustrísima?......por que no soy teólogo; y si el caso no es de herejía quiero suspender la causa; para esto necesito que el padre Andres venga aqui con su Fiscal Estaca y que Su Señoria Ilustrísima se encargue de sostener que el presente no es caso de herejia, y si no quiere obedecer á lo que yo resuelva yo me encargo de forrarle las uñas!.... lo he hecho con el Papa, cuanto mas....Perdon, señor, Arzobispo.

—Señor Virey: yo estoy pronto á sincerar mi parecer: el caso no es de herejía segun las leyes del Reino. Pero permitame V. E. que le recuerde que hay una coincidencia feliz que pone en manos de V. E. el remedio de todos estos males: cumpla V. E. con la cédula real que

se despachó el año pasado, ordenando la convocacion de un concilio provincial americano.

—Pero eso aumentará el desórden y la anarquia de estas provincias, señor Arzobispo.

—No, señor: eso establecerá la regla, el órden: la Iglesia tiene el derecho de gobernarse á si misma por la voz y el dictado de sus prelados, y crea V. E. que el consejo de no cumplir esa órden no se lo dán sino los que están interesados en la continuacion de los abusos.

—No, señor Arzobispo: yo conozco los bueyes con que aro: si todos los prelados fueran como S. S. no abría nada que decir, pero siendo quienes son, en medio de las rencillas y los intereses que S. S. misma les conoce, estoy cierto que no van á estar de acuerdo un solo dia, y que el desórden vá á ser mayor en estos pueblos.

—Sea lo que fuere, señor Virey, V. E. no tiene autoridad para privar á la Iglesia de ese gran recurso de curacion, y de disciplina: el soberano lo ha permitido: la Iglesia es la Iglesia de Jesucristo en todas partes, tiene el derecho de formar esa asamblea soberana para su propio gobierno y establecimiento y no es el Sr. Virey competente para estorbarlo; se lo he repetido siempre á V. E. y no cesaré de repetírselo: el Concilio, ¡señor! el

Concilio! La reciente iniquidad que tanto indigna á V. E. es un nuevo motivo para establecerlo y para entregarle la decision de estas causas de mal y de desórden. Sin el Concilio, señor, seguirán los pueblos sin curas y sin adoctrinamiento evangélico; la predicacion será nula y la idolatría se sostituirá á la religion: tendremos el reino de los sentidos; pero el reino de las almas será del Infierno y no del Evangelio.

El Virey escuchó y se quedó pensativo.

—Y apelando al Concilio, me decis, que puedo contener los procedimientos del Padre Andres?

—Podeis, señor; porque en las cosas de la Iglesia nada hay superior á la voz de los Prelados reunidos en Concilio.

—Pues voy á reunir el Concilio, señor Arzobispo.... A fé que despues no seré yo quien tenga que responder del resultado; con ese paso al menos descargaré mi conciencia para todo evento.

—Yo felicito á V. E., señor Virey, por esa medida; y aunque su resultado fuera esquivo á causa de los vicios y de las imperfecciones de los hombres que la hayan de cumplir. ella es de tal naturaleza que habrá habido

siempre honor y virtud en haber tentado el remedio por su medio: si ella falla el mal es irremediable.

—Me lo temo mucho, señor Arzobispo: yo no soy sábio: yo no soy mas que soldado, pero á ojo (dijo el Virey poniéndose dos dedos sobre los ojos) nadie me gana. Solo el respeto que debo á Su Señoría Illma. y el deseo de que no salga con la suya el Reverendo Padre Andres, me hacen desistir de una oposicion que me nace de aquí adentro: yo veo claro mis razones, pero no las puedo esplicar. En fin, convoquemos el Concilio.

—Si, señor Virey, convoquemos el Concilio.

—Bien, señor Arzobispo! quiere decir que ahora mismo paso oficio al Inquisidor de suspender todo procedimiento en atencion á no ser causa de heregía la que ha intentado, y librando la resolucion del punto al Concilio; ¿ no es así ?

—Pero yo invitaria, señor Virey, al Padre Andres á que viniese á conferenciar sobre la materia.

—Si, señor! si, señor! . . . . esa es mi idea; que venga, que venga! decia el Virey paseándose con viveza por el salon.

—¿ A qué hora, señor Virey ?

—A las siete de mañana....Siento haber molestado á Su Señoría Illma. hasta tan tarde.

—Oh! no, señor Virey; la justicia y la caridad son para mí el compendio del Evangelio, y mi gloria es trabajar por ellos, trabajar por ellos! decía el Arzobispo retirándose con el paso lento y venerable que tanto realce daba á sus viejos años. El Virey le acompañó con un solícito respeto hasta la puerta de su coche, en el que se puso en retirada hasta el palacio Arzobispal.

El Sr. Fiscal Estaca ignoraba que el Padre Andres habia recibido muy de mañana una misiva del señor Virey, que lo tenia en una profunda irritacion, con los objetos que quedan indicados en la escena anterior; y cuando nuestro Bachiller se devanaba los sesos en vano para encontrar un medio de salir de sus aprietos, recibió un recado del Padre Guardian diciéndole que fuese inmediatamente á verlo.

Pero antes de que el Fiscal hubiese recibido el llamado, don Bautista el Boticario, que tenia de costumbre el oir la primera misa, y pasar despues á la celda del Padre Andres á tomar el rico *mate* perfumado, habia entrado en ella y estaba mano á mano conversando con el Padre. Como hablaban á media voz y en un tono muy confiden-

cial era evidente que trataban de algo muy reservado.

—Mejor es que pasemos á la otra pieza, amigo don Juan, le decia el Padre al Boticario; por que espero al Fiscal Estaca y podria interrumpirnos.

—Como Su Reverencia mande, le respondía él.

—Pedrillo! gritó el Padre, y á su voz acudió el negrito que le servia.

—Si viene el señor doctor Estaca házlo entrar y dále mate; que yo voy á confesar al señor don Juan.

El negrillo se quedó de centinela y el Padre se encerró con don Bautista en la otra pieza.

—Pues amigo, dijo el primero, es preciso que desarmemos á esta maldita chola!....yo me habia lisonjeado que usted pudiera descubrirle lo que ha hecho de la criatura y de los papeles.

—Ni palabra he podido hasta ahora obtener de esa gente infernal: unas veces me dice que la criatura murió; otras que la tiene viva y á su disposicion, otras que los papeles los remitió á España, otras que los tiene depositados en manos de una persona que los presentará al Virey en el momento que ella sea presa por V. P. ó por otros. Le he dado oro, me he ganado toda su confianza; pero

sobre ese asunto nunca le puedo averiguar cosa ninguna. ¿Sabe su Reverencia lo que me ha dicho anoche mismo? que la criatura es doña Maria misma.

—Miente! dijo el fraile indignado, al mismo tiempo que el boticario fijaba en él una mirada aguda y estraña de espectativa. ¡Miente! agregó aquel: no es la primera vez que esa malvada procura hacerme caer en ese error, pero ella ignora que yo mismo he confesado á la hora de su muerte á la partera que ayudó á doña Mencia.

—Anoche ha muerto.

—No, señor! murió ahora dos años.

—No digo eso, sino que anoche ha muerto doña Mencia.

—Ha muerto? preguntó el fraile azorado.

—Si, señor! anoche: cuando me llamaron era ya cadáver.

—Pobre! era buena cristiana; agregó el fraile dominándose; mire usted todo el mal que causa un hijo con sus estravíos á los que le han dado el ser!.... Las pasiones, señor!.... las pasiones son la plaga del mundo; y no hay remedio—el terror es el único medio de contenerlas. ¿Cuantas otras no se salvarán con este saludable

ejemplo! ....y oígalos usted declamar contra la Santa Inquisicion! En fin, don Juan, como le iba diciendo á usted yo mismo confesé á la partera de la difunta á la hora de su muerte, y con el crucifijo sobre el pecho se ratificó en lo que cien otras veces me habian asegurado—que la Maria era hija efectiva de doña Mencia; ademas de que su rostro mismo revela su orígen europeo puro. ...Yo voy á prender á esa maldita zamba, y que reviente la bomba por donde Dios quiera.

—Ah! no, señor Guardian! dijo don Bautista con calor: seria una imprudencia. Déjeme trabajar con calma, V. R.: yo le respondo de que la zamba no se precipitará, porque no me he de alejar un momento de su lado; y ya que he tenido la fortuna de recibir de V. P. una comision de tal confianza, ya que uno y otro somos uno solo por la intimidad de los secretos, procedamos con prudencia, y yo respondo de que he de descubrir á la niña y de que le he de traer á V. P. esos papeles.

—Pero cuidado don Juan con lo ofrecido.

—Lo prometo!

—Yo hablo de lo anterior.

—¿De don Felipe?

—De don Felipe.

—Se hará, señor Guardian! se hará!....el hombre es ya viejo, y en mi botica tengo el mejor tratado de *Hæreditate* que se puede hallar en todo el reino: el capítulo—*De aquellos que pueden y deben ser herèderos*, no deja nada que desear. Sobre eso pierda V. P. cuidado: lo que importa es no tocar á la zamba mientras tenga sus uñas, porque ese demonio armará una polvareda fatal: es una harpia, señor Guardian! Ni yo mismo que tanto cuidado he tenido en ganármela y en no darle ni un perfil por donde denigrarme, me libraria de sus calumnias!

—Si ella sabe tanto de usted como yo, no tendria mucho que decir; usted es prudente, mi amigo.

—Si, señor Guardian, lo soy; pero no tanto como parece: mi vida es aquí tan pacífica, tan sumisa, tan estéril que aunque estuviera rodeado de espías y de enemigos no podria ente alguno ocuparse de mí con interes. Esta es la verdad, señor Guardian. Pero la prueba de lo solícito que soy para servir á S. P. la tiene V. P. misma. ¿Qué hice en el momento que la zamba me puso al cabo de los secretos que la ligaban á V. P? venir al momento á ponerme á las órdenes de V. P. y ofrecér-

mele para desarmar á esa bruja. ¿ Esto es ser amigo, señor Guardian? ¿Sí ó nó?

—¿ Y le he dicho á usted acaso que no lo fuese? dijo el fraile sonriendo: lo que le he dicho á usted y le repito es que es usted prudente y reservado.

—V. P. tiene la prueba de lo último: y me jacto de serlo en su servicio.

—Gracias, don Juan! gracias.... Con que usted cree que este llamado del Virey no será efecto de la delacion de la zamba?

—Oh! no señor: estoy cierto que ella no ha dado todavia semejante paso. Me habria consultado antes, y yo habria venido inmediatamente á advertir á S. P. con tiempo para obrar tambien. La zamba está resuelta á todo por salvar á la herética muchacha; pero me ha prometido esperar, y á mi no me faltará.

—De modo que puedo yo sostenerme fuertemente con el señor Virey?

—No prendiendo á Mercedes y dejándome toda mi influencia sobre ella, V. P. puede hacer frente al señor Virey sin riesgo ninguno, y salvar todas las regalias de su jurisdiccion: yo respondo de eso; pero es preciso que yo pueda mantener las esperanzas de Mercedes; porque

si ella desespera es una furia y créame V. P. que no se le puede contener: en ella no hay temor de Dios ni del infierno; ni la vida ni la libertad le importan un cabello: es mujer de estrellarse contra una muralla de picas antes que renunciar á la pasion del odio que le tiene á V. Paternidad. Eso es seguro.

—Yo convengo, don Juan, en eso, y es una verdadera felicidad la influencia que usted ha podido ganar sobre esa harpía .... Yo aguantaré, amigo! dijo el fraile con todas las señales de la ira en el rostro; pero al primer momento en que se descuide ni el cielo entero la saca de mis garras!

El fraile se paseaba con viveza por el cuarto, mientras que don Bautista le escuchaba cerrando los ojos, y encogiéndose dentro de su enorme saco como si se hubiese convertido en oruga.

—Hola! Pedrillo! .... y el señor Guardian? dijo el Fiscal Estaca entrando á la primera celda, con el garbo y la enfática voz que le eran habituales.

—Está haciendo una confesion y ya vendrá, señor: siéntese, su merced, voy á traerle un *matecito.*

—Sí, hijo: traeme un mate; tengo la boca amarga y como yesca, agregó con un tinte particular de melancolía,

En cuanto el Guardian oyó la voz del Fiscal, le dijo á don Bautista:—Voy á recibirle; y tomando este la indicacion por una órden de retirarse, se levantó para irse.

—No salga usted por esa puerta .... por aquí; le dijo el Guardian abriéndole una puertita que daba á un cláustro travieso y despidiéndose de él.

Don Bautista salia del cláustro por un jardincito oscuro que la celda del Guardian tenia á la espalda, y caminaba desprevenido cuando su vista cayó sobre don Antonio Romea que vestido con el sayal se paseaba por debajo de unos cipreces oscuros y tétricos que se alzaban á lo largo de una pared. El malhadado mozo llevaba los ojos fijos en tierra, sus mejillas estaban cadavéricas, y era tal la ferocidad encubierta en su mirada que el boticario se agachó y pasó de largo renunciando al primer impulso que tuvo de acercársele y de felicitarlo por el hallazgo que habia hecho de aquel retiro donde poder olvidar las pasiones y las indignidades del mundo.

Entretanto el Guardian habia venido ya á donde estaba el Fiscal, y tomando un aire supremo de despecho y de indignacion, se dirigió á su amigo y le dijo:

—Ya tiene usted al Faraon en campaña.

—Qué dice V. P?

—Sí, señor: Al Faraon....¡ Aquí tiene usted el insolente oficio que el déspota me acaba de hacer entregar: dijo el fraile sacudiendo en su mano derecha un papel que levantó de su mesa: me impone con apercibimiento de la fuerza pública la suspension de todo procedimiento en la causa de heregia de *la Perez*, y apela al concilio cuya convocacion dice que hará hoy mismo!.... Pero veremos!.... Venga la fuerza!.... nos veremos!.... Ese hombre no me conoce, señor Fiscal!

Seria empresa loca tratar de pintar con la pluma el rayo de júbilo que brilló en el ojo opaco del Fiscal al recibir la noticia de este incidente.

El Guardian siguió desfogándose y protestando que habia de hacer y de acontecer antes que someterse á los avances injustificables del Virey. El Fiscal, agachado sobre el papel que el Padre Andres le habia entregado hacia semblante de meditarlo, escuchando al mismo tiempo las erupciones del enojo de su amigo. Despues que le dejó tiempo para desahogarse, y cuando creyó que debia estar ya agotada su rabia, tomó el Fiscal aire grave y juicioso: y afectando grande calma y grande razon en el tono de su voz, dijo:

—Permítame V. P. que disienta de ella en el modo de mirar este grave incidente.

—¿Cómo, doctor Estaca? dijo sorprendido el fraile ¿usted no está conmigo en este asunto?

—No, señor: muy al contrario me felicito de lo que ocurre como de la complicacion mas feliz que podian recibir nuestros asuntos.

—Espliquese usted, amigo! ¿como es posible que pueda usted mirar las cosas de ese modo?

—Pues las miro, señor Guardian: y tengo para ello razones que si bien no estan ni pueden estar al alcance de todos, tienen para mí una solidez positiva, decisiva, efectiva, y tan eficaz como para fijarme á mí en ese modo de ver....¡Apelar al Concilio! ¿puede darse nada de mas favorable? ¿De cuál lado van á estar los Obispos? ¿del del Arzobispo y el Virey?....No, señor! del nuestro; porque no son tontos para sancionar los avances de dos hombres como esos tan contrarios al espíritu de nuestra Iglesia. En el Concilio nosotros tenemos todo á ganar, nada á perder; y una vez que los humillemos allí, el Virey tiene que retirarse de este teatro, señor Guardian, y el Arzobispo tiene que reducirse á ser lo que es una mómia de impío metida en un cajon de

santo. Agregue V. P. á esto las seguridades que ya tenemos de que en la corte recibirán palo. ¿No sabe V. P. todo el efecto que han hecho allá mis memoriales?.... con ellos solos vamos á dar en tierra con el Faraon ¡señor Guardian!

—Pues yo no opino así! dijo con energía el fraile: yo no consiento en suspender la prosecucion de la causa y de tenérmelas tiesas con este potentado impío que dia á dia se jacta de haber humillado con sus bárbaros satélites al Vicario de Jesu-Cristo.

—Calma, señor Guardian: ya recibirá el fruto: hoy tenemos en el trono á un Rey Santo, Padre Andres!.... El señor don Felipe II no es el señor don Cárlos: nuestro Rey actual hace de la Iglesia y de la Inquisicion su principal columna, y no hay cosa que no se les acuerde *¡tempora mutantur!* y estos espadachines de la antigua escuela se han olvidado de que hoy no tienen ya á su impio Patron. ¿No hemos conseguido ya que se desentierre al impio monarca? ¿no hemos visto al hijo mismo, al Grande Monarca actual de España, presidir y sustanciar el juicio de herejia que nuestro Santo Tribunal hizo al cadaver del Faraon, y poner de propio puño el *cúmplase* á la sentencia en que ese pestífero esqueleto de he-

regia fué condenado á ser arrojado de la sepultura eclesiástica que habia usurpado y yacer desparramado en el vilipendio del público camino? [1] ¿Y si todo esto podemos allá, hemos de ser vencidos por un maniaco como ese Virey que se figura andar todavia rompiendo lanzas por cuenta de la Heregía? No, señor Guardian! venga el Concilio; venga la apelacion, y nuestro triunfo aunque mas tardío será mas imponente; será mas definitivo, y las llamas de la grasa de los hereges alumbrarán el júbilo de nuestros rostros! dijo el Fiscal empinándose entusiasmado como si estuviese declamando desde el respaldar de sus sillones de baqueta.

—Aunque tengais razon, doctor, yo no cedo: ceder seria darle un dia de gusto á mis enemigos, y yo no quiero que lo tengan.

—Pues yo cedo, señor Guardian y opino contra V. P., suspendamos y remitámosnos al Concilio, y al mismo

1. D. Thon, D'Aubigué, et Laboreor, con muchisimos otros autores dan testimonio acabado de esta causa: asi como de que ella sirvió tambien para quemar á Cazalla perdicador de Carlos V, al Arzobispo Constantino Ponce, y el testamento mismo del Rey fué quemado por no haber en él mandas religiosas y estar *redactado heréticamente.* Una de las grandes pruebas que se hizo servir para todo esto fueron las inscripciones que Carlos habia dejado en las paredes de su celda de *San Justo* sobre la *justificacion* y la *gracia.*

tiempo ocurramos á la corte. No vacileis—vamos, señor Guardian, á afrontar la ira efímera del Sátrapa gentil, que el triunfo definitivo es nuestro.

—Eso sí, doctor! en cuanto á ir estoy pronto: escusarme sería mostrarle cobardía, y yo no rindo á ningun poder temporal las supremacias de mi carácter; esta corona me alza hasta los cielos, y nadie mas arriba que yo! Sí, señor: nadie! nadie!

—Eso es justo, Padre Guardian; pero entre la manera y el objeto hay grandes distancias, *fortiter in re, suaviter in modo.*

—Teneis razon, doctor! dijo el Guardian calmándose, dejémosle precipitarse, tanto peor para él, y pondremos de nuestro lado las apariencias!

—Sí, eso es: que sea él si es posible el que dé el escándalo; el que descargue su violencia; porque es el mar el que se fatiga de estrellarse contra la roca, no la roca la que se fatiga de resistir al mar.

CAPÍTULO XXV.

La opinion pública al traves de una botica.

Luego que don Bautista salió del convento de San Francisco se dirijió á su botica, cuya puerta abrió, y poniéndose un delantal de un aseo muy dudoso comenzó á despachar sus drogas, haciendo á la vez de boticario y de médico consultor.

Dos ó tres vecinos que venian de comulgar ò de misa, viendo abierta la puerta de la botica, entraron, como lo tenian de costumbre, y tomando asiento del lado esterno del mostrador, trabaron una nutrida conversacion con el Boticario, que este sostenia sin dejarse interrumpir ni por las consultas que evacuaba ni por las medicinas que pesaba y entregaba.

—Pues señor, es indudable, dijo uno de los viejos que allí estaba, de que se ha suspendido hoy la ***Misa de Justificacion***.

—Y quién lo ha dicho? preguntó don Bautista afectando mucha sorpresa.

—Oh! lo tengo de buena letra: el Virey ha intervenido y *hace fuerza*.

—¿Y cómo *hace fuerza?* dijo otro viejo.

—Eso sí que no lo sé: hace fuerza es lo que me ha dicho en la plaza ahora mismo el notario de la Curia, como si me dijese un arcano.

—¡Que ha de hacer fuerza cuando es un muñeco y mas viejo que yo! agregó el mismo viejo sorbiendo una gruesa narigada de polvillo de Sevilla; le habrán dicho á usted otra cosa, don Hermenegildo.

—No, señor! les dijo don Bautista desde el mostrador, al mismo tiempo que entregaba un bálsamo fétido á una tapada, y que le decia: tómelo usted tres veces al dia: y siguió hablándole muy despacio. Los oyentes á su *no señor*, se quedaron pendientes de lo que queria decirles, porque don Bautista era hombre que piano piano habia sabido dar una autoridad indisputable á sus palabras: luego que acabó de entregar su droga repitió: No, señor,

lo que le habrán dicho á usted es que el señor Virey ha *protestado la fuerza.*

—No tal! dijo don Hermenegildo algo enfadado: yo no soy ninguna mula, y lo que el notario me ha dicho es que el Virey *hace fuerza,* y yo creí que lo que me queria decir era que se empeñaba por salvar á la herege: cosa que no seria estraña tampoco pues bien alto se jacta de haber *manoseado* á su Santidad, como él dice, y de eso á ser judio no sé que haya ni un palmo!

No bien habia empezado don Hermenegildo á dar esta esplicacion cuando don Bautista se vió acometido de una tos perruna que parecia tenerlo en convulsiones sin dejarlo oir ni interrumpir á su amigo. Mas cuando este concluyó le dijo sofocado todavia guturalmente por el acceso:

—En tal caso, quien es una mula, don Hermenegildo, es el notario que ha dicho semejante desatino.

—Y nada de estraño tiene el que lo sea!

—Ya! ya! porque *hacer fuerza* quiere decir la intervencion que el juez eclesiástico toma en una causa civil ó la apropiacion que se hace de la jurisdiccion que no le corresponde; y lo que el notario le habrá dicho á usted

es que la Santisima Inquisicion *hacia fuerza* y que se la han protestado ocurriendo á la Audiencia.

—Dios lo libre al notario de haber dicho semejante cosa! dijo otro.

—Y á mí de atribuírsela! agregó don Hermenegildo.

—Ah! dijo con apuro don Bautista; ni yo la digo ni se la atribuyo: lo que digo es que si no ha dicho eso es tan notario como yo.

—Mas bien pasará él por eso que por lo otro. ¡Pues iba bien si hubiese dicho que la Santísima Inquisicion *usurpaba autoridad*!....No, señor: lo que me ha dicho es lo que yo digo: que el Virey era el que usurpaba, y la prueba fué que me agregó que ya veria el Faraon....

—Chito: chito: amigo! dijo don Bautista con autoridad: aquí no quiero que se hable así de las autoridades: yo soy criado del señor Virey y humilde servidor de la Santísima Inquisicion: y, ó los dos tienen razon siempre, ó la tiene el que la tiene, sin que yo me meta á cavilar ó resolver en eso, pues son cosas que las debe uno preguntar á su confesor y creer lo que él diga sin andar hablando como loros de una materia que no es para nuestra cabeza.

—Yo digo lo que me dijo el notario: dijo don Hermenegildo disculpándose.

—Pues amigo, usted no diga nada y crea lo que le diga su confesor: ya se lo he dicho.

—El hecho es, dijo otro, que en la plaza todo el mundo anda indignado con la suspension de la *misa justificada*.

—Ya les he dicho á ustedes caballeros....

Al momento de decir esto don Bautista, una tapada entró gallardamente á la botica, y dirigiéndose derecho al oido del boticario por detras del mostrador, habló con él en voz muy baja. Don Bautista le dijo:—Adelante— y ella pasó á los cuartos interiores.

—Ya les he dicho á ustedes, caballeros, repitió el Boticario, que no quiero aqui semejante tema de conversacion; y lo repito sério, porque no es permitido hacer perjuicio al prójimo por el gusto de charlar.

Los otros se quedaron callados por un rato, hasta que don Hermenegildo variando de conversacion le dijo á don Bautista con alguna ironia: ¿Se olvida usted de la bella que lo aguarda, señor don Juan? Vaya usted no mas, amigo, que nosotros nos quedaremos aquí cargando....con el cuidado de la tienda.

—La bella! la bella!....¡Ay amigo: yo miro á las bellas con un prisma que todo lo invierte!....mis ojos no descubren sinó párpados cerrados, caras aflijidas, dolor y putrefaccion; y acabais de ver entrar á la muger mas desgraciada que hay en Lima. Si no fuera un crímen destapar á las tapadas os horrorizariais de lo que os podria mostrar en ella; lo mismo que en esta palomita, dijo tomándole la mano á otro tapada de cuerpo esbelto y fino que la alargaba sobre el mostrador con una monedita de plata pidiendo *un medio* de benjuí: no hace mucho que su padre (continuó diciendo el Boticario) era dueño de una inmensa fortuna, pero un pleito sobre una manda piadosa, caballeros....

—Qué mal leis en vuestro almirez, don Bautista! le dijo ella.

—¿Qué mal leo? hum! hum! hizo el boticario con las narices, ¿leo muy mal, eh? quereis que os diga para quién son las pastillas que vais á hacer con este benjuí?.. son para ese cuyo nombre llevas al lado interior de esta sortija; y la tapada retiró con involuntaria rapidez la mano que hasta entonces habia tenido estendida con descuido sobre el mostrador.

—¿Y quereis que yo os diga, señor boticario (dijo la

tapada con gran pique, quién es la desgraciadísima señora que teneis ahí adentro?

El Boticario abrió la boca y fulo como un cadáver fijó sus ojos con angustia en su interlocutora. Medio cortado y con una manifiesta timidez le dijo: ¿y por qué quereis descubrir á esa infeliz?

—Y por qué hablais vos de mí, aún cuando supierais quién soy? ¿creiais que no tenia tu secreto, gasmoño?

—Bravo, flor de lirio! dijo arrimándose á la moza uno de los vejetes que allí estaban, ¿con que don Bautista es hombre de....

—Usted tome su polvillo, señor don Julian, y antes de meterse en lo que hacen los demas averigue quien entra en su casa despues de usted por la noche y quién sale antes que usted al otro dia; y diciendo estas agrias palabras le dió con la mano debajo del codo izquierdo, de modo que el viejo se metió en la boca la narigada de polvillo, y mientras tosia y renegaba ella se salió de la botica riéndose á carcajadas como se reian todos los demas que allí estaban.

—Tiempo hace que á usted le esperan, señor don Bautista: volvió á decirle al Boticario el viejo don Hermenegildo.

—Es cierto, señor don Hermeneglido; y la pobre necesita de mí, porque padece un mal atroz.

—El diablo que lo sepa, amigo; le dijo otro viejo, usted tiene esa treta de sus remedios y sus consultas para cubrir sus viajecitos á las tierras del diablo; con que así, vaya usted no mas !

—Va ! á mi edad, ¡ hombre ! y con mi cara ! ¡ que zonzera ! dijo don Bautista entrándose al otro cuarto y cerrando la puerta.

Pocos instantes despues entró un *cholo* y no viendo al Boticario preguntó por él: le respondieron que estaba ocupado y se puso á esperarlo tranquilamente. Pero haria un momento apenas que estaba allí cuando entró otro *cholo* como siguiendo al primero y luego que lo vió le tomó por los hombros y le preguntó con grande interés ¿ donde te han pegado ?

—Aquí, en el casco de la cabeza.

—Con piedra ?

—Creo que sí, porque me la han abierto.

—¿Quién te tiró?

—¿Como quereis que yo sepa si era tan grande el tumulto ?

Avivado el interés de los amigos de don Bautista con

este estraño diálogo se levantaron y rodeando á los dos cholos les preguntaron lo que habia habido.

—Un tumulto grande, señor! respondió el herido descubriéndose la cabeza y mostrando una herida de piedra de la que corria aun bastante sangre.

—Donde?

—En la plaza, señor.

Desde aquel tiempo hasta ahora muy pocos años, la plaza de Lima se cubria por las mañanas de toda clase de gentes. Los vendedores de los comestibles necesarios al alimento ó al lujo de las familias venian á poner allí sus surtidos en paños ó canastos estendidos por el suelo á la orilla de las cuatro veredas que la cuadraban.[1] Como en aquel tiempo toda la semana era de dias de misa y allí estaba la Catedral, todo el concurso de la Iglesia se desparramaba de paseo por la plaza, que servia así de *mercado*. Era allí el lugar del primer desayuno de las familias, el del primer saludo ó la primer sonrisa de los amantes. Junto con la carne de puerco y las verduras,

1. Igual cosa, poco mas ò menos pasaba en Buenos Aires con la plaza *del Fuerte*, hoy 25 de Mayo, antes de 1822. En todas las demas ciudades coloniales, la Plaza central ha servido, y aun sirven todavia, de Mercado.

se vendian los picantes adovados y otras mil manufacturas saturadas con el agí, que es el néctar todavia de los hijos de la vieja Lima. En las mismas mesas en que todo esto estaba á la vista del comprador, se hacia y se despachaba el *mate* y el mentado chocolate de apolobamba, que bebian con deleite en gícaras espumosas los alegres y matinales círculos de damas y caballeros que rodeaban las mesas, ó *puestos* mas acreditados, de aquella especie de *café* público tenido bajo el esmaltado pavimento del cielo luminoso del Perú.

El devoto y el disoluto, la beata y la currutaca, la esclava y la señora, la chola y la española, todas las clases en fin que poblaban á Lima, dedicaban un rato de la mañana al goce de esta feria de la plaza; asi es que la escena era de suyo animada, bulliciosa, y tumultuosa tambien con mucha frecuencia.

Esta esplicacion era necesaria para que los lectores se formen una idea cabal de los sucesos á que hacia referencia el diálogo que en la botica trabaron los tertulianos de don Bautista con los cholos.

—En la plaza ha habido tumulto? preguntaron los de la botica sorprendidos.

—Y tan grande, contestó uno de estos, que si ustedes

salen á la puerta verán gente que vá corriendo todavia: volaban mas piedras que moscas al rededor de un alambique.

—Es cierto! vengan ustedes, dijo don Hermenegildo, y verán correr gente por aquellas cuadras.

—Y cuál ha sido la causa?

—A decir la verdad, yo no lo sé de un modo cierto: la gente decia que hoy iban á juzgar á una niña hereje en la catedral: los *padres* andaban alegres tambien con este triunfo de la religion, y todos nos íbamos entrando á la Iglesia. Derepente oimos un alboroto hácia el lado del *palacio* [1]: yo fuí á ver lo que era; pero el tumulto era tal que no pude llegar; me dijeron que el Padre Andres, de San Francisco, habia salido furioso del *palacio*; que al verlo hubiera gritado alguno *¡viva el Virey! ¡abajo la Inquisicion!* El hecho es que indignada la gente con esto y con la noticia de que el Virey habia impedido el juicio de la culpable, se trabó una griteria espantosa y empezaron por tirar piedras á las ventanas del Palacio, acabando por tirarse unos á los otros en desórden; y me han herido....No seria esto nada; pero si me ven creerán

1. Casa de Gobierno.

que he sido de los sediciosos, y quien sabe lo que me harán, señores.

—No quisiera, al menos, hallarme en tu pellejo: le dijo uno de los viejos. Pero, aquí el dueño de la casa es don Bautista, y es el único que puede curarte y esconderte hasta que pase la bulla. . . . Y vos por quien gritábais ?

—Yo no gritaba por nadie, señor; ni sabia de lo que se trataba.

—Ah ! gritabas y tirabas por tu cuenta, eh ?

—A mi me parece, señor, que asi no mas lo hacian todos; por que cuando el señor Virey salió con su palo á la plaza, todos se pusieron de su lado asi es que tuvo que apalear á algunos de los mismos que lo seguian gritando ¡ viva! por que les descubrió piedras en las manos: otros tontos corrieron de él, y los han tomado presos. . . . Se me está desvaneciendo la cabeza: dijo el cholo vacilando y se sentó descompuesto en un banco.

Don Hermenegildo se alarmó, fué á golpearle á don Bautista gritándole:

—Amigo, aquí hay un herido !

—Un herido ? preguntó don Bautista de adentro.

—Un herido, si, señor !

—Ya voy, ya voy ! . . . .

Don Bautiste estaba verdaderamente encerrado con la tapada, pues habia tenido cuidado de torcer por dentro la llave de la puerta. Él estaba parado, y la mujer que estaba sentada en frente de él era Mercedes. Ambos parecian estar satisfechos: sus rostros denotaban al menos, la consecucion de sus deseos.

—¿ Está usted seguro de que no me prende ? le preguntaba ella al boticario como si continuase un tenor de conversacion anterior, al mismo tiempo que don Hermenegildo comenzaba á llamarlo por el herido.

—Te lo aseguro con mi cabeza !. . . .¿ Un herido ?. . . . Ya voy ! ya voy, amigo! gritaba don Bautista en voz alta, y agregaba en voz baja: tápate bien: te aseguro que no piensa en eso por ahora: tiene esperanzas. . . .Ya voy, amigo don Hermenegildo ! ya voy !. . . .tiene esperanzas el pícaro fraile de que yo gane de tal modo tu confianza, que te saque los papeles y el secreto de la muchacha, y que se lo entregue á él. . . .ya voy, amigo ! ya voy !. . . .y mientras espera esto no te tocará ni en un pelo; ¡ já ! já ! já ! já ! si supiera los años que hace que poseo los papeles, y lo cerca que lo tiene á su. . . .ya voy, amigo !. . . .¿ qué diria el grandísimo bellaco ?. . . . já ! já ! já ! já !. . . .Bueno, Mercedes: por ahora no tie-

nes que tener cuidado: soy el confidente del fraile y ya te he prometido que te he de salvar en cuanto acabemos la obra: sígueme sirviendo como hasta aquí....Pronto he de tener noticias del Capitan [1] y quedarás contenta: ya te he dicho que has de ser premiada con la riqueza, la seguridad y con la venganza sobre los opresores de tu patria y de tu familia: tenemos la misma causa, Mercedes! y en la pertinacia está el triunfo: agregó despacio don Bautista....tápate!....y abrió apurado la puerta, diciendo: ¿qué hay, señores? quién es el herido?

—Es este muchacho, amigo! mire usted que arroja mucha sangre; y usted se ha hecho aguardar mucho!

—Cómo ha de ser! cómo ha de ser! decia don Bautista al mismo tiempo que examinaba la herida del cholo.

Aprovechándose de la distraccion que esto causaba en la botica, se escurria Mercedes con su paso mas sutil; pero reparó en el herido, y retrocediendo vino al oido de don Bautista, y le dijo:

—Este es Anacleto, el espía que me ha puesto el Padre Cirilo.

—Ah, majadera! majadera! dijo fuerte don Bautista

1. Drake.

dejando al herido, no hay como acabar contigo ! agregó dirijiéndose á un frasco del que sacó unas pastillas: tu herida (dijo hablando con el cholo) no es gran cosa, ya te la voy á curar: y envolviendo las pastillas se las entregó á la tapada, diciéndole fuerte con el objeto de disimular: dale una ó dos cuando os vaya á ver, y vereis como se enmienda ¡celosa !. . . .anda ! anda !

—Detenedlo todo el tiempo que podais, le dijo Mercedes despacio.

—Anda ! anda !. . . .agregó el boticario afectando enfado.

Y Mercedes se lanzó á la calle rápida como una mosca.

—La cosa ya pasa de castaño oscuro, señor don Juan ! observó uno de los viejos. Si estos no son amores que me corte el Diablo una oreja !

—Va ! va ! va !. . . .se quedaria usted sin ella: un boticario amigo que algo sabe de alquimia, es un confidente intimo al que nada se le pude ocultar.

—Sí, pero el cariño. . . .

—El cariño en estos casos es una forma de la adulacion. Nos hacen creer que nos quieren para que queramos y curemos con amor y con esmero. ¡ Bajezas del corazon humano, amigo ! ¡ Bajezas !. . . .Y don Bautista

cortaba el pelo del cholo para limpiarle la herida y se preparaba á cubrirla con un parche, cuando entró á la botica todo apurado un alcalde, y dirijiéndose al cholo sin ceremonia le dijo:

—¿ Tú te llamas Anacleto ?

—Si señor ! respondió el cholo azorado.

—Ah grandísimo pícaro ! ¿ con que *¡ muera el Virey!* eh ?. . . . ahora verás lo que es bueno, malévolo !. . . . *¡ muera el Virey !* eh !. . . .marcha ! marcha ! le dijo y le dió un empujon hácia afuera, antes de que los circunstantes hubieran podido salir de su sorpresa.

Don Bautista se interpuso con firmeza y le dijo que ninguna autoridad de la tierra podia sacar de su casa un herido hasta que no estuviese curado.

—Es que este pícaro es el que ha promovido el tumulto.

—Yo no, señor! yo no señor! ¡créamelo por esta cruz! dijo el cholo cruzando sus dedos y bezándolos con ruido.

—A la cárcel ! á la cárcel !

—No, señor ! repitió don Bautista: primero es curarlo.

—Pues, despáchese usted pronto !

—Ni pronto ni despacio, señor Alcalde: el tiempo ne-

cesario para curarlo. Y quisiera ó no el Alcalde hubo de resignarse á esperar que estuviese curado el cholo para llevárselo preso por sedicioso.

No bien salieron los dos cuando los tertulianos de don Bautista empezaron á mostrar con sus gestos la profunda indignacion que causaba en ellos la conducta del Virey.

—Es de valde, señor, es de valde: decia uno de ellos golpeando el suelo con su báculo: saquer á Roma y tener preso.... .

—Caballeros ! caballeros ! les dijo don Bautista—ya ustedes ven que el señor Virey manda en Lima....*En cosas de Inquisicion, chiton !*....y *en cosas de gobernacion, tambien chiton !*....y *en cosas de alta razon, tambien chiton !*....y *en cosas de religion, tambien chiton !*.... y chiton, y chiton, y chiton en todo por fin ! El que se olvide de esta parte esencial de la gramática española lleva mal pleito; por que, ó lo empuja Caribdis para que caiga en Scila, ó se espanta de Scila y va á hundirse en Caribdis; dijo el boticario alzando el cavernoso tiple de su voz á su mas elocuente diapason.

—Lo que yo le puedo asegurar á usted, señor don Bautista, es que Dios no ha de permitir que dure mucho semejante abominacion. Los hombres sin religion y sin

moral no han de medrar !. . . .dijo á la vez don Hermenegildo alzando el palo con rabia.

—Y los que se metan entre ellos y sus jueces han de ser apretados y machacados así, respondió don Bautista golpeando con calor su mortero, y haciendo estallar las càscaras de adormidera y de canela que habia en él.

—Hombre ! ahí pasa don Anselmo ! y él ha de saber lo que ha habido: dijo apresurándose á salir uno de los circunstantes: Don Anselmo ! don Anselmo ! gritó desde la puerta llamando á un hombre de porte decente que marchaba apresurado por la vereda de enfrente.

Don Anselmo contuvo su paso y viendo que lo llamavan de la botica, retrocedió y atravesando la calle entró á la botica.

—Hola, caballeros ! ¿qué se os ofrece ?

—Aquí estamos, amigo, llenos de ansiedad: me dicen que ha habido gran tumulto en la plaza, ¿es cierto ?

—Ciertísimo !. . . .y cosa de bulto !

—Y con qué motivo, amigo don Anselmo ? preguntó don Hermenegildo acercándose con mucho interés.

El boticario, entre tanto, machacaba en su almirez sus càscaras de adormidera y la canela como si tratara de llevar el compás en la narracion de don Anselmo.

—¿Con qué motivo?....Pues qué no saben ustedes que el Virey interpuso su autoridad suspendiendo la *misa de justificacion* con que debia empezar la causa de la Maria Perez?

—Algo nos han dicho de eso.

—Pues si señor:....anoche mismo despachó interdiccion contra el Santo Oficio apelando al Concilio.

—Al Concilio?....esclamaron todos sorprendidos.

—Al Concilio Peruano, sí señores! y puedo asegurarles á ustedes que no tardará una hora sin que salga el Bando de convocacion.

—¿Qué nos dice usted, amigo?

—Lo que ustedes oyen: es una novedad de bulto.... en el bando de convocacion se les intima á los Obispos que se congreguen en el término de dos meses cuando mas.

—Pues señor, dijo don Hermenegildo, siendo asi, vamos á tener grandes cosas en esta tierra!....grandes cosas!

—Asi es que todo el mundo anda hoy alborotado.

—Naturalmente! contestaron los oyentes llenos de animacion con aquella apetitosa noticia.

—¿Y vendrán por supuesto, todos los Obispos del Vireynato?

—Todos, todos, desde el Arzobispo de Lima hasta el Obispo del Paraguay y de la *Imperial*, que están en los confines de la tierra.

—Magnífico espectáculo vamos á tener ! decian refregándose las manos.

—Sobre todo, la religion y la Iglesia van á tomar un lustre nuevo y á salir de dificultades, decia don Anselmo.

—Y bien ! dijo don Bautista soltando su mortero y cruzando los brazos ¿ y qué razon habia para que una cosa tan grande y tan importante como esa causase tumulto y heridas en la plaza ?

—No, señor: eso provino de otra cosa.

—De cual ?. . . .veamos, veamos ! dijeron los circunstantes agrupándose al rededor del narrante.

—El pueblo se puso furioso de enojado cuando supo que el señor Virey habia lanzado interdiccion sobre el Santo oficio en la causa de la Marica Perez, por que la plaza estaba atestada de gente que habia ido por asistir á la funcion. En esto, que todos estaban murmurando contra el Virey, apareció en la plaza el R. P. Andres acompañado del señor Fiscal Estaca y de dos familiares mas, que segun dijeron todos, iban á Palacio á reclamar de los procedimientos del señor Toledo: un inmenso

gentío se agrupó á los dos personajes, y se entró con ellos al patio del Palacio. Dicen que al poco rato se levantó adentro una griteria terrible: que el señor Virey estaba como un leon y que no estaba menos el Reverendo Padre Andres: el hecho es, que este santo religioso abrió la puerta del salon y se salió; el doctor Estaca hizo cuanto pudo por calmarlo y por hacerlo entrar de nuevo; pero no pudo conseguir nada y se volvió al salon: el religioso á la plaza rojo como una grana: llevaba la vista tan ardiente, que parecia que tuviese fuego vivo en los ojos. Muchas personas le rodearon queriendo tomar parte en su situacion, y mostrarle simpatías; pero él se desentendió con enojo de todos y atravesó con imperio el concurso en direccion á su convento.

—¡ Es un grande hombre !......con ese no se han de jugar !

—¡ Don Hermejildo ! don Hermenegildo ! dijo don Bautista con tono de amonestacion y golpeando fuerte en su mortero: en mi casa no me gustan esas cosas !

--Yo no sé lo que hubo entonces,continuó diciendo don Anselmo,pero sí diré á ustedes que el alboroto empezó sin saber cómo cerca de la puerta del palacio: la gente empezó á correr, y una griteria espantosa se alzó por toda la

plaza: casi á un mismo tiempo cayeron estrellados por un millon de piedras todos los vidrios de las ventanas del palacio. El señor Virey, sin sombrero y como una furia, salió entonces à la plaza y seguido de tres ó cuatro pages, y empezó á dar palos con su baston á diestro y siniestro poniendo en fuga á toda la gente baja que en su tropel nos arrastró á todos. Vinieron despues los Alcaldes de la Hermandad; y en fin, amigo, aquello ha sido una *Babilonia.*

Siguieron conversando sobre los detalles de los sucesos, y no pasó largo rato sin que se oyese una llamada de clarines y tambores que se tocaba á las puertas del Ayuntamiento.

—Ya llaman al Bando! dijo apurado don Anselmo. ¡Voy á vestirme! repitió, porque tengo que acompañar al de primer voto.

Y despidióse de los tertulianos, yéndose de prisa por su camino, mientras que ellos se iban tambien muy animados á la plaza para gozar del espectáculo del Bando. Don Bautista, luego que se quedó solo, cerró tranquilamente su ventana, y tomando su capa y su sombrero, echó la llave á su puerta y se dirijió al convento de San Francisco con un porte lleno de humildad y de modestia.

CAPÍTULO XXVI.

¿ES AMIGO Ó ENEMIGO?

Como don Bautista encontrara cerrada la puerta del Guardian dió un respetuoso golpecito y esperó que se le abriera paseándose por delante de ella. Pedrillo tardó poco en salir á ver quien era, y tocándole en la cara el astuto boticario con la palma de la mano, le preguntó en voz baja y con mucho cariño: «¿Está el señor Guardian?. . . .tengo necesidad de verlo.»

—Está ocupado, señor, le respondió el negrillo.

—Mira, hijito, (agregó melosamente el boticario), vé á decirle que he sido yo quien ha golpeado; pero no le digas que yo mando decir, sino. . . .así....como cosa tuya y como el boticario notara cierta indecision en el semblan-

te del muchacho, le ponia en las manos al mismo tiempo que le hablaba un cartuchito de pastillas dulces.

Pedrillo lo tomó con mucho gusto y se entró cerrando de nuevo mientras don Bautista retornaba á pasearse por el claustro esperando la resolucion del Padre Andrés.

Pedrillo entró, en efecto, al aposento del Guardian. Estaba este con el Padre Cirilo y con don Antonio, tratando en conciliábulo secreto de alguna cosa al parecer muy reservada.

—Era don Bautista, señor el que golpeaba, dijo el muchacho con un perfecto disimulo, lo que no bien oyó el Guardian cuando dijo levantándose con animacion:— « Corre á alcanzarlo y dile que me espere un momento en la otra pieza. » El negrito obedeció con su natural presteza.

Fray Cirilo era, como ya hemos dicho, un religioso adusto y macilento que jamás levantaba del suelo sus ojos ávidos y entumidos. Dirijiéndosele el Guardian, luego que Pedrillo hubo salido, le dijo:

—Vais á ver, hermano, como le juzgais mal: don Bautista es incapaz de traicionarme!....No creo que haya procedido con esa malicia que le atribuis en la prendicion de Aniceto.

—Lo que yo aseguro á V. R., dijo fray Cirilo insistiendo, es que el boticario estaba encerrado con la chola: que vieron y conocieron á Aniceto, y que Mercedes fué inmediatamente á buscar un alcalde que lo prendiera mientras el pícaro alquimista ganaba tiempo y lo entretenia para que lo encontraran allí los sicarios del Faraon. V. R. puede estar seguro de ello, por que la Petita [1] estaba en la Botica y siguió á la chola en todas sus diligencias.

—Yo no os niego que la chola estuviera con el boticario. . . . y por mas que os asombre os puedo asegurar que eso era en servicio mio.

—Lo que me asombra, en efecto, es que V. R. confíe asi en ese protervo, en ese brujo que hasta ahora nadie sabe quien es, de donde ha venido, como piensa, ni lo que hace.

—Bah! bah! estais delirando, hermano! Don Bautista es un perfecto católico, pocos encontrareis mejor instruidos que él en la liturgia y en el dogma de nuestra Iglesia: eso os lo puedo asegurar yo que lo confieso dos veces por semana, y que no he cesado de echar la son-

1. Diminutivo de Petrona.

da en su alma. ¡No se sabe lo que hace, decis!.... ¿Qué quereis que haga sino ejercer el oficio que aprendió desde su niñez? ¿No es un admirable boticario? y pensais acaso que quien conoce tan maravillosamente los secretos de su ciencia puede haber hecho otra cosa toda su vida que estudiarla y practicarla? Vamos, Padre! os estravia la desconfianza.

—Pudiera ser! dijo el Padre Cirilo con un gesto manifiesto de ironia. Y estoy cierto, continuó, que si V. R. le arrimara por debajo de los talones un poco de luz, habíamos de ver en las tinieblas de su alma cosas que hoy no comprendo ni comprenderé por mas que me digan.

Esta insistencia enfadó al Padre Andrés, y mas resuelto á sostener á don Bautista á causa de la contradiccion de su favorito, como sucede muy generalmente con las naturalezas tercas y despóticas, dijo con fastidio:

—Pues basta que yo lo comprenda, Padre Cirilo!

Este hizo entonces una humilde reverencia y cruzó los brazos en silencio; pero sintiendo al momento el Padre Guardian lo desairado de la situacion en que habia dejado á su amigo, tomó un tono conciliador é insinuante, y dijo:

—¿No veis que me hacen daño esos rencores y antipatias entre personas que tengo por amigos y que, como tales, me sirven? Don Bautista, Padre Cirilo, no se ha apoderado de mis secretos, como pensais, por astucia ni por sorpresa: fué Mercedes misma, quien creyendo encontrar en él un consejero y cómplice apropósito para sus fines, le vació en el oido todas las calumnias con que esa arpia me persigue. Don Bautista me lo reveló todo al instante, y dejó á mi eleccion el castigo inmediato de la perversa ó el empleo de su persona para maniatarla y y cortarle las uñas. Suponed, Padre Cirilo, que don Bautista se hubiese callado, ¿no veis que yo ignoraria hasta hoy que él estuviese en mis secretos, y no tendria yo la llave que tengo para enfrenar á esa maldecida chola?

—Será así, señor; pero yo me temo que lo que llamais llave, sea ganzúa que hace á todas las puertas: el hecho es, que con ese aliado nada habeis avanzado en mas de dos años de preparativos y de arbitrios.

—Bueno!....pensad como querais!....Entretanto no debeis desconocer que desde que don Bautista tuvo mis secretos por Mercedes yo debia apoderarme de su persona.

—Convenido!....pero para encarcelarlo y quemarlo, no para darle tal entrada como le habeis dado en vuestro corazon!

—Esa se la ha ganado él por sus servicios!

—Y aún ese mismo dinero que con tanta presteza y humildad os brinda siempre, de dónde le saca?

—Ignorais que es el depositario de una gran parte de nuestros ricachos?....Os repito, Padre, que desde que me sirve lo ha hecho con tal tino y adhesion, que nunca habia gozado yo de la tranquilidad de espíritu de que ahora gozo, gracias á los medios de que él me provee para bien y lustre de esa santa Iglesia á cuyo destino está unido el de nosotros sus sumisos hijos y servidores; dijo el Padre persignándose. Confiad en mi, padre Cirilo, (agregó tomando un tono insinuante) sé que sois mi amigo: en vos y en don Antonio (este se quedó pálido y sorprendido con esta referencia repentina á su persona), miro yo las dos columnas en que apoyaré la obra que para su santo servicio me ha señalado Dios sobre la tierra, cuando mis brazos fatigados por la edad tengan que hacerla reposar en otro cimiento.

—Aunque mil veces indigno de tan alta distincion, os lo agradezco, señor, con la mas profunda humildad!

dijo don Antonio, juntando sus manos sobre su pecho.

—Estais triste, hijo! le dijo el Guardian. No importa: algun dia el espíritu que se sublima en vuestra alma consumirá los malos vapores que os alza el terreno viciado en que habeis tenido vuestras plantas; y cuando esa obra de vuestra regeneracion se haya consumado, me agradecereis en el alma que os haya abierto ese ancho camino de poder y de grandezas que estoy allanando con afan para vosotros, hijos predilectos de mi amor en Jesucristo.

—Es cierto, señor, que un mal ambiente de tristeza me degrada en el umbral de los palacios de la Sion celestial á que me habeis conducido. Pero os pido que me disculpeis: estoy aturdido, no me reconozco: os confieso con el corazon abierto, como lo tengo delante de mi Dios, que las pasiones del mundo á que me habeis arrebatado, fascinan todavia mis sentidos! Pero vos, señor, protegereis mi flaqueza con vuestra asistencia y con vuestros sábios consejos, y tocando mis ojos con vuestras manos, hareis caer por momentos el velo que causa mis ceguedades.

—Si, hijo mio, si, hijo mio!....seré vuestro médico,

y os alzaré. Las altas atenciones que en servicio de la Iglesia y de Dios pesan sobre el Padre Cirilo lo alejan demasiado de mi lado; demasiado para lo que exige el consuelo necesario de mi alma. Vos, hijo mio, sereis pues la compañia diaria de mi soledad, sereis el báculo de mis tristes momentos; y á fuerza de ser amado llegareis á olvidar las ilusiones del infierno para amar de un modo infinito las beatitudes de vuestro nuevo estado. Ea pues, hijos mios, amaos, amaos y resistamos juntos los pérfidos ataques de los enemigos de nuestra santa Madre la Iglesia Católica Apostólica Romana....Confiad en mí, Padre Cirilo, y ya vereis como don Bautista no es el Judas que pensais.

Por mas insinuante que fué el tono con que el Guardian le dirigió estas palabras al Padre Cirilo, este continuó taimado y sin desarrugar el ceño de su semblante.

—Pedrilio, Pedrillo! gritó el Guardian; haz entrar á don Bautista.

El Boticario entró al momento haciendo un respetuosísimo saludo al Padre Andres, y tomando en sus manos el grueso cordon que ajustaba el sayal á la cintura del fraile, lo acercó á sus lábios con una gran devocion:

hizo lo mismo con el Padre Cirilo, y saludó despues á don Antonio con un cariño y un respeto no poco afectado.

—Pensaba en hacer llamar á usted, don Bautista, dijo el Guardian, cuando vino Pedrillo á decirme que estaba usted ahí.

—Me felicito entonces, señor, de haberme anticipado á los deseos de V. R.

—Trae usted alguna novedad ?

—A decir verdad no traigo ninguna, señor.... Pero como hay tanta agitacion en el pueblo, venia á ver si V. R....tenia algo que ordenarme....

—Tal vez os necesite....pero ante todo quiero que me digais por que habeis hecho prender á Aniceto.

Al oir este cargo, una profunda turbacion descompuso el semblante del Boticario; pero reponiéndose con una admirable rapidez y haciéndose el admirado, repitió:

—Por qué he hecho prender yo á Aniceto?.... Yo?....Yo, señor Guardian?....Me ha dejado atónito V. R! Yo no he hecho prender á nadie, señor....Un cholo jóven, que ni conozco, ni se como se llama entró herido á mi botica, y me ocupaba yo de curarlo en pre-

sencia de muchos testigos, cuando un alcalde de la Hermandad vino y lo prendió allí.

—Sin mas ni mas que eso? le preguntó con zorna el Padre Cirilo.

—Yo. . . .no sé que haya habido nada mas. . . .repuso el Boticario con prudencia y de un modo ambiguo.

—Y no sabiais el nombre de ese cholo?

—Créamelo, V. Paternidad!. . . .no lo sabia.

—Pero debeis recordar que habia alguien con vos que os lo dijo, le contestó el Padre Cirilo con el mismo tono zumbon y conceptuoso.

—Callad, Padre, dijo el Guardian, dirigiéndose al fraile: el hecho es (agregó dirigiéndose al Boticario) que dejasteis prender á Aniceto. . . .

—Señor! lo ha prendido un alcalde, yo os lo he dicho, mientras que yo lo curaba. . . .Pero yo quisiera saber (agregó el Boticario alzando la voz y tomando por asalto la buena situacion) con qué motivo se me hace este cargo?

—Por qué con él se prueba vuestra perfidia contra la honrosa confianza que os ha hecho el señor Guardian! esclamó exaltado el Padre Cirilo.

Don Bautista miró al Padre con un ojo fijo, y dejando

impasible su semblante por un rato, dijo con una perfecta calma:

—No es estraño!....V. R. señor Guardian, es causa de que yo tenga que sobrellevar tan amargos reproches!....¿Puedo hablar?....agregó como si esperara permiso para hablar delante del Padre Cirilo y de don Antonio de cosas de que hasta entonces no habia hablado sino con el Padre Andres....No se ofenda V. P., agregó dirigiéndose al Padre Cirilo: yo ignoro si el señor Guardian quiere que hable yo....porque yo ignoro si hay otros confidentes que sepan....y en esto está el mal....

—De veras?....le dijo con ironia el Padre Cirilo... ¿Os parece mal que no os entreguemos todos los secretos de la Orden y....

—No digo eso, señor: observó con humildad el Boticario; me habré espresado mal tal vez; mi intencicn no ha sido otra que decir que es en servicio del señor Guardian que yo he incurrido en vuestras justas sospechas.. y como yo ignoraba hasta este momento, Padre, que tuviese un aliado en V. R....

—Yo no soy aliado de brujos ni de nigromantes!

—Padre Cirilo ! dijo el Guardian ofendido; ese reproche lo estendeis hasta mi ?

—No, señor, porque ignorais lo que yo sé, respondió el fraile con una insistencia respetuosa en el modo, pero insolentísima en el fondo.

—Yo soy brujo, Padre ?. . . .Yo soy nigromante ?. . . . dijo don Bautista con un rencor profundo que no bastaba á disimular el tono pausado de que usaba.

— Y para probároslo me bastará preguntaros si vendeis ó nó talismanes y encantos de seduccion ?

Un rayo repentino incendió la pupila del Boticario: pareció á punto de estallarse, pero conteniéndose de nuevo preguntó con un tono casi de seráfica suavidad.

—Y cuando y á quién he vendido yo semejantes cosas, Padre ?. . . .Dios mio ! ¡ que calumnia ! esclamò dirigiéndose al Guardian, yo he vendido, señor, los talismanes santificados por nuestra santa Madre la Iglesia Católica Apostólica Romana, es decir, el polvo de los huevos de san Serápio,medicina incomparable para la sarna: las hilazas de la túnica de santa Eduviges, contra los males del corazon, el acerrin de la madera de la Cruz de san Priviano, que cura el ardor de las pasiones: he vendido y

vendo los huesos y las reliquias de mil santos debidamente canonizados y cuyas virtudes están reconocidas y sancionadas por los concilios y Pontífices Vicarios de nuestro Señor Jesucristo, que han favorecido ese comercio como altamente propio para radicar en el alma de los fieles el amor de Dios y las benéficas influencias de la religion. ¿Es á esto, Padre Cirilo, á lo que llamais vender brugerias y talismanes? preguntó el astuto Boticario con una mirada de triunfo.

—Basta! basta! esclamó el Guardian con enfado. ¡Nada de esto es del caso, ni quiero que de semejantes demasias se trate en mi presencia con tal violencia! Silencio! silencio! agregó con un ademan de imperio irresistible; y los dos adversarios, reducidos asi al silencio se inclinaron hácia el suelo.

—Con la mas grande humildad vengo á pedir vénia á V. R. dijo don Bautista, despues de un momento, para escusarme alegando que las prevenciones del R. Padre Cirilo: provienen, segun creo, de haber notado, él ó sus agentes, mi íntimo y frecuente trato con Mercedes la chola: ella me ha buscado en estos dias á cada instante, como era natural, y el señor Guardian lo sabe....

—Eso seria nada! dijo con menosprecio el fraile: la

infamia está en haberos complotado con ella para hacer prender á Aniceto, sabiendo que ese muchacho era nuestro agente, y cuan funestos resultados podia traernos su prision.

—Pero esto si que es singular! esclamó don Bautista.... Yo le he hecho prender, Padre? agrego con animacion.

—Vos! le respondió el fraile con terquedad.

El Padre Guardian se paseaba entretanto por la celda, lleno de enfado al ver como amenazaba trenzarse de nuevo aquella personal disputa.

—Vuesa Paternidad está en un grave error! dijo entonces don Bautista, acojiéndose al tono conciliador, seguro de agradar asi al Padre Andres, y de conservarlo de su parte: en un grave error! repitió: yo no sé, ni puedo saberlo, si el cholo á quién V. P. se refiere fué ó nó delatado; porque cuando él entró habia varias personas en mi botica, y habia tambien una tapada....

—Esa tapada no fué la que delató á Aniceto....

—La conoce acaso V. P. para asegurarlo de ese modo?

—Eso no os importa!....La tapada que vió y delató al pobre muchacho, es la que teníais encerrada en vues-

tro aposento, la que se complotó al afecto con vos, Mercedes, en fin!

—Yo no niego, señor, que Mercedes era la que salió de mi aposento....

—Acabáramos!

—Pero sostengo que la otra....porque habia dos, señor Guardian!....la otra....

—La otra no se metió con vos para nada: fué Mercedes la que os habló al oido, y salió de acuerdo con vos á buscar el alcalde que prendió á Aniceto: ella misma lo condujo hasta la puerta.

—Apelo á vuestra alta razon, Padre Guardian! dijo don Bautista visiblemente confuso y alarmado....yo habia venido á dar cuenta de todo á V. P. y ya lo hubiera hecho si se me hubiera dejado hablar....Yo recibí á Mercedes segun lo convenido con V. P....pero en la botica, como ya he dicho, habia otra tapada que no conocí....

—¿Que no conocisteis?....dijo el Padre Cirilo; pues vos le dijisteis que la conocias.

—Pero fué en broma, señor, como ella misma se lo habrá dicho á Su Paternidad: agregó prontamente don Bautista, con un singular rayo de malicia en su mirada.

—Ella no me ha dicho nada ! tenedlo entendido !

—Señor, lo dije por que Su Paternidad parece tan bien informado que....

—Que no os dejo mentir ! agregó el Padre Cirilo, cortando la frase de don Bautista.

—Me insultais, Padre, sin que os haya dado motivo para ello: yo os protesto, os juro por la salvacion de mi alma, que no he conocido á la tapada á que os referis: y el hecho es, Señor Guardian, que yo estaba curando á Aniceto con la mayor inocencia y con todo esmero, cuando una de las dos tapadas (juro que no sé si fué Mercedes !) me dijo por detrás....yo no la podia ver, contraido como estaba al herido....me dijo, pues, por detrás:—«Entretenedlo hasta que podais»—Que fuera Mercedes la que me lo dijera despues de haber conocido á Aniceto, no tiene nada de estraño pues su Reverencia sabe que ella me tiene por *su amigo*, y que deseosa de hacer mal á Aniceto, era muy natural que buscase mi ayuda. Pero puedo atestiguar con cinco personas de todo respeto, que estaban conmigo, que puse la mayor prisa en despachar al muchacho. No habia pasado un minuto, cuando ya entró un alcalde, que deberia andar por allí muy cerca, y prendió á Aniceto en nombre del Rey: yo

hice, señor, los esfuerzos imaginables y usé de una grande energía á riesgo de mi persona, para buscar algun Pretesto, y tomarme tiempo antes de dejar salir al infeliz, no porque supiese yo cosa alguna, sino porque sospechaba algo que pudiera desagradaros; pero nada pude lograr: tuve que curarlo en presencia del alcalde y dejarlo ir.

—Y porque no lo ocultásteis con tiempo? dijo con impaciencia el P. Andres.

—Señor, por Dios! esclamó don Bautista levantando las manos al cielo: ¿qué es lo que dice V. P?....¿Ocultarlo á la justicia del Rey en mi casa?....No vé V. Paternidad que el infeliz estaba ya denunciado?....Habia en mi botica mas de cinco personas; y yo habia de contraer, señor, esa inmensa reponsabilidad de sustraer un hombre á la justicia del Rey, delante de cinco estraños? Como exijirme, señor Guardian, un acto semejante, á mí, debilísimo gusano, criado inerte y humilde de las Potestades de la tierra!....A esta hora estaria yo perdido en las mazmorras del estado, y los intereses de V. P. no estarian por eso mas adelantados, pues Aniceto habria sido extraido de mi aposento!....Y además de todo eso, sabia yo señor, que Aniceto fuese agente de V. P. ni que

fuese de tan grande interés su persona? dijo el boticario esforzando el tono sincero de su vindicacion y aprovechándose con destreza del momento.

Los circunstantes guardaron silencio, hasta que el Guardian con una voz tranquila dijo:—

—Lo era: lo era, don Bautista!....No porque esté ese indio al cabo de mis secretos, pues no sabe de ellos una palabra; sino por que el Padre Andres se habia valido de él y de otros para que la opinion pública hiciese una imponente manifestacion. Preso ahora, descubrirá á todos los demás, por el miedo ó el tormento, y....como lo veis....yo quedo comprometido bajo la saña del Virey.

—En tal caso (dijo don Bautista reflexionando maduramente al mismo tiempo que hablaba) he venido á tiempo para remediar la imprudencia del Padre Cirilo....

—Insolente! esclamó este con la rabia del orgullo, pintada en su semblante.

—Silencio, mentecatos! gritó el Padre Andres, amenazando á uno y á otro: ¿Hasta cuando quereis mortificarme?

—Protesto ante el Dios que me ha de juzgar en el dia final, que ni pensé en ofender al R. Padre Cirilo, dijo

don Bautista con la mayor humildad: con el deseo de ser útil hablé con precipitacion, señor, y no medí mis palabras, por lo que pido á Su Reverencia el mas humilde perdon: agregó dirijiéndose al Padre y besándole el cordon que pendia de su cintura.....Yo queria decir, señor Guardian, que con el pretesto de no habérseme dado tiempo bastante para curar bien al herido, puedo solicitar ahora mismo que me dejen verlo y vendarlo. De este modo puedo hablarle é imponerle que se mantenga firme, porque no hay mas prueba contra él que la delacion de Mercedes: yo declararé tambien si fuese preciso que esta nada sabe, pues estaba conmingo durante el tumulto, y por último me esforzaré por obtener su escarcelacion, empeñándome personalmente con el señor Virey.

—Escelente idea! esclamó de pronto el Guardian. ¿No os parece lo mismo, Padre Cirilo?

—*Timeo Danaos, et donna ferentes!* respondió el fraile, lanzando una mirada del mas alto desprecio al boticario....¿y si en vez de hacer lo que promete sirve á los intereses contrarios? preguntó con entereza apesar del enfado que estaba ya pintado en la cara del Guardian.

—Pero, Padre, ¡por Dios! ¿que quereis que haga si debo desconfiar de todo?....Si no me dais mas consejo que el de desconfiar, ¿quereis que desconfie tambien de vos?....Veamos, pues!....dadme algun otro arbitrio que reemplace al que propone don Bautista!

—Quereis, señor Guardian, que os dé el único que hay bueno en mi concepto, para que empeceis á ver claro?

—Si, quiero! si, os lo mando!

—Empezad, señor Guardian, por mandar á ese hombre, (dijo el fraile dirijiendo un ademán feróz sobre el boticario) á la cárcel del Santo Oficio, y que le den tormento al instante!

—Retiraos, Padre! le dijo el Guardian, no pudiendo ya contener su despecho.

El Padre Cirilo se retiró, sin intentar decir mas palabra, mientras que don Bautista, manifestando la mas grande contricion en su postura y ademanes, se felicitaba interiormente de la retirada de su acusador.

—El celo que tiene por serviros lo estravia! dijo despues de un momento con una voz llena de dulzura; y eso es lo que me hace prescindir de las injurias que me hace.

—Sí, amigo mio! le dijo el Guardian: haceis bien: teneis razon: cuando os conozca os estimará: es hombre de una pieza, terco, pero leal y franco: no entiende de política, y de ahí viene su inhabilidad para los grandes negocios; él se estrella donde es preciso costear: no le guardeis rencor, don Bautista.

—Ni el mas mínimo, señor: lo juro por la salvacion de mi alma.

—Y yo os doy las gracias, como os la dará él cuando os conozca....Volvamos al asunto: apruebo vuestro plan.

—Pues voy á ejecutarlo al instante: si fracasa, téngalo presente V. Reverencia, quedaré tan tranquilo como lo estoy ahora, porque yo busco mi vindicta en mi conciencia, señor Guardian, y crea el mundo lo que quiera.... Voy á hablar pues, con el Virey, pero es preciso que por lo que pueda ocurrir, sepa yo el estado de las cosas.

—Pues qué no lo sabeis?

—Sé que hay agitacion: mil rumores contradictorios, todos se oyen en las calles; pero lo que quiero saber es la verdad.

—Os la diré en dos palabras: el Virey quiso abrogarse la causa de la Maria Perez, como de su competencia y

fuero; pero no se acordó de que la Iglesia está edificada sobre una ROCA, y se estrelló sobre ella! dijo el fraile levantando con orgullo su cabeza. Sintió la fuerza del freno (agregó) y se ha lanzado á un precipicio peor para él; convoca y apela para ante el Concilio.

—Al Concilio! repitió don Bautista con una profunda preocupacion.

—Al Concilio, que ahora un año rechazó! Este decidirá, pues, entre nosotros. Pero yo le juro que mientras tanto le ha de costar arrancarme á las acusadas como quiere!

—Se guardará de violar el fuero y el territorio de la Iglesia!.....dijo con timidéz el boticario.

—Puede ser que lo atente; porque de todo son capaces los hombres de la Escuela del Condestable de Borbon!

—No he conocido á ese maestro! dijo don Bautista, afectando candor.

—Pero habreis oido hablar del asalto de Roma y del saqueo de sus templos!

—Jesus!.....Jesus!.....dijo el boticario santiguándose con horror.

—Señor! dijo Pedrillo entrándose de golpe en el cuarto: el doctor Estaca porfia por entrar!

—El doctor Estaca?....dijo el Padre Andrés con indicios de ofensa y de sorpresa: no se ha portado tan bien conmigo como para que tenga yo gusto en verle, agregó. Pero reponiéndose y disimulando al instante su primer impulso, se dirijió al Padre Cirilo y le dijo: No puedo negarme á recibirlo....Haga V. P. las paces con nuestro amigo don Bautista: todos á una! debe ser nuestra divisa, Padre Cirilo....

No bien oyó el boticario esta exhortacion, cuando corrió y arrodillándose delante del Padre Cirilo le dió un devoto y humilde beso en los burdos cordeles que ajustaban su sayal. El fraile, siempre torvo, le estendió la mano, en cuyo reverso imprimió don Bautista un otro beso, levantándose en seguida con una humilde satisfaccion.

—Bien! dijo el Padre Guardian: que eso haga olvidar vuestras recíprocas injurias, para que poniendo cada uno su grano de arena y su fé, sea mas brillante y mas seguro el triunfo de la Iglesia y de su santa causa!....Dios os bendiga, hijos! les dijo viéndolos salir....Pedrillo!

—Señor!

—Haz entrar á su señoría el señor Fiscal del Santo Oficio!

Un momento despues entró en efecto el dicho Fiscal, con un aire un tanto socarron, disimulado apenas bajo el aparato de sus formas escolásticas y pedantezcas. Asi que el Fiscal entró, cerró la puerta el fraile: aquel se sentó sorviendo una enorme narigada de polvillo, mientras este, con un ceño bien marcado de disgusto, le decia:

—Convenga usted, señor doctor, que su conducta ha sido desleal, no solo me dejó usted solo en la partida, sino que con una malicia refinada se propuso usted debilitar todas mis razones y mis ataques;....y entienda usted, señor Estaca, que yo soy hombre....

—¡Cómo! ¡cómo, señor Guardian!....Poco á poco! contestó el Fiscal, incorporándose y tomando un tono imponente: lo que V. P. debe entender tambien, es, que mi deber, mi vocacion, mi destino es servir á la Santísima Iglesia Apostólica Romana, como mi conciencia y mis talentos me lo indican, y no con arreglo á los caprichos de nadie. Yo he dicho á V. P. que iba errado, y viendo á V. P. que se despeñaba, por la justa indignacion que le causaba la insolencia de nuestro enemigo; viendo

que habia un mejor camino, varié de rumbo para ganar terreno....y tanto he ganado, señor Guardian! (dijo el Fiscal alzando su voz de un modo altivo y golpeando sobre la mesa) que traigo ya el nudo de toda la conjuracion; traigo apretado en el puño de mi mano todo el misterio, y he puesto mi ojo en una endija, desde donde, como dijo el cisne de Mantua: «*Adparet domus intus, et atria longa patescunt*:»

Estas entusiastas esclamaciones del doctor, dominaron y pusieron perplejo al Padre. Comprendiéndolo bien el primero, agregó en tono conciliatorio: «Dejémonos de reproches, Padre Guardian! venga esa mano y escuche V. P. todo lo que he adelantado!......Los agentes, los cómplices, los afiliados, los fautores de los herejes y del Pirata, están encabezados, (dijo el fiscal enmudeciendo su voz hasta hacerla cavernosa) por quién le parece á V. P.?....por el de Toledo! por el Virey!

Fué tal el salto de sorpresa que dió el Guardian, que volcó de espaldas un enorme sillon que tenia por detrás, y sin poderlo remediar, dijo—« No puede ser! usted delira, amigo!»

—No tal!....El sabe quienes son los que intentaron arrebatarnos á la Marica, revelándose contra Dios y con-

tra el Rey, haciendo armas contra la Iglesia: los conoce!....él mismo me lo ha dicho: y los cobija: él y su ....¿Conoce V. P. á doña Milagros de Alcántara y Zurita?

—La Coronela?

—La Coronela.

—La comadre del Virey? dijo el Guardian con aire sardónico.

—Ella misma....ella es la que ha andado en esto, la que teje las intrigas! y aquí está el gran golpe, si V. P. tiene valor y energía para darlo!....

—Prenderla al instante? preguntó el Guardian con una mirada llena de fuego y de misterio.

—Prenderla al instante, como enemiga de la Iglesia: eso mismo....¿lo osais?

—Si lo oso?....dijo el Padre con ademan fiero; ya lo vereis!....y volcándose sobre su cabeza tonsurada la capucha gris de su sayal: venid conmigo! agregó, y salió de la celda acompañado del letrado.

CAPÍTULO XXVII.

EL BANDO.

Mientras tanto, un concurso inmenso, bullicioso, festivo y alborotado, se iba agrupando en la plaza mayor de Lima, atraido por el espectáculo del bando. Se convocaba al fin aquel esperado Concilio de Prelados Americanos, que tanto habia preocupado los ánimos desde algunos años atrás; y considerado el dominante prestigio que tenian entonces las cosas eclesiásticas, cualquiera concebirá la magnitud que este suceso tenia para los habitantes de Lima, que á todas sus otras preeminencias iban á agregar la de ver el dia en que los rayos de luz del Espíritu Santo, bajasen en línea recta sobre su hermosa ciudad.

En verdad que era suma la anarquía en que se hallaban las diversas jurisdicciones del Estado. Armada la Iglesia de sus cánones y de sus decretales, se habia abierto un ancho espacio en los negocios temporales, y tenia una innegable prepotencia sobre los empleados administrativos y fiscales del Vireinato. Los comentadores habian traido el continjente de sus ficciones y variedades al terreno de la jurisprudencia: y se habia levantado asi un fuero eclesiástico de límites indefinidos, que por medio de las ceremonias del rito creaba relaciones legales entre los individuos que jamás salian del círculo infinito de la competencia eclesiástica; y de aqui, la anulacion casi total de la vida y del derecho civil.

La insurreccion de los agentes del Rey contra este estado de cosas, era permanente: no por causas filosóficas, ni por intereses morales, sino por causas é intereses materiales y positivos. El despotismo de la Iglesia, como todos los otros despotismos, despues de haber anulado las resistencias que le habian pretendido cerrar el paso, despues de establecido sobre un nivel de cabezas, igualmente inclinadas, habia degenerado en egoismo de casta, diré así, en esplotacion egoista y opresora del poder y del prestigio; y de aqui el desórden y la inmorali-

dad dentro de sus propias filas, con la tiranía y la violencia sobre todo lo que no estaba afiliado en ellas.

De este estado de cosas á la insurreccion y á la anarquía, no habia sino un paso; y en la época que narramos, ese paso estaba moralmente dado en todas partes: la hostilidad, la lucha y la anarquía existian igualmente vivas, igualmente legitimadas, por mas que fuese diversa de fortuna entre las naciones que formaban entonces el mundo de la civilizacion europea.

Un rey vigoroso y compacto como el hierro, cruel y sombrío como el tigre de los bosques, tenia su planta sobre la España, y á sangre y fuego esterilizaba y agotaba alli los gérmenes de una lejítima reforma en el clero y en la jurisdiccion de la Iglesia. Pero sus empleados en América, aunque invariablemente imbuidos de su mismo espiritu de conservacion y de quietismo, sentian con frecuencia impulso de orgullo ante la tirantéz de los sacerdotes; y la lucha latente de las dos órdenes de poderes, se traducia al menos en reyertas personales, en chismes y mezquinas rivalidades, que á poco andar, cobraban la importancia de grandes sucesos y dividian y anarquizaban la sociedad entera.

En los dias de nuestra historia el mal habia llegado á

su colmo, como el lector lo habrá comprendido por los sucesos que vamos narrando.

Es propio de todas las grandes épocas de la historia, que los individuos huyan ante la responsabilidad que impone la crísis que se vé venir y rugir en derredor. Se recurre entonces á los cuerpos morales, creyendo que muchos brazos son necesarios para la obra; y asi como esta causa trae en nuestros dias la convocacion, no siempre benéfica, de Asambleas deliberantes que engendran la anarquía, y caen en el despotismo, traia en el siglo XVI la convocacion de los concilios, que era, diremos asi, la mania del tiempo, y que produjo á Lutero y á Calvino, para abdicar en Enrique VIII por un lado, y en la Inquisicion y en Felipe II por el otro.

Como era Lima el gran centro de la vida americana, no pudo escapar á las influencias de la época, y la convocacion de un concilio era el grito universal, con que se pedia el remedio de los abusos y de los males.

El Concilio era al fin convocado.

El dia estaba hermosísimo: un sol brillante parecia poner en mayor viveza los semblantes y los espíritus. Las señoras acudian al espectáculo con todos los atavíos del lujo. Adornadas de anchas y tiezas golillas, que ro-

deaban sus cabezas como una redoma de pliegues, arrastraban enormes vestidos de cola, que tres ó cuatro lacayos renegridos como el ébano iban suspendiendo por detrás, para que no tocasen con la finura de sus telas el pavimiento de las veredas: y como acudian por familias iban precedidas de dos ó mas lacayos, que llevaban bien desplegadas por delante riquísimas alfombras de tripe.

El lujo de las alfombras habia llegado á tal esceso de estravagancia y de locura, que nadie podria hoy concebir siquiera: era asunto de ruina para los padres de familia, la competencia que en este artículo se hacian las mujeres, y tanto creció que el mismo Concilio de que nos ocupamos dictó y promulgó un cánon para que no se permitiese el uso de este mueble en las Iglesias, sino á las señoras que padeciesen de cierta dolencia crónica que exige un muelle reposo de los miembros; creyendo que la vergüenza ó el amor propio las sustragese á todas las estravagancias del desafuero: «pero ni por esas», escribió á la corte un Virey algunos años despues: «hay demencias que no se curan sino por su propio esceso» dice Montaigne; y por lo que hoy se vé, asi se curó esta de que hablamos. Asi debió curarse esta que tanto hizo cavilar entonces á los economistas y moralistas del tiempo.

El bando, como ibamos diciendo, iba atrayendo á la plaza á todas las grandes damas de Lima, vestidas de gran tren. Mientras la muchedumbre se agrupaba en desórden por el centro y las aceras, las señoras acudian al átrio y gradas de la Catedral, donde hacian estender las preciosas alfombras en que se habian de sentar.

Quiso el acaso que la señora doña Milagros de Alcántara y Zurita, muger del Maestre de Campo del Perú, llamada por antonomásia *la Coronela,* viniese con su gran tren de lujo y de lacayos á tender su alfombra al lado de doña Antonia Nuño de Estaca y Ferracarruja, llamada la señora Fiscala, á quien ya conocen algo nuestros lectores. La señora Coronela hizo desdoblar bien alto y sacudir con garbo su alfombra para que fuese bien vista y admirada del concurso de damas que la rodeaban; y que todas en efecto, fijaban en ella los ojos con aquel afan é interés, no sé si diga rivalidad ó emulacion con que las damas se hacen el recíproco escrutinio de sus trages. La señora Coronela, tieza y garbosa entre todas, esponjó los pliegues de su rico vestido de terciopelo sobre su alfombra, hizo que sus lacayos envolviesen con gracia al rededor de sus piés su magnífica cola, y dando unos cuantos cierros al bellísimo abanico de la India, montado en nácar

y perlas que lucia en sus manos se reclinó sobre su alfombra con la magestad altiva de una reina, y mirando recien entonces á su alrededor empezó á repartir saludos y miradas mas ó menos disimuladoras de sus verdaderos sentimientos para las que las recibian.

Quiso el acaso que al estender su alfombra, los lacayos hubiesen volcado una de sus puntas sobre los estremos de la de la señora Fiscala, á quien doña Milagros, en vez de saludo, habia lanzado una mirada fria á penas y que bajo las apariencias de una indiferencia perfecta cubria algo de ódio ó de rivalidad al menos. La señora Fiscala, como quien hace una cosa muy natural, tomó el estremo de su alfombra, que estaba abajo y lo puso encima de la señora Coronela. Esta, que se apercibió al momento de la pretension de superioridad que revelaba este movimiento:

—Eso si que no! dijo: y tomando las puntas de su alfombra, volvió á restablecerla en su anterior posicion.

—Pues entienda la muy tonta, le dijo exitada la Fiscala, que yo no soy menos que ella, y que no me dejo ajar de nadie: y tomando la punta de la alfombra de su rival la devolvió con fuerza de modo que fué á doblarse sobre la cola de la Coronela.

—Retírese usted de mi lado, le dijo esta con una calma llena de soberbia, si no quiere que mi alfombra quede encima; y juntando el ademan al dicho, quiso poner encima otra vez la punta de la alfombra; mas la señora Fiscala habia tambien tomado la suya y resistia la pretenciosa ejecucion de la señora Coronela.

Uno de los lacayos de la señora Coronela, gran favorito de la ama, y que tenia como tal exelentes motivos para reputarse mas inviolable que un *honórable* de nuestros dias, era de una innata propension á hacer daño. y la naturaleza se habia complacido en darle para ello una admirable fecundidad. Una de las cosas que mas le complacian, era la de cortar los ricos trajes en las grandes concurrencias ó bien coserlos unos con otros para que se despedazasen, asi es que comunmente llevaba tijeras y agujas en sus bolsillos. Luego que vió formalizado el choque entre su ama y la Fiscala, acudió con una audacia esquisita, y tomando sus tijeras cortó todo el ángulo de la alfombra de la Fiscala, que le pareció de mas, para que así quedase imposibilitada la disputa.

La señora Fiscala se quedó atónita.

—Malvado! esclamó llena de furia: te haré pagar esta insolencia con la horca! y trató de levantarse con los

ojos llenos de lágrimas de la rábia y con el rostro trémulo y desencajado.

—Mire usted, señora, le dijo la Coronela, es asunto de plata, y cuando usted guste puede usted mandar á mi casa por el doble de lo que valga su alfombra.

—No, señora, seria mejor que mandase á cobrarlo sobre las arcas reales que algo dejan para usted y para su hijo.

—O sobre la administracion de correos, si usted gusta: en esa casa al menos debe usted tener crédito.

—Yo le juro á usted que esto no ha de quedar así; ya lo verá la muy perra orgullosa: dijo la Fiscala retirándose como una tigra.

—Es usted la que vá ladrando,....y por una alfombra!....señora!....

Tan ruidoso fué este escándalo á las puertas del templo y en medio de aquella grande y escogida concurrencia, que no lo olvidó por cierto, al escribir la crónica de aquellos tiempos, el buen arcediano de Centenera: y habló de ello con un tono que reprobamos nosotros, no obstante que debemos transcribirlo para probar que no inventamos ni denigramos.

«Con su saber astuto y cauteloso,
Sintiendo la pujanza que Adam lleva,
. . . .
Satán tomó por medio á nuestra Eva.
Contra el hombre quedó Satán tan diestro
Que si vencerle quiere con pujanza,
Como viejo, sagaz y gran maestro,
En una muger pone su confianza.
. . . .
. . . .
De modo que de diez partes de males
Los nueve con muger causa cabales.
Cuan claro aquesto vemos en el cuento
De una cierta fiscala y de Zurita:
Pues solo por poner asiento
En la Iglesia, y que otra se lo quita,
Se comenzó tan gran levantamiento
Que al reino del Perú plata infinita
Le cuesta. . . . .

CENTENERA, canto XVI.

Pero preciso es no olvidarse que el pobrecillo del arcediano, con las ligaduras de sus votos sacerdotales debia de andar á menudo con cabilaciones acerca de Eva y de las tentaciones de Satanás, imaginando enemigos infernales de las cosas mismas que Dios ha hecho para encanto y consuelo del hombre: este al menos es nuestro modo de comprenderle y de refutarle.

El hecho es que aquella inesperada reyerta tuvo un

eco inmenso en todo el concurso de la plaza, y que un susurro inmenso siguió comentando con pasion lo que habia ocurrido.

Entretanto el momento del gran bando habia llegado: las casas consistoriales estaban abiertas de par en par, y un pueblo numeroso atestaba los salones y las escaleras. La respetable municipalidad de Lima ocupaba el salon principal, rodeando una mesa tendida de terciopelo carmesí con hermosísimas franjas de oro cuyos flecos y adornos venian á dar hasta la mitad del salon: en cada una de las dos puntas de la carpeta que salian al salon, estaban preciosamente dibujadas de oro y seda, los escudos del vireinato y de la municipalidad. La pared á cuyo largo se sentaban los venerables magistrados de la comuna, estaba tapizada del mas rico brocato de Aragon, color amarillo todo, brillante como el oro, compacto como el cuero, y flexible como el arminio. En su centro sobresalia un espléndido escudo de las armas de España, bordado de relieve, en el que los metales preciosos se combinaban con las perlas y los diamantes y los rubíes para producir un efecto deslumbrante al frente de los espectadores del pueblo. Terminaba este tapizado por un inmenso docel suspendido en cuerdas y clavos

de oro sobre la cabeza de los miembros del cabildo.

En el centro de estos se hallaba un venerabilísimo anciano, vestido de negro y dominando con su blanca y calva cabeza á todos sus otros compañeros: tenia un alto baston en su manos, con gran puño de topacio, y adornado con borlones de seda negra. Era el señor Alcalde de primer voto, gefe del cabildo y justicia mayor de la ciudad. A su diestra figuraba otro personage con trage semi-militar, y una bellísima espada al cinto, único alli á quien distinguia esta insignia de guerra: era el Alferez Real, magistrado popular á un mismo tiempo que gefe nato de las milicias del Vireynato; dotado con ventajosísimas regalias y preeminencias por las leyes generales y coloniales. A la izquierda del de primer voto estaba el Alguacil Mayor, vestido de una toga negra que se cerraba en la garganta con una cinta punzó, y armado en su mano derecha de una varilla negra de ébano, que pasaba hasta mas alto que su cabeza. Entre los otros personages nada habia de notable; pero bajo de las gradas en que estaba la mesa y el docel se hallaba á la derecha un personage repugnante, vestido todo de colorado, con una máscara negra sobre su semblante y armado de un cuchillo corbo que apoyaba sobre su hombro: era el ver-

dugo, y parecia allí la estátua del terror ó una vision del infierno.

La campana del reloj municipal tocó diez campanadas en este instante; un profundo silencio reinó en todo el concurso de los salones: el Alcalde de primer voto se puso de pié, siguiéndole en ello toda su comitiva, tocó una campanilla de plata que servia de pirámide al magnífico tintero que tenia por delante, y dirigiéndose al Alferez Real, le mandó proclamar el Concilio con arreglo á las órdenes del Rey y rogaciones de Su Santidad el Pontífice Romano. El Alferez Real, bajó las gradas del docel, se dirijió al centro del salon, donde estaba colocado en una peaña el Estandarte real, y tomándolo en sus manos, hizo la debida proclamacion en voz clara y dominante.

Apenás concluyó se alzó un repique general de campanas por toda la ciudad, y el bullicio de la alegria se hizo sentir en toda la muchedumbre.

La municipalidad comenzó á bajar entonces de sus salones y salió en cuerpo á la plaza, formando una grandiosa procesion: se dirijió á la primera boca calle de la derecha, en donde estaba preparado un tablado al que todos sus miembros subieron en cuerpo: hizo entonces

el Alferez Real un movimiento con el estandarte que llevaba en sus manos y cesaron al instante las campanas, el mas profundo silencio quedó restablecido. Rodeaba el tablado una lucida compañia del regimiento real del ***Fijo***, cuyos tambores hicieron entonces un continuado redoble como en señal de atencion, y apenas concluyó, el Alferez Real volvió á promulgar con su clara y arrogante voz la convocacion del primer Concilio Peruano.

En medio de la muchedumbre que seguia rodeando á la comitiva del Bando, se hallaba, como sumido diremos, don Bautista el boticario, atisbando con un ojo perspicaz y empañado en apariencia cuanto allí pasaba, observándolo todo con un sumo interes, y arrebatando á cada uno de los que caian bajo su sagaz exámen el cecreto de sus deseos y de sus mas íntimas aspiraciones: metido, acurrucado en el recoveco que formaba con la pared una de las pilastras del Palacio veia y escudriñaba, sin ser visto segun él creia; no obstante que por las miradas desconfiadas que de vez en cuando repartia á su derredor, hubiera podido sospecharse que el hombre tenia cola de paja, como vulgarmente se dice.

En el momento en que el Bando con toda la muche-

dumbre que lo seguia pasaba delante de él y que el cabildo subia en cuerpo al tablado que se levantaba á dos pasos de la boca calle, vino una airosa tapada y pasando rápidamente su pañuelo blanco por las narices multiplicadas del farmaceuta, le dijo:

—Adios, Sacerdote!

—Siervo, señorita! le contestó él con aquella calma que revela haber adivinado un secreto.

—¿De *Adin* ó de *Adam*[1]? le preguntó ella.

—Vuestro, señorita! que por cierto no sois *Adin*, ó el diablo, ni Adam tampoco, sino el vínculo de ambos, la mas bella hija de Eva.

—Mal ojo teneis!

—No tan malo como el vuestro.

—Y por qué lo decis?

—Porque me espiais mal, y me juzgais peor!.... Sois injusta, niña!....Mirad que yo os quiero y os he querido siempre, y debeis saber que amo y respeto profundamente á los que os enemistan conmigo!

—Zape, señor Brujo! dijo ella riéndose de la mejor gana del mundo, ¿por quién me tomais?

—Por la que sois, por la que hace tiempo dá malos

1. Denominaciones vulgarer del diablo y de Dios.

informes de mí, por la que ahora mismo acaba de estar hablando, de espiarme y perseguirme.

—Guay !. . . . vaya que estais hoy muy tonto para divertirse uno con vos ! id á tomar algun cordial, de esos que tanto administrais á los otros para confortaros contra semejantes majaderías ! Adios !

—El os haga tan justa y caritativa como sois linda !

—Amen !. . . . le dijo irónicamente la tapada y se escurrió entre el concurso.

Al mismo tiempo que ella se alejaba vino otra y acercándose tambien al Boticario que seguia apoyado en su grueso baston de puño de plata, le dijo con voz rápida y misteriosa:

—Es ella !

El Boticario la miró con suma prudencia, se pasó dos ó tres veces la mano por la barba, é hizo sonar la lengua dentro de la boca.

—Soy yo ! le contestó la tapada haciendo el mismo ruido: no hay cuidado !

—Es ella, no es verdad ? repitió el Boticario entonces, deponiendo la desconfianza á esta señal: bien la conocí !

—Ella misma ! ya la tengo en mis manos: viene de la casa de don Benito Balmaceda, el primo del Padre Cirilo donde ha estado con este mas de una hora. Os siguen y os espian.

—Bien lo sé !

—Es preciso tener cuidado !

—Mucho, Mercedes !....mucho ! y empiezo á creer que debemos dejar abandonados á su suerte á Perez y la Mariquita.

—Eso no !....la muerte mil veces antes !....Es mi hija, os lo he dicho.

—Es que los grandes fines exigen los grandes medios; y no es cosa de perder la obra que está en camino contra los tiranos del mundo, comprometiéndola por tan poca cosa como la suerte de una niña.

—Una vez por todas os declaro que ninguna obra es mas grande para mí que la salvacion de esa niña que se ha criado á mis pechos !....Dejadme de teorias !.... rompo con vos si os empeñais en envilecerme aconsejando á una madre la enorme iniquidad de que sacrifique la suerte y la vida de su hija !....Mil veces no ! un millon de veces no ! dijo Mercedes con la entonacion resuelta de una voluntad incontrastable. Si Maria sucumbe, os

hago sucumbir á vos, sucumbo yo, sucumbiremos todos, porque yo no he de olvidar jamás que vos y yo somos la causa de todo lo que ha ocurrido en ese maldito viaje... ¡Yo pude salvarla de todo si no hubiese tenido la indigna y funesta debilidad de acceder al secreto, á la reserva absoluta que me exigisteis!

Don Bautista se quedó pensativo y preocupado.

—Sois demasiado exaltada, Mercedes!....sed prudente! estamos rodeados de testigos.

—Bien! dejemos eso: vuestra causa es atacar y perseguir al Rey de España? Sea! Yo me entrego á ella mientras vos sirvais la mia, que es salvar á Maria y arruinar al Padre Andres: y no quiero que os desvieis ni una línea de este pacto, si quereis contar conmigo como hasta aquí, toda entera, sin reserva de peligro ni de sacrificios!

—Pero ¿quién os dice que yo quiera desviarme?

—Me habeis hecho una insinuacion para ello; y de solo haberla percibido me he indignado!

—No tal! yo no os he hecho insinuacion ninguna: veo un peligro empezar á amenazarnos: preveo que necesitaremos quiza en un momento dado conjurarlo, y me he preguntado si no seria un exelente medio el de servir las

pasiones del enemigo comun abandonando lo menos para salvar lo mas.

—Lo menos?....

—Dejadme concluir, Mercedes!....Habeis reprobado y yo tambien repruebo mi misma propuesta: vuestra resolucion os honra, y me hace ver hasta donde se puede contar con vuestra lealtad y vuestra fortaleza!....Pero en fin, no perdamos el tiempo. ¿Qué habeis averiguado?

—Que en efecto la Petita sirve al Padre Cirilo, y vela sobre nuestros pasos: es como sabeis, grande amigo y confidente de la Fiscala, en cuyo círculo os aborrecen no sé por qué.

—Porque no hay necio ni charlatan que no aborrezca al que lo comprende.

—Así será: el hecho es que os aborrecen, y doña Antuca os acrimina de ser vos quien instruye al Padre Andres de sus desvarios.

—Divide y vencerás! dice el refran, dijo don Bautista con un aire conceptuoso.

—Claro es que en eso os habeis manejado con habilidad....Así es que para completar la obra, de acuerdo con el mismo refran, acabo de dar un gran paso.

—Si?. . . .Cuál? preguntó el Boticario con un sumo interés.

—He hecho denunciar á la Inquisicion con buenas pruebas en mano, que la señora Fiscala y la señora Coronela han sido cohechadas por doce mil duros cada una para contrarrestar las intrigas del Padre Andrés y salvar á los acusados: que el señor Fiscal ha recibido una parte considerable de la suma, y que la acusacion y la persecucion de la infeliz Maria no han tenido, como se vé, otro objeto que esplotar la fortuna de su padre!!!. . . .

—Mercedes! esclamó atónito el Boticario.

—Qué!. . . .os asusta la audacia de este golpe?

—Y qué saldrá?

—Lo he pensado! nada peor de lo que hay; y quizá muchò de bueno!

—Tal vez tengais razon! dijo meditando el Boticario; . . . .pero me habeis sorprendido, y no puedo en este momento formar juicio del resultado. . . .Si me hubierais consultado!

—Ha sido una inspiracion!. . . .He debido aprovechar el tiempo y la ocasion!

—Y con qué pruebas vais á llevar adelante vuestro intento?

—Hay maricones y comadres para todo! ya lo vereis! no es momento este para informaros.

—Ni quiero saber nada tampoco! dijo el Boticario variando de resolucion: mejor es que en eso obreis vos sola como mejor lo concibais!

—Empezais á tener miedo? le preguntó la Zamba. ¡Pues es tiempo! agregó con una amistosa ironia.

—Siempre he sido prudente! jamás he sido débil! bien me conoceis.

En este momento bajaban los cabildantes del tablado y se dirijian, á son de tambor y seguidos de la comitiva y de la muchedumbre, á la otra esquina de la plaza, donde habia tambien otro tablado para repetir la misma ceremonia. Despues de haber cuadrado asi la plaza entraron de nuevo al salon capitular, y mandaron al notario del cuerpo asentar la acta respectiva del Bando, disolviéndose cuando estuvo asentada y firmada en el libro correspondiente.

Concluido el espectáculo se permitió entrar á la plaza á los numerosos carruages en que habian ido las damas y que habian quedado esperando en las calles adyacentes. Entre ellos entró el de la señora Coronela: acudieron sus lacayos á abrir las puertas y bajar los estribos, y su-

biendo ella entonces se repantigó con su régia elegancia en los muelles cogines de damasco con que estaba tapizado por dentro. No bien cerraron las puertas los lacayos y comenzó el cochero á hacer andar las dos blancas y preciosas mulas que lo movian, cuando se colocaron á cada lado dos esbirros de la Inquisicion, mientras otro aterrando al cochero con la omnipotencia de la cruz roja que llevaba en el pecho de su túnica, tomó el freno de la mula tronquera, y sin hacer el mas mínimo caso de las protestas y de la ira de la señora, la condujo rectamente edificio inquisitorial, cuyas puertas de hierro secuestraron un momento despues las grandezas de esta dama al mundo en que habia gozado y repartido tantos encantos.

El Concilio queda pues convocado en la bella capital del Vireinato. La ceremonia fué repetida en todas las cabezas de gobernacion y de partido; y pocos meses despues empezaron á llegar á Lima, con su lucido séquito de doctos eclesiásticos y de jurisconsultos, los Obispos de aquel vireinato que abrazaba entonces á toda la América del Sud, propiamente dicha, desde *Panamá* hasta *Magallanes*.

La crónica ritmada del buen Arcediano que tantas veces hemos empleado en esta historia, nos suministra algunos vivísimos detalles del personal de aquella grande Asamblea, con la que él mismo anduvo revuelto, sin quedar por eso muy satisfecho, pues esclama por conclusion:

"Y no holgué yo menos de esta féria
Salir, que me cabia mucha parte;
Y así en el Concilio mi miseria
Gasté con mi pequeña industria y arte."

CAPÍTULO XVIII.

DRAKE Y HENDERSON.

Entre los sucesos fantásticos de que tanto abunda la historia del siglo XVI, las impávidas correrías de Drake en el Mar Pacífico, son sin disputa de los mas pintorescos y notables.

Correr aventuras de tierra y mar nada tenia de estraño entonces: era el espíritu y la monomanía del tiempo. Pero si en la historia de las unas brillan los nombres de Pizarro y de Cortés, nadie alcanza á rivalizar en las otras con Magallanes y con Drake. Este bravo é impertérrito pirata logró ilustrarse, apesar de lo impuro de su carrera, por las intenciones trascendentales que unió á sus latrocinios, y por el resultado científico de sus

esploraciones en un mar, cuyos límites habian sido antes de él desconocidos.

Verdad es, que aunque pirata, su renombre no ha quedado manchado ante la justicia de la humanidad, con los actos atroces de barbárie, á que, por lo comun, deben su negra celebridad los hombres de su oficio. Él, muy al contrario, se distinguió no menos que por los grandes resultados, por la esquisita benevolencia y urbanidad con que suavizó la desgracia, harto terrible, de los que cayeron bajo la rapacidad de sus banderas. ¡Y cosa rara! á su vida y á sus actos de pirata, este hombre unia la mas estraña pretension de ser tenido por *un perfecto cristiano*; y siendo uno de los guerreros, cuya fortuna y cuyo arrojo causaba mas pavor en su tiempo, oraba con la devocion y la humildad de un niño, y jamás quebrantó para con los vencidos la mansedumbre de las formas, que parecia imponerle el sentimiento relijioso de que se mostraba lleno.

Era sin embargo, pirata y gefe de piratas; es decir, hombre de voluntad de hierro, endurecido contra las intemperies, y no de tal mansedumbre, que no llevase en su cara y en sus palabras aquel sello incontrastable del mando absoluto, que detrás del devoto de las horas or-

dinarias, hace ver bien claro al tirano violento é irresistible de las horas estraordinarias—al Cronwell, al Luis XI. Sus palabras y sus ademanes estaban de vez en cuando sugetos á las mismas inconsecuencias escepcionales; y no pocas veces, en medio de alguna tormenta furiosa, que exigia todo el desarrollo de sus potencias y de su pasion, habia repartido sus *¡god damn!* con patadas y bofetones á sus marineros, sin acordarse de su Biblia, mucho mas que cuando en medio del abordaje hacia correr la sangre de los combatientes, con los golpes filosos de su *facon*, ó que cuando para mantener en su ruda gente la mas perfecta subordinacion hacía ahorcar algun sedicioso, como Doughty, en las vergas de su buque! Inconsecuencias inesplicables de la naturaleza humana! ....En ellas pensaba sin duda Voltaire, cuando decia que Dios se habia complacido en formarlo mono y águila á la vez; y basta una lijera percepcion de si mismo, para ver que ellas existen en diversos grados y con diversos accidentes en el corazon de todos los hombres.

Como Drake concluyó por servir oficialmente á su patria, defendiéndola con gloria y con fortuna de la *Invencible Armada* de Felipe II, y haciendo flamear altivo el pabellon de Isabel por todos los mares, todo ha veni-

do á ser lustre en la reputacion que le conserva la historia: los rasgos duros del jóven aventurero, del pirata, han desaparecido ante la gloria y el prestigio del almirante; y sus correrias mismas, separadas de la parte del latrocinio que tanto le afeó en su tiempo, son hoy preconizadas, tan solo como gigantescas hazañas, como gloriosos pasos de la humanidad en el camino de la civilizacion y del conocimiento del globo.

En la cabeza de Drake nació por primera vez la idea de encontrar un pasage entre el Atlántico y el Pacífico: él fué quien abrió esa série de tentativas á que solo este siglo ha dado cima su patria en todo el esplendor de esa marina y de ese comercio, que el célebre pirata comenzó á inspirar con su ejemplo animador: él fué quien tocó y dejó su nombre en la tierra que debia ser el delirio y la maravilla de nuestros dias—la California! El, en fin, quien entre gran número de importaciones utilísimas para el comercio, y el alivio de la humanidad, introdujo en Europa la *papa*, esa raiz benéfica, con que millones de desventurados se han salvado del hambre, y que ha venido á ser uno de los mas preciosos frutos de la agricultura moderna.

Con estos grandes méritos, unidos á la indomable

bravura y actividad con que superó todos los obstáculos, y se sobrepuso á todos sus enemigos, es con lo que su nombre ha afrontado el juicio de su posteridad, y obtenido no solo el perdon de sus maldades, sino la admiracion sincera de sus proezas.

Uno de los acontecimientos mas novelescos de su vida (que vamos á referir por el enlace que tiene con los sucesos futuros de nuestra historia,) es el que tuvo lugar en su primer viage á las costas de Panamá, y que fué el que le inspiró la primera idea de esa asombrosa empresa sobre el Pacífico, que le hemos visto realizar con una espléndida fortuna, debida en no poca parte á la rara habilidad con que se condujo.

Dracke era muy jóven entonces; aun estaba fresco en su corazon el rencor de lo que los españoles habian hecho con la flotilla de Hawkins en San Juan de Ulloa, saqueándola é incendiándola de improviso y casi á traicion: Drake habia perdido en este suceso toda su fortuna; y no bien regresó á Inglaterra, cuando puso todos sus conatos en armar dos buquecillos, para atacar y saquear á los españoles, en mar y en tierra.

Con esos buquecillos y 150 aventureros á lo mas, se hizo á la vela al mar de las Antillas y se dirijió á las cos-

tas del Istmo, en cuyas cercanías sobresalian entonces como empórios las villas de *Nombre de Dios y Venta Cruz.*

Empezaban apenas los primeros albores del dia, cuando Drake, de pié en el alcazar de su goleta, y respirando á nariz abierta el aire tibio y vivificante de la madrugada de los trópicos, sintió latir en su corazon el fuego de la guerra y de la próxima venganza: habia visto la tierra por su proa, la tierra votada por él al saqueo y á la rapiña, en desagravio de sus pasadas pérdidas y ofensas. Sublime debia de ser el drama interno que pasaba en el corazon del jóven aventurero, al verse ya, fiado solo á su audacia y á su su genio, frente á frente con los vastísimos territorios y riqueza de su enemigo—el tirano mas poderoso y mas temido de las naciones de su siglo. La gloria y la opulencia debian tentarlo por un lado, la venganza por otro. ¿Pero seria tan altiva y tan firme su alma que entre los horizontes nebulosos de aquella tierra que envolvian su porvenir, no percibiera de cuando en cuando la tétrica imágen de una horca ?

No,es imposible:el hecho es que Drake esclamó con una animacion estraña: *¡tierra! ¡la tierra !* y que sacándose al momento el sombrero de gallardas plumas, que realzaba

la enérgica belleza de su rostro, se arrodilló en la mas humilde actitud, y lleno de una estraña exaltacion, en que parecia pintarse las esperanzas y las ansiedades de su alma, se dirijió al Ser, en cuyas manos estaba el secreto de sus destinos. Dominada su tripulacion por este acto espontáneo y sincero de devocion, le imitó arrodillándose tambien, mientras la fresca brisa de la mañana inflaba las velas del buquecillo, y lo hacia deslizarse silencioso hácia su destino, como la gaviota solitaria que atraviesa el crepúsculo, rozando la superficie de las aguas.

El pirata hizo rumbo hácia los parages desiertos de la costa, huyendo de ser visto ó sentido en los pueblos, contra que asestaba sus tiros, y cuya desgracia iba á cimentar su nombradia. Estudiando sin cesar los derroteros manuscritos y las numerosas notas que tenia por delante, y siguiendo todas las vacilaciones de la aguja logró llegar hasta la entrada de una pequeña bahia, en la que metió sus dos goletillas con suma prudencia y laboriosidad.—¡ Alabado sea el Señor ! dijo: y dió la órden para que sus dos buquecillos echaran su gente á las lanchas, y le siguieran á tierra.

El bosque que cubria la ribera era tan frondoso y tan

tupido, que dejaba apenas pequeñas abras á la lengua del agua, quedando enmarañado y sombrio todo su interior. Drake esploró la orilla con paciencia, en busca de un lugar en donde pudiese desembarcar sus marinos y mantenerlos concentrados contra cualquier riesgo. Alcanzó á descubrir al cabo de algun tiempo una pequeña altura, que á pocas varas de allí dominaba sobre el bosque espeso que la circuia; y haciendo que sus bravos compañeros revisasen el estado de sus armas, los condujo á ella por un camino, que cuidaron de limpiar de malezas, para hacerlo de fácil regreso en todo caso.

La naturaleza que lo rodeaba, parecia ser primitiva, enteramente vírgen y salvaje. El mas mínimo indicio no habia alli, de que raza alguna humana hubiera puesto sus plantas sobre aquella tierra silenciosa; y por mas que el sagacísimo pirata esploró cuanto podia servirle á sospechar lo que pasaba en aquellos bosques sombríos, nada halló, nada mas vió que algunas aves desconocidas para él, que se alzaban al aire de entre las cercanas selvas.....¿Era esto casual, ó pasaba algo dentro de la profundidad de la maleza que las hacia volar asi amedrentadas?

Drake no dejó pasar inapercibido este incidente: pero

resuelto á todo—llevó su gente hasta la altura que habia designado para establecer su campo, y se contrajo con presteza á rodearlo de tablas y estacas por pronta defensa. Hecho lo cual reunió á todos sus compañeros en derredor suyo, y se hincó en medio de ellos con la cabeza descubierta y las manos alzadas al cielo, en ademan de súplica, entonando todos este sublime salmo de David:

«El Señor es mi luz ¿á quien temeré yo?

"El Señor es protector de mi vida, ¿á quién temeré yo?

"Mientras que se llegan á mi los dañadores para comer mis carnes: y los enemigos que me atribulan; ellos mismos fueron debilitados, y cayeron."

"Si se asentasen campamentos contra mi, no temerá mi corazon."

"Si se levantare batalla contra mi, entonces esperaré yo." etc. etc. etc.

Y al oir como el eco solemne de sus entonaciones varoniles iba rodando por la vasta y solitaria selva, la imaginacion no podia menos de figurarse á los genios idólatras de aquel desierto respondiendo con sus lamentos y huyendo con salvaje pavor delante de la escena sublime que representaba aquel grupo atrevido de cristianos.

No bien habian comenzado sus preces, cuando un rumor estraño se habia hecho sentir entre las espesuras de la maleza que rodeaba á los aventureros; y ciertas

formas vagas y urañas aparecian rápidamente por detrás de los árboles como visiones del infierno.

Terminado el cántico, los marinos sé incorporaron y mil voces opacas y contenidas repitieron dentro del bosque *¡hog! ¡hog! ¡hog!* lo que demostraba bien claro que estaban observados y rodeados por algunas de las tribus salvajes de aquella comarca. Drake distribuyó sus hombres en el reducto como si debiera resistir algun ataque y dejó venir los sucesos con aquella calma fria y firme que le era tan característica.

El perfecto silencio que habia vuelto á reinar en el bosque fué interrumpido derepente por una algazara estraordinaria que se alzó en algun punto mas lejano; de lo que Drake y sus compañeros infirieron que los salvajes habrian celebrado consejo y vendrian ya al ataque; pues despues de aquella inmensa gritería, que parecia un conjunto de lamentaciones, habia vuelto á quedar todo en absoluta mudéz.

Drake entretanto seguia haciendo bajar de sus buques, víveres, sacos y tablones, con todo lo cual, y las estacas que una parte de sus hombres cortaba de prisa, mientras la otra parte las aseguraba en tierra, logró bosquejar allí un reducto capaz de hacer inútil toda la saña

de los bárbaros, asegurándole un parapeto, tras del que sus marinos pudiesen emplear con toda ventaja sus armas de fuego.

En esto salió del bosque y vino hasta muy cerca de la valla un hermoso y corpulento salvaje. Venia casi desnudo, pues apenas llevaba envuelto en el tronco del cuerpo un ligero tejido de mimbre: su pecho era ancho como el del toro; y su cabeza alta y erguida hacia flotar en su cima un penacho de cabellos que le daba las formas del potro indómito de nuestras pampas. En uno de sus brazos que eran robustos, como los de un jigante cedro del Tucuman, traia un arco enorme con varias flechas que le correspondian, y en el otro un lio de hojas secas y frutas, que puso á sus pies, parándose con soberbia en la mitad del claro que quedaba entre la ceja del bosque y la valla del reducto.

Despues que miró á su alrededor, hizo una seña de atencion con las manos, y pronunció una viva arenga con la entonacion gutural y cadenciosa de un canto, gesticulándola además con tal estravagancia de contorsiones y de brincos, que parecia un demente: de cuando en cuando golpeaba fieramente sobre la tierra como en señal de poder: disparó al aire dos flechas, una tras otra, con

una rapidéz sorprendente; y concluyó por arrojar á una distancia prudente sus armas, tomando el lio que tenia á sus pies y alargándolo hácia los estrangeros.

Grandiosa debió de ser la elocuencia de su discurso; pues no hubo en él una frase ó un gesto que no arrancára dentro del bosque la esclamacion *¡hog! ¡hog! ¡hog!*

Drake comprendió al momento que todo aquello significaba ¿paz ó guerra?—y saliendo de la valla con la bondad y la calma pintada en su rostro, se dirigió al salvaje, que asombrado de su arrojo quiso alejarse; mas el aventurero se puso una mano sobre el pecho, y levantando la otra al cielo la ofreció en seña de amistad. Este con el mas desmedido gozo se puso á tocar á Drake y á examinar los accidentes de su traje con el candor del niño; y como Drake viera que lo que mas llamaba su atencion eran los botones de vidrio que brillaban en su surtú, se arrancó tres ó cuatro y se los dió. El regalo no pudo ser mas festejado por brincos y contorsiones; tomando entonces el salvaje el lio de hojas secas que habia traido se lo dió al pirata repitiéndole—*¡tabaco! ¡tabaco!* Drake finjió recibirlo con sumo aprecio, no obstante de que ignoraba la utilidad de sus aplicaciones.

Asi como en estos tiempos raro es el viagero que no

sabe balbucear cuando menos algunas frases esenciales en inglés ó francés, raro era en aquellos el que no podia hacer lo mismo en español. Drake comprendia pues y hablaba con bastante regularidad esta brava lengua de Castilla que tanto ha caido despues de entonces; y empleándola supo del indio que aquellos lugares eran una estrecha angostura de tierra entre dos grandes mares, habitada por la gran tribu de los *Cimarrones*[1] la primera nacion del mundo, en boca del salvaje por su poder y sus gloriosos antecedentes: el ilustre cacique de este gran pueblo, dijo el heraldo, era quien lo habia mandado á saber quiénes eran los estrangeros que habian aportado á aquellas costas, que era lo que querian, y si venian de paz ó de guerra.

—Yo soy Drake! le contestó el Pirata con énfasis: soy el célebre Drake, de quien habrá oido hablar vuestro ilustre cacique, como del mas grande y mas implacable enemigo que los españoles tienen en el mar: si vosotros sois amigos de los españoles, vengo de guerra, y ya podeis venir á atacarme; si sois sus enemigos vengo de paz y quiero que nos juntemos para ir á saquear sus pueblos y matar sus soldados; os prometo la mitad del botin!

1. Drake's Circumnav.

El semblante del indio patentizaba bien el éxito de la profunda astucia que encubrian las palabras de Drake. Era natural que una tribu salvage, vecina de las ricas villas que los españoles tenian en el Istmo fuese enemiga implacable de ellos, y viviese en contínuo asalto de sus riquezas y de su comercio.

El indio se volvió al bosque con una nueva tan feliz, y no tardó mucho en venir al campo del inglés el Cacique mismo, acompañado de la tribu innumerable de sus súbditos. En pocos momentos se comprendieron los dos gefes, y quedó cimentada aquella singular alianza de los salvajes de las dos costas del Istmo con el Pirata inglés, que jamás se desmintió por ninguna de las dos partes, y que fué la sólida base sobre que Drake cimentó todas sus empresas.

Su primera tentativa fué el ataque nocturno de la villa Nombre de Dios, que saquearon á su placer: dos dias despues marcharon al interior á sorprender una árria cargada de riquezas, que segun decian los indios, debia venir en camino de la otra. En esta espedicion, dice Camden, uno de los compañeros de Drake,[1] fué que este

1. *Sir Francis Drake Revived*, citado en Burney's Chrono. Hist. Discov. vol. 1, páj. 293.

concibió aquel apasionado deseo, que le trajo inquieto desde entonces, de cruzar las aguas del Pacifico con el pabellon inglés. La narracion histórica de este incidente es tan interesante, que debemos transcribirla por entero.—«Despues de algunos dias de viage por las espesuras de los bosques, llegamos como á las diez de la mañana á una cumbre situada como un puente entre los dos mares. El Cacique *Cimarron* tomó á nuestro gefe por la mano y rogándole lo siguiese hasta un lugar en donde se alzaba un árbol frondoso y gigantesco, en el que los salvages por medio de cortaduras habian practicado una escalera cómoda hasta su copa, vimos á un lado el Atlántico, que acababamos de dejar, y al otro lado el codiciado mar del Sur.»

«Como el dia estaba bellísimo á causa de la pura brisa con que Dios se habia servido aclarar la atmósfera, nuestro capitan espresó su gratitud hácia el Omnipotente por el favor que le concedia de mirar desde aquel espléndido árbol el mar, de cuyas riquezas habia oido hablar tanto, pidiéndole vida y favor para surcarlo alguna vez en un buque inglés, y llamando entonces á Juan Oxenhan el mas duro y audáz de los marinos que le

acompañaban le hizo unir sus votos en este ruego y en este propósito. »

Drake y el cacique *Cimarron* asaltaron en efecto la árria de cincuenta mulas cargadas de oro, que habian salido á buscar, con un éxito completo: atacaron en seguida el pueblo de Venta Cruz, haciendo entonces un botin considerable, que el pirata tuvo que abandonar en parte dentro del bosque al verse perseguido por un cuerpo de trescientos españoles, que le obligó á tomar sus buques y salír al mar con toda prisa.

El hecho es que como fué de una brillante generosidad y honradez en la reparticion que hizo del saqueo con sus aliados *Cimarrones* (á pesar de que la superioridad de sus armas y de sus soldados le habria permitido ser injusto y mezquino impunemente) quedó establecida una alianza cordial entre estos salvajes, y el gefe feliz de aquellos aventureros.

Tres años despues, de esta primer empresa, es decir, en el de 1578, Drake veia colmados los votos que habia hecho en la montaña de Panamá; y llevaba á cabo en el Pacífico las correrias con que nuestros lectores empezaron á conocerlo.

Despues de haber esquivado el encuentro con los bu-

ques de Sarmiento, y viendo que no era perseguido, resolvió entrar en el golfo hasta las costas; porque á la vez que queria hacer un valioso regalo á sus aliados del cacique *Cimarron*, con fines de ulterior utilidad, queria tambien ver si podia recoger el tesoro que en la antedicha espedicion habia tenido que abandonar y ocultar en los bosques inmediatos.

Confiado en la estrella feliz que parecia seguir sus destinos, hizo rumbo firme hácia la costa y echó el ancla en una pequeña rada del Istmo, desde cuya orilla queria enviar gente en busca de la tribu amiga de los *Cimarrones*. Pero, estaba destinado allí á tener un contraste, por que una furiosa tormenta del norte, que se levantó antes de que pudiese ganar altura y correrla en mar abierto, le echó á la costa la *Isabel* y el *Pasha*, y le puso á él mismo en tales apuros, que solo con prodijios de voluntad y de firmeza pudo salvar al *Pelícano* del naufragio. Si no lo hubiera logrado, era perdido para siempre: no habria tardado en espiar su arrojo en los patibulos de Lima.[1]

Pero salió de este peligro con muy poca pérdida de hombres; porque Henderson prodigó sus esfuerzos y lo-

1. Histórico.

gró poner en tierra á casi toda su gente, con la mayor parte de los caudales que tenia á su bordo.[1]

Pasado el contraste trató Drake de remediar sus consecuencias con la voluntad incontrastable de designios que formaba la grandeza de su alma; y luego que reunió en el único buque que le quedaba á todos los náufragos, hizo que su antiguo compañero Juan Oxenhan, el duro marino, entrase tierra adentro con una docena de hombres, de una bravura y de un arrojo no menos probado que el del gefe.

A los dos dias volvió Oxenhan acompañado del cacique *Cimarron*, y de toda su tribu, y fueron régiamente festejados y regalados por Drake.

1. *Drake's Circumnavig.*

CAPÍTULO XXIX.

HENDERSON Y OXENHAN.

En medio del bullicio y alegria con que los Indios y los aventureros andaban mezclados en aquel parage risueño, situado entre la costa del Pacífico y las cejas del espeso bosque, Henderson á lo lejos de la fiesta, cabiloso y taciturno se habia sentado al pié de una acácia colosal cuyos flecos de flores blancas se mecian sobre su jóven cabeza.

Juan Oxenhan, el duro marino, se le acercó sin ser sentido, y dejando caer en tierra la pesada culata de su arcabuz, en cuya boca apoyó sus dos brazos y su barba erizada de pelos rojos, le dijo:

—Estais triste, Milord! con su voz bronca de marino plebeyo y desalmado.

Henderson miró sorprendido al verse arrancado así á las blandas cavilaciones que le preocupaban; pero cuando vió que su agresor era Juan, el décano de la compañia, el *papá* de los marinos, el hombre de accion y de confianza que tenia el gefe, contestó con su aire amigable y tranquilo:

—Si, Juan, estoy melancólico.

—Y yo tambien! dijo Oxenhan con franqueza: vos amais á la *capitana* como yo amo á la *contramaestra*, y....

—Y qué....Juan? dijo Henderson incorporándose animado y lleno de curiosidad.

—Y no estoy por esto de irnos lejos cuando tenemos aquí amigos y recursos para volver al Callao y para llegar hasta Lima tambien: ¡vaya!

—Estais loco, Juan! dijo Henderson afectando la incredulidad y la calma del hombre que no quiere ceder á una ilusion que le sonrie á pesar suyo.

—Estoy loco?.... ¡Vaya!.... Yo soy hombre yá, Milord! y sé lo que digo.

—Esplicaos entonces! y sabed que si lo que pensais

es posible de realizarse por hombres, yo estoy pronto á emprenderlo aunque me tengais por niño, contestó el lord con orgullo.

—Bien lo sabia yo, Milord, porque entiendo que en todo caso seria una verguenza que no quisieseis hacer vos por la *capitana* lo que yo pienso hacer con vos, ó sin vos, por la *contramaestra*, y por mi fortuna.

—Quién es vuestra *contramaestra*, Juan?

—Quién es vuestra *capitana*, milord?

—¿Quereis hablar de las bellas Limeñas que tuvimos prisioneras abordo? dijo Henderson con embarazo.

—De la que os hizo prisionero á vos, y de la que me rindió á mí, Milord, le contestó el marino con su inalterable franqueza.

—¿Con que amais....á Juana? le dijo Henderson tomándole la mano con una viva emocion.

—¿Y que no soy de carne y hueso como vos? Ah! diablo! cómo me hace brincar el alma su recuerdo! ¿Tengo razon ó nó, Milord?

—La teneis, Juan; continuad.

—Digo que debemos volver á represarlas!

—¿Y nuestro gefe, Juan?

—Para quc diablo nos necesita? ¿No se perdieron ya los buques en que haciamos falta? Por supuesto: ahora con él solo basta para llevar á Inglaterra su caracol. Va! él es capaz de llevarlo por el aire si quiere; y si hemos de ir devalde, ¿no es mejor que atendamos á nuestro negocio? Ni él tiene derecho á impedírnoslo ni tentará otra cosa que disuadirnos; y sobre todo, que él quiera ó nó, yo me quedo *á trabajar* en estos mares.[1]

Henderson se quedó pensativo, y despues de un rato de silencio, le dijo Juan:

—Si llego á tener buena fortuna y hablo con la *sugeta*, qué le diré de vos, milord?....¿Que no tuvisteis el corage de acompañarme?

—Cómo!....esclamó el jóven airado; mira! agregó mas tranquilo, á ninguna parte ireis vos que no sea yo capaz de ir por delante.

—Si no fuera asi, no hubiese venido á convidaros.

—Veamos tus medios! ¿Cuáles son tus miras y tus recursos?

—Vais á verlos, Milord, sois rico.

—Bien lo sabeis, es inmenso el botin que hemos hecho, y yo tengo en él mi parte.

1 Histórico.

—Y yo tambien. Ya veis, los dos somos ricos, y con eso basta.

—No lo creo así; necesitamos gente, buque y armas.

—Todo eso tenemos, Milord; cincuenta bravos marineros están prontos á seguirnos si os decidís: en esos grandes bosques hay maderas para una hermosa escuna; sobran Indios que nos ayuden á hacerla, y tenemos galafates que la construyan. ¿ Armas, decis ? ¿ No están en el *Pelícano* todos los repuestos que tenia la *Isabel* y el *Pashá?* ¿ Tomándolos nosotros, y sacando las tres culebrinas que van en la bodega, no aliviamos de carga al almirante ?

—Vuestro proyecto, Juan, me sonríe ! Hay riesgos, pero qué importa ?

—Hay riesgos ! vaya un reproche ! Dadme una escuna montada por cincuenta de nuestros bravos, y los Indios de esta costa, y me rio de los riesgos; riesgos corre el que no tiene voluntad y vacila, Milord. Nosotros no los hemos de correr, estad cierto de ello.

Despues de un momento de reflexion, Henderson se levantó con el semblante animado de un nuevo fuego.

—Soy vuestro gefe; acepto vuestra empresa ! dijo

al bravo marino, y voy á decírselo á nuestro almirante!

Drake no era hombre de sorprenderse por lo arriesgado de una aventura. Su buen juicio, sin embargo, y su ojo perspicaz se chocó de aquella de que vino á hablarle su jóven amigo, é hizo cuanto pudo por disuadirlo

—Bien, señor, le dijo Henderson, poned vuestra mano sobre vuestro corazon, y decidme no con la voz de la amistad, sino con la del valor y la audácia. ¿Creéis insuperable la empresa?

Drake pareció meditar por algun tiempo, al cabo del cual, dijo:

—Repetidme vuestro plan, Roberto.

—Vamos á construir dos escunas en el silencio de estos bosques y aprovechándonos de la quietud en que vuestra desaparicion dejará estos mares, una en esta costa y la otra en el Atlántico, listas y armadas ambas, tendremos la de otra costa bien oculta entre el bosque de alguna abra inesplorada, como hay muchas segun dice Oxenhan y los Indios que he consultado, y montando en la otra daremos algun golpe de mano sobre el Callao... y sobre Lima tambien, ¿por que nó?

—Os comprendo! dijo Drake echando á Henderson una mirada de inteligencia.

—Tanto mejor, señor, comprendereis así mejor la energia de accion y de voluntad con que obraré. En cuanto al golpe de mano sobre la costa nada temo: ha de salir bien, por que cincuenta de nuestros hombres sorprendiendo y asaltando son irresistibles. Pero suponed que somos rechazados, ganaremos nuestra escuna....

—Y si os dan caza y os urgen en el mar la abandonareis en esta costa, atravesareis el bosque hasta la otra escuna y os marchareis á Inglaterra, ¿no es eso?

—Eso es, almirante! respondió Henderson con una mirada llena de brillo y de entusiasmo.

—¿Que quereis que os diga? reconozco á mis discípulos en el proyecto. Pero quiero ser franco: eso, Henderson, es usar de grandes medios para miserables fines; es emplear el estremo arrojo para tentativas sin gloria ni grandeza y sin provecho; es desafiar la horca por una niñeria, en fin! Si os persiguen tendreis que abandonar aquí vuestro botin, y....

—Nada me importa eso, señor!

—Sin embargo....

—No continueis, señor!..—esperad: ¿no me haceis otra objecion?

—Ninguna otra! Pero es preciso estar loco, Roberto, para que menosprecieis toda su gravedad.

El jóven guardó un obstinado silencio.

—Por fin, le dijo Drake, decidme hasta donde llegará todo el sacrificio que sois capaz de hacer por mí, Roberto.

—Milord, oidme con atencion y haced justicia al menos á los nobles motivos que me impulsan á otro destino que el que quereis darme; lo único que os ruego es, que sea cual fuere mi suerte, me conserveis á mí, ó á mi memoria, el afecto con que tanto me habeis distinguido.

—Contad con él, Roberto, para siempre! contad con algo mas, os lo juro por ese Dios que desparrama su vida entre los seres del mundo, dijo Drake de pié y alzando su sombrero con respeto: si sois desgraciado y prevalecen contra vos nuestros enemigos, contad con que Drake no bajará á la tumba sin haber hecho por vengaros á vos, el doble y triple, de lo que ha hecho por vengarse á sí propio!....y Drake concluyó estas palabras con un tono imponente y exaltado.

—Gracias, Milord, le dijo el jóven besándole la mano con gratitud y emocion. Pero no: no temais, he de ser feliz; ya lo vereis, y juntos hemos de hablar al calor del pátrio hogar de nuestras reciprocas hazañas.

—Dios os oiga, Roberto !. . . .decidme ahora, por que persistis en esta empresa ?

—Señor, le entregué mi fé á ese ángel que habeis conocido, á doña María, y ella me la juró eterna á mi. Mi corazon reboza, señor, á cada segundo con su recuerdo, y mis ojos no tienen mas luz que los encante, sino su imágen: vivo en ella, señor, y ella vive en mi, porque la amo aquí dentro de mi pecho que no late, que no respira sino por ella y para ella. La voz del cielo, señor, me dice á gritos que ella tambien me ama asi, y que tiene votada su vida, como yo, á mi amor ó á su muerte. Yo no tengo dudas; me ama, me espera rodeada de perseguidores, porque asi lo presiento, porque asi debe ser, porque asi lo esperaba ella misma y me lo decia: ¿ Quereis que me embilezca á mis propios ojos desamparándola por cobardia ó por egoismo ? ¿ Quereis que sacrifique la débil tórtola que se ha librado á mi fé de caballero y de soldado, teniendo un medio que tentar en favor de ambos ? ¿Que-

reis que tuerza, que esprima, que aprense mi alma para quitarle gota á gota la pasion que la anima, y la exalta ?. . . .No puedo, no lo quiero, Milord. Convenceriais mi razon, me mostrarias por precio de mi infamia el trono mismo de Inglaterra, pero deberiais estar seguro que aún así yo resistiria, porque tengo dentro del alma el gérmen que eternamente me estaria diciendo al oido sin dejarme distraccion ni reposo: «tuvistes la vileza de abandonar en medio de tus enemigos á la que los ofendió amándote: tuviste la infamia de dejar caer al sepulcro, sin correr á su socorro á la débil muger que se dejó seducir por las esterioridades engañosas que ocultan tu bajeza.» No, Milord, jamás ! jamás ! porque yo la amo mucho, la amo de veras ! os lo juro, dijo Henderson exaltado.

—Y bien, Roberto, me negareis que es muy presumible, por otro lado, que vuelta esa niña al seno de su patria y de sus amigos, mire como un ensueño todo lo pasado, y esté dispuesta á constituir su dicha doméstica con vinculos mas tranquilos y mas posibles que los ques vos le prometisteis ?

—Mi corazon protesta contra vos, y vuestras palabras, Milord !

—Y qué puede saber vuestro corazon ?

—Mucho mas que vuestra cabeza, Milord! A vos os falta el rayo de luz invisible de la simpatia y del interes, que pone en correspondencia á las almas que se comprenden, á los corazones que se aman, desde uno al otro confin del mundo; que habla dentro del uno con la voz del otro, y que hace sentir y saber la verdad. Vos lo ignorais todo por consiguiente. Yo tengo ese rayo, y os puedo asegurar que vuestra sugestion es falsa, que María me ama y me espera confiada en mi valor y en la energía de mi lealdad y de mi pasion.

—Os vuelvo á preguntar, Roberto, hasta donde sois capaz de sacrificar vuestras pasiones por mí? y sabed que cuando os lo pregunto creo en vuestra abnegacion absoluta, porque asi absoluta os la voy á exigir.

—Absoluta no, Milord! Os debo todo lo que soy; estoy dispuesto á dároslo todo despues de lo que debo á mi querida.

—Esto es concluido, Roberto! seguid vuestro destino y contad conmigo ahora, despues y siempre!

—Gracias Milord, gracias! le dijo el jóven volviendo á besar con emocion la mano del pirata.

—Voy pues á revelaros algunas cosas que os podrán ser útiles en los riesgos que vais á correr: en Lima ten-

go amigos, cómplices ó socios, por decirlo mejor, y es necesario que vos los conozcais y que yo os acredite ante ellos para que os auxilien si fuese necesario en vuestros propósitos y dificultades. El principal de todos ellos es un antiguo partidario del rey Manfredo de Nápoles, que como sabeis sucumbió bajo las armas de Gonzalo de Córdoba; es un hombre de una figura repugnante,de esterioridades humildes, detras de las cuales se oculta una alma infernal, tenaz, vengativa, pasiente, insaciable: es descendiente de los. . . . . .se hace llamar don Bautista, y pasa por boticario; es una llave maestra para todo. Yo lo conocí emigrado en Plymouth, habia tenido que abandonar la Italia acosado de las persecuciones que sus tiranos dirijian sobre él. La rábia, la sed de la venganza desbordaban en su corazon. Hablamos y nos entendimos: el fué quien negoció mi alianza con la casa Onetto y Compañia de Cadiz, que tan vastos negocios hace con estas colonias, y por cuyo medio es que todos los corsarios, que cruzamos contra la España, sabemos los secretos de la secretaria de marina, donde hay fuerzas que evitar y galeones que sorprender. Este don Bautista, para asegurar mejor el éxito de esta empresa que ha sido preparada como veis, de mucho tiempo atrás,

se ingirió en España, de España pasó á Lima, donde tiene una posecion ventajosísima para nuestros objetos, y ha enrolado nuevos amigos que nos sirven con suma utilidad. El Perú todo entero está cubierto de la raza indígena, y de bandas de indios fugitivos de la *mita* y de otros bárbaros vejámenes que les impone la codicia española. Este desórden interno favorece el éxito de los golpes de mano, y os puede servir de mucho, Henderson, si procedeis con prudencia y con habilidad. En fin, cuando nos separemos os premuniré de todos los medios que necesiteis y que hayan estado á mi alcance hasta hoy. Ante todo os voy á dejar bien entendido y arreglado con el cacique *Cimarron*, por que es un amigo preciso, cuyo auxilio, es la base de vuestras operaciones.

Drake hizo llamar al cacique y le comunicó la resolucion de su teniente, recomendándole que le protegiera y ayudase con la misma amistad que á él le habia consagrado. El viejo cacique miró con atencion al jóven, y volviéndose á Drake le dijo:

—¿Tiene mano firme y ojo claro como vos?

—Juzgareis por vos mismo! le dijo Henderson con altives, y reparando en una águila que se cernia á una gran distancia sobre sus cabezas, tomó el arcabuz de las

manos de Oxenhan, le apuntó, disparó, y el ave vino rodando sobre sí misma á caer á los pies del cazador.

—Hog! esclamó el cacique, impresionado de la destreza del jóven; pero agregó al momento: la flecho del gefe no parte de sus manos, sino de su espíritu y de sus ojos, como la de este, dijo señalando á Drake: y esa es la que yo quiero saber si lanzais bien á tus enemigos.

—El nombre de los hombres, dijo Henderson, es hijo de sus obras, y del favor de Dios. El gefe me ha distinguido por las mias, y veo que el favor de Dios no se esconde de mí, pues me permite verte y ser tu amigo.

—Veo que teneis flechas para el corazon de tus amigos, y yo les abro mi pecho para que entren, alargándote mi mano en señal de la ayuda que te daré, cuando te quedes con nosotros y la necesites.

Drake sentia vivamente la separacion de Henderson y de Oxenhan. Pero además de que quedaban terminados sus propósitos en el Pacífico, la pérdida de sus dos buquecillos hacia que no necesitase de sus servicios. Ellos además eran compañeros voluntarios de una empresa pirática en realidad; y en aquel siglo de individualismo y

de fuerza personal era relijiosamente respetada la independencia de cada uno para abrirse su camino ó satisfacer sus pasiones á su modo y con sus propios medios. Sin embargo, Drake quiso hacer un esfuerzo todavia por retenerlos y se dirigió á Oxenhan. No obstante el nombre de el *viejo* con que Oxenhan era conocido de todos los aventureros de aquella escuadrilla, es preciso tener presente que esta designacion se dirigia á su pericia, mas bien que á su edad, pues tenia apenas 40 años.

El viejo y rudo marino estaba sentado á la orilla del mar sobre unas peñas altas y erizadas de asperezas, en cuya base venia á estrellarse la ola con la gravedad acompasada de su reflujo; con la vista dirijida á los vajos horizontes del Occéano. Oxenhan parecia hallarse embebido en una profunda meditacion. Vió á su gefe venir hácia él; pero no cambió de posicion, manteniéndose en una actitud de confianza, indiferente y amigable al mismo tiempo.

—Y bien, Juan! le dijo Drake sentándose á su lado, y moviendo con la mano las pequeñas piedritas que formaban el piso á su alrededor, ¿con que nos dejas?

—Eh!. . . .vuestra gracia ya no se necesita de mí;. . . . y yo. . . .espero *trabajar* bien en estas costas.

—Cómo no he de necesitar de ti!....¿Te has olvidado de que hace diez años que estoy habituado á poner sobre tus hombros el cuidado de mis buques, cuando la fatiga me obliga á un rato de reposo.

—Eh!....dijo Oxenhan torciéndose con el mayor embarazo: yo no sé qué decir á V. S.....pero yo tengo que quedarme!....no hay remedio!

—Veamos Oxenhan: yo no quiero obligarte á nada, pero yo tambien tengo mis derechos, mis viejos derechos, y no debo renunciarlos sin haberlos defendido.

—Es inútil, Milord!

—No! eso lo veremos despues: primero es dicutir.

—Eh!....yo no puedo hablar Milord! y nunca tendré valor para deciros por qué os dejo; ya sabeis que cuando Juan asegura una cosa, la hace!

—Dime Juan, ¿te acuerdas del dia en que nuestros ojos estasiados, contemplaron por primera vez este mar que tenemos por delante, desde las alturas de aquellas montañas que nos separan del otro mar que tenemos á la espalda?

—Me acuerdo.

—Y no me prometiste entonces acompañarme en la empreza de cruzarlo?

—Os he cumplido, Milord!

—Aun no hemos terminado: yo sigo adelante!

—Eh!.....vais ya buscando el camino de la vuelta:.. y yo me quedo!

—Es que me dejais en medio aun de los peligros.

—Cuando empecé á navegar, érais un niño casi, érais pobre y oscuro....

—Soy pariente de los Drake de........!dijo Drake con rapidéz y orgullo.

—No lo sabia: le contestó Oxenhan con indiferencia. Lo que recuerdo es, que ningun pariente os ha empujado hácia arriba; y que Juan Oxenhan os ha visto llegar hasta donde estais, desde la lancha de un pobre pescador del Tavy. Os he visto y os conozco; y sé que para triunfar en vuestros propósitos no necesitais de Juan: vos solo sobrais: yo soy franco, bien lo sabeis.

—Hablas Juan, como el mercader que rebaja el precio de lo que quiere comprar: á trueque de que te deje quieres pasar por inútil? Bien sabes que eso es poner en tus lábios palabras sin verdad.

—Sea como fuere, Milord; yo me quedo! El dia aquel que ahora poco me recordábais, en que vimos este mar desde esas montañas, oí una voz que me dijo dentro de

mí mismo, que aquí estaba mi destino; y despues....ha habido cosas que me han convencido de que asi es, de que así debe ser! Con esto os digo todo. No me contradigais.

—Hagamos una cosa, Juan; le dijo Drake despues de un rato de meditacion: deja que mis derechos sobre tí luchen en campo igual, con los otros motivos que tengas para dejarme: echemos suertes, y resígnate á hacer lo que salga.

—No, Milord! seria esponerme á faltaros y mentiros.

—¿De modo que....

—No hay remedio! me quedo.

—Pero es que me llevas á Roberto tambien: y eso....

—¿Qué quereis?....Juan necesita de un gefe, de un hijo á quien protejer y obedecer. Vos lo fuísteis. Pero hoy vais á ser Almirante y gran personage: estais ya muy lejos de mí, mientras que sir Roberto empieza, y es digno de ser ayudado por Juan.

—Yo pensaba que no: yo pensaba que Juan era digno de ayudar al que pelea por la gloria de su pabellon, y contra los enemigos de su patria; pero no para servir amores pueriles.

—Eso es desleal Francis!....dijo Oxenhan interrum-

piendo al gefe: cada uno tiene su secreto y su derecho delante de Dios.

—Juan: yo parto mañana, le dijo Drake desentendiéndose y levantándose: ¿Te quedas?

—Me quedo, Milord!

—¿Te quedas, Juan? le repitió Drake apoyando su mano en el hombro del marino, y moviéndolo con emocion.

—Sí! contestó este inclinando su cabeza.

Drake se dió vuelta silencioso y contrariado. Juan Oxenhan se quedó sentado delante del vasto horizonte de la mar del Sur.

CAPÍTULO XXX.

LA PARTIDA.

En efecto, al dia siguiente de esta sentida conversacion entre los dos viejos amigos, que iban á separarse en los confines del mundo conocido entonces para no volverse á ver quizas, Drake hacia ya sus aprestos de partida.

Cincuenta hombres arrojados habian querido quedarse á participar de la suerte de Henderson y de Oxenhan.

—No quiero que hagais tan noble sacrificio; Suttonhall! le decia Henderson enternecido al exelente hombre de este nombre que ya conocen nuestros lectores como contramaestre de la *Isabel*; y que vacilaba entre su deseo de volver á Inglaterra y su cariño hácia su capitan:

seguid al gefe! le agregó Henderson empujándolo con dulzura.

El pobre marino se desprendió del jóven Milord sin decir una palabra, y se dirijió al grupo de los compañeros que se estaban embarcando en la lancha de Sir Francis Drake. Pero cuando ponia el pié para entrar dentro y alejarse definitivamente, saltó para atrás y se vino resuelto á donde Henderson, estaba.

—Creeis que me necesitareis, Milord? le dijo.

—Marchad Suttonhall!....no os martirizeis, le respondió el jóven oficial, haciendo vanos esfuerzos por permanecer entero.

—Eh! no!....dijo el marino repentinamente: me vais á necesitar! debo quedarme!....Me quedo señor! le gritó á Drake, que sentado ya en la popa de su lancha esperaba el resultado de aquella escena conmovente.

—Vogad! dijo el pirata á los marineros; y en tres segundos quedaron separados los dos grupos por los abismos del mar.

Mientras que el bergantin hacía su maniobra para ponerse en marcha, el grupo de bravos que habia quedado en tierra apiñado alrededor de Henderson y de Oxenhan, lo contemplaban con avidéz, sin poder evitar que brota-

se de sus ojos una ú otra lágrima de ternura; y la tripulacion que atestaba la cubierta, no podia tampoco separar sus ojos de aquellos compañeros que dejaba.

Desde que la lancha que habia llevado á Drake fué izada á bordo, empezaron las velas á desprenderse con rápidéz de sus respectivas vergas, y balanceándose el buque con su graciosa arboladura, luego que las infló el viento, acometió gallardamente su camino por el mar.

Entonces fué cuando por un movimiento instintivo los de tierra y los de abordo se descubrieron sus cabezas, haciendo un movimiento general de gorros con los brazos, sin que de una ni de otra parte, se alzara una sola voz que interrumpiese el silencio de la tristeza que dominaba á todos.

Sobre la meceta de la cámara se percibia en todo su vigor la figura enérgica y marcial del pirata, relevada con no sé qué aire de predominio, que le daba la banda de cuero atravesada sobre su pecho, de que colgaba su sable, y el sombrero puntiagudo, de cuyas álas enroscadas salian tiradas hácia atrás dos largas plumas rojas que flameaban como el gallardete del Bergantin. Drake hizo un breve saludo hácia tierra con su sombrero; y dándose vuelta al instante, contrajo toda su atencion á las

vergas y á la marcha de su buque. Una fresca brisa del Levante se llevaba, cual en las alas de la fortuna á este audáz aventurero, que teniendo apenas 34 años, contaba ya con un nombre célebre, terror y pesadilla de los súbditos del monarca cuyos dominios daban vuelta al globo.

El cacique *Cimarron* rodeado de sus indios, esperaba negligentemente que terminase aquella escena; mas, fatigado de un sentimiento tan prolongado, y que á él le era incomprensible, se acercó á Henderson y señalándole el bosque le dijo con brevedad.

....Este es nuestro camino !

Henderson hizo volver en si á sus hombres, y los puso en movimiento. Oxanhan levantó entonces sus brazos y su barba de la boca del mosquete en que se habia apoyado hasta entonces, y echándoselo al hombro, siguió el camino de los demás por entre el bosque.

Al caer de esa noche llegaron al lugar que el cacique habia juzgado mas apropósito para construir la escuna con toda seguridad y sigilo. Tenia en efecto, todas las condiciones necesarias para ello, pues era la caida de un rio angosto, cuyas riberas estaban atestadas de bosque en muchas leguas de estension, y que por el lado del mar

tenia una boca difícil de hallar por su estrechura, y por los recodos con que entraba hácia adentro.

Nuestros marinos escendieron esa noche sus fogones, y comenzaron su vida del desierto y de la selva, con la misma tranquilidad y vigor de espíritu con que sabian llevar su vida del mar: el marinero y el salvaje son habitantes del desierto, y ambos viven en tribu.

Al otro dia Henderson, Oxenhan y Suttonhall, trataron de combinar sériamente sus planes y sus trabajos.

Como es sabido que el Istmo que separa en América al Atlántico del Pacífico es una angostura de ocho leguas mas ó menos que forma, á uno y otro lado, dos anchos golfos llenos de vegetacion y de rios que descienden de los Andes. Nuestros aventureros convinieron, al fin, en que Suttonhall se dirijiese á la costa del Atlántico con veinte hombres y algunos indios para construir la escuna en que debian burlar las persecuciones de los españoles, luego que hubiesen dado su golpe de mano; y que Henderson y Oxenhan presidiesen el trabajo de la que debian construir en las costas del Pacífico[1], arreglando dos

1. Para los que, agenos á las crónicas americanas antiguas, atribuyan á cuento este acontecimiento eminentemente històrico, les copiaremos lo que dice Hakluyt en su vol. III pag. 527.—"Juan Oxenhan (compañero de Drake····construyó una escuna al otro lado del Istmo en las

correos diarios de indios entre uno y otro arsenal.

La ayuda que les dieron los cimarrones fué eficasísima y esmerada: espiaban todo el pais, y les mantenian en conocimiento hasta de lo que pasaba en las villas próximas; y solo por este apoyo y celo, Henderson y Oxenhan pudieron dar cima á una empresa harto dificil, en sí. Verdad es que en aquella época el movimiento marítimo, aunque arrojado, si se quiere, era escasísimo y casi nulo en lugares tan apartados como las costas donde pasaban los sucesos que narramos. No solo estaban ellos inesplorados, sino que la incapacidad de mantener estaciones en ellos por la deficiencia de la marina, hacia imposible vigilarlas, y las dejaba en un perfecto abandono como lo prueba la verdad histórica de dos hechos anteriores.

Apenas se vió Henderson instalado en el lugar que el cacique le designó para construir su escuna, sacó de su seno un papel escrito en clave que Drake le habia dejado como *memorandum*.

Los apuntes que contenian eran concisos: no contenian ni una sola palabra inútil:

que cruzó sobre el Pacífico haciendo presa.... etc. etc." y no copiamos íntegra su frase por no adelantar los sucesos de que nos vamos ocupando. Esto mismo se halla aseverado por Purchas part. IV pag. 1180, y por cuantos cronistas ingleses se han ocupado de esto.

« *Venta Cruz*, villa que está entre la de *Panamá* y « la de *Nombre Dios*. Los cimarrones van con frecuen- « cia á vender en sus cercanias pieles y otras cosas; y el « cacique sabe *á quién*.

« De Panamá van galeras con frecuencia al Callao; en « los que *él* podrá advertir á los amigos para que os apo- « yen como les indiqueis: ese pedazo de cinta es mi cre- « dencial: con él harán por vos como por mí.

« Un poco mas al sur del Callao, está la rada peque- « ñísima y solitaria de *Chorrillos*, que me parece la me- « jor para entrar sin ser sentido.

« Cuando hayais tomado todo esto en vuestra memo- « ria, romped y quemad este papel para que no quede « vestigio. »

Henderson empleó religiosamente la insinuacion de su amigo; y mientras se ocupaba con Oxenhan de construir su escuna, sin decir una sola palabra ni á este ni á otro alguno de sus compañeros, procuró por medio del cacique *Cimarron* abrirse las inteligencias que le sugeria el memorandum de Drake. Al cabo de mucho tiempo de demora, en que el jóven enamorado habia pasado mil veces por las amargas dudas del desfallecimiento, vino un indio de *Venta Cruz*, y le entregó una tira de papel es-

crita en su propia clave, que procedia de Lima, y que decia así:

« En *Chorrillos*: De noche: El guia será seguro: A
« las ruinas del gran templo de Pachacamac: Oculto
« hasta el momento oportuno: Sereis advertido: Co-
« nozco ya vuestro nombre, y haceis mucha falta: A todo
« trance! Si sois sentidos, no conteis con nadie ni con
« nada; y alejaos por que las víctimas habrán perecido.»

El corazon de Henderson se quedó helado de terror y de emocion al percibir este eco misterioso de la voz que le llegaba desde Lima. ¡ Gozo inefable de la primera esperanza de amor que se realiza, puede acaso el hombre trasuntar con su palabra tosca el encanto de los latidos que inspiras al corazon?—« Víctimas! se dijo Henderson, cuando el temblor de la profunda emocion que le sobrecogió le permitió respirar con calma: Sí! víctimas! agregó volviendo á leer. ¿Será, ¡Dios mio! que la vida de mi Maria peligra por mí?....Pero, ¿por cuál crímen? dijo pausadamente, y fijando en tierra aquel mirar vago que indica tener allá en el fondo del alma algun horrible presentimiento. ¿La Inquisicion?... dijo con terror, y tuvo que apoyarse con su mano derecha en un árbol, mientras que con la izquierda sostenia su

frente....¡ Adelante! agregó restableciéndose al momento. ¡ Es preciso obrar pronto!

—No! le dijo alguno por detras, poniéndole una pesada mano sobre el hombro.

Henderson dió un salto de sorpresa, y echó mano instintivamente á su puñal....

—Ah! eres tú, Juan?....Me espiabais? agregó medio ofendido.

—Yo?....le preguntó el marino con orgullo. ¡Bah¡.. niño! dejaos de tonterias!.

—Me habeis sorprendido sin embargo!

—Por casualidad os he oido una palabra que no me ha gustado, porque la prontitud del gefe no es la que se traga el tiempo, sino la que lo envuelve en su enérgica prudencia. Mirad, Mr. Roberto: he comprendido hace tiempo que teneis misterios para conmigo; y eso me prueba el acierto con que os elejí por gefe: si hubiérais hablado os habria despreciado: con que ved ahora si he podido pensar en espiaros!

—Perdon, Juan! le dijo Henderson arrepentido; dadme vuestra mano, pues teneis una noble alma!

—Eso sí!....me haceis justicia; y si mi talento correspondiese á mi corazon, ya seria yo grande como Sir

Francis, porque la mar no me quiere á mí menos que á él, ni me ha dejado de brindar sus favores; mas yo necesito quien me mande: me contento con ejecutar. Pero vos sois jóven; teneis la soberbia del mando; y ya ibais á sospechar que tuviese yo celos de los secretos que solo debe saber el que solo debe mandar.

—Aun no me quereis perdonar, Juan? le dijo Henderson con tono amigable.

—Eh! estais perdonado; pero quiero que aprendais á conocerme para siempre.

—Sí, Juan, contad con eso! Pero, en fin, por qué os oponeis á que partamos pronto? ¿No estamos listos todos? ¿No está provista nuestra escuna de todo lo necesario para navegar?

—No!

—Y qué le falta?

—Pintar de negro las velas para que nadie pueda verlas á la distancia y bautizarla.

—Teneis razon!....vamos á hacerlo!....¿y cómo la llamaremos?

—¿Qué sé yo de esos bordados, Sir Roberto?

—Pues bien, le llamaremos *La Fortuna!*

—No me parece bien! porque eso es usurpar un nombre que solo Dios puede acordarle.

—Decis bien!. . . .le llamaremos entonces *La Fidelidad!*

Juan se quedó pensando un rato y dijo despues:

—Me parece bien, ser fiel, ser leal, es un deber; y quien se embarca en el deber, merece la proteccion de Dios. ¡Me parece muy bien, Sir Roberto! Llamémosla *La Fidelidad.*

—Y á la que ha construido Suttonhall, como le llamaremos?

—A esa le corresponde de derecho el nombre de nuestro Almirante.

—Eso es! *Drake!* que se llame *Drake.*

—Es de justicia!

—Manos á la obra, Juan! A pintar de negro nuestras velas, á salir al mar en cuanto se sequen.

—Mañana al caer la tarde!

—Lo habia pensado.

La noticia de que estaba ya fijada la hora de lanzarse, fué recibida con grande júbilo por los marinos de aquella espedicion, que de cierto superaba en audacia y en

corage, si no en grandeza, á cuantas empresas habia acometido Drake hasta entonces.

Henderson y Oxenhan con otros diez marineros, quisieron probar antes el buquecillo para reparar con tiempo cualquier falta que se le notase; y despues de haber mandado que algunos hombres trepasen á las copas mas altas de los árboles para explorar bien los horizontes, y no ser apercibidos, hicieron que la escuna fuese llevada hasta la boca del rio por medio de cuerdas que los indios y los aventureros tiraban á una desde las riberas.

Con la misma gracia gentil é íntima confianza con que una muchacha de quince años se prende al brazo de su querido y le inclina al hombro su cabeza, asi aquel leve barquichuelo reclinó su costado sobre las aguas del mar y se deslizó por ellas cuando se desplegaron sus velas negras; y como la bandera roja de Inglaterra era izada al mismo tiempo, y corria con gallardia hasta el tope de la entena, hizo esplosion el gozo de los marinos que lo veian desde tierra, y un palmoteo general con mil ¡hurras! atronó el aire y se difundió roncando por las entrañas del bosque.

La prueba fué satisfactoria; y la escuna volvió dos ho-

ras despues de su partida á echar el ancla con orgullo á la boca del rio en que habia sido construida.

Empezó en el acto á llevarse á bordo cuanto era necesario para el crucero. Fueron embarcados los marinos. Dieron la mano de la despedida al cacique y á los de su tribu, que debian quedar vigilando por alli. Y al caer de la tarde, como Henderson y Oxenhan lo habian dicho, el buquecillo se alejaba de las costas y quedaban sus autores irremisiblemente puestos en manos del destino.

CAPÍTULO XXXI.

LAS RUINAS DE PACHACAMAC.

Los dos gefes de la empresa pusieron una suma vigilancia en evitar todo encuentro y no ser apercibidos. Lo que no les fué difícil, visto que los españoles habian contraido sus conatos á guarnecer el Estrecho suponiendo que Drake debia volver por allí. Atónito el brigadier Sarmienlo de que no apareciese en aquella salida que se juzgaba inevitable, cuando era ya notorio que habia desaparecido de las costas, se confundia en dudas y conjeturas, hasta que una voz vaga y anónima empezó á llegarle de todos los rumbos noticiándole que Drake habia seguido el derrotero de Magallanes; y que era probable que mientras él lo estaba esperando á su salida, el impávido

pirata andaria saqueando los inchimanes de la India y aterrando impunemente los suntuosos establecimientos que españoles y portugueses tenian en los mares de Asia.

En cuanto pasó la primera idea de esto por la mente del Brigadier, concibió la mas íntima conciencia de su verdad, y se declaró burlado. Pero, hábil y tenaz tambien en sus empresas se afirmó en la idea de que solo colonizando el estrecho de un modo estable, lograria la España evitar la repeticion de semejantes atentados; y convencido de que ya no le era dado medirse con el pirata, en vez de volverse á Lima se hizo á la vela para España á fin de solicitar del rey Felipe una escuadra, tropas y colonos con que afirmar para su corona la clausura del Pacífico.

Esta singular coincidencia, que por cierto no es de invencion nuestra sino un dato eminentemente histórico venia á favorecer de un modo práctico la empresa de Henderson; que sin saberlo él, debia hallar toda la costa desprovista del armamento dado al Brigadier, y entregada de nuevo á una completisima confianza.

Era el 24 de mayo de 1579: el sol escondia ya hácia el poniente, en las dilatadas aguas del Océano, su ancha faz

de fuego, y alzando sus últimos rayos al vacio decoraba con sus pálidas vislumbres las nubes, que, echadas á lo largo de los Andes, parecian con sus matices de rosa y nácar el manto opulento que cubria el cuerpo colosal de la América dormida sobre el mar.

Un pequeño barquichuelo envuelto con las sombras proyectadas por la tierra se balanceaba bordejeando prudentemente por entre los escollos de las costas. Mas bien que nave parecia el cuerpo opaco y negro de una ballena: era *La Fidelidad* próxima ya á echar en tierra á Henderson y Oxenhan por la rada pequeña y solitaria de *Chorrillos*, situada unas pocas millas al sur del Callao.

En efecto: asi que la noche cubrió de completa oscuridad el Océano, *La Fidelidad* afirmó su proa de bolina y renunciando á la indecision de sus bordejeadas enderezó rápidamente hácia adentro, y echo el ancla á una distancia prudente de la tierra.

Desprendióse poco despues un botecillo en el que Henderson y Oxenhan, con cuatro marineros, se llegaron á la orilla; y no bien tocaron, cuando se les presentó un cholo que les dijo en español:

—Bajad y seguidme!

—No es posible eso todavia, le respondió Henderson:

tenemos que bajar el resto de la jente: hemos venido à ver si estaba el guia.

—Yo soy el guia.

—Cómo os llamais?

—Mateo.

—A ver vuestra seña.

—Me han dicho que os diga «*Desde Nápoles*»; y la vuestra?

—«*Desde San Juan de Ulloa.*»

—Eso es: desembarcad, pues, pronto vuestros hombres para aprovechar del tiempo.

—Cuántas horas desde aquí á las Ruinas?

—Cinco de camino contínuo.

—Bien: esperádnos!

Henderson hizo bogar de vuelta con toda prisa, y llegó en unos pocos segundos á su buque. Escogió cuarenta hombres, y dejó abordo diez al mando de Suttonhall, elijiéndolos de modo que quedasen repartidos en ambas partes y en debida proporcion, los mas bravos y prudentes. Si arriesgada era la empresa de tierra, no era menos capital el servicio y la vigilancia que tenian que hacer los de la escuna: porque de ella dependia que se completase el éxito del atrevido golpe de mano que

se proponian dar. Solo esto pudo hacer que Suttonhall se resignase al rol que le imponian.

Los piratas desembarcaron con la mayor rapidez. Cada uno de ellos llevaba un lio de carne seca y un pequeño tarro de aguardiente. Henderson los ordenó en una fila de á dos de frente, y colocándose él á la cabeza, mandó echar al hombro los mosquetes, y se pusieron en marcha, siguiendo al baqueano, sin mas ruido que el que harían sus pasos acompasados sobre las pequeñas fracciones de pizarra que tapizaban todo el camino.

Empezaron en esta forma á subir por las pendientes de un grupo magnífico de colinas, y dejando un poco á la derecha Morro Solar, remontaron las pendientes onduladas con que el terreno desciende hasta las orillas del mar. Caminaron en silencio durante algunas horas, abrigándose de las desigualdades de las colinas y del fondo de los barrancos, hasta que desembocaron en la planicie espléndida de Lurin; desde donde vieron las masas informes de los Andes, levantándose al naciente, como una negra barrera al través de la oscuridad diáfana de la noche tropical.

Algo de fatídico ofrecia á la imajinacion el cuadro aquel que formaba el pequeño grupo de aventureros,

marchando atrevidos al favor de la noche hácia las impenetrables sombras del laberinto de montañas erizadas que tenian á su frente.

El guia que los encaminaba no habia pronunciado una sola palabra, ni habia vacilado un solo instante en su marcha; pero despues de haber andado algunos minutos por el valle, se volvió repentinamente á Henderson y le dijo, apuntando con el dedo hácia adelante:—*Pachacamac!* Henderson se agachó para percibir mejor, y distinguió en efecto, á corta distancia, una colina que parecia coronada de vastos edificios. Escitados tambien por la curiosidad los marinos que los acompañaban, conturbaron un poco la regularidad de su marcha para mostrarse unos á otros la colina, repitiéndose:—*Ruinas! ruinas!* en una voz baja misteriosa.

Eran las Ruinas de *Pachacamac*,—La ciudad antigua y santa de los Peruanos, afamada hasta muy poco antes por las suntuosidades del Culto que allí se daba al Dios *Ser* [1] que le daba su nombre, y al Dios *Viracocha*, ó *Espuma luminosa del Mar*. La inmensa y opulenta ciudad yacia ahora derrumbada al derredor de la colina en que antes habia ostentado sus grandezas, mirando,

1. Pachacamac significa *alma del mundo*.

por decirlo así, desde la tristeza de su sepulcro, las coquetas gracias con que Lima se alzaba jóven y floreciente á unas pocas millas en el mismo valle.

Pachacamac habia sido para los peruanos lo que Jerusalen para los cristianos, lo que la Meca para los musulmanes, el objeto de las peregrinaciones de los devotos, que en grandes comitivas venian incesantemente de todos los rincones del imperio á rendir sus ofrendas y recibir los oráculos del Dios. Se opina que el templo y el culto que daban su fama á la ciudad era mas antiguo que el dominio de los Huincas; que era el de las razas primitivas del pais; y tan arraigado en ellas que Manco Capac al conquistar el Perú creyó oportuno contemporizar con él, contentándose con levantar otro magnífico templo al sol—*la espuma lucida del Mar*, al lado del de Pachacamac.

Las riquezas que los dos templos habian antes encerrado no tenian cálculo. Baste decir, que un español que los vió de los primeros, hablando de la puerta del santuario, dice: «estaba muy tejida de cosas de coral y de turquesas y de otras piedras preciosas.»

Un magnífico palacio residencia de los Huincas, cuan-

do venian á presentar sus devociones se alzaba allí tambien.

El culto de Pachacamac y de Viracocha habia escitado toda la indignacion y la codicia de los españoles. Hernando Pizarro vino el primero, derribó los ídolos, saqueó los templos y las casas, é hizo abandonar la ciudad que en pocos años perdió sus techos y quedó en ruinas.

Como aquellas ruinas ocupaban un lugar solitario y apartado del valle era por lo general abrigo de una ú otra partida de ladrones ó de fugitivos que se ocultaban dentro del laberinto que formaban las paredes derrumbadas, las habitaciones, y sobre todo los intrincados y numerosos subterráneos con que toda la colina estaba minada.

La estension de estas ruinas era entonces como de dos millas, pues su circuito bajaba por la pendiente de la colina y ocupaba una gran parte de la quebrada. Despues la agricultura y el valor que ella ha dado á esos terrenos, han hecho desaparecer hasta sus vestigios, y han venido á hacer imposible todo estudio arqueológico sobre su naturaleza y sus materiales.

Al subir la columna y pasar por debajo de una de las portadas de piedra macisa que se hallaba en pié, Henderson no pudo menos que sentirse profundamente impre-

sionado por la atmósfera de muerte, de silencio y de antigüedad que manaba de aquellas paredes mústias y solitarias. Las sombras de los Huincas, que tantas veces habian mostrado allí los resplandores de su poder y de su magnificencia; las de los Grandes Sacerdotes de Viracocha, que desde el impenetrable misterio del Santuario repartian los oráculos del Dios á los innumerables peregrinos de todas las razas del imperio que venian á postrarse en las pendientes de la colina; las sombras de los millares de víctimas que allí habian sido sacrificadas por las feroces preocupaciones de la idolatría, todo se agolpaba á su imaginacion; y á medida que se internaba y que el éco sepulcral de las ruinas le remedaba el paso, Henderson creia ver por momentos hasta la imájen grotesca de los ídolos, revolando por aquellos recintos y haciéndole mil gestos y mil contorsiones estravagantes.

Cuando estuvieron al borde de las ruinas, Mateo hizo que los ingleses se ocultasen tras de unas tapias llenas de tunales, y se introdujo solo, diciéndoles que le aguardasen. Registró con prudencia y con cuidado todos los rincones por donde queria pasar, y se bajó á un vasto subterráneo, en el que prendió luz valiéndose de un yesquero y de una fibra de pajuela. Lo examinó todo al fa-

vor de la luz, y cuando quedó satisfecho de que el subterráneo estaba solo, volvió á buscar á los aventureros, y los hizo entrar y ocultarse en él.

Henderson acomodó su gente y la mandó descansar; mas él volviendo á salir con Oxenhan y con Mateo, se informó cuidadosamente de todos los alrededores, de las entradas y salidas de las ruinas, de los lugares mas oportunos para poner espias y centinelas, hasta que bien satisfecho, colocó en ellos á los mas vigilantes y fieles de entre sus compañeros: hecho lo cual, se volvió á descansar dejando á Oxenhan despierto; Mateo mientras tanto, salia solo de las ruinas, y haciendo un largo rodeo por el valle, tomaba el camino real que baja á Lima desde el interior de la montaña.

Oxenhan hizo encender en el centro de la gruta un hermoso fuego despues de haber mandado al hombre que vigilaba en la abertura esterior que la cubriese bien con un encerado. Sacó una buena botella de brandy, unas cuantas galletas, un pedazo de queso, y dijo á sus marinos:

—Ea, hijos! aquí está la opípara cena! echando brandy en algunos vasos de lata que puso á su alrededor.

Los marinos no se lo hicieron repetir dos veces, acudieron festivos á la invitacion, y sentándose por el suelo

en derredor del fogon, comenzaron á beber del restaurante licor.

—Aquí estamos, camaradas! les dijo Oxenhan, dejando el vaso que acababa de empinar, y saboreando el trago con ese ruido especial de los lábios, con que un aficionado sabe el buen licor: aquí estamos prontos á dar un manoton que nos ha de envidiar, no digo el Papa que vive de la trasquila de sus millones de ovejas, sino el gran turco que es el potentado mas rico del universo.

—A tí, al menos, pudiera que te lo envidie; pero á nosotros. . . .

—¿Y por qué lo dices Willy? le preguntó Oxenhan con zonga.

—Porque, mas ó menos, sabemos lo que vienes á buscar.

—Pues si lo sabeis, debais hacer que tu lengua fuese leal secreto de tus amigos.

—Vamos! no te enojes, Juan! venga un trago!

—No quiero!. . . .chancearte asi es ofenderme.

—Pues bien!. . . .me castigaré poniéndome á tu lado en el asalto para ayudarte ó para morir contigo.

—No: júrame mas bien que si yo perezco, salvarás el tesoro que yo lleve en mis brazos.

—Si juro: venga la Biblia.

Juan sacó entonces de su bolsillo un libro pequeño, que contenia en letras menudas todas las sagradas escrituras; y poniéndolo sobre la palma de su mano la estendió hácia Willy. Todos los circunstantes se descubrieron poniéndose de pié; y Willy hizo con seriedad y abnegacion el solemne juramento que Juan le había pedido

—No puedes figurarte lo que me tranquiliza esa promesa, Willy: eres valiente como un leon, y sé que puedo fiarla á tus manos si perezco.

—Venga el trago!. . . .ni tú ni yo hemos de morir á manos de papistas, Juan! le dijo Willy con desembarazo.

—A mí no me importa! toma el trago—agregó echando brandy en el vaso: lo que sé, es que no nos han de vencer: que muera alguno no es ni estraño, ni cosa de llorar: triunfemos y basta; por eso te digo que si yo muero, como sé que el triunfo ha de ser nuestro, me la salves.

—¿Y por dónde estará el palacio del Obispo, Juan? le preguntó otro marinero.

—Y para qué?

—Porque yo quiero ir por ahí: he oido decir que los Obispos de esta tierra tienen riquezas inmensas en pedrerías y otras alhajas.

—No, no, no; dijo Juan: camaradas, dejemos de bromas: nuestra salvacion consiste en nuestra union: el que se separe es perdido: todos á una ó sucumbiremos! tenedlo bien presente. Si todos obramos juntos, bajo la accion del gefe, sin cuidarnos de otra cosa que de seguirlo y obedecerlo, el resultado será espléndido, yo os lo prometo—tenemos inmensas riquezas con que recompensaros; y mucho que levantar, además, por el camino.

—Y porqué no damos el golpe? preguntó otro.

—Porque es preciso combinar muchas cosas, contestó Juan: dejad al gefe que se arregle y vereis.

—Haremos una sorpresa?

—Por supuesto! y la haremos á media noche, luego que sepamos el lugar sobre que debemos caer de improviso.

—Oh! será magnífico: echarnos de repente sobre la opulenta Lima! saquearla, aterrarla y desaparecer como si fuésemos brujos, ¿nó es eso?

—Eso mismo.

—Espléndido! esta empresa será Juan tu obra gefe!

—Si la logro me retiro del oficio.

—Y por qué?

—Porque no quiero abusar del favor de Dios, y le he

prometido pasar el resto de mis dias, dándole gracias por los grandes beneficios que me ha dispensado.

Y si no la logramos?

—Si no la logramos?....dijo Juan incorporándose irritado: no!....eso es imposible. A ver los vasos: vaya otro trago! y dormid para tener fuerzas y arrojo; que yo voy á velar hasta que el capitan me releve.

Los marinos, dóciles á la voz de aquel amigo acostumbrado á mandarlos, fueron echándose por el suelo alternativamente; y se durmieron con aquella prontitud que es peculiar de los hombres fuertes y habituados á los trabajos personales.

Solo Juan Oxenhan se quedó sentado al lado del fogon, que reducido á unas cuantas brasas, esparcia apenas un débil fulgor por aquel tétrico subterráneo. Juan cavilaba: sentado en el suelo, con sus piernas dobladas por delante, tenia una mano tendida sobre su rodilla, la otra sobre su boca, la mirada fija en el brillo amortiguado de los tizones. El silencio del recinto era completo.

Al cabo de un rato, Juan sintió un leve movimiento, allá en el fondo de la oscuridad del subterráneo, y apenas habia fijado su vista hácia ese lado para percibir la

causa, cuando vió á Henderson que vino á sentarse junto á él, y que le dijo brevemente:

—Vete á dormir un poco, Juan.

—Imposible: no puedo dormir.

—Yo tampoco! le dijo Henderson: mi cabeza arde con un volcan de dudas y de esperanzas, y mis ojos centellean en la oscuridad, sacudidos por la fiebre.

—Asi mismo estoy yo; tengo aquí una batalla: dijo Juan poniéndose la mano sobre el corazon.

—Quién lo hubiera pensado!....yo te creia incapaz de amar otra cosa que la mar y sus tormentas, que el asalto y el abordaje.

—Y yo tambien lo creia!....pero Sir Roberto, me habia engañado!....Desde que ví á ese demonio de muchacha con sus dos ojos grandes y penetrantes como el calor del aguardiente, empecé á vivir como ébrio, Sir Roberto: distraido, triste, impasible, desconsolado, y sin mas que un solo deseo.

—Ese es el amor Juan: le dijo Henderson pensativo.

—Pues es una cosa infernal, Sir Roberto!....es abominable y es sublime al mismo tiempo.

—Sí Juan! se padece y se goza al mismo tiempo, gozais en matirizaros, y os martirizais en gozar.

—Voto á Baco! que Dios no ha sido muy generoso conmigo echándome en la boca esa gota de veneno!

Juan!.....Blasfemas! séamos justos, pensemos por un momento en lo que será de grande nuestra dicha si logrando sacar en nuestros brazos á la querida de nuestra alma, la oimos vendecir nuestra constancia con sus hermosos lábios y bañarnos con sus miradas.

—No me volvais loco, Sir Roberto! le dijo Juan Oxenhan arropado y tapándose los ojos con las manos.

—Y por qué?.....¿por qué no hemos de tener nosotros esa dicha que un sinnúmero de mortales gozan en la tierra? ¿nos faltaria el arrojo?

—Jamás!

—Pues con él seremos tambien felices!.....El amor de María es mi vida: llenar la niña de mis ojos con la luz celestial que despiden los suyos, hacer palpitar mi apasionado corazon con el rayo fugaz de su mirada, percibir anhelante una sonrisa de sus lábios, recoger sus palabras, hé ahí Juan, hé ahí Juan, lo único que para mí se llama vivir!.....¡Ah, si lográra alguna vez estrechar mis lábios contra los suyos, y beber el nectar que exhala su corazon!.....¡si pudiese tan solo estrechar su mano contra la mia para decirle *te amo*, con los latidos de mi alma

y oir el mismo *te amo* con los latidos de la suya.... ¡Juan!....¡Juan!....eso solo seria vivir para mí!.... La vida sin esa esperanza, despues de haberla conocido me parece inconcebible.

—Ah, Sir Roberto! le dijo Juan con tristeza: yo no soy tan feliz como vos! ignoro si soy amado:....yo no soy amado; porque ¿cómo ha de amar ella á este marino tosco y ordinario, que ni siquiera supo decirle una sola palabra, un solo halago!

—¿Qué dices, Juan?....aun no sabes si Juana te ama?

—Ni le he dicho siquiera que la amo! respondió el marino con vergüenza.

—Oh!....vuestra abnegacion es entonces sublime!

—Pero si no me amase!....

—Sí: os amará Juan, porque vuestra alma es hermosa.

—Mi alma!....¿de qué sirve que lo sea, si los huracanes del mar y los ardores del sol han hecho mas sucio todavia el ropage con que la vistió Dios al echarla al mundo.

—Estais engañado, Juan: el amor nace y crece en el alma, y las bellezas del alma se comprenden:....creo sereis comprendido.

—Ojalá dijérais verdad!

—Poco falta para que lo sepas: á dos pasos de ellas estamos: depende de nuestro valor el salvarlas: y las salvaremos, por que ambos lo hemos jurado! ¿no es verdad?

—Yo iré á donde vos vayais, Sir Roberto.

—A la Inquisicion: donde los bárbaros las han encerrado por el crímen de haberos amado!

—Qué decís? esclamó Juan indignado: ¿cómo lo sabeis?

—Por el guia que nos trajo.

—Pronto allá, Sir Reberto! esclamó incorporándose como un coloso.

—Pronto, será tiempo Juan.

—Es preciso que sea al instante!

—Nó: tenemos que esperar el aviso de nuestros amigos: Pero yo te juro, Juan que iremos á tiempo!.... y cuando nos lancemos será á todo trance: á dejar nuestras vidas con ellas, ó á arrancarlas de sus tiranos!

—Y si las sacrifican antes? dijo Juan con ansiedad.

—No por Dios!....

—Aprovechemos de los instantes, Sir Roberto!

—Recuerda Juan que eres tú mismo quien me lo dijo: « la prontitud del gefe, no es la que se traga el tiempo, sino la que lo envuelve en su enérgica prudencia »

—Es verdad....pero hay momentos....

—Confía en mi!....Mi pasion no es menos violenta que la tuya. ...Se trata de vencer y no de morir, Juan.... y solo yo sé el sacrificio que hago resignándome á la prudencia.

—Hacedlo é imponédnosla, señor; vuestra prudencia es nuestra éjida! dijo Juan inclinando su cabeza.

—Pues bien, Juan: id entonces á relevar los centinelas, para que descansen á su vez: conservar el vigor de nuestra gente, es lo vital por ahora.

CAPÍTULO XXXII.

GATO POR LIEBRE.

El Sol de la madrugada venia apenas dorando por detrás los picos nevados de las Cordilleras, y la neblina como un velo de tul blanco, cubria aun el fondo de los valles, cuando Mateo talareando una tonadilla indíjena y con unas alforjas llenas de frutas al hombro, regresaba á Lima por medio del camino real con aquel paso ordinario que revela, ó remeda, una quietud de ánimo perfecta.

Porcion de vendedores que traian al mercado desde las chacras y quintas inmediatas los frutos de su trabajo, á pié los unos, en burros otros, y no pocos en pequeñitos carros tirados por alguna mula pacífica y estenuada, ve-

nian tambien por el mismo camino, hablándose y gritándose á la distancia con aquella franca jovialidad que es propia de las gentes de un mismo oficio y habituadas diariamente á verse en un mismo lugar!

Iban asi acercándose á la risueña ciudad, cuando todos, como si supiesen á una señal misma, comenzaron á arrodillarse sucesivamente y con devocion, bajándose de los burros y de los carros los que iban sobre ellos. Permanecieron así como dos minutos, levantándose despues y volviendo cada uno á tomar festivamente su camino. Era—que en la Iglesia Catedral cantaba el Arzobispo la *misa mayor*, y que al anuncio que daban las campanas de estar el Sacerdote consumiendo la hostia, toda la poblacion se postraba dia á dia á la misma hora, y el movimiento de adoracion se propagaba así por los caminos desde el pié del altar, imitándose los unos á los otros.[1]

Mateo se arrodilló y se golpeó el pecho, como uno de tantos; y como uno de tantos entró tambien en la ciudad y fué á estender en una de las aceras de la plaza, sobre un lienzo bien limpio, las ocho ó diez docenas de *lúcu-*

1. Esta práctica de devocion se conservaba en los pueblos del Pacífico en el año de 1845, y probablemente dura todavia.

mas y paltas[1] que habia traido en sus alforjas. Desde que el cholo se instaló al frente de su *factura*, empezó á gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

« A las paltas superiores de Mateo !» — « A las hermosas lúcumas de Mateo !» — « Paltas ! Lúcumas ! » — « son las de Mateo » —las mas ricas. Aym, marchantito ! aquí !» « Ricas y tiradas » — « las doy por nada !» — son *cincuenta !* son *cincuenta !* Y el cholo daba una inflexion particular á su vos cuando decia son *cincuenta!*

—Son cincuenta eh ? Le dijo pasando por su lado don Bautista, agachado y humilde como andaba de ordinario. Cincuenta ! cincuenta ! y todas sanas y grandes que dá gusto ! gritaba el cholo: De las que se llevaban al templo de *Pachacamac* cuando lo habitaba el diablo: lindas ! lindas, marchantito !

Y como los vendedores gritaban en la plaza ponderando sus *frutas* con la misma fuerza y entusiasmo que Mateo, resultaba una algaravia llena de animacion, que venia á colorir aun mas, en lo que tenia de local y pintores-

1. La *lúcuma* es la fruta que dá un árbol de la forma del peral poco mas ó menos, es parecida al durazno prisco, pero su cáscara es verdosa y terza como la del membrillo y su carne muy arinosa y seca. La *palta* es el *aguacate*, cuya descripcion viene en el diccionario de Terreros.

co, un cielo claro y azul cuya atmósfera purísima parecia atravesada hasta el centro mismo del espacio por los rayos del sol de la mañana.

Cuando don Bautista se hubo alejado un poco, Mateo recogió sus paltas, y ensacándolas otra vez en sus alforjas se echó á andar por las calles de Lima, dando las mismas voces, y haciéndose el desentendido para uno ú otro comprador que le llamaba: anduvo de modo que al dar vuelta una esquina se encontró otra vez con don Bautista y echando al suelo sus alforjas sacó en sus manos dos hermosas paltas que le mostraba como si se las ofreciera en venta.

—Le sigo á su merced ? le preguntó en voz baja.

—No ! por que ya me andan vigilando.

—Y dónde quiere su merced que lo vea ?

—En la Merced, á la hora de la novena; junto al altar del *Buen Pastor*.

Y al mismo tiempo que hablaban asi, don Bautista le pagó las dos paltas; y Mateo siguió gritando á voz en cuello para vender el resto, dando vueltas por las calles, y volviendo á entrar en la plaza.

Poco despues que él hubiese levantado *su puesto*, se llegó al lugar en que lo habia tenido un fraile macilento

dirigiendo con paso apresurado á otro fraile de estatura pequeña, de figura rolliza y carnuda, de semblante alegre, y buen camarada al parecer, que seguia al primero jadeando y lleno de sudor el rostro.

El primero que era el Padre Cirilo, se detuvo detras de uno de los pilares de los *portales* cubriéndose de una *bandola*, ó tienda volante que habia puesto alli un mercachifle catalan; y mirando deligentemente por todo aquello como si buscase alguno, dijo:

—Aquí estaba !....¿donde se habrá ido?....Es tan grande ese laberinto! este tumulto !....se ha ido!

El otro permanecia entretanto en la espectativa de lo que el Padre Cirilo debia hallar ó indicarle.

—Andaba gritando *lúcumas y paltas!*.

—Hay doscientos que gritan lo mismo, ¿ no oye hermano? dijo el Padre Gordifloncillo.

—Espere Padre !....esa es su voz !....por aquí!... venga hermano por aquí!

Y caminando el Padre Cirilo, seguido apenas de su camarada, y parapetado siempre de los portales, descubrió al fin á Mateo que volvia á tender su puesto en otro lugar de la plaza, gritando siempre con el mismo énfasis.

—Aquel es! dijo el Padre Cirilo lleno de satisfaccion,

¿ lo vé hermano?....aquel cholo regordete, nariz afilada, sombrero de paja,....ese que se agacha....que se suena las narices....¿ lo vé hermano ?

—No,....no veo!.. .¿dónde? junto al poste de cañon?

—No: hermano! ¡ con mil de acaballo?....¿no está viendo aquel cholo que está agachado?....aquel que se agacha! aquel que se agacha! dijo el Padre Cirilo con impaciencia! ¡Voto á Brios! parece que no tuviera ojos, hermano! que no lo vé todavia? Caramba!

—Pero, qué quiere hermano?....si estoy viendo un millar de cholos con sombrero de paja, que van y vienen, y se revuelven allí! y no puedo saber cual es el que me señala su Paternidad!

—¡Por Dios, hermano Sinforoso!....venga para acá; vé aquella chola de rebozo colorado con un atado en la cabeza, que está comprando lechugas en aquella mula con árganas, al lado de aquella carreta con banderita amarilla?

El padre Sinforoso fijó su vista en la direccion que le marcaba su cófrade y trató de hallar la seña.

—Apúrese, padre, por Dios! mire que ese diablo de

cholo se levanta ahora no mas, y perdemos el dia, que es precioso.

—Ah, sí ! ah, sí ! ya veo ! allí está la chola, aquella que se ata ahora el rebozo á la cintura.

—La misma ? la misma !....pues bien, á la derecha! un poquito á la derecha ! por donde pasa aquella canasta de zapatos....y un narangero.

—Si ! ya veo !

—Allí está el cholo Mateo ! ¿ lo vé ahora, padre ?

—Sí, aquel que tiene la chaqueta al hombro ?

—No, hombre, por Dios ! qué chaqueta ni qué diablos! si está con poncho !

—Ah, sí ! aquel que bosteza ¡

—Tampóco ! es aquí, hombre ! aquí á la derecha! Usted, hermano, está mirando á la izquierda !

—Pero si usted me dice que mire á la derecha del burro con árganas.

—No tal, á la derecha de la carretilla ¡ allí ! allí !

—Ah, sí ! ya estoy: aquel que le pone la mano en el hombro al maricon....

—Padre ! me hace usted perder la paciencia ?....
¿ tiene usted ojos ó nó ?

—Pero hermano!....yo miro á donde usted me dice ....y....y....y usted se enoja!

—Venga para acá, hermano! dijo enfadado el Padre Cirilo; y trató de aproximarse un poco mas á Mateo, poniéndose en un lugar mas favorable para mostrárselo á su compañero.

Tantas fueron las señas y empeños que hizo para ello, que Mateo, cuya perspicacia de sentido era en estremo viváz, se apescibió rápidamente de que era objeto de las señas y designios del Padre Cirilo. Mas, fingiendo maravillosamente que nada habia notado, se puso á pasearse por delante de su puesto, refregándose las manos muy ligero, gritando como antes—*lùcumas, paltas.*

—Ah!....yá!....yá! yá! dijo alborozado el hermano Sinforoso: aquel que se refriega las manos?.... ya lo veo! sí: ya lo veo?

—El mismo?....al cabo!....

—Al cabo! repitió con enfado el buen fraile. ¡Pues es buena? vaya usted á distinguir un cholo entre seis mil—así no mas en un abrir y cerrar de ojos!....Eso es mucho exijir, hermano!

—Bueno!....bueno! no hay que ofenderse: lo que se necesita ahora, es que usted vaya, hermano, á averi-

guarle donde ha andado: porque como ya le he dicho, ese cholo es el que le sirve de entremés al boticario; y en algo ha andado él, pues hace muchos dias que no se le veia. . . . ¿Lo vé bien ahora, hermano?

—Pues nó!

—Que no se le escurra!

—Ni aunque fuera truncha se me saldria de la mano...

—Sígalo V. P. como á pleito: que no se mueva dentro ni para afuera de Lima, sin que usted, hermano, lo sepa y lo siga.

—Entiendo! entiendo!. . . .ya lo verá: hermano, si lo atrapo.

—Adios, entonces.

—Adios.

Y el gordifloncillo se metió por entre la multitud que escombraba la plaza, meciendo su fresca y redonda figura, al compás apresurado de un andar, y llevando á vanguardia la esfera de su vientre.

Despues de haber dado tres ó cuatro vueltas, que él juzgó muy diestras y muy al caso, se arrimó al puesto de Mateo echando unas miradas llenas de codicia á los montoncitos de lúcumas y paltas que el cholo tenia sobre su lienzo.

—Ah, Padre! le dijo el cholo con desembarazo, en cuanto lo percibió: V. P. es muy afortunado!....A real la docena, y se las doy todas, todas!....Lléveselas, Padre! ligerito, ligerito!....Le estoy conociendo á su Paternidad las ganas que les tiene! su Paternidad es hombre de gusto, y en cuanto pruebe una, verá que son las únicas que hay en la plaza del Valle de Jauja!

—Ah!....le dijo el padre arrimándose con interés: ¿son del Valle de Jauja?

—Si señor! de alli mismo.

Y cómo las das, diablo, á real la docena?

—Ese es mi secreto!

—Tu secreto, eh?....hum!.....desde algun cerco se las habrás comprado al dueño; dijo el padre con zonga y haciendo con los dedos de la mano la seña del robo.

—Qué?....no tal!....voy á la *hacienda* de Huamaca, y entro por la puerta principal; y alli me las venden á mi, de primera mano, á cuartillo la docena; y si V. P. quiere chirimoyas, las hay como cidras: dijo el cholo estendiendo la palma de la mano en señal del tamaño; y á cuartillo cada una.

—Vete al infierno con tus mentiras, bellaco! y venga aquí tus lúcumas y paltas.

—Mentiras?. . . .No e'ñor!

—Vaya! vengan las paltas y las lúcumas; y toma tu dinero, palangana!. . . .chirimoyas á cuartillo!. . . .

—A cuartillo, si e'ñor!. . . . . .y á la prueba me remito!. . . .Mañana voy otra vez para allá: ó pasado mañana á mas tardar; y si el Padre Provincial le quiere dar permiso á V. R., yo lo llevo conmigo, y le apuesto á que vuelve con sus alforjas llenas de chirimoyas, de paltas, y de huevos, y de gallinas, y de mil otras cosas que no ha de poder cargar!

—Ché! te agarro la palabra; precisamente estoy señalado para salir á recojer la limosna para el convento; y quiero ir por ahí, por donde tu dices, pues creo que pocas veces han ido por ese lado los otros padres limosneros.

—Nunca han ido, e'ñor! y estoy cansado de decirles á todos los que encuentro, que es el mejor lado. yo echo cuatro ó cinco dias de viaje, pero la cosa me sale á pedir de boca, e'ñor!

—Pues bien: quedamos en ir, eh?

—Si e'ñor! mañana ó pasado mañana!. . . . . .¿Cómo se llama V. P.? para preguntar por él en el convento.

—Yo me llamo el Padre Sinforoso!

—V. P. es *padre* ó *lego*?

—Padre, pícaro! ¿no me estás viendo?

—Bueno, bueno, e'ñor! yo iré á buscarlo al convento: ah! pero se me olvidaba una condicion; y sin esa, yo no lo llevo, Padre Sinforoso!

—Hum! te quieres echar atrás?

—No señor! nada de eso.

—¿Cuál es tu condicion?

—Que V. R. no ha de decir á nadie donde es la *hacienda*, ni el precio á que me dan en ella la fruta, porque si otros revendedores cargan....

—No hay cuidado!....te lo prometo por nuestro Padre San Francisco.

—Gracias, Padre! le dijo el cholo, besándole con mucha devocion los cordones de su sayal; y cuando el Padre se dió vuelta, el cholo se quedó mirándolo por detrás con un aire marcadísimo de burla y de astucia.

Como Mateo habia comprendido perfectamente, que tambien él andaba vigilando, trató de burlar á sus espías con la sagacidad que le era característica.

Pasada la hora del mercado se retiraron como de costumbre todos los revendedores; pero Mateo se quedó resuelto á pasar en plena publicidad todo el dia, y fué á sen

tarse entre uno de los grupos de changadores (verdaderos lazaronis de aquel tiempo) que acostumbraban ponerse en las esquinas de la plaza en asecho de algun mandado ú otra comisioncilla con que ganar algun cuartillo. Fingiendo allí la mas completa apatia, y hablando mucho de lo cansado que le habia dejado su largo viage á la hacienda de la ricas paltas y chirimoyas, Mateo enroyó su *manta* y poniéndosela de almohada se entregó á un sueño profundo, al parecer, tendido allí en la vereda.

Entretanto instruido ya don Bautista de lo que mas le interesaba, que era el desembarco y la internacion silenciosa de los piratas, habia regresado á su botica y atendido á su despacho como de ordinario, hasta la hora en que acostumbraban abrir las oficinas de gobierno.

Cuando don Bautista calculó que esa hora habia llegado tomó su baston y su sombrero y se dirigió á lo que entónces se llamaban las *Cajas*, que es como si dijéramos ahora al ministerio de hacienda.

En una mesita modestamente tendida con una carpeta de bayeta verde, estaba allí don Anselmo de Zamora, ardiendo á su lado una vela de sebo en la que prendia uno tras otro cigarrillos de chala que fumaba al tiempo mismo que en números pequeños y prolijos establecia y for-

malizaba cuentas. Don Anselmo de Zamora era aquel caballero que segun recordarán nuestros lectores fué el que instruyó á los tertulianos de don Bautista, el dia del tumulto, de lo que habia ocurrido en la plaza: era alguacil mayor de las cajas, y ya estaba en su oficina.

Don Bautista entró haciendo esquisitas reverencias á la oficina de don Anselmo. Mas éste que estaba todo preocupado de una cuenta *corriendo* y *llevando* cantidades de columna á columna, todo en voz alta, ni alzó sus ojos siquiera del papel en que trabajaba, para ver quien habia entrado, y dejó á don Bautista parado por algun tiempo delante de la mesa. Cuando don Anselmo acabó de recitar sus fórmulas de costumbre *quien debe tantas y paga tantas*, *queda debiendo tantas*, *etc.*, *etc.*, alzó su vista.

—Oh! Señor don Bautista, dijo el buen hombre, ¡cómo habia de pensar que era usted!....Estaba ahí con una suma amigo, y se me habia calentado la cabeza de modo que no podia sacar bien la prueba, asi es que no atendí....

Basta! basta! Señor don Anselmo: bueno hubiera sido que usted hubiese interrumpido sus tareas por mí!

—Sí, Señor! por qué no?...Bien lo merece usted; siéntese usted amigo mio, siéntese!....¿Sabe usted que el dolor aquel de flato de que hablé á usted (dijo don Ansel-

mo haciendo un gesto de dolor y oprimiéndose al mismo tiempo con una mano el costado izquierdo) no me ha mejorado.

—Es posible ?

—Sí, señor.

—Y ha tomado usted con constancia la tacita de camomila que le receté ?

—Usted está trascordado: no era camolida lo que usted me recetó, sino manzanilla....

—Eso mismo es: nosotros tenemos que usar de las denominaciones que trae la *Flora Farmacéutica* del ilustre Validejo.

—Si, eh ?.......Pues señor, saqué el papel que usted me dió, y se lo dí á mi mujer para que me hiciera la tacita de infusion que usted me habia recetado; y ella en cuanto lo abrió me dijo:—« Pero hombre, si esto es manzanilla !—Qué manzanilla, ni qué manzanilla! le respondí yo: te digo que es una yerba de Manila....por que yo le habia entendido á usted algo así. Ella me quiso porfiar, y creyendo yo que aquello no era mas que la manía, que toda mujer propia, tiene de llevarle á uno la contra en todas las cosas que ellas no discurren ó que uno trae de afuera, ya me irrité tambien, y nos pelea-

mos, amigo!....y vea usted como ella decia bien!.... El hecho es que con ese desagrado, por no volver yo á la disputa, el segundo dia no pedí ya mi taza de remedio. Pero ella despues de un rato me dijo:—« ¿te hago tu taza de?....»Yo ví que volvia á su tema, y le contesté: « de diablos! » y me quedé taimado: «vaya pues te la hago, ó no te la hago? » me dijo ella enfadada; y yo me quedé callado; y aquí tiene usted como es que no he vuelto á tomar mas.

—Ah! dijo el boticario sonriéndose: de ese modo no es estraño que usted haya seguido sin mejoria. Es preciso, pues, que usted empieze á tomarla, y continúe por diez ó doce dias.

—Hombre....y no podria encontrar, allá en su grande ciencia alguna otra cosa que darme que fuese lo mismo?....porque ya usted vé, amigo, es un poco humillante, esto de que yo le pida á mi mujer *manzanilla*, ó de que sin pedírsela me la haga, y tenga yo que beberla despues de haberla disputado....ella se reiria de mí.. y......

—Veremos, señor don Anselmo!....veremos!.... yo pensaré!

—Si, hombre, piense usted!....cosa que yo lleve al-

gun menjunge y le pueda decir—« toma, hazme eso, y vé tambien si es manzanilla ! » y que ella no pueda saber lo que es.

—Creo que he de poder servir á usted, señor don Anselmo: ahora hablaremos de eso, por que quisiera antes pedirle á usted un servicio.

—Ah, mi amigo ! cuente usted con él !

—Es cosa de importancia, eh ?. . . .pero es una de esas cosas que como usted sabe ya desde tiempo atrás, y por una esperiencia constante, yo sé agradecer *debidamente*, señor don Anselmo.

—Alguna remesita de yuyos ? dijo don Anselmo guiñando el ojo con malicia, como aquellas de que usted no pagó la *sisa*.

—No es eso exactamente, pero es algo parecido. . . .

—Con tal que yo no quede comprometido. . . .

—Yo creo que no, señor don Anselmo.

—Y bien ! ¿ de qué se trata ? preguntó este bajando la voz.

—Usted sabe la grande escasez de negros en que estamos. . . .

—Si señor, hace tiempo que no llega una sola tropa.

—Pues bien, yo lo habia previsto, y escribí á mis

amigos para que me hicieran una pequeñita remesita... y como el impuesto es tan alto, amigo, yo....deseo ver si lo reducimos á la mitad....

—Pero, en qué puerto han dado entrada ?

—Ahi está la cosa, pues, señor don Anselmo....es que no han dado entrada en ninguno....y yo quisiera tener dos permisos: uno dando entrada á unos veinte por la cordillera, y otro autorizándome á traer á Lima cuatro ó cinco como ya despachados en *Nombre de Dios.*

—Cáspita!....y si lo descubren ?

—Y cómo han de descubrir?....No vé usted que si tomo ese permiso por veinte y me ven los cuatro ó cinco estrajudicialmente, los rebajaré del permiso, y la cosa ya queda en regla; si no me ven la primera intraduccion que yo haga, de cuatro ó cinco, hago una segunda hasta introducirlos todos, ó los que pueda, asi por pequeñas fracciones....

Don Anselmo se quedó pensando y sumamente indeciso al parecer.

—Mire usted le dijo el boticario; son como cincuenta negros; y lo menos que vale cada uno, es cuatrocientos duros.

—Lindo negocio!

—Yo quedaria contento redondeando quince mil duros en la especulacion; y lo demás....

—No hablemos de eso, amigo.

—Usted sabe que soy hombre de confianza—para una cosa de esas....

—Basta, amigo mio! basta por Dios!....en cuanto á eso, tiene usted toda mi confianza, y sé que usted es un hombre cumplido que.....

—Bien: entonces no hay inconveniente; porque uno que otro riesguillo, es cosa que debe aventurarse en un negocio asi; ademas de que si hay alguno que otro gasto que hacer, para obtener que los permisos sean bien visados y todo lo demas, nada es mas justo que el que yo los haga con desprendimiento.

—Hombre! mire usted: ostoy pensando que lo mejor es, que usted pida por gracia especial la internacion de sus negros, y yo me encargo del resultado.

—Bueno! entonces que sea con la cláusula de que ninguna autoridad pueda intervenir, detener, ó revisar la tropa.

—No! eso no puede ser: es preciso que la cosa sea reducida á una cantidad de cuatro ó cinco negros como us-

ted decia. Pero cosa de *tropa*, es imposible obtenerlo por gracia especial.

—Lo mismo es! cuatro ó cinco, nada mas; porque usted comprende que yo puedo tentar la internacion claudestina; pero quiero evitar una casualidad y prevenirme con un permiso para todo caso. Asi, de á cuatro ó cinco los introduciré todos probablemente y....

—Pero los tendrá usted bien ocultos los primeros dias no?

—Por supuesto?....sobre eso pierda usted cuidado.

—Bien: pues, escriba usted aquí mismo su solicitud; y vuelva usted á las doce, que yo le prometo que la encontrará usted despachada por el mismo Virey.

—Sin falta?

—Sin falta, don Bautista.

—Bravo, amigo! le dijo el boticario dándole un fuerte apreton de mano: yo le traeré á usted otra yerba que suplirá á la manzanilla; y puede usted decirle á su mujer que la camomila tiene el mismo olor de la manzanilla pero que es otra cosa.

—Eso será si viene al caso; que si no, no le volveré á tocar el punto, por que ella es el diablo; me lo conocerá en la cara, y se reiria de mí á carcajadas.

—Amigo, hasta las doce.

—Sí, señor, lo tendrá usted todo pronto: en estos casos y para negocios asi, soy yo como reloj, dijo don Anselmo levantando la mano y estirando los lábios.

CAPITULO XXXIII.

LA NOVENA Y LA TIMBIRIMBA.

Eran como las seis de la tarde: hora en que las ciudades meridionales de América cobran una vivísima animacion con el movimiento de las gentes que transitan por sus calles. Mientras los unos iban cargados con sus instrumentos de trabajo ó con los productos de su labor buscando el descanso con aquel contento que inspira el cese de las tareas del dia, mil otros sacudiendo la laxitud del ócio salian á gozar de esa atmósfera fresca y apacible que á la caida del sol viene de los campos, y que no pocas veces se difunde con el crepúsculo impregnando cuadras enteras con el aroma de la mosqueta y del azahar.

El que haya recorrido en algunas tardes del otoño ó de la primavera las calles de Lima ó de Buenos Aires, de

Santiago de Chile ó de la bella Córdoba del Tucuman que son como quien dice, los bordes floridos del rico lecho en que los Andes asientan sus magestades, sabe bien que la mas fecunda fantasia fuera escasa si quisiese describir los encantos de aquesta realidad.

El mercantilismo prosaico que hoy reedifica nuestras ciudades á su modo, nos priva poco á poco de las obras de la naturaleza por las fábricas de la industria, modulando nuestra vida social á otros modos de ser próspera y feliz. Dia á dia desaparecen nuestras *huértas* [1] y con ellas, los naranjos y la madreselva, que desde el fondo de nuestras casas perfumaban nuestras calles, ceden su lugar á los largos almacenes en que se depositan las pipas de Oporto y los sacos de fariña.

Antes. . . .oh! antes era otra cosa! en vez de esas cuevas de la fiebre mercantil que á vuestro paso por las veredas os abren sus bocas negras y profundas, teniais ventanas hermosas voladas como galerias, y portadas llenas de luz en donde desplegaban su donaire las muchachas sencillas y picantes del viejo tiempo; las muchachas aque-

1. La *huerta* en las ciudades hispano-americanas era el último patio de la casa, vacío por lo general de habitaciones y sin embeldosado: lo ocupaban los naranjos y las higueras, con otras plantas de recreo.

llas candorosas como sus blancos vestidos de muselina, viváces como sus rebozos encarnados de bayeta; y que con su tez de tórtolas, sus ojos de fuego, y sus trenzas de ébano se parecian en su farniente á las flores aquellas de la tarde que pasan marchitas el dia, para abrir su seno apasionado á la primera gota del rocio que baja con el resplandor plateado de las estrellas.

Enemigo de la paradoja en todo, me guardaré muy bien de decir que la vida del vergel sea preferible á la vída de la ópera y de la bolsa; que una huerta ocupada por naranjos y por mosquetas lo sea á un palacio de vastos salones, brillantes de papel y de pinturas; que el perfume de esas plantas entre cuyos troncos jugueteábamos en nuestra niñez sea mas delicioso que el que derraman hoy nuestras *paquetas* al mover los pliegues de sus lujosos trages de damasco y de terciopelo. ¡Dios me libre de heregias!

Pero, ¿cómo negar que aquello era tambien muy bello, y que la infancia de los pueblos por su misma proximidad á la naturaleza está dotada de ciertas gracias que son, como el candor de los niños, imposible de ser reproducidas por el arte en lo que su ingenuidad peculiar les dá de puro y de inocente?

Como quiera que ello sea, en el viejo tiempo que pasaban los hechos que narro, Lima era una ciudad salpicada de huertas, en donde el plátano y el floripóndio entrelazaban sus lozanos gajos mecidos por la brisa refrigerante que baja el valle desde la region de las nieves. Esa ciudad en que hoy como en Roma, hay barrios enteros abandonados y en ruinas por las que vagan las sombras de su antigua grandeza y que no pocas veces han servido de asilo á partidas de ladrones y de negros fugitivos, estaba entonces fresca. Era esclava en verdad de sus inquisidores y de sus vireyes, pero era jóven y los ardores de su edad iluminaban su semblante viváz con el fuego y la coqueteria de las primeras pasiones de la vida.

La religion misma con sus procesiones y con sus magníficos Te Deums, con sus novenas y las otras exhibiciones magestuosas de los prestigios del lujo y del aparato material, de que el catolicismo es tan profuso, servia en Lima de un perpétuo espectáculo en el que se hermanaba maravillosamente lo devoto con todos los demás incidentes de intriga y de pasion que se anudan y se desatan en los centros de aquel arte y de aquellas pompas que hablan á los sentidos. El culto estaba modelado á las exigencias de una sociedad nueva y petulante, que habia

nacido de las manos de aventureros y de bandidos del dia antes, convertidos el dia despues, por un golpe de fortuna tan inesperado como sorprendente, en grandes hombres de estado y de guerra, en príncipes de la magistratura y de la Iglesia; de una sociedad en que las grandes fortunas eran nuevas y reposaban todavia sobre las basas de la violencia y de la rapiña, de la guerra y del despojo, del asesinato y del juego, sobre que la habian vaciado los Pizarros y los Almagros, los Carbajales y los Centenos; en la que la voz de los Las Casas era imperceptible porque la de los Valverdes rugia como el trueno y el huracan.

Incansable para el placer y dotado de tesoros inagotables de vivacidad y de alegria, el pueblo de Lima necesitaba vivir á la luz y al aire como los pueblos tropicales. Templados sus sentidos al calor del sol y por los reflejos del prisma que le enviaban las nieves cristalinas de la cordillera, jamás se habian endurecido con el espectáculo de las tinieblas que hacen ceñudo y torbo el clima de los paises que se retiran hácia el polo. Asi es que si bien era aquel un pueblo sordo á las profundas elucubraciones del misticismo, era, en recompensa, artista por escelencia, diáfano por naturaleza, y adoraba el prestigio sensual

dejando correr su vida, ya facil, ya apasionado, al impulso de sus impresiones del momento.

Las pasiones fueron pocas veces turbulentas en Lima; porque ella cifraba entonces su nombradía en el ojo renegrido de las mujeres, y en las magníficas pestañas que concentrando el fuego de sus miradas, les dieron aquella vivacidad especial que las hizo tipo en su género. La Limeña de raza, La Maria, era el ideal de la mujer americana, como la inglesa de raza, la Esther, con sus rulos de oro tendidos por su cuello de cisne, y con el lánguido mirar de sus ojos color cielo, es, cuando se pasea por las ruinas de Roma ó por los espléndidos monumentos del arte florentino, el ideal de la mujer europea. [1]

Este pueblo, del que acabo de hacer un bosquejo bien pálido en verdad para lo que él era, hormigueaba por las calles de la ciudad á las seis y media en aquella tarde como lo dije al principiar. Llamaba la atencion, el gran número de mujeres vestidas de negro que afluian por las calles adyacentes al templo de la Merced. No iban de *tapadas* porque á esa hora ya no se debia andar de saya.

1. La *Esther* es un episodio inédito de los *Viages por Italia*, de nuestro compatriota y amigo el doctor Cané, trazado con lujo y á grandes rasgos sobre los artistas y poetas florentinos.

Pero el trage que llevaban era tan propio para guardar el incógnito como el que habian dejado: se componia de una basquiña negra de seda, y de un manto ancho y largo de la misma tela y del mismo color puesto sobre la frente, cuyos dos estremos caian por delante hasta los piés, cubriendo el cuerpo por detrás hasta mas abajo de la cintura; y como todas lo llevaban prendidos sobre la barba tapando el rostro, eran idénticas las unas á las otras, y era imposible reconocer á esta ó aquella en medio de la multitud que afluia como hemos dicho.

En Lima no habia entonces dia del año en que no se hiciese alguna novena en algunas de las numerosas Iglesias que ya tenia la ciudad; y estas novenas atraian una multitud tal de gentes, que los templos quedaban materialmente atestados.

En la iglesia de la Merced que era la de la concurrencia en aquella noche, habia un altar solitario y oscuro entrando hácia la izquierda, que estaba separado de la nave por una barandilla de hierro: era el altar del Buen Pastor.

Hacia tiempo que don Bautista se habia introducido en la Iglesia y que pasando al otro lado de la barandilla se habia medio acurrucado, entre las molduras del dicho

altar con un grueso rosario en las manos, el buen viejo finjía rezar con una devocion ejemplar: bien está que de cuando en cuando echaba á su alrededor miradas fugaces que parecian llenas de ansiedad.

Cercana á él habia venido á hincarse una mujer cubierta con su manto como las demás, y que á medida que la entrada de nuevas gentes la hacia menos visible daba hácia la barandilla algunos pasos (si puede llamarse asi el movimiento disimulado que hacia con las rodillas) y se acercaba poco á poco á don Bautista. Cuando el sacerdote que debia llevar la voz en la novena comenzó á recitarla desde el púlpito, y se alzó el conjunto de las voces de los fieles repitiendo, la mujer estaba ya pegada á la barandilla, y al favor del ruido dijo brevemente al boticario:

—Acérquese usted aquí.

Don Bautista se hizo el sordo, y poniendo mayor contricion en su semblante y en su voz, rezó con mas fervor.

—Acérquese, don Bautista! le repitió ella otra vez. El boticario miró con enfado y en tono de reconvencion, le respondió:

—Señora, déjeme usted orar tranquilo y pensar en Dios!

—Y en Nápoles?

—Eso siempre! dijo el boticario con una mirada feroz que apagó luego, y vino con disimulo á ponerse junto á la barandilla.

—Mercedes? dijo.

—Sí!

—Pues habeis hecho muy mal, porque no solo estais vigilada, sino que yo queria hablar con Mateo; no es lo mismo que tú le digas lo que me oigas, que el que él mismo me lo hubiese oido.

—Y qué queria usted que yo hiciese, si á él le era imposible venir?

—Y por qué?

—Porque el padre Sinforoso tiene encargo probablemente de no perderle de vista, y Mateo ha creido que él estaba mas espuesto que yo; yo puedo confundirme entre la multitud, y él nó.

—Si él está tambien vigilado, quiere decir que el riesgo apura, Mercedes, y que no tenemos tiempo que perder: el padre Andres parece que nos tiene el rastro..

—Siempre me lo temí! dijo Mercedes con cierta melancolía.

—No hay que desmayar ! veremos de quien es el éxito; tenemos tambien como escaparle.

—Ojalá !. . . .¿ salvando á Mariquita ?

—Toda nuestra esperanza, hija, es el jóven inglés que la ama; si él no la salva perecerá, y si él perece nosotros. . . .

—Tambien ! bien sabido lo tengo.

—Pues ánimo entonces ! ¿ Qué te ha dicho Mateo ?

—Que no podrá moverse de Lima, sin llevar consigo al padre Sinforoso.

—Imposible ! ¿ no ves que tiene que traerme seis ú ocho de los amigos disfrazados de negros ?

—Me ha dicho que está comprometido á ir con el padre: que no puede desprenderse de él: que engañarlo seria despertar el alarma del Padre Cirilo y atraerse un riesgo peor. Pero me ha encarecido mucho que os diga que no tengais cuidado: que aunque salga con el padre, ya él tiene arreglado un medio de alejarlo, sin dejarle motivo alguno de sospecha.

—Y cuál ?

—No ha tenido tiempo de decírmelo.

—Pues por eso mismo yo hubiera querido verle; no es mi costumbre obrar sobre lo que no sé.

—Mateo me ha dicho que os ruegue que tengais confianza en él, y que alejará al padre de un modo eficáz.

El boticario se quedó reflexionando, y despues de un rato, dijo:

—No hay remedio! es preciso resignarse: mira Mercedes—toma estos papeles—son los permisos en toda regla para introducir ocho negros esclavos y bozales; dile que no aventure mas; toma este barrilito de betun, que les haga teñir bien las caras, y que traiga inmediatamente á los mas alentados y vigorosos: es preciso que procure volver mañana á media noche; que escuse las rondas con cuidado, y que toque en mi puerta el cordon secreto de la campanilla que tú sabes.

—Nada mas?

—Nada mas.

—Y yo?

—Tu debes ponerte en camino inmediatamente para Chorrillos, para embarcarte en primera ocasion, porque hay un buque amigo en la costa.

—No: yo estaré con usted hasta el último, y seguiré la suerte de los demás: me falta ánimo para ir sola hasta allá.

—Haz lo que gustes, pues ya ves que es imposible ir acompañada.

—Bien: ya rezan las letanías; me voy al centro de la nave.

—Y yo al altar.

Se separaron en efcto; y confundidos algunos minutos despues entre el gentío que salia de la novena, el boticario se fué á su botica y la chola á su cuartejo.

No fué chica la sorpresa que esta pobre tuvo, cuando empujando su puerta y entrando se encontró adentro con el padre Sinforoso, sentado mano á mano con Mateo, delante un buen jarro de *pulque* ó chicha de tunas, muy usada entonces en todo el Perú.

—Cáspita, cholo! le dijo á Mateo el padre, cuando vió entrar á Mercedes, ¿tienes tambien pareja?....

—Eh!....es como mi hermana.

—Pues échala al momento; porque yo no gusto ni de la idea del pecado.

—Mercedes, vete! dijo el cholo con autoridad.

—¿Y por qué? dijo ella.

—Porque yo lo mando! dijo el fraile.

—Vete, Mercedes! agregó Mateo: su Paternidad me honra con su compaña, y no quiero que le contraríes.

—Y. . . .

—Vete, Mercedes! no quiero saber nada: vete!

Mercedes comprendió que el cholo estaba representando alguna comedia, enredando alguna intriga, y se salió.

—Caramba! dijo el cholo rascándose la cabeza, ¿donde irá á dormir la infeliz?. . . .Mercedes! Mercedes! gritó.

La chola volvió á asomar su cabeza por la puerta y dijo:—¿Qué quieres?

—Espérate un momento en la vereda!

Y la chola desapareció otra vez cerrando la puerta.

—Me viene una famosa idea: dijo Mateo cuando se quedaron solos: yo no puedo hacer que la pobre Mercedes duerma en la calle: el cuarto es de ella, porque ella es la que trabaja. Pero estoy convidado hoy á una *timbirimba* de *monte* donde se ha de apuntar fuerte, y si V. P. tiene algunos pesos. . . .

—Es de gente honrada?

—Por supuesto!

—No! dijo el padre despues de haber reflexionado: no me gusta el juego.

—Bueno padre, le repondió Mateo: yo me voy allá entonces, porque á mi me gusta y mis amigos me espe-

ran. . . .yo queria que pasásemos juntos la noche. . . . pero. . . .

—Mira, hombre! pasémosla aquí: es mejor!

—No, padre: yo me voy! dijo Mateo resuelto. Pero si V. P. quiere puede quedarse.

—Que se quede el diablo, cholo de mi. . . . ¡dijo el padre levantándose de mal humor.

—Eso no es justo: cada uno tiene sus gustos, y entre compañeros. . . .

—Yo iré; pero te advierto que no juego. . . .

—Si es por falta de plata, yo le puedo prestar á S. P. porque como hemos de viajar juntos, me podria abonar de la limosna que recoja, ó de lo mismo que gane si le sopla la suerte.

—Bien, vamos!

—Vamos.

Y ambos salieron á la calle. Mercedes estaba sentada en la vereda, y cuando vió salir á Mateo con intencion de alejarse, movida del deseo de participarle lo que le habia encargado don Bautista con tanta urgencia, le dijo.

—Mateo, oye una palabra.

—No estoy para reconvenciones! le respondió él en

voz alta; y dirijiéndose despacio al fraile, le dijo: esta quiere impedirme que vaya á jugar.

—Ya! le contestó él! si juegas lo suyo no es estraño!

—Mateo! volvió á decir Mercedes.

—No sé nada! le repitió él continuando su camino con el padre.

Y como Mercedes comprendiera entonces que Mateo tenia, para obrar asi, sus motivos bien fundados; se metió en su cuarto y cerró su puerta.

Ahora, pues, para hacer conocer esos motivos, es preciso que hagamos retrogradar de unas cuantas horas á nuestros lectores.

Cuando Mateo se convenció de que el Padre Sinforoso tenia encargo de no perderlo de vista, reflexionó que si se escusaba de él, avivaria las alarmas de sus espiones y se ponia en mayor riesgo. Para salvar, pues, su situacion, mandó á uno de los pobres diablos que estaban con él en la esquina de la plaza, prometiéndole algun cuartillo, á que le llamase á un cierto aparcero suyo, borrachon habitual, peleador fanfarron y bullicioso, jugador insolente, y en fin—hombre de taverna consumado.

La diligencia debió ser bien hecha en efecto, porque una media hora despues, venia el dicho nene atravesando

la plaza en busca de Mateo, que tenia fama de hombre aviado entre la plebe y los pillos de Lima.

El recien-venido era un hombre de estatura mediana, ancho de espaldas, de carrillos carnudos, pero flojos y caidos, lleno el cutis de la cara de manchas rojas y de granos; y los ojos saltones, lagrimosos, ribeteados de punzó, revelaban bien las damajuanas de aguardiente que andaban circulando por todo su cuerpo. Venia sucio y desastrado, pero siempre con el aire fanfarron y de perdona-vidas que le era ya habitual.

Mateo se dejó estar sentado al borde de la esquina, sin levantar siquiera la vista, ni mostrar el menor interés.

—Me has llamado?

—Sí.

—Para ganar algo?

—Sí.

—Y bien?

—Espérame en la *timbirimba* [1] del *Gato* [2].

—Y bien?

—Haz de asustar á un fraile que irá conmigo.

—Y bien?

1. Casa de juego.

2. Apodo del dueño.

—Sin dejarlo salir de allí, hasta que yo me enoje y lo proteja contra tí.

—Y bien?

—Allá te diré lo demás.

—Y bien?

—¿Y bien qué? dijo Mateo enfadado.

—¡C.....jo! ¿y la paga, que es lo principal? ¿pues qué, asi no mas, me voy yo á meter con un fraile, para que me trajinen en la inquisicion?....La p....erra!

—La paga?....

—Sí?....la paga.

—Te daré dos onzas: dijo Mateo bajando mucho la voz.

—C....jo! Si no vas con tu fraile ó no me cumples, te parto por medio desde la cabeza hasta el....porque estoy mas pobre que un murciélago.

—¡Va, vá, vá! Maula!....lárguese por su camino, bien pronto! le dijo Mateo alzando la voz é incorporándose con aire de amenaza.

—Mira! le dijo él—si no lo hicieses de broma.... te....!

—¡Qué broma, ni qué infierno! salga de aqui! y el cholo le pegó un empujon.

—Dá las gracias de que es broma, que si nó!.....le repitió el maton retirándose, mientras Mateo lo chuleaba por detrás.

—Váyase usted á pasear! le dijo el cholo dándole la espalda, y volviéndose á sentar.

Cuando Mateo se empeñaba tanto, pues, en sacar al padre Sinforoso del cuarto de Mercedes para llevárselo á la timbirimba del *Gato*, contaba con que esta intriga, en que el maton debia jugar el primer papel, le daria tiempo para escabullirse por un rato del espionaje del padre, y volver á recibir de Mercedes las órdenes del boticario.

Mateo, llevó en efecto, al padre Sinforoso por entre algunas callejuelas escusadas, oscuras y sucias, hasta una puertecita muy pequeña, en la que golpeó repetidas veces con cautela. Un indio viejo sacó al momento su cabeza por la endija; y habiéndose dado á conocer el cholo, les franqueó la entrada. Atravesaron un patio lleno de barro, que mas bien parecia un corral, dirigiéndose á una pieza situada en el fondo, cuya puerta estaba cerrada: Mateo la abrió; y de cierto que merece ser descripto con alguna menudencia, el aspecto interior que ella ofrecia.

Era una sala cuadrilonga, de paredes sucias, húmedas y oscuras: ocupaba todo el centro, de uno ó otro estre-

mo, una gran mesa de madera ordinaria, cubierta con una carpeta de bayeta encarnada; y á su alderredor estaban agrupados cuarenta ó mas individuos, cuyos trages y fisonomías, eran fieles testimonios de la vida relajada que llevaban. Dos ó tres luces, que, puestas sobre la mesa, parecian al entrar faroles lejanos en una noche de gruesa neblina (tanto era el humo de cigarro que oscurecia la pieza) eran las únicas luces que allí habia.

Al sentir que abrian la puerta, todos los asistentes dirigieron hácia ella sus miradas, entreabriendo sus bocas, y poniéndose las manos en los ojos para poder distinguir quien entraba.

—Ah!....Es Mateo! dijeron tranquilizándose todos.

—Viva Mateo! Venga acá Mateo! repetian algunos.

—Que tome la banca Mateo! decian otros: es el mejor tallador, porque es siempre el mas rico y no anda nunca con porquerías.

El maton que oyó abrir la puerta, distinguió antes que los demás á Mateo, pues estaba advertido, como ya sabemos: fingiéndose alarmado con el temor de que aquella fuese alguna invasion de la *hermandad* [1] saltó desde el borde de la mesa como un leon, y sacando del seno

1. Asi se llamaban las partidas de policía.

una enorme daga, vino ciego á levantarla sobre los que entraban, y echó garra á la capucha del fraile por debajo de la barba.

El padre reverendo se quedó aterrado; y ya iba á arrodillarse delante de su agresor, estendiendo sus manos suplicantes, cuando Mateo desació con fuerza al maton, y tomando posicion entre él y el fraile, le dijo:

—¿No vé usted que viene conmigo?

—Y aunque venga con el diablo! ¿y si es un espía?

—No vé usted que es un padre?

—Y qué me importa á mí que tú lo digas, chino del c....?

—¿Cómo es eso? dijo Mateo envolviéndose las mangas, como si fuese á pelear; y sacando su cuchillo, agregó; te guardarás bien, borrachon indecente, de tocar á un pelo de este padre!

Entretanto, esta reyerta inesperada, habia causado un alboroto estraordinario: todos gritaban *¡paz! ¡órden!* y los unos se esforzaban en contener al maton, mientras los otros trabajaban por calmar á Mateo.

—Bueno, señores! gritaba el primero: yo cedo; pero que ese hombre vestido de fraile salga de aqui al instante; ¡c....!

—Eso sí que nó! gritaba Mateo: el padre no se moverá de mi lado!....por malas, nadie consigue nada de mí!

—Señor don Mateo! decia el fraile aterrado y suplicante: yo me voy á retirar! Es mejor que me retire!

—No, padre!....seria una vergüenza para mí! gritaba el cholo con toda la exageracion de la rabia. Señores! esclamó, dirigiéndose á los demás: esto es un oprobio! de cuándo acá se ha viciado así esta casa? yo habia invitado á este buen padre á pasar un rato de tertulia, tranquila y divertida, y me pasa semejante cosa!....

—Silencio, por Dios! ¡Orden! gritaban los demás; porque el maton seguia torciéndose entre los que lo agarraban por avanzar á Mateo.

El fraile entretanto queria escabullirse; pero no podia, porque al favor de la confusion del primer momento, el fanfarron se habia ganado el lado de la puerta, echando hácia adentro á Mateo.

Este á fuerza de gritos logró obtener un poco de silencio, y dijo dirigiéndose al maton:

—Gonzalez: quiero proponerte una cosa en obsequio de la paz y del crédito de la casa.

—Convenido! dijo Gonzalez escondiéndose la daga en el pecho.

Serenado un tanto aquello, los jugadores rodearon de nuevo la mesa para retablecer su juego, y Mateo tomó de la mano á Gonzalez y lo llevó á un rincon.

—Has estado muy bruto! le dijo.

—¿Cómo es eso? ¿No me dijiste que lo asustára?

—Pero no con puñal, ni tanto!

—Pues si se trataba de asustarlo, el bruto eres tú; porque lo mas es lo mejor! Lo que hay es, que ya me querrás negar la paga con ese pretesto....!

—Tan no es eso, que aqui tienes las dos onzas; pero no era eso lo tratado, yo te las prometi para que no lo dejases salir de aquí; y no para que no lo dejases entrar.

—Es verdad!....pero en fin, eso se compone dándome tú dos reales mas.

—Por dados.

—Bien, lo que tú quieres ahora es, que no lo deje salir ¿no es eso?

—Eso mismo.

—Pues te prometo constituirmele en centinela de vista, y voy á cambiar de tono; seré con él mas amable que un palomo.

—Sí, pero es preciso que te conserve miedo; porque

mañana me tienes que hacer otro servicio, que te pagaré mejor todavía.

—Cuál?

—Este padre se ha empeñado en que....

—Mira que se nos escapa! dijo Gonzalez interrumpiendo á Mateo.

El Padre en efecto, cuando creyó que nadie lo apercibía, por ver á todos contraidos á la carpeta, y al maton en animada conferencia con Mateo, rozando las paredes y con la mayor cautela, se habia acercado á la puerta; y ya levantaba el picaporte para escabullirse, cuando Gonzalez lo apercibió, y diciéndoselo á Mateo, vino lleno de solicitud hácia el Padre, que se quedó tiritando al verlo.

—Padre! le dijo: yo estaba en un error: creí que V. R. era algun espía disfrazado, y como en ese caso ya no habia mas remedio que morir ó matar....yo....

—¿Me iba usted á matar, hombre?....

—En el primer impulso....asi....atolondrado.

—Y borracho....que es lo peor! dijo Mateo.

—Mira, cholo! ya hemos hecho las paces; y no me insultes! porque si no....

—Por supuesto! por supuesto! se apuró á decir el Padre: Mateo hace muy mal!

—No es verdad que sí, Padre?

—Sí, señor! sí, señor! hace muy mal!

—No es verdad que yo no estoy borracho, Padre!

—Qué disparate, señor!....está usted....fresco....

—No! eso no: tengo un calor....!

—Bien!....eso es por la disputa.

—Mire, Padre, es preciso que seamos amigos, y que me perdone mi aturdimiento.

—Por perdonado, señor!....y si usted me lo permite, voy á retirarme lleno de gusto de haber conocido á usted.

—No, Padre! no lo permito: ahora verá como soy el mejor camarada del mundo: acérquese á la mesa y diviértase.

—Señor, si yo no me divierto....

—Qué no se ha de divertir S. R!....A ver caballeros! la *Banca* para el Padre: en una mesa en que hay un Padre nadie sino él debe tallar, de preferencia á todos!.... yo lo digo!

—Señor, yo no....

—No, señor! seria una falta de respeto; y yo no la permito!....No hable ni una palabra mas, Padre, porque me enojo!

—Vaya, señor!. . . .si usted lo quiere:. . . .agregó el Padre en el estado de ánimo mas triste que es posible concebir.

—Señores: *banca* nueva! dijo Gonzalez: el Padre vá á tallar.

—Bueno, dijo uno de los asistentes; pero devuélveme antes la *parada* de tres pesos que te alzaste cuando la bulla. . . .yo la gané

Gonzalez se hizo el desentendido, y llevando al Padre por el brazo á la silla del *tallador* [1]—repetia—El Padre nos va á tallar.

—Ché, Gonzalez! le repetia el otro siguiéndolo por detrás: devuélveme la *parada* de tres pesos que me alzaste cuando la bulla.

—¿Quiéres irte al infierno, y dejarme de jo. . . .robar?

—Bueno!. . . . . .yo haré lo mismo si ganas! le dijo el otro.

—Veremos!

—Pues lo verás!. . . . . .¿ó me tomas tambien por fraile? le respondió el otro volviéndose á su lugar.

El Padre Sinforoso se instalaba entretanto en la alta silla del tallador, que estaba en una de las cabeceras

1. El tallador es el que al juego del monte baraja y maneja el naipe

de la mesa, delante de cuatro ó seis naipes puestos allí.

—Es preciso que sea generoso, Padre; y que se gane V. R. la popularidad de toda esta runfla de canallas: le dijo despacio Gonzalez.

—Y cómo, señor? le preguntó el Padre sin poder disimular el cruel abatimiento en que tenia su alma.

—Vá! le respondió el maton: poniéndo una *buena banca!*

—Pondré seis onzas, ¿nó?

—Ponga usted el doble, hombre!

—Pero si no traigo mas, señor Gonzalez!

—No sea usted inocente, hombre! ¿no es Mateo quien lo ha traidó á V. R. aquí?

—Si, señor!

—Pues que él contribuya con la otra mitad; porque no han de ser todas flores! Ahora lo verá V. R. Mateo! ven acá: suminístrale seis onzas aquí al Padre para que la banca sea de doce.

El cholo sacó al instante la suma mencionada y se la puso al Padre por delante.

—La p. . . .erra, digo! esclamó Gonzalez: este sí que sabe la Biblia! jamás deja de tener plata como un minero! . . . .qué no diera por saber cuál es la *huaca* que has

encontrado! En fin, Padre, baraje y talle, agregó dirigiéndose al fraile.

El Padre empezó en efecto á barajar, y estendió despues por delante nueve cartas, en columnas cerradas de á tres de fondo.

—Ah, lindo! dijo Gonzalez con zonga: se estaba haciendo el chiquito; y el diablo me lleve, siempre que esta sea la primera zorra que pela.

Los jugadores en cuanto vieron las cartas, comenzaron á poner sus paradas al lado de las que elegian para jugar, gritando el uno —*á la zota!* .... *¡al rey!* el otro.... *al caballo!* aquel.... *al tres!* este....

Mateo entretanto se habia escabullido, y tomando la calle por suya, iba materialmente corriendo al cuarto de Mercedes.

Esta le abrió la puerta, é impuesta brevemente del buen éxito de las astucias del cholo, le dió los papeles y las instrucciones de don Bautista.

—Es decir, que tengo que salir de madrugada?

—Me ha dicho que es indispensable: que es urgentísimo!

—Pues lo haré!....y estos papeles?

—Son una licencia en regla para que puedas conducir

ocho negros bozales: mostrándolos á la ronda en caso que la encuentres, te dejarán pasar sin mas averiguacion.

—Bravo!....Entonces, es necesario que vengas tú á la timbirimba del *Gato;* despues que yo entre, harás llamar á Gonzalez, y le dirás que mañana á eso de las diez me espere sin falta en el tambo de *Untcha,* donde le daré tres onzas, y que se ponga ahora mismo en camino: que cuando yo llegue allí, si va conmigo el Padre Sinforoso, se nos junte él y diga que quiere ir con nosotros, y que me siga, sin hacer fanfarronadas ni asustar mas al padre. Yo me vuelvo corriendo, para que este no me eche de menos ni sospeche.

Y Mateo se volvió de prisa en efecto. Cuando entró, el Padre seguia tallando resignado á la triste suerte que le habian impuesto las órdenes de sus superiores. En ese mismo momento, Gonzalez ganaba una *parada* de diez ó doce pesos; pero al recogerla, aquel otro que pretendia que Gonzalez le habia sustraido tres pesos; se le adelantó y puso la mano sobre la plata para arrebatar la parte suya. Mas pronto que el rayo sacó el maton su puñal y lo dirigió de punta sobre la mano del otro jugador: este pudo retirarla con la misma presteza tambien,

y dando el puñal su violentísimo golpe sobre las duras monedas de plata, se partió.

Hubo de nuevo gran bulla y confusion: gritos y trompadas por salvar cada uno su parada. El Padre recogió su *banca* con un tino admirable, y saltando de su silla, se puso en salvo en un rincon. Mateo se apoderó de Gonzalez; y diciéndole brevemente al oido—«Obedéceme y habla afuera con Mercedes!» empezó á darle voces.

—Vaya usted afuera, so pícaro! ¡Afuera! Es una infamia admitir entre gentes pacíficas, á hombres así! Yo he venido aquí, señores, sin saber que semejante hombre pudiera entrar! ¡Afuera!

—Está bien! decia Gonzalez, trémulo de rábia; me voy; pero denme mi parada!

—Aqui está, gritó uno, estirando la mano con el dinero.

—Saquen mis tres pesos! gritaba el adversario del maton.

—Sí, señor!....porque él se los robó! decian otros.

—Bien! dijo Mateo: venga el dinero! separó de la suma que le entregaron tres pesos, y le dió el resto á Gonzalez, empujándolo de la puerta, y dejándolo del lado de afuera.

Cuando el órden se hubo restablecido de nuevo, Mateo dirijiéndose á los demás les dijo en voz alta:

—Es inicuo, señores, admitir á semejante hombre en una reunion pacífica, como esta: y ustedes no saben lo peor?

—El qué?

—Padece de una enfermedad horrible.

—¿De cuál? esclamaron todos.

—El otro dia le mordió el cachete á Torricos!

—Y por qué?

—Porque lo tenia muy gordo.

El padre se tocó involuntariamente sus carrillos.

—Y estoy cierto, continuó diciendo Mateo, que á la hora de esta, Mosqueta ahulla, y corre de la agua por los campos....

—Quién es Mosqueta?

—La perrita de Candelaria que Gonzalez mordió ayer.

—Entonces tiene rabia? esclamó fray Sinforoso espantado.

—Rábia? dijeron todos aterrados.

—Sí, señores: rábia! contestó Mateo; y es preciso llamar al portero y mandarle que no lo deje entrar mas.

—Al instante! al instante!

—No por Dios! ¡No abran ustedes la puerta, que puede entrarse! dijo el fraile ganando el otro lado de la mesa.

—Dice bien su paternidad! dijo Mateo: es preciso ver con precaucion primero si se ha ido: yo voy á ver.

—Pégale una puñalada si se te acerca, Mateo! dijo el fraile.

—La fortuna es que á mí me respeta algo! yo no tengo miedo de su genio ni de su puñal; pero de un mordizcon.....!

Y el cholo conforme iba diciendo esto abria cautelosamente la puerta y salia al pátio.

Cuando regresó, dijo:

—Ya se ha ido por fin!....y ya le he ordenado al portero que jamás lo vuelva á recibir.

—Gracias á Dios! dijeron los demas: volvamos al monte!

—Yo me retiro, dijo Mateo: tengo que hacer mañana.

—Y yo tambien! dijo el fraile.

La *banca* de doce onzas hizo que la retirada de ambos fuese sensible para los demas jugadores, y máxime cuando el Padre llevaba como cuatro de ganancia; pero nadie

se opuso, y es probable que otro *tallador* ocupase la presidencia de aquel digno consistorio.

Cuando Mateo y el Padre salieron á la calle éste le devolvió al otro las seis onzas que le habia prestado, y le dijo:

—Hazme el favor de acompañarme al convento.

—Pero ya estará cerrado!....

—Yo tengo llave.

—Ah!....tengo que decirle á su Paternidad que yo salgo mañana de madrugada para la hacienda de las chirimoyas.

—Como?....¿pues qué quieres matarme?

—Y por qué?

—Haciéndome viajar despues de semejante noche.

—Y qué tengo yo que hacer con eso; Padre? Acaso yo lo fuerzo á V. P? ni yo tengo la obligacion de esperarlo, ni de andar con V. R? Si quiere venga: yo cumplo con avisarle; y si no quiere no venga! yo iré solo.

El Padre caminó un rato reflexionando; y al fin dijo:

—Tendré que ir no mas.

—Bueno: yo lo iré á buscar á la portería, bien de madrugada.

—¿Y no será mejor que duermas en el convento, para

que salgamos mas temprano? le dijo el fraile con una mirada astuta.

—Hombre, dijo el cholo: me vendria muy bien, porque á estas horas....

—Pues está dicho!....vente á mi celda, y me cebarás un mate....y tu tomarás tambien.

—Convenido!

Al poco rato llegaron, en efecto, al convento: el padre sacó del bolsillo una llave, abrió despacio una puertecita; y á tientas y en puntas de pié comenzaron á andar por un claustro que estaba oscuro como el caos. Caminaron asi hasta que desembocaron en otro claustro, en cuyo fondo se veia un farolcito con una luz amortiguada: el fraile se dirigió á él, lo descolgó, y alumbrándose así, vino á la puerta de su celda, la abrió, entró, y encendió vela.

—Eh! dijo: ya estamos en salvo! Ahí tienes yerba y azucar; aquí está el mate: el aguardiente y el agua están allí; calienta tú mientras yo voy á poner el farol en su clavo; y saliendo otra vez al claustro, torció por fuera la llave de su puerta dejando encerrado á Mateo.

Es imposible hacerse una idea de la profunda alarma que se apoderó del cholo, al ver esta accion del fraile tan

inesperada. Empezó á dudar si estaba ó no perdido.

En vez de ir á colgar el farol el fraile, se dirijió á otro claustro y golpeó despacito la puerta de una celda. El Padre Cirilo abrió al momento, y cuando vió á su ajente:

—Cáspita! dijo: lo he esperado, hermano, lleno de ansiedad todo el dia y toda la noche!

—He estado sobre él sin pestañear!

—Y qué ha visto, hermano?

—Nada todavia: hasta estas horas ha estado en una casa de juego. ¡Y yo tambien, hermano! dijo el padre Sinforoso, alzando con dolor sus manos al cielo. ¡Y he tenido que jugar! agregó compunjido. ¡Qué abominacion!

—Y allí no ha visto nada, hermano!

—Nada que me haya llamado la atencion.

—Es raro!

—Y lo tengo aquí en el convento.

—En su celda, hermano? preguntó el padre Cirilo asombrado.

—En mi celda!

—Y cómo?

—Oh! dijo el padre Sinforoso con orgullo. ¿No me encargó V. P. que no lo perdiese de vista?....Pues iba

fresco el cholo si creia escapárseme! ¡Cien veces, padre Cirilo, he tenido mi vida en peligro, durante esta noche, por cumplir con sus encargos; y ¡cosa horrible! hasta he escapado de ser mordido por un rabioso!

El Padre ponderó aquí su firmeza y su astucia, para hacerse valer con su superior: dió cuenta del viaje proyectado; pero como para tentar un recurso, dijo:

—¿Y no seria mejor, hermano, que ya que tenemos á este perillan en la jaula, lo encerremos en un calabozo; y en vez de espiarlo, le saquemos las revelaciones con el tormento.

—No! no!....no conviene; él nada nos importa! Lo que se necesita es saber lo que hace él para los otros, adonde vá, y con quiénes habla: en este sentido es indispensable que su Reverencia vaya mañana con él: en el camino, en los tambos, hágase, hermano, el dormino, y no quite el ojo de él!

—Asi lo haré, hermano! dijo el padre fray Sinforoso con un tristísimo desaliento; y se volvió á su celda.

Mateo, que estaba aterrado, pensó que le convenia aparecer con una tranquilidad suma de ánimo; y luego que puso á calentar el agua, se tiró en el suelo; y fingia dormir tan profundamente, que el padre tuvo trabajo

para hacerlo incorporar. El cholo se hizo el sorprendido, y dijo:

—Ya es hora de salir?

—No, hombre: es para que tomemos mate.

—Caramba! yo me habia dormido! dijo riéndose, mire, padre, que yo tengo precisamente que ir á la hacienda.

—Bueno, hombre: ya te he dicho que hemos de ir juntos.

Tomaron mate; se acostaron; pero Mateo no pudo dormir, porque estaba asaltado de dudas y de ansiedades horribles al verse allí encerrado.

CAPITULO XXXIV.

EL VIAJE Y EL RABIOSO.

Mateo, que no habia podido pegar sus ojos en toda la neche, tal era el miedo que tenia de haber caido en una trampa, presintió por decirlo así la venida de las primeras vislumbres del dia y alzando su cabeza, llamó repetidas veces al padre Sinforoso. Este roncaba con el mismo ruido que hace el ege de una carreta cordobesa, y solo á duras penas y elevando su voz hasta hacerla formidable, fué que el cholo logró hacerse oir y despertarlo.

—Me ha mordido! me ha mordido! esclamó á gritos el padre, incorporándose sobre su cama.

—Quién, Padre? quién, Padre? le dijo el cholo fingiendo interés y sofocando con trabajo la gana de reir que le acometia.

—Ah!....dijo el padre serenàndose: estaba soñando con aquel maldito bandido....con aquel....rabioso!

—Mal hecho, padre, de pensar en eso: lo pasado, pisado, dice el refran....Padre: ya va á ser de dia: ya es hora de marcharnos.

—¿Cómo ha de ser hora, hombre, si todavia no han llamado la primer misa?

—Ahí la llaman, señor! dijo Mateo apercibiendo las primeras campanadas.

—Si! pero es muy temprano.

—Padre: es preciso salir temprano. Si V. P. no quiere....yo....me....voy solo; dijo el cholo haciendo ademan de salirse.

—No: espérate!....voy á prepararme.

El Padre, en efecto, se echó sus ropas, y tomando un grueso báculo, se puso al hombro sus alforjas y salió.

Cuando Mateo se vió en la calle, se encontró como el que respira despues de una larga sofocacion; y marchaba tan aprisa por alejarse del convento que el padre tuvo que reconvenirlo con seriedad, haciéndole presente que aquello era burlarse de su gordura ó esponerlo á romper los resortes de su vida.

—Diablo! le dijo: poca aficion muestras á la casa de

Dios, que es *porta cœli!* tú le das la espalda, y huyes de ella como si para tí fuese *porta*....no me acuerdo bien lo que hay por infierno—*porta inferni* diremos......Es verdad: que con el saco de zapos y culebras que debes tener dentro, es mas que probable que la Iglesia y los santos, sean para tí como para el diablo.

—Y por qué he de tener pecados de esos, Padre?

—Pues es buena!....¡Lindas escuelas de santidad te he visto anoche:....un cuarto con una chola....y una casa de juego que hasta recibe rabiosos!

—Esa es una casualidad, que puede suceder hasta en una iglesia!

—Calla, blasfemo!....¿con que comparas á esa casa de prostitucion y de crímen con la que es *domus Dei?*

—Dios me libre de tal maldad, Padre!....pero si ese inmundo rabioso hubiera querido entrar á la Iglesia ó al convento, y morder á diestro y siniestro allí....lo habria hecho.

—Mira, pícaro! que si no te callas, y no te desdices de esas heregías te puede costar caro!

—Yo no veo en qué....

—Calla!....yo tengo razon siempre!

—Yo hablaba, Padre—no por contradecirlo, sino por que V. R. empezó por decirme una cosa que realmente me ha tocado el alma.

—Cuál?

—Esa de los pecados!....yo conozco que los tengo enormes: muchas veces he pensado en eso: y de veras—que muchas veces he tenido gran deseo de enmendarme: me han dado ímpetus de echarme á los pies de un sacerdote, de abrirle toda mi alma, y....

El padre Sinforoso al oir esto, detuvo su paso, y mirando á Mateo con una repentina satisfaccion:—Continuá, le dijo al ver que el cholo se detenia.

—Sí, señor: dijo el cholo, de abrirle toda mi alma, de contarle minuto por minuto mis acciones: de revelarle las maquinaciones de mis malos amigos para perderme.

—Eso, eso: es lo principal!

—Pero no lo he hecho....

—Por qué no lo has hecho, criatura infeliz? hoy estarias rehabilitado: hoy estarias resucitado en espíritu: de entre la vil é infame podredumbre de la materia, habrias alzado tu espíritu á las regiones del cielo!....Dime por que no lo has hecho!

—La verdad, Padre!. . . .porque nunca he encontrado un sacerdote de confianza con quien hacer un trato.

—¿Un trato?

—Si, un trato; por que tengo miedo de la penitencia.

—Asi serán los crímenes que callas!

—Tengo uno, padre, muy grande! Ah! y es ese pícaro de boticario don Bautista quien me lo hizo cometer!

—Don Bautista? dijo el buen padre lleno de agradable sorpresa—A ver, hijo: cuéntamelo!

—No, Padre: no: es imposible! solo bajo el sigilo de la confesion lo diria yo;. . . .por que el pícaro boticario me indujo á ese crímen, hablándome de un personaje muy respetable.

—Bien! entonces confiésate conmigo!

—¿Y la penitencia?

—Qué!. . . .la penitencia. . . .será una cosa suave.

—Pero cuál? por ejemplo. . . .

—Un rosario. . . .

—Y nada mas?

—Y nada mas.

—Y con eso quedo ya absuelto?

—Quedas limpio como una patena.

—Caramba, Padre!....V. R. me está tentando!.... quedar puro, con todas mis cuentas chanceladas!....es cosa linda!

—No soy yo, hijo, quien te tiento....

—Bueno, Padre!....un rosario! y diga lo que diga nada mas?

—Te lo prometo!

—Pues vamos al caso! me voy á confesar con V. R.....Estoy resuelto!

—Ah, hijo mio! el cielo te ha inspirado....¿Cual es ese crímen que has cometido con don Bautista.

—Tengo muchos, padre, que referirle antes: ese será el último.

—No: que sea el primero!

—No puede ser!

—Yo lo quiero.

—Pues entónces no me confieso!....Yo pensaba que el pecador era el que ordenaba su confesion.

—De cierto que sí; pero como me has dicho que ese es tan principal pecado, absuelto tú de ese, los demas corren *inclusive;* y casi no se necesita oirlos....por que supongo que serán asi, como veniales.

—Son....pues, ya S. R. ha visto....el cuarto.... la casa de juego....

—Sí, sí, ya comprendo!....pues, así,....basta.... no es decir que sean veniales; eso no—son gordos: son mortalísimos tambien! pero....como ya me los indicas y señalas, podemos darlos por confesados y perdonados....vamos al grande....al....

—Ese, padre....es enorme!....es una traicion infame á todos mis deberes!

—Cáspita!

—Me absolverá V. R. si se lo digo?

—Pues no, hijo! lo que yo quiero es que lo digas cuanto antes, para purgarte de la abominacion en que él te envuelve.

—Voy á decírselo, padre.

—Pronto, hijo! pronto, hijo!

—Mire, padre! estoy pensando en que V. P. tiene facultad para absolverme del pecado, pero no para perdonarme el crímen....porque yo creo que hay crímen tambien en lo que hice.

—Me estás impacientando, pícaro cholo!....yo te perdono, por Dios, pecado y crímen, ¿lo oyes, Satanás?

—Y los jueces?

—Pero animal, ¿como van á saber los jueces lo que me digas bajo la fé de la confesion?

—Yo no habia pensado en eso, padre: y veo ahora que es mejor que me calle....

—¿Que te calles?....No, pícaro, no es mejor, por que yo haré que te agarren, y que el tormento te haga desembuchar.

—Y la fé de la confesion bajo que yo he hablado?

—No has concluido: es asi que tu confesion está incompleta: ergo, esa fé está tambien incompleta! dijo el fraile lleno de orgullo: ¿te parece que yo no sé lójica y ética?

—Ética?....¿que si creo que V. R. tiene ética?.... No, señor; muy lejos de eso; un hombre tan corpulento no puede tener ética.

—Pues la tengo, como para revolcarte, insolente! y ya ves como te he probado que puedo, *bona fide*, delatarte.

—Es decir, Padre, que no puedo salvarme sino confesándolo todo?

—No hay otro efugio, ó el tormento!

—Pues, Padre, prefiero lo primero; y ya voy á empezar.

—Empieza!

—Dígame, padre: y vale la confesion, asi caminando?

—Es mejor que yo me siente, y que tú te hinques?

—Aquí en el camino?

—Eso no importa.

—No, padre, prefiero el tormento! dijo el cholo con resolucion.

—Pues bien, dijo el padre, voy á pensar: si yo tengo la fortuna (reflexionó dentro de si) de atrapar al boticario y de traer todo averiguado al convento, me haré un grande hombre para con mis superiores; pero si lo delato para que se lo saquen á tormento, habré sido solo un medio indirecto....y esto no me conviene!....Por otra parte—qué hace que la coufesion se haga hincado ó parado?....Nada!....Mira, (dijo volviéndose á Mateo) es lo mismo que te confieses caminando; pero despáchate pronto por que si me sales con otro subterfugio, te declaro perdido, y me vuelvo al convento á delatarte en regla.

—Bueno: le diré, padre; pero sepa S. R. que el tormento me sacaria cosas espantosas para....

—Para qué?

—Para....un personage....un padre....

—Quién? hijo de p....!

—No se enfade, Padre, por Dios!

—Pero ¿cómo no me he de enfadar, si me pones en el disparador, pícaro?....para quién?

—Para el Reverendo Padre Andrés! dijo el cholo despacio y estirando los lábios.

—Chito!....¿Como es eso?

—Sí, señor....Fué con ese nombre venerable que don Bautista me indujo al crímen de que le voy á hablar á Su Reverencia!....El me dijo que Mercedes le tenia unos grandes papeles al Reverendo Padre Guardian (que Dios salve) y que se los descubriese.

El Padre Sinforoso entretanto bailaba de contento.

—Continúa! dijo: continúa, buen muchacho.

—Ha de saber su P.,—que Mercedes ha sido siempre mi protectora; me ha mantenido; me ha curado en mis enfermedades; trabaja para mí; sufre todo por mí; y estoy cierto que daria la vida por mí!....Pues bien: yo consentí en traicionarla!

—Traicionarla? no, hijo!....El primero de todos tus deberes es matar tus pasiones mundanales, sofocar tus afecciones terrenales por obedecer á los mandatos superiores, y....

—Será posible, Padre?

—Sí! continúa.

—Pues, señor: yo consentí en traicionar á Mercedes. Al principio tenia remordimientos horribles; pero esa arpia del boticario fué endureciendo mi alma de dia en dia, y....

—Y le robaste los papeles?....dámelos! dónde están?

—No se los pude robar por mas que hice....pero descubrí el cajoncito en que Mercedes los tenia; y desesperando de poder robárselos, el boticario me encargó que....

—Qué te encargó?

—Es horrible!....

—Dílo! no importa!

—Que la envenenase para apoderarnos de ese cajoncito!

—A Mercedes?

—A Mercedes! sí señor!

—No puede ser!

—Cómo que no puede ser? juro que sí, Padre mio!

—Pues, señor! dijo el padre entre dientes: esto es un batiburrillo........¿pues cómo es, entonces, que me echan á espiar las intrigas del boticario contra el guardian?....No entiendo jota!

—Este es mi crímen, Padre!

—Y la has envenenado?

—Dos tentativas he hecho sin lograrlo!

El padre movió la cabeza y dijo despacio—«hubiera sido mejor para tí lograrlo!»

Mateo mirando astutamente al padre, se decia interiormente tambien:—«Ahora te conozco!»

—Ya ve V. R. que mi crímen es horrendo! dijo contristado.

—Hijo: sobre eso hay mucho que hablar; habiendo circunstancias tan atenuantes como las que alegas; y andando mezclado en ello el nombre de un sugeto tan eminente como el Reverendo Inquisidor, no puedo opinar de pronto; tendré que consultar primero al lector de ética del convento.

—Pues estoy lindo!....es decir, que V. P. no me puede absolver?....

—Eso no!....yo te absuelvo de todo corazon; y ya quedais absuelto en el cielo. Pero....¿y si tu accion no fuese pecado? ¿si fuese por el contrario me....¡Ay Dios mio!!! ¡ay Dios mio!!! esclamó el Padre todo espantado. ¿Qué es lo que veo, Santo Dios? Mateo! Mateo! sosténme, que me caigo muerto! agregó el padre apoyándose en el hombro del cholo.

—Voto á brios! dijo el cholo fingiéndose profundamente contrariado: no hay duda!....es ese pícaro de borracho!

—Calla, hijo, por Dios! no lo hagas rabiar!....

—Tiene razon, Padre; es preciso no contradecirle, no exasperarlo....para que no le dé algun acseso!.... y así que podamos lo haremos amarrar.

—¡Qué va á ser de mí, Vírgen Santa!

El fanfarron venia, en efecto, hácia ellos, los habia distinguido desde la casa del tambo y habia salido á encontrarlos: traia su sombrero tan ladeado, que parecia puesto sobre una oreja, no contribuyendo poco este accidente á realzar el aire siniestro y repugnante que era inherente á su persona toda.

—Oh! mi querido Padre! gritó cuando estuvo cerca: venga un abrazo!....¿Cómo es eso?....¿salta V. R.

para atrás al verme como si yo fuese una culebra? Voto á Baco!....que el que quiera despreciarme!....

—No tal, señor Gonzalez! no lo crea usted: lo abrazaré con la mejor gana del mundo! dijo el fraile abriendo sus brazos con el ademan de la angustia y del terror; pero al ver al maton que ya se echaba en ellos volvió á dar otro salto enorme para atrás, y se puso en actitud de correr despavorido.

—Oiga usted, señor hermano! dijo el maton; esto quiere decir mucho! ya comprendo: este bribonazo de cholo me habrá calumniado para con V. R.....y voto al diablo que me las vá á pagar todas!

—El Padre tiene razon, Gonzalez! le dijo Mateo con entereza; porque tú eres un hombre de pecado, y seria para él una ignominia dejarse abrazar de tí. Yo apelo á tu razon y buen juicio.

—Y tú no eres hombre de pecado?

—Lo soy; pero yo no lo abrazo, ni trato de mancillarlo tampoco.

—Pues bueno, yo tampoco lo abrazaré; pero que me dé al menos la mano, si hemos de ser amigos.

—Sí, señor! con mucho gusto! dijo el Padre estirando

la mano y recogiéndola, á medida que Gonzalez se acercaba.

—Tráigala acá! dijo el maton manotéandola.

—Ay! gritó el fraile aterrado.

Pero el maton se la forzó y le imprimió en ella un fuerte beso, con el que le arrancó al padre otro ¡ay! de terror. Este desasió al momento su mano y se la empezó á limpiar con una rapidéz estraordinaria; y sin poderse contener, esclamó: ¡agua! ¡un poco de agua!

—Cómo es eso! dijo Gonzalez, ¿para qué quiere usted agua? ¿soy yo acaso algun leproso?

—Perdone usted, señor Gonzalez: me equivoqué, no quiero agua! ni verla quiero!

—Ni yo tampoco! Hable S. R. de vino: de buen vino; y almorzaremos juntos ¡si señor! Pero que vaya al infi erno la agua, y todos los rios que la fabrican!

—Es cierto, señor!....¡Nada de agua por Dios!.... Mateo, que ni nos muestren agua, por Dios!

—Eso es, padre, el solo ver la agua, ya me dá rabia.

—Ay, Dios mio!....dijo el padre suspirando.

—En fin, vamos á almorzar juntos, no es cierto, Padre?

—Con mucho gusto, señor Gonzalez!

Y enganchando el maton al fraile por uno de sus brazos, se dirigió con él, arrastrándolo casi hácia la casita del tambo.

El pobre Padre iba mas muerto que vivo. El maton entretanto se fué derecho á una piecita que servia como de comedor, amueblada con una pobreza estrema, y en la que no habia mas que una mesa coja, calzada con algunas piedras, y tres ó cuatro sillas descuadrilladas.

—Parece (dijo Gonzalez, con la voz ronca y neblinosa de los ébrios, examinando las sillas) que los borrachos que se juntan en este tambo no son muy amables con vosotras, y que os aporrean. Eh! no teneis de qué quejaros, porque esa es siempre la suerte de la consorte del borracho! veamos: ven tú acá! (dijo eligiendo la mejor parada) quizás es la primera vez de tu vida que vas á besar tan de cerca la parte noble de un hombre honrado! y poniéndosela con fuerza al Padre le dijo: aquí, Padre! siéntese V. R. que yo quiero tener el gusto de almorzar á su lado.

—Gracias, señor! gracias. . . .yo no almorzaré!

—Qué está usted diciendo, padre? ¿usted no almorzará?

—Me siento enfermo, señor Gonzalez: sí....no almorzaré.

—Y enfermo de qué, hombre?.....vá!...¡disparates! siéntese Padre, que Mateo nos vá á pagar un opíparo almuerzo!.....he visto en la ramada un costillar de cerdo como para un Virey! dijo Gonzalez dándose un beso fuerte en la punta de los dedos.

—Pues te has engañado, Gonzalez!....ni yo pido almuerzo, ni era nuestra intencion almorzar aquí, sino mas adelante para aprovechar el camino.

—Mas adelante?....pues vamos adelante, qué diablos! á alguna hora hemos de almorzar; y yo no tengo muy buenas narices para perder un almuerzo con un Padre que anda de viaje. Ahora no mas empiezan á llover los huevitos, las gallinitas, los pichoncitos.... ¡cáspita! ya se me hace agua la boca....eh! vamos mas adelante!

—Entendámos, Gonzalez! dijo Mateo.

—Sobre qué?....qué se te ocurre?

—Lo primero es saber adóndo vas tú? porque no es mi costumbre dejarme así seguir y mortificar por el primero que quiere juntárseme.

—¿Y qué te has pensado, cholo de porra, que yo me

quiero juntar á vos? ¡honrada compañia, por cierto, la tuya, para un hombre como yo, que hago temblar con solo mi mirada!....Sabes lo que yo voy á hacer contigo?....sumirte debajo de tierra á trompadas, si me geringas mucho! yo me junto con el padre y no contigo (dijo el maton poniéndose cerca del padre.) Y no me hagas enfurecer; no me hagas rabiar! porque ya sabes que yo soy como un perro de presa....donde muerdo.. ni Cristo me hace largar!

—Ay, señor! dijo el padre entredientes: Mateo, no contraríes, no hagas ra....no enfades al señor Gonzalez; yo......ya....tú sabes que yo venia hasta aquí no mas....por dar un paseo....y que será mejor que nos volvamos.

Mateo se hizo el desentendido, y dirijiéndose al maton, le dijo señalándole disimuladamente la direccion del camino:

—Para dónde vas, Gonzalez?....háznos el favor de decírnoslo.

—Yo....voy á Cuzco! y el maton dió una vuelta garbosamente por el cuarto.

Aprovechándose el padre, se arrimó á Mateo y le

preguntó despacio—«Es otro camino»?—No, es el mismo! le respondió Mateo como consternado.

—Bueno, Gonzalez; dijo el cholo,—es preciso que seas racional, y que no me provoques á una reyerta: vete por tu camino, porque vas lejos; nosotros hemos pasado mala noche, no hemos dormido y vamos á dormir aquí un poco.

—Dormir?. . . .hombre, me viene muy bien; justamente tenia ganas de dormir.

—Gonzalez! . . . .

—Mateo! . . . .

—Mira lo que haces!

—Por último: só—cholo!. . . .porque ya tambien me va faltando la paciencia! (el maton pegó un terrible golpe sobre la mesa) ¿Crees tú, pariente del diablo, que yo te he salido de valde al camino?. . . .¿te has olvidado de lo que hiciste anoche conmigo? ¿no me arrojaste á empujones de la timbirimba del Gato?. . . .¿ó te habias figurado que eso se habia de quedar asi no mas?. . . .Ajo! ahora te tengo y te he de seguir cielo y tierra, hasta que te troce en veinte pedazos, y te masque y te triture entre mis dientes como un perro. . . .

—Ah! . . . . acabáramos! . . . . eso es otra cosa ! dijo

Mateo finjiendo una gran calma, ¿me quieres amedrentar?....pues lo veremos?

El padre entretanto tiritaba de miedo.

—Pues para que veas el miedo que yo te tengo, voy á ponerme á dormir! y Mateo acomodó su poncho y sus alforjas en un rincon y se tiró en el suelo.

—No, hombre! dijo Gonzalez: no te apures!.... si no es aquí tan cerca donde yo te he de pedir las cuentas.

—Será donde tú quieras, hombre! le respondió el cholo con el mas profundo desprecio.

—Bueno....Padre! dijo el maton, duerma, aquí tiene mis ponchos!....traiga sus alforjas, traiga su manto, verá que cama linda le hago yo! y el maton, diciendo y haciendo, despojó al Padre de lo dicho, y le hizo una escelente almohada; cerró la puerta para quedarse á oscuras, y se acostó junto á ella, como para evitar que Mateo se le escapase.

El padre estaba en ánsias mortales. Entretanto, despues de una media hora horrible, Gonzalez y Mateo roncaban ó fingian roncar como unos cerdos. El padre se incorporó con grandísimas precauciones, tomó sus

ropas muy despacio, y dijo: ¡Mateo! ¡Mateo! con una voz sepulcral.

El cholo estaba como un tronco, y como el maton hizo una especie de movimiento como si quisiera despertarse, el padre se tiró prontísimo otra vez al suelo. Mas, viendo que seguia roncando y tranquilo, volvió á incorporarse, se dirijió con esquisita cautela á una ventanita que tenia la pieza, la abrió y trató de salir por ella. Como era gordo, se atascó; y creyendo que iba á ser descubierto empezó á manotear y patalear con las ánsias del terror, de modo que cuando zafó fué á rodar á un corralito lleno de barro que allí estaba. El entonces recogió sus ropas, se asomó para ver si habia sido descubierto, y como vió que ambos adversarios seguian dormidos, cerró muy quedito la ventanilla, quedándose del lado de afuera, y se echó á correr por esos caminos de Dios como un gamo despavorido.

Apenas se quedaron á oscuras otra vez, se incorporó Mateo, y el maton al momento mismo tambien; se apretaban ambos el estómago y temblaban de risa. Levantándose Mateo con la ligereza de un gato, fué corriendo á la ventanilla y mirando por la endija vió al padre dis-

parando como á media cuadra del tambo:—entonces prorumpió en risotadas estraordinarias.

—Vamos á ver! dijo Gonzalez: mis tres onzas?

—Ahí están: le respondió Mateo entregándoselas y continuando sus carcajadas.

—Vengan: el maton las examinó bien; y despues que las guardó, agregó: me debes tres pesos mas!

—De qué?

—Los tres pesos que me quitaste anoche para dárselos á Martinez.

—Tú se los habias robado.

—Esas no son cuentas tuyas! ¿Quién te habia hecho juez?

—Es que me interesaba en que no se armáran disputas, y en que te fueses.

—Pues paga ese interés! vengan mis tres pesos.

—Es una picardía!

—No sé nada: mis tres pesos!

—Te los doy con una condicion.

—Mis tres pesos, te digo!

—Vamos á hablar primero con el curaca del tambo.

—Mis tres pesos!

—Ven, hombre, te los daré.

—Eso es otra cosa:. . . .vamos!

Y saliendo de la pieza en que estaban, se dirijieron al indio viejo que manejaba aquel tambo. Mateo le instruyó bien de lo que debia decir, si alguien venia á buscarlo, porque Mateo temia que el fraile se dirigiese á alguna autoridad, ó tomase algun otro medio de detenerlo. El indio del tambo quedó convenido en decir que habia habido allí una pelea terrible entre Mateo y Gonzalez: que el primero se habia escapado por un cerco, y habia huido; y que el segundo, loco de furia, echando espuma por la boca, se habia echado al camino á buscar al cholo.

Arreglado asi, el cholo despachó á Gonzalez, recomendándole que se fuese por dos ó tres dias á Abancay, donde este solia pasar semanas enteras; mientras él, tomando de prisa un camino muy escusado, se dirigió á las ruinas de Pachacamac.

CAPÍTULO XXXV.

GRANDES MEDIDAS.

Desde el dia en que empezaron sus sinsabores, don Felipe habia vivido en una abstraccion completa de toda clase de amistades y de visitas; pues habia alejado de su casa á todos los parientes de su mujer, que eran los únicos que tenia en Lima.

Es verdad—que con una destreza y una astucia admirablemente disimuladas bajo los rasgos austeros de su semblante, y que con aquella taciturnidad inalterable que hacia pensar que tuviese una alma de mármol, él habia trabajado ardientemente en trasponer sus riquezas para burlar en esto al menos la saña de sus enemigos.

Don Felipe estaba muy lejos de ser un mal padre: ama-

ba á su hija, anhelaba verla feliz sobre la tierra. Se contristaba con la idea de que quedaba despojada de los frutos de su habilidad para hacer fortuna. Pero su amor carecia de ternura esterior: las formas eran malas y no el fondo; y esto provenia de las tendencias dominantes en su época, de la educacion, del espíritu social que hacian despótico al padre, eliminando de las relaciones con sus hijos la ternura y la intimidad, sin las cuales se pueden conservar el amor interno y el interés positivo por su suerte, pero no los encantos y las dulzuras del trato diario con ellos, que de cierto desaparecen para dejar solo una vida doméstica, ceremoniosa y oficial, diremos así, en la que cada uno esconde su secreto y vive de reservas.

Don Felipe comprendió muy pronto que los tiros del Padre Andres se dirigian á su fortuna, y allá en la reserva de su alma profunda y vigorosa resolvió burlar á su enemigo.

Don Bautista que tenia conocimiento perfecto del carácter del viejo español, quien á su vez le conocia tambien perfectamente, se le habia ofrecido oportunamente para arribar á una combinacion, cuyos primeros hilos se anudaron por medio de Mercedes. Don Bautista hizo

completa revelacion á don Felipe de su enemistad, con el padre Andres, de las miras de este, y de su deseo de servirle para contrarrestarlas. Ambos ancianos habian sido amigos antes de que su relacion pudiera tener riesgos. Mas desde que don Felipe habia vuelto, ambos habian hecho estudio en mantenerse á distancia, principalmente don Felipe, que fingia alejarse con resolucion de la persona del boticario. Este no habia llevado tampoco sus revelaciones tan adelante, que hubiera impuesto al otro de sus maquinaciones con los ingleses, ni de los verdaderos objetos con que residía en Lima. Mas don Felipe habia sabido en los últimos tiempos las estrechísimas y singulares relaciones del boticario con la casa de Jordan y Onetto de Cádiz; por lo cual, sus sospechas habian llegado á suponerlo agente de contrabandos, que era el gran comercio que los genoveses hacian entonces en España.

Esta era una mera deduccion que él habia sacado de la revelacion que el mismo boticario le habia hecho de sus relaciones con la casa mencionada, ofreciéndole bajo la ley del secreto, que por este medio le haria pasar á España con toda reserva sus fondos, mediante un interés de comision algo considerable.

La coincidencia de esta oferta con el pacto que él mismo habia celebrado con Drake, habia despertado profundas sospechas en el ánimo del viejo español, tanto mas, cuanto que don Bautista hacia años que vivia en Lima, sin que nadie le hubiese conocido mas negocios que su botica; luego esa relacion era vieja y cobijaba grandes misterios. D. Felipe era demasiado sagáz y apegado á su dinero para no aprovechar el medio que se le ofrecia de poner á salvo su fortuna con la seguridad impune que le brindaban aquellas circunstancias ignoradas por todos. Reflexionó tambien que si la operacion que habia hecho con Drake lo perdia, nada ganaba con rehusar la que le brindaba don Bautista, y no aventurar la salvacion del resto de su fortuna.

Además de todo esto—el sistema de aquellos tiempos, se prestaba perfectamente á todas estas ocultaciones; porque el dinero giraba poco, y se iba amontonando en las manos del rico, que generalmente hacia entierros y depósitos secretos de grandes porciones de su fortuna: circunstancia de que daríamos infinitas pruebas históricas si no fuese de una notoriedad viva aun, en todos los rincones de Sud-América.

Antes de prestarse á las insinuaciones de don Bautis-

ta, trató don Felipe de penetrar un poco mas en el secreto de las relaciones de aquel con la casa de Jordan y Onetto. Pero el boticario rehusó darle todo otro esclarecimiento á este respecto, y don Felipe aceptó á ciegas la trasposicion de sus caudales, confiando solo en el fondo de honradez, de energia y de altura moral que el alma de don Bautista revelaba á quien le sabia observar en las intimidades de su vida y en sus raros momentos de franqueza.

Desde el dia en que se habia convenido don Felipe, habia cerrado su casa á todo trato exterior fingiéndose en un estado completo de misantropía y dolor; á términos, que parecia que no habitasen vivos en ella. No era esto tampoco cosa muy notable en los antiguos tiempos coloniales: desprovistos de movimiento mercantil los pueblos, y de aquella poblacion flotante, diremos así, que hoy vive el dia en las calles, estas estaban siempre solas entonces; y casi todas las puertas de las casas permanecian cerradas á cerrojo como las tenemos hoy á la media noche: solo despues de la siesta y á las oraciones habia en las calles principales alguna movilidad y bullicio.

Ayudado de un negro viejo, criado de la familia y es-

pecie de secretario íntimo del amo don Felipe, en el secreto de la siesta y de la noche, habia removido algunas partes del suelo de su casa, y sacado grandes sumas de dinero, que habia enviado á don Bautista parcialmente, por medio del referido negro y de su muger dándoles salida por un *hueco* que tenia á los fondos de su casa.

Por consejo de don Bautista habia dejado don Felipe enterradas en su casa unas mil y pico de onzas, y habia escrito una memoria testamentaria declarando donde estaban, desheredando á su hija, é instituyendo á su sobrino don Manuel, jóven de diez y ocho años á lo mas, y el mas cercano de los parientes de su muger, y diciendo por fin, que en el apresamiento del *San Juan* habia perdido todo lo demas. Escrita y firmada esta memoria habia ido él mismo á confesarse con el Arzobispo Morgrovejo, y le habia dejado en depósito el papel, para que lo abriese y publicase en el caso que muriese, certificando que le habia sido entregado por él mismo en persona.

Tales eran las medidas que este hombre habia tomado para burlar la persecucion de sus enemigos. En el entretanto habia siempre manifestado á don Bautista en público la mas profunda aversion; y hacia esfuerzo de todo género en España gastando grandes sumas de di-

nero para que aquellos tribunales avocasen la causa de su hija y lo llamasen á él tambien.

Don Bautista, como ya sabemos, no andaba por el mismo camino, pues fomentaba el proyecto de rapto concebido por Oxenhan y Henderson; cosa que don Felipe ni sospechaba siquiera, ni era posible que nadie imaginase allí.

Don Bautista estaba ya cerca del momento decisivo: su principal interés era evadirse de Lima, donde ya se creia vigilado y bajo mal agüero, por las complicaciones que habia traido el apresamiento del *San Juan* y los amores de Maria. El boticario queria pues escapar, pensando que ya habia hecho cuanto podia esperarse de un hombre en contra de sus enemigos: queria sacudirse de las horribles inquietudes de ánimo en que pasaba su vida desde tantos años atrás y regresar á Europa donde su participacion en las correrias de Drake le aseguraba ya una fortuna considerable.

La fuerza de su alma se revelaba en los momentos críticos en que se hallaba en aquel dia: nada bastó á quitarle la calma de sus ocupaciones de costumbre no obstante que su vida y su destino pendian de un hilo: era todo un hombre.

Entretanto, mientras que Mateo, burlando á su compañero de viaje, se dirijia con toda prisa á las ruinas de Pachacamac, el Padre Andrés habia resuelto y vencido ya muchos de los obstáculos que le habian impedido anonadar á Mercedes, y se paseaba soberbio por su celda esperando ardientemente al fiscal Estaca, que en aquellos mismos instantes habia ido á consumar un arreglo con el Virey.

Fácil es de concebir el acceso de furia que don Francisco de Toledo tuvo cuando recibió la noticia que habian prendido y encerrado en la inquisicion á la altiva doña Milagros, su queridísima comadre, y esposa ademas de su íntimo amigo el coronel de la artillería que era entonces un empleo de fuste en las colonias. Su pasion por la mencionada señora era grande y tierna como lo son todas las que se conciben despues de los sesenta años. En el primer momento todo se lo queria llevar por delante porque creyó que la causa de la prision habia sido la cuestion sobre la alfombra con la señora Fiscala.

Mandó traer inmediatamente al Fiscal Estaca y hubo de destrozarlo entre sus manos. Mas cuando se convenció por la confesion misma del doctor que nada sabia to-

davia de semejante grezca mujeril, de que habia causas mas graves, y de que podia probársele á la señora el haber recibido dinero de un maricon por estorbar las justicias de la Iglesia, el pobre Virey se quedó aterrado; y como sucede generalmente á los hombres irascibles y ardientes pasó del esceso del enojo y de la soberbia al esceso del abatimiento.

El Legista, que vió el momento favorable para los intereses del Padre Andres se ofreció de intermedio para una reconciliacion entre las dos potestades: cosa que el Virey aceptó á ciegas desde que la base fuese la excarcelacion y absolucion de su querida comadre.

En aquel dia estaba para cerrrarse el arreglo de paz entre ellos: y el padre Andres esperaba ansioso por esta razon la vuelta de su compañero el Fiscal, porque deseaba echarse sobre Mercedes y vengarse de las grandes ansiedades que le habia ocasionado el encono tenáz de esta muger. Brilló un rayo de luz y de esperanza en los ojos feroces del Guardian cuando oyó la toz doctoral del señor Estaca resonando por el claustro de la entrada y el compás grave de su marcha.

—Y bien, amigo? le dijo adelantándose á abrirle la puerta.

—*Consumatum est!* dijo el doctor: *Pax vobiscum!*

—Consintió?

—En todo!

—Veamos!

—Se ha comprometido, como lo verá S. P. en ese documento, á entregarnos los papeles en el momento en que la chola se los haga dar.

—Sin leerlos?

—Sin leerlos!....Me ha dicho que se los entregará al mismo padre Cirilo, pero todo con la condicion de que sea suelta al instante doña Milagros.

—Lo será!....y Anacleto?

—Ya ha dado la órden de ponerlo en libertad y de que se sobresea en toda esa causa, cuyos espedientes ha quedado en remitírmelos al momento para que los destruyamos nosotros mismos.

—Bravo!.....con eso nada mas necesito para quedar satisfecho y obrar.

Apenas habia dicho el padre Guardian estas palabras, cuando oyeron en la parte esterior del claustro un ruido estraño de pasos apresurados y la voz de un hombre que golpeaba la puerta del Guardian pidiendo pronto audiencia. Era el padre Sinforoso, que respirando apenas, tal

era el estado de agitacion en que venia, se inclinó humildemente delante del padre Guardian, y le besó los cordones del sayal.

—¿Que hay, padre, que viene V. P. en tan miserable estado?

—Ah!....señor: una noticia!....He buscado en vano al R. P. Cirilo, y no lo he encontrado; por eso vengo á interrumpir los altos quehaceres de Su Reverencia.

—Traia usted alguna comision del Padre Cirilo?

—Señor!....yo....no traigo precisamente comision:....pero el padre Cirilo me encargó.... hace dias. ..de vigilar á un cholo, llamado Mateo, que vive con una tal Mercedes....

—Bien! bien!....y?....

—Y bien, señor! yo lo he cumplido hasta donde me ha sido posible....pero....un maldito rabioso....

—Un rabioso?

—Señor:....un hombre infernal!....un rabioso...

—Está usted loco, padre? le dijo enfadado el Guardian.

—No, señor! un rabioso digo, un hombre que muerde y trasmite su horrible enfermedad....

—Al grano, padre! y dejémonos de boberias.

—Y por que se enfada V. R., señor Guardian? dijo el Fiscal entrometiéndose en la conversacion.

—¿No está V. S. viendo, doctor, que algun pillo ha mistificado á este pobre hombre?

—No veo por qué, señor Guardian: hay hidrofobia entre hombres tambien, como entre los perros.

—Toma si la hay! dijo el padre Sinforoso: si yo mismo, señor doctor, lo he presenciado!

—Y bien, padre! ¿qué tiene que ver todo eso con el encargo que le hizo á usted el padre Cirilo?

—Es, que el cholo, tocado de la mano invisible de Dios, estaba haciéndome una confesion general de su mala vida, cuando ese maldito rabioso nos interrumpió y se empeñó en morderme, señor!

—Y su Paternidad huyó?

—Huí, Reverendo Padre Guardian; porque no tuve tiempo de fortificar mi alma, templándola para el martirio....

—Es usted un inocente, padre! vaya á descansar á su celda! que yo le diré al Padre Cirilo, que otra vez busque mejor sus hombres.

—Es, Reverendo señor, dijo el padre humilde y cons-

ternado,.....que yo traia una noticia que creo interesante....El cholo me ha hecho revelaciones de cosas graves, mezclando el nombre de V. P., y diciéndome tambien, que los papeles que se buscan se hayan en un baulito.

Al oir esto, toda la curiosidad y el interés del padre Andrés, renacieron como una llamarada. El padre Sinforoso le refirió lo que el cholo le habia dicho bajo la fé de confesion; y cuando el Guardian le oyó todo, le mandó otra vez retirarse á su celda y no hablar con nadie.

—Y bien, señor Fiscal, ha oido V. P.? le dijo el Guardian al doctor Estaca cuando se quedaron solos.

—He oido.

—Y qué piensa V. S?

—Yo, á la verdad, no entiendo bien este enredo. De lo que el cholo dijo á ese padre, se deduce que don Bautista ha trabajado por apoderarse de los papeles de Mercedes, quiero decir de V. R. que robó Mercedes, ergo—no son fundadas las sugestiones del padre Cirilo.

—En eso mismo pensaba yo; y por esa razon creo, querido amigo, que debemos echarnos sobre la chola; sorprenderla, agarrarla de improviso y esperar á ver qué camino toma don Bautista, y qué esplicaciones resultan para él.

—Que el boticario ha tratado de proteger á la Perez, es para mí cosa indudable; pero eso puede haber nacido de afeccion personal: muy bien ha podido dejarse arrastrar en ese particular de esa afeccion, sin que por eso haya querido traicionaros en cuanto á los papeles; y asi parece que ha sido, segun lo que revela el cholo.

—Mire usted, doctor (dijo el padre Andres reflexionando) quien sabe si toda esa confesion no es una mera pilleria de ese cholo!

—Me parece que eso es llevar demasiado la sagacidad, no veo qué interés podria tener él en vindicar al boticario y dejar colgada á Mercedes. . . . Pero todo esto es posible,. . . . y será bueno estar alerta.

—Yo creo que veo claro lo que debo hacer; veamos si lo aprueba usted, doctor: segun el cholo, Mercedes tiene esos papeles en su cuarto y esto es falso, pues, lo que antes hemos creido es que los tenia en otras manos; segun el cholo, don Bautista hasta ha intentado envenenar á Mercedes para obtener esos papeles, luego no son fundadas las sospechas que habíamos empezado á temer de que él fuese el depositario; pues, señor, salgamos de dudas—hago prender ahora mismo á Mercedes; registrémosle todo en su cuarto, y si mañana no hemos encon-

trado nada todavia, prenderemos al boticario, y ¡ á Roma por todo !

—¿ No cree V. R. que eso será romper demasiado de pronto? dijo el fiscal caviloso.

—Es que entiendo que estamos en la necesidad de hacerlo;porque desde que contamos con que el Virey nos entregará esos papeles al momento que á él se le den, debemos poner á la india en el caso estremo. Usted sabe, señor doctor, que de un momento á otro llega el Exelentísimo señor conde del Villar á reemplazar al de Toledo; y que si aquel llega de nada nos serviria estar arreglados con este, por que los papeles serian entregados al primero, al Virey.

—Sí, pero V. R. sabe que el Conde del Villar viene de amigo, y por nuestros amigos; y que con su gobierno es probable que quede sólidamente deslindado el terreno de la potestad eclesiástica, y libre de las trabas que los libertinos le han puesto hasta aqui.

—Convengo, caro amigo: pero eso es tambien sujeto á emerjencias y complicaciones. . . . y los papeles. . . En fin —puesto que contamos con el que hoy es Virey, que lo hemos rendido, y que no tiene mas remedio que acceder á nuestro intento para salvar á su amiga, yo entiendo, doctor, que debemos obrar.

—Pues, señor Guardian—al instante!

El padre Adres dió inmediatamente sus órdenes para que Mercedes fuese rigorosamente encarcelada en uno de los sótanos de la Inquisicion que tenian su entrada secreta por el piso de la sala del consejo. El padre esperaba con ardor el resultado de la diligencia. Pero un momento despues, volvió uno de los esbirros que habian ido à ejecutarla diciendo que el cuarto que ella habitaba se habia encontrado solo y abandonado; y que los vecinos declaraban que hacia dos ó tres dias que no se le habia visto por allí.

El padre Andres se llevó las manos á la frente con un ademan de profunda desesperacion, y esclamó:—«¡Se habrá escapado!»

—¡Eso es imposible! dijo al instante el Fiscal. Necesariamente está oculta: agregó despues de haber pensado un instante; y lo está en la casa de algun maricon! Dé órdenes V. R. en nombre del Santo Oficio, para que sean destapadas en las calles inmediatamente, todas las mujeres de saya y manto que se encuentren.

—Puedo hacerlo?

—Sí, señor.

—Pues que se haga! dijo el guardian; y sus esbirros salieron á cumplirlo.

—Haga su Reverencia que me busquen al momento á un maricon llamado *Miguelito*, que vive en el barrio de Santa Rosa; que me lo traigan aquí al instante; porque es por él que lo vamos á averiguar todo.

El maricon de ese nombre, que ya otra vez hemos visto en conferencia con el Fiscal, fué traido en efecto. Aterrado con las amenazas de tortura que ambos inquisidores le hicieron, vil por naturaleza, desleal é infame, por hábito y carácter, seducido tambien por ofertas ventajosas, se comprometió á descubrir y denunciar el paradero de la malhadada Mercedes, y salió con ese objeto.

—Esto quiere decir, señor Fiscal, que el caballero Virey se ha burlado de V. S., que ha querido engañarme á mí, al mismo tiempo que nos ofrecia todo, se rebajaba al papel de delator; pues él es necesariamente quien ha advertido á la chola de todo para que se esconda.

—Voy ahora mismo á verlo! dijo el Fiscal irritado; porque semejante conducta es intolerable: y le diré bien claro que doña Milagros sucumbirá si no se encuentra á esa Mercedes.

El Virey se puso furioso de que se hubiese concebido

contra él reproche tan infamante; y el Fiscal volvió á decir al padre Andrés—que estaba convencido de que aquel era inocente.

El hecho es que el dia se pasó sin que los esbirros de la Inquisicion hubiesen podido encontrar á Mercedes. Por lo que el Fiscal Estaca, fatigado de la tarea tan larga que se habia dado, se retiró á descansar, dejando al padre Andrés acompañado solo del padre Romea el antiguo novio de doña Maria, que habia venido á ser el hombre de las mas íntimas confianzas del superior.

Eran ya como las once ó mas de la noche y crecian de mas en mas las ansiedades y el despecho del Guardian, cuando Miguelito todo apurado entró al convento por una puertecita falsa que quedaba abierta en las noches de grandes quehaceres.

No bien vió el Guardian al maricon, cuando corrió ansioso hácia él, y le preguntó:

—Y bien, hijo?....¿y bien, qué has logrado?

—Ah!, santo padre!....¡toda Lima he recorrido!... ¡he trabajado, señor!

—Y qué has logrado?

—Lo he logrado todo, santo señor!

—Sabes ya donde está?

—Ya lo sé.

—Oculta?

—Oculta.

—Has estado con ella?

—No, señor; pero eso no importa: es como si la hubiera visto!

—Gracias, hijo!....dijo el padre con un gusto infinito. Toma mi bendicion! veamos: dos esbirros! gritó el padre: que vayan ahora mismo contigo, y que la lleven inmediatamente al Santo Oficio, al sótano designado: que cuando la pongan allí vengan á advertírmelo al instante para ir yo.

Eran ya las tres ó cuatro de la mañana, cuando el padre Andrés, acompañado del padre Romea, salia de su celda y se dirigia á la casa del Santo Oficio, donde ya gemia aprisionada la infeliz descendiente de uno de los nobles mas elevados del tiempo de los Huincas.

Antes de salir, el padre Guardian se tocó el pecho para ver si llevaba bien acomodado un agudo puñal de que se habia armado.

—Es precaucion necesaria (dijo el padre á su compañero) habiendo de haberlas con un demonio encarnado como esa bruja.

Don Antonio le respondió:—Hace muy bien S. P.—; y muy disimuladamente se llevó la mano al pecho, y empuñó tambien con fuerza otro puñal que llevaba escondido allí.

CAPÍTULO XXXVI.

LA CRISIS.

Al mismo tiempo en que la pobre Mercedes era arrastrada á los horribles calabozos de la Inquisicion, símbolos de la muerte inevitable y de la tortura, que era peor mil veces que la muerte, Mateo completamente ageno de lo que le sucedia á su amiga, entraba por uno de los mas solitarios arrabales de Lima: seguido de ocho negros robustos, cuyas anchas espaldas y color de ébano lustroso se percibian aun en medio de la oscuridad de la noche; pues venian desnudos hasta las cinturas, y con las mangas de sus camisas arrolladas hasta los codos.

Entraron en la ciudad con la mayor cautela, y sin pronunciar una sola palabra en todo el camino.

Verdades, que seria muy difícil para un lector de nuestros dias, el formarse una idea cabal de la inmóvil soledad en que estaba sumida una de nuestras antiguas ciudades durante la noche: ni alumbrado, ni caféês, ni tiendas, ni gentes de ninguna clase se veian en ellas; y despues de las nueve de la noche callaba el baile, cada pájaro ganaba su nido, y el silencio del sueño reinaba en las calles, cobijando cuando mas, una que otra aventura reservadísima y solitaria.

Al favor de esta soledad, pudo Mateo llegar con sus compañeros, sin que alma viviente lo hubiese encontrado, hasta una puertecita pequeña que estaba á espaldas de las habitaciones de don Bautista. Daba esta puertecita á un cuarto enteramente vacío, de los que llamamos redondos por no tener comunicacion alguna con otras dependencias. Nada se notaba allí, sino una alacena vieja incrustada en la pared.

Mateo entró con los demás, cerró la puerta por dentro, y dirijiéndose á la alacena, golpeó sobre una de sus tablas dos ó tres veces. Un momento despues giró movido por un resorte uno de los tablones laterales de ella, y quedó al descubierto un vacío angosto hecho dentro de la pared, en el que se percibia una estrechísima escalerita

que descendia á las profundidades del piso. Mateo entró haciéndose seguir de los otros: bajaron como quince escalones, y se encontraron entonces en una especie de galería subterránea, en cuyo otro estremo se oyó una voz baja y prudente que decia:—« Mateo, vuélvete á cerrar la entrada. Caballeros, sigan ustedes adelante hasta aquí.»

Aquella galería subterránea estaba en una perfecta oscuridad: los ingleses siguieron caminando como á tientas, hasta que desembocaron en una especie de cuarto, alumbrado apenas por una lamparita de espíritu de vino.

Allí estaba don Bautista, que apenas vió á los ingleses, preguntó:

—¿Milord Henderson?

—Yo soy, señor!

—Dios le haya traido á usted, Milord!

—Asi lo espero, señor Lentini. [1]

—Conviene, Milord, que dejeis vuestros soldados en este sótano y que subais conmigo.

—Estoy á vuestras órdenes.

Henderson repartió entre su gente algunos buenos vi-

1. El boticario era conocido de Drake y de sus cómplices con el nombre de Juan Bautista Lentini.

veres y frutas, de que le proveyó el boticario, y recomendando mucho á Oxenhan que los conservára en buen estado, y les hiciera guardar silencio, subió con don Bautista una estrecha escalerita que les llevó al elaboratorio de este, por una alacena que servia de puerta oculta, como la del otro estremo.

En uno de los estremos de la mesa del medio don Bautista habia preparado un pequeño espacio, separando á un lado los atados de yerbas y los frascos y otros mil utensilios que le atestaban, y habia dos vasos al lado de una botella de un riquísimo licor restaurante que él habia elaborado para obsequiar á su huésped.

—Supongo, Milord (dijo el boticario haciendo sentar á Henderson en una silla, y tomando él otra á su vez) que comprendereis bien que estamos ya en una situacion que no puede durar sino horas, porque así......

—Si quereis, señor Lentini, que sea ahora mismo: vos sois el general: mandad y yo ejecuto al momento!

—Me encanta vuestra calma: le dijo don Bautista echándole licor en el vaso: ponedle un poco de agua y os quedará mejor:.....permitidme que os diga que tengo mucha esperiencia de los hombres de guerra y de revolucion; y que veo ya que se puede contar con vos.

—Gracias!

—Y vuestros hombres?

—Irán adonde yo vaya! Me seria sumamente satisfactorio que nos pongais pronto á prueba.

—Son las doce de la noche.....y será mejor (agregó reflexionando el boticario) esperar una ó dos horas mas.

—Sea!.....pero si conoceis los motivos que me han traido, podreis calcular el estado de mi alma.

—De cierto que los conozco: y porque sé la pasion que abrigais y la horrible situacion en que sabeis que está vuestra....

—No continueis, señor Lentini: me haceis mal con esas palabras; porque me quitais la calma con que estoy resuelto á obrar.

—Os iba á decir solamente, que por eso mismo es que me habeis hecho tan buena impresion.

—Espero merecerla aun mas......¿dos horas, decis?

—Una ó dos, ya lo resolveremos.

—Cuál es vuestro plan?

—Escalar el edificio: hacer volar la puerta principal: aprovecharnos de la sorpresa y libertarla.

—Y cuál es vuestro interes en todo eso?

—Os lo diré mas detalladamente dentro de un momento: bástaos saber por ahora que estoy asechado, y tal vez para ser descubierto: tengo, pues, que huir y salvarme, lo que me seria imposible sin vuestra ayuda y sin vuestro buque. Si me quereis salvar á mí solo dejando á doña Maria, partamos! ya estoy pronto: dijo el boticario levantándose.

—Sentaos.

—Eh bien! ¿sabeis mi interes ahora?

—Ya!

—Ya veis, pues, que nos necesitamos ambos.

—Pagais caro la codicia, ¿eh?

—Alto ahí, jóven! dijo el boticario tomando un tono lleno de dignidad:—Yo debia haber pensado que el que os ha recomendado á mí, os hubiera impuesto mejor de quién soy yo, y por qué hago lo que hago; y ya que no lo ha hecho y que me provocais, os diré con orgullo que mis motivos son mas nobles, no solo que la codicia, sino que los vuestros.

—Quereis ofenderme? le preguntó Henderson con calma y seriedad.

—No seria este el mejor momento; quiero solo apelar á vuestro juicio y á vuestra propia conciencia....¿Cuál

es primero para vos—la vida de la patria ó la vida de vuestra amada.

—La de la patria.

—Pues bien, yo he venido á esta tierra á vengarme, á hacer guerra al que pisa con sus plantas el cadáver de la que fué mi patria: el pirata, el bandido, el ladron, el aventurero, el indio, todo aquel en fin, que quiera levantar una arma contra el rey de España, me contará entre sus aliados; por eso he servido á vuestro gefe; que á fé mia, bien lo merece por sus méritos!

—Ah, señor Lentini! perdonad.

—Conoceis la historia de Sicilia?

—Creo que sí; y os iba á preguntar si descendeis del Lentini que acompañó á Juan de Prócida, en su terrible venganza contra los franceses?

—Sí, desciendo de él; fué mi bisabuelo: y mi vida se ha gastado entre las crueles amarguras que él nos legó con el despotismo de Aragon.

—No era menos el de Cárlos de Anjú que él acudió!

—El hizo bien, y yo tambien he hecho bien!....El vendió la patria al Aragon para arrancarlo al francés; y yo la venderia cien veces al francés para arrancarla al Aragon.

—Y qué ganais?

—Que se destruyan unos con otros sus enemigos.

—Política falsa, señor: política sin porvenir. Porque consiste toda en crear redes que acaban siempre por enredaros, ó por enredar y diezmar á vuestros nietos cuando menos, como vos mismo lo esperimentais con la política de Prócida.

—Es la única posible.

—No veo por qué?

—Porque necesitamos que el sacudimiento venga de afuera: el pueblo italiano está postrado.

—Dedicaos entonces à darle vida.

—No!. . .la obra primera es dar muerte á sus asesinos!

—No quiero contrariaros, señor Lentini: os veo rebosando de una pasion que respeto. . . . . .¿Habeis llevado una vida agitada, eh?

—He estado donde quiera que se ha luchado contra la España: en Florencia con el Carducio y el Ferrucio: en Génova con Pablo Fregosio: en Milan; por todas partes, en fin, donde se lucha contra el rey de España. . . .Por eso me he arreglado con Mr. Drake: es el único que tiene hoy alzada la bandera de la guerra despues que todos han caido.

—Y la Holanda?

—Allá me voy, si salvo de aquí!

—Comienzo á admiraros.

—No tengo nada digno para ello, Milord, sino mi ódio.

—Sí, pero el ódio es una arma que necesita de un brazo fuerte; y yo admiro en vos ese brazo.

—Oh! lo tendré alzado mientras viva; porque esos bárbaros ahorcaron á mi padre en Nápoles, tomado cuando cayó Génova.

—Ah! ¿y de ahí vuestra divisa?

—De ahí.

—Estraño es, que siendo quien sois, háyais podido entrar y estableceros en estas colonias.

—Lo conseguí al favor de mi persistencia: de Génova huí á Francia, y de Francia pasé á Inglaterra.

—Ah! ¿habeis estado en Inglaterra? le preguntó Henderson con interés.

—Y he visto colgar allí, por el partido español al Duque de Suffolk.

—Mi abuelo!

—Era vuestro abuelo?

—Si, señor; era mi abuelo.

—Hé ahí la historia de todos los hombres de nuestra época: el puñal, el verdugo ó la horca la han escrito con las cabezas de nuestros padres, y la seguirán escribiendo con las nuestras!

—Me interesais de mas en mas, señor Lentini. Continuad vuestra historia.

—Pues bien! como vos lo sabeis, Felipe II, como Tiberio el tirano de Roma, ha puesto un empeño particular en degradar al pueblo español: profundamente disimulado, cobarde y bajo, severo para con los otros, indulgente, para consigo mismo y disoluto, no ha sabido ser hombre, sino fiera sobre el trono; y se ha complacido, como os he dicho, en degradar á su pueblo.

—Un noble pueblo por cierto! dijo Henderson con espontaneidad.

—Será! yo no conozco de él sino los soldados que oprimen á mi patria y que degollaron á mi padre.

—Habeis conocido á Felipe?

—Sí.

—Dicen que es hombre de gran cabeza.

—Os diré lo que pienso de él: Felipe es reflexivo y frio: tiene la vista penetrante y es perseverante en sus miras: su constancia para los reveses no es comun ape-

sar de que todavía no ha pasado por grandes. Su esterior es reservado y severo, y no obstante cuando quiere usa de maneras afables y graciosas. Es indeciso, tímido, devoto, supersticioso; es cruel y ambicioso desde el fondo de su gabinete; y cuando una vez ha tomado á la sombra alguna resolucion, ya no hay cosa ninguna que pueda hacerlo cambiar sino el miedo personal, y por lo que hace al crímen, lo comete con entera facilidad, yendo un momento despues á fortalecer su alma contra el escrúpulo, con ciertas prácticas devotas que reserva para el caso. Sombrío y violento en sus pasiones, todo lo sacrifica á su interés. Déspota por instinto y por placer, no saborea el gobierno, sino aterrando y envileciendo; y apesar de su enorme poder, su gusto es emplear los medios bajos y rastreros. Pues bien, desde que este príncipe entró á gobernar sus reinos, el poder de los inquisidores no conoció límites en ellos: los espiones y los esbirros se han introducido en el interior de las casas, desterrando las dulzuras de la amistad y esa confianza mútua, sin lo que no hay garantía para las relaciones sociales. Los españoles han perdido su industria, y todas las otras ventajas de la fertilidad de su suelo; y millares de estrangeros se han lanzado como sabeis á hacer el

contrabando en España y en América. Entre ellos, un antiguo amigo mio, un compañero de infancia, ha llegado á una gran riqueza en Cádiz bajo el nombre de don Benito Onetto. Informado de mis relaciones con él, algunos amigos de Inglaterra como Mr. Drake, Mr. Hawkins y otros, me encargaron de arreglar con Onetto un gran negocio, que consistia en procurarles él las noticias oficiales sobre flotas y galeones, y repartir las ganancias de las correrías y contrabando que ellos hiciesen al favor de sus revelaciones. Logré hacer ese arreglo; y como fuera preciso un agente principal, me ofrecí yo; porque lo que yo queria era guerra, y guerra á muerte, contra la España y su poder. Desde el momento, se vió que el gran golpe era atacar las costas del Perú, y me resolví á venirme á Lima, para prepararlo con anticipacion. Vos podeis decir si lo he logrado. ¿Me conoceis ahora?

—Y el golpe de que ahora tratamos (dijo Henderson sin contestarle) ¿como lo habeis preparado?

—De ningun modo: es preciso darlo como desesperados: somos diez hombres resueltos: llevaremos un barril de pólvora: asaltaremos el edificio con una escalera: aterraremos á los esbirros; haremos abrir ó volar las puertas de las prisiones; sacaremos á vuestra querida....

—Y á Juana! dijo Henderson con viveza.

—Y á Juana tambien?

—Si!

—Nos demandará mas tiempo....

—No importa! estoy comprometido!

—¿Estais comprometido? preguntó asombrado el boticario. ¿Con quién?

—Básteos saberlo!

—No! necesito saber cómo y con quién habeis hablado ó tomado ese compromiso! repuso alarmado don Bautista.

—Con uno de mis marineros; el autor de esta empresa, que la conoció á bordo y se enamoró de ella.

—Me quitais una funesta impresion! crei que era con alguien de aquí; y empezaba á temer una celada....Oh! Dios Santo! dijo don Bautista pegando un salto y contrayendo todas sus potencias de un modo estraño y repentino.

—Qué hay? qué hay? dijo Henderson parándose tambien y desenvainando su puñal.

Mas don Bautista nada le respondió: parecia la estátua de la contemplacion, fijo y estático el mirar. Entreabiertos los lábios, mientras que poco á poco iba esten-

diendo el brazo derecho y apuntando sin designio, decia con lentitud y como en duda—TEMBLOR!!!

Para comprender bien la situacion de don Bautista, es preciso saber lo que es un temblor. No: el anuncio del temblor no es como se ha dicho un leve y lejano ruido: es mucho mas y mucho menos que un ruido: es una conturbacion repentina, que el hombre siente dentro y fuera de él á la vez: es un presentimiento fugaz, indefinible, aterrante, que despierta en el alma el pavoroso sentimiento de un trastorno subterráneo, precursor de ruinas y de muerte, inminente, traidor, inevitable. Si el anuncio del temblor fuese un mero ruido, no haria saltar sobre su lecho, con el espanto pintado sobre su semblante, al niño que duerme en todo el abandono de su cándida inocencia: no forzaria á incorporarse y correr despavorido, aun antes de estar despierto, al viejo guerrero acostumbrado á desafiar la muerte en los campos de batalla, á no pestañear siquiera al estampido del cañon.

—¡Temblor! temblor!!! repitió el boticario de mas en mas animado:—¡Este es el momento supremo, milord Henderson! ¡vuestros hombres! ¡en pié! ¡salgamos!

CAPÍTULO XXXVII.

EL TERREMOTO DE 1579.

El padre Andres acompañado, como hemos dicho antes, del Padre Romea, habia salido de su celda á la noticia de haber sido aprisionada ya Mercedes; y se habia dirijido á la casa del Santo Oficio—grande y vasto edificio; cárcel, tribunal, y templo á la vez: monstruosa acumulacion de objetos, bajo la gran cruz que dominaba su frontispicio: tal el horrible estravio con que la mano del despotismo habia sacado un culto atroz de esa religion de ángeles, traida por el Cristo á la tierra.

1. Este terremoto es histórico: es uno de los mas tremendos que han sufrido las ciudades del Pacífico, y Lima vió en esa noche desplomarse una multitud considerable de sus edificios. El padre Barco de Centenera, testigo ocular, dá una viva y candorosa descripcion de esta catástrofe que puede verse en el apéndice del fin.

El padre se dirijió á la sala del consejo; y mientras un esbirro traia á Mercedes, se paseaba agitado de uno á otro estremo. A poco rato, se levantó una tapa del piso y el esbirro levantó á Mercedes, con la misma grosería con que habria levantado y arrojado al piso un saco de inmundicias. El padre inquisidor, sin detenerse á mirar á su víctima, se dirijió á Romea y le dijo:—Llevad á ese hombre hasta la porteria; y cerrad bien todas las puertas al volveros para acá. Don Antonio condujo al esbirro y volvió á presenciar la escena espantosa de aquellos dos amantes de otro tiempo.

—¿ Sabes tú (dijo el inquisidor) lo que es tortura ?

—La peor tortüra es para mí vuestra presencia, le respondió ella con firmeza.

—¡ Temeraria ! esclamó el padre haciendo rechinar los dientes, ¿ no ves que ya estás desarmada, y que al fin voy á hacer palpitar tus carnes infernales bajo las uñas de la *araña* y los morteros del *potro ?* ¿ No ves que ha llegado ya el momento de la venganza, y que de hoy en mas son ya efímeras tus intrigas y tus arterias ? Medio siglo me has tenido bajo el maldito imperio de tus persecusiones: en medio siglo no he tenido una noche sola en que haya podido dormir tranquilo, un

dia en que haya llevado mi frente libre del horrible presentimiento que me inspiraba tu imágen. Mis mas risueñas esperanzas han sido ajadas al momento mismo que las concebia con el recuerdo de tu doblez y de tu hostilidad! Bien: ahora te tengo bajo el talon de mi sandalia! esclamó el fraile sacudiendo su brazo; y te voy á convertir en masa vil de carne, sangre y polvo!.... Pero, aún hay un resto de esperanza para tí, si te humillas....

—Jamás! esclamó Mercedes interrumpiéndolo, con la fiereza de una tigra.

—Jamás?

—Jamás! repitió ella con mas fuerza.

—Hay todavia, te repito, un resto de esperanza para tí....

—La renuncio!

—Si quieres descubrirme....

—La renuncio, os he dicho!

—Es decir, inícua, que prefieres descubrirme el paradero de los papeles y de la niña entre los ayes del tormento?

—Os he dicho que el peor tormento para mí es tu presencia, fraile! y si nada consigues con ella, piensa lo que sacarás de tu tortura!

—Insolente !

—Malvado ! si has pensado triunfar de mí, porque me has aprisionado, te has engañado !. . . .soy yo la que me he de gozar en el tormento que te está reservado por la mano del justo de los justos, del que conoce tus crímenes ¡ renegado ! del que te tiene que pedir cuenta de las falsías, de las traiciones, de las impiedades, de los sacrilegios que has cometido hasta blasfemando de su nombre, y arrastrando tus hábitos sacerdotales por la orgia, para despues gozarte en el martirio de los que son mejores que tú ! Llegará pronto el dia ¡ bárbaro ! en que sentirás las atrocidades del infierno á la vista sola de una niña que el juez supremo te presentará de la mano con su blanco vestido salpicado de sangre, vertida por tí, y su pelo tendido sobre sus hombros: sin hablar ella una palabra, te acusará de ladron, de asesino, de infame. . . .

—¡ Tiembla, hija del demonio ! esclamó loco de furia el Inquisidor, llevando la mano á su puñal.

—Tú eres quien tienes que temblar; por que en ese dia no hallarás compasion delante de Dios !

—Tiembla ! volvió á decir el fraile, trémulo, y sacudiendo á Mercedes por la garganta de su vestido.

—Yo no tiemblo ! yo te desprecio ! le dijo ella; y tratando de desacirse con fuerza, le arrojó un esputo á la cara.

—Ah! esclamó el Inquisidor apretando los dientes; y sin otro consejo ya que su cólera, sacó maquinalmente su puñal y lo clavó de un solo golpe todo entero, en el seno de la muger. Ella cayó para atrás, arrojando un rio de sangre por la herida, y sacudiéndose por el piso de la sala con las palpitaciones de la muerte.

El matador se sobrecogió: el P. Romea lo miraba con una impasibilidad fria, con una especie de placer íntimo que se revelaba en el brillo de sus ojos.

—Temblor!. . . .esclamaron los dos al mismo tiempo, quedándose en la espectativa concentrada, que cruza siempre un temblor. Aterrado quizá por su propio crimen, el matador se lanzó hácia la puerta; pero don Antonio, vino como si obedeciese maquinalmente á un designio interior, y se le puso por delante,

—Dejadme salir! dijo el padre Andres.

—Esperad un momento, le respondió el otro conteniéndolo con fuerza por el brazo.

Al mismo tiempo se oyó cercano el ruido espantable de cien edificios que se derrumbaban; y la tierra tembla-

ba como si se hubiese roto en átomos innumerables y movedizos. Pasando por debajo de sus pies el meteoro de destruccion, derrumbó con su rechinamiento horrible las paredes de aquel vasto edificio que los rodeaban [1] y los dejó en la mas espantosa oscuridad, como en el medio del caos, porque la conmocion habia hecho rodar la lámpara.

—Dejadme huir! esclamó el padre Andres, tratando de desacirse de su compañero.

—Quereis huir? le preguntó este con el tono del sarcasmo. No! porque me debeis tambien una venganza! esclamó hundiéndole al mismo tiempo su daga en las espaldas.

—Por qué me matais? esclamó el Inquisidor con voz desfallecida ya.

—Porque me quitásteis mi porvenir, y me traicionásteis! le respondió Romea dándole otro golpe final, y huyó al mismo tiempo que el techo se desplomaba sobre los cadáveres.

Saltando por sobre el hacinamiento de escombros que cubria el suelo, y al ruido de las casas y de las Iglesias que se seguian derrumbando, salió el padre Romea al

1. Histórico

gran patio de la Inquisicion; y al tomar corriendo una de las galerias que llevaban á la calle, atropelló una partida de hombres que se lanzaban por sobre las ruinas á lo interior del edificio. Ellos lo rodearon al momento, y poniéndole al rostro una linterna sorda lo reconocieron.

—Oh! esclamó don Bautista, ¡aquí tenemos un guia!... ¡Seguidnos! agregó tomándolo con fuerza por el pecho y abocándole una pistola.

Romea se quedó aterrado, y se entregó sin defensa.

—Conducidnos á los subterráneos en que están Maria y Juana, ó vais á morir! le dijo el boticario.

—Señor! por Dios! se derrumba todo el edificio sobre nosotros! salvémosnos!

—Conducidnos pronto! esclamó Henderson desesperado, poniéndole la espada desnuda al pecho.

—Piedad! esclamó don Antonio en una situacion cruel dejándose arrastrar hácia adentro.

Vagaban en los patios del edificio, como sombras despavoridas, algunas de las víctimas allí aprisionadas que habian podido salvar de la catástrofe, mientras que otras estaban ya enterradas bajo de sus escombros.

—Maria! Maria! gritaba Henderson.

—Maria! Maria! gritaba el boticario arrastrando á don Antonio.

—Juana! Juana! gritaban Oxenhan, con una voz de estentor.

—Socorro! Socorro! oyóse decir al fin, con una voz ahogada que parecia salir de un sepulcro; y acudiendo hácia allí los piratas, dieron con una puerta que permanecia cerrada.

—Es Maria! es mi Maria! gritaba Henderson con la exaltacion de la alarma y de la ansiedad. Ea, muchachos: derribad la puerta!

Un momento despues caia la puerta al empuje de diez hombros vigorosos; y Henderson anegado en lágrinas y frenético de amor, estrechaba entre sus brazos al ídolo de su alma.

—Maria! Maria! ¡soy yo! esclamaba ¿qué, no me reconoces, ángel de mi vida? ¡soy tu Roberto! ¡tu esposo! y el ardoroso jóven la estrechaba contra su pecho, la besaba, la bañaba con sus lágrimas, mas rebosando de placer y de entusiasmo. ¡Al fin te veo! ¡mírame, bien supremo de mi vida! ¡aquí estoy! ¡estoy á tu lado para salvarte ó para morir contigo, como te lo habia prometido!

La pobre niña, entumida y absorta por el dolor y la sorpresa, no podia darse cuenta de lo que veia, ni de lo que le pasaba.

—Roberto! decia desatentada. ¡Por Dios! ¿qué es esto? ¡tengo miedo! ¡sálvame, por Dios!

—Maria mia! ¡vuelve en tí! ¡reconocedme! ¡yo soy Roberto! ¡Mírame! ¿me ves? le dijo el jóven poniéndole la mano febril sobre la frente, y alumbrándose él mismo el rostro con la linterna. ¿Me vés?

—Santo Dios! ¿qué veo? esclamó ella, ¡Roberto! ¡Roberto! agregó y se dejó caer desfallecida entre los brazos de su querido.

—Amor mio! le decia este, ¡levanta! ¡cobra fuerzas! que es preciso escapar, para amarnos eternamente y libres de enemigos!

—Escapar para amarnos? dijo ella. ¡Sí! agregó cobrando una energía trémula y nerviosa: escapémonos para amarnos siempre, Roberto; porque yo te amo sobre todas las cosas! porque yo no puedo vivir sin tí! yo llamaba y pedia la muerte antes de verte; pero ahora quiero vivir! ¡quiero vivir, Roberto! pero quiero vivir á tu lado, ¡viéndote! ¡viéndote siempre!

—Milord, dijo don Bautista: ¡aprovechemos del tiem-

po y de los favores del Cielo! ¡Poneos de rodillas al momento! Maria, poneos de rodillas á su lado!

Y ambos, maquinalmente casi, obedecieron levantando sus manos al Cielo.

—Ea, sacerdote! dijo el boticario arrastrando á don Antonio y poniéndole la pistola al pecho: ¡echad vuestra bendicion sobre esa pareja! y si no servis para eso os despacho aqui mismo; agregó con un tono que no dejaba duda alguna de su resolucion.

Don Antonio echó su bendicion sobre los esposos sin levantar su vista del suelo.

—Te has salvado! le dijo don Bautista guardando su pistola. Hijos mios, agregó dirigiéndose á los marinos de Henderson: amarrad bien en ese poste á ese hombre (designando á don Antonio) para que no pueda delatarnos á tiempo.

Los marinos tomaron á don Antonio y lo amarraron.

—Cargad ahora en vuestros hombros á esa niña, y seguidme! ¡Pronto, Milord! ¡Pronto, hijos!

—¿Y Oxenhan? exclamó entónces Henderson lleno de inquietud.

—Aquí está! respondió Oxenhan viniendo de la obscuridad y depositando en el suelo una muger desmayada.

Era Juana.

—Cargadla tambien! esclamó Henderson: y seguidnos!

—No! respondió Oxenhan: á esta nadie la carga sino yo.

Y rápidos y resueltos cruzaron el edificio y salieron á la calle.

En aquel mismo momento, otro remeson, es decir—otro terremoto [1] estallaba con nueva furia; y la poblacion entera de Lima corria despavorida hácia las plazas y hácia los arrabales para huir del desmoronamiento de las paredes. Los niños y las mugeres lloraban á gritos y andaban desnudos y perdidos por las calles: los padres de familia llamaban, ordenaban, se lamentaban, y huian tambien; y bandadas de negros y de negras esclavas, con aquella exaltacion y locuacidad propia de las razas africanas, levantaban una horrorosa algazara de lamentos y de maldiciones, á la que parecian hacerse coro innumerables cientos de perros que echaban al aire sus tétricos y aterrantes ahullidos. [2]

Silenciosos y resueltos, al favor de la horrorosa confu-

1. Histórico.

2. El horrible y especial ahullido del perro mientras tiembla la tierra, es uno de los accidentes mas lúgubres de este fenómeno.

sion que reinaba, don Bautista y sus amigos atravesaron la ciudad inapercibidos, y se dirigieron á la rada de *Chorrillos*.

Contaban con encontrar allí al resto de la partida que habia quedado en las ruinas de Pachacamac; que Mateo habia ido para conducirlos, montado en una buena mula.

En efecto: ambas fracciones llegaron á la bahia, con poca diferencia, á las ocho de la mañana del dia siguiente.

Suttonhall, siempre diligente y precavido, cruzaba á la vista de la costa solitaria. Se le hizo una señal convenida; y afirmó hácia la tierra la proa de la ***Fidelidad***, vino en pocos minutos á situarse cerca de la costa; mandó á tierra los botes; y unos instantes despues, Henderson con su Maria, Oxenhan, Juana, el señor Juan Bautista Lentini y todos los marinos, tomaban pié dentro del buquecillo y atronaban las vastas soledades del mar con los gritos del regocijo y de la alegria.

Lleno de orgullo el señor Lentini respiraba con toda su alma el aire del oceano y repetia paseándose sobre la cubierta—¡Al fin soy libre! ¡Al fin puedo ser yo mismo!

CAPITULO XXXVIII.

EN EL MAR.

Estaba ya muy entrado el dia, cuando el padre Romea fué visto de los curiosos que investigaban por la ciudad las ruinas del terremoto. El padre narró á todos su aventura con el calor y el despecho que era de esperar, incitando á las autoridades á que tomasen medidas y persiguiesen á los piratas. Pero el espanto, la confusion la falta de voz y de gobierno en que la catástrofe habia dejado á Lima, hacian que nadie le creyese. Creian los mas que habia sido víctima de alguna partida de negros que salteaba y robaba al favor del trastròno; y atribuian el carácter de piratas que él les daba, á su conocida pesadilla contra estos y contra él celebre Henderson, sobre

todo. Era en vano que jurase y afirmase que él habia visto á este gefe; que lo habia visto, ayudado del boticario y de otros ingleses disfrazados de negros, levantar y llevarse á doña Maria y á Juana: nadie le creia, y nadie tomaba el menor intéres por un suceso que parecia estravagante y absurdo, cuando tantos descalabros, tantas pérdidas, tantos dolores, tanto terror, habia allí á la presencia de todos.

El padre Romea se enfurecía, corria por las calles, predicaba, llamaba á la multitud, andaba de los alcaldes al Virey, del Virey á los alcaldes; y tal era la exaltacion de sus acciones y de su proceder, que ya habian empezado á tenerlo por loco.

El padre Cirilo era el único que entreveia algo de verdad en estos asuntos.

Para colmo del despecho de don Antonio, la casa que habitaba el boticario habia quedado en ruinas, y era imposible en el primer momento, saber, si este habia escapado, ó si se hallaba sepultado bajo de ellas.

Habia tambien en las relaciones del padre Romea un punto flaco que ya habia sido notado por muchos; y era el paradero del padre Andres. Romea se guardaba muy bien de decir lo que habia sido de él, ni que estaba sepul-

tado entre las ruinas del edificio; porque temia que yendo allí á sacarlo, le viesen las heridas, y por algun indicio casual descubriesen la verdad.

Pasaron así seis dias, sin que se tomase medida alguna; y caia ya la tarde del sétimo dia, cuando fondeando un barquichuelo español en el puerto del Callao, bajó á tierra todo azorado su capitan asegurando que habia escapado milagrosamente á un pirata inglés de velas negras. Agregaba—que su escape lo habia debido tan solo á que navegaba en las mismas aguas de dos galeones ricamente cargados, cuyos nombres daba el capitan, y de cuya persecucion se habia ocupado el pirata esclusivamente. Decia además, que habia visto apresar á uno de los galeones, y que quedaba el pirata dando caza tan de cerca al otro, que probablemente no se le escaparía. [1]

Esta noticia cayó en esa noche como un rayo, como una nueva catástrofe, sobre la afligida Lima. Se produjo entonces la reaccion con respecto al padre Romea y su estravagante historia cobró todos los accidentes de una verdad palpitante é insoportable. Entró el furor de la actividad en todos los empleados: se despacharon

1. Histórico: véase á Purchas p. IV pag. 1180; y á Hakluyt. vol. III pag. 572.

chasques por toda la costa, se armaron dos buques veleros en el Callao, y entre las historias del terremoto, la inaudita audacia de los hereges comenzó á ocupar la primera línea.

El padre Romea se lanzó por tierra con una partida de voluntarios, hácia las costas y poblaciones del norte: iba predicando é incitando, con un crucifijo en las manos á todas las gentes de las campañas y de las villas á que se alzasen y mostrasen su celo por la defensa de la fé y de la dignidad del Reino; y en efecto, lograba á su paso dejarlo todo en fervor y actividad.

Entretanto, Henderson y Oxenhan, que calculaban bien lo que debia haber sucedido desde que hubiese llegado el buquesillo que se les habia escapado, habian afirmado su rumbo hácia el Istmo, y contaban con llegar antes que los partes de alarma. Habian resuelto no abordar la tierra, sino de noche, en precaucion de una sorpresa, y contaban con el eficaz auxilio de los indios sus amigos.

Esto es por lo que hace á los proyectos políticos, diremos asi, de la empresa. En cuanto á la situacion de los corazones, el lenguage es impotente para verter las delicias que Henderson gozaba con el amor y la vista de

su idolatrada Maria. Oxenhan estaba sumido en las amarguras del dolor y de la resignacion: era demasiado tosco, demasiado rudo, para que Juana, naturaleza delicada y chispeante, pudiese amarlo ¡y él lo habia comprendido! Juana lo llenaba de demostraciones de gratitud; lo llamaba su padre, su protector; pero le habia dicho con una gentil franqueza que no podria amarlo como marido; le habia pedido perdon por ello: habia llorado con él de verlo sombrio y macilento; Oxenhan habia comprendido que no seria amado jamás!

Al fin divisaron las costas del Istmo á la caida de una bellísima tarde; y enderezaron firmemente hácia ellas. Al poco rato las sombras de la noche habian ya cubierto el mar; y como no habia luna, las estrellas reverberaban con aquella luz fugaz y palpitante con que brillan al traves de la atmósfera de las noches obscuras bajo el cielo diáfano de los trópicos.

Doña María, reclinada encima de cubierta sobre el pecho de Henderson, y sostenida por el brazo con que este le rodeaba la cintura, tenia sus ojos preciosos levantados hácia el rostro de su amado, llena su mirada de aquel fuego indefinible de la pasion y de la felicidad suprema á que puede aspirar un mortal sobre la tierra. Su blan-

co vestido se estendia cubriendo los pies de su marido; y los largos rulos de sus cabellos caian como seda brillante sobre las faldas de Henderson que los batia con sus dedos con una delicia suave y esquisita.

—¿Te acuerdas de aquella estrella, mi Maria? le dijo Henderson con una voz insinuante y trémula de pasion, mostrándole el planeta *Venus*.

—¿Y cómo no me he de acordar, mi Roberto? le respondió ella, y completó el sentido de sus palabras apretando con dulzura la mano de su marido contra su pecho. La he recordado tanto, querido mio, que jamás podia imaginarme tu semblante bajo otra forma que la de esa estrella! No puedes tú figurarte las angustias que esto me ha causado: queria traer á mi memoria tu rostro tal cual es, para gravarlo en mi alma, para poseerlo, para contemplarlo, para mirarte; y no sé que mano fugaz é invisible te borraba al mismo tiempo que ya te iba á concebir, que ya te iba á tener; huia de mí tu imagen, y me quedaba solo el disco diamantino de esa estrella deslumbrando mis ojos bañados en lágrimas de melancolía! ¡Cuántas veces, Roberto, hubiera querido pasar mi mano sobre esa luz perenne en mis pupilas, para borrar ese su brillo hermoso que me impedia ver el de tus ojos,

y percibir esos tus labios con que me habiais jurado tanto amor! Pero mis esfuerzos eran vanos: la estrella se ponia siempre delante de tí. Algunas veces lo tomaba yo por un horrible presagio, y me desesperaba y desfallecia! Otras veces me decia: esto no es otra cosa que la ardentía de mi pasion: es ella quien quita á mi mente la tranquilidad que seria necesaria para que el recuerdo de aquel amado rostro se estampase en su superficie! mis emociones, mis palpitaciones, son demasiado vivas, demasiado tumultuosas para dar lugar á que se forme la idea. ¡Pues bien! (me repetia yo) si es por esceso de amor que sufro este tormento, bien venido sea! ¡Es porque lo amo demasiado! y eso bastaba para estasiar mi alma ¡amado mio!....Pero ahora que te veo, y que puedo pasar mi mano, asi, sobre tu rostro ¡qué bello! ¡qué suave! ¡qué amigo me parece el resplandor de esa estrella!

—¡Maria! ¡Maria! le decia Lord Henderson, oprimiéndole suavemente los lábios con la palma de la mano. ¡No hables asi, por Dios! que temo que me envidien hasta los Angeles; y que Dios juzgue que esta dicha mia es demasiado grande para un pobre mortal.

—¿Y por qué ha de creer eso Dios, que es todo amor

y todo benignidad, cuando esta no es sino la compensacion justa de las grandes amarguras con que nos ha probado? Yo no temo, Roberto! mi pureza misma me dá confianza: yo dejo á mi corazon que estalle: dejo á mis lábios que copien con palabras el mundo de amor que rebosa en mi alma; y todo, todo, me parece escaso para decirte que te amo, y cómo te amo!

—¡Maria! ¡Maria! El esceso sublime de la pasion y de la ternura me ahogan! dijo Henderson bañando en lágrimas el rostro de su esposa. ¡Estoy oprimido, sofocado! Déjame salir por un momento del círculo mágico de tus encantos para sentir que estoy en la tierra y que soy un mortal! ¡para sentir siquiera que esto no es un sueño: que eres tú en fin á la que oigo y sostengo entre mis brazos!

—Capitan! dijo una voz sombria por detrás: se acerca el momento de examinar la costa y de desembarcar.

—Ah! eres tú Oxenhan?

—Perdonad, señor: os interrumpo por deber! agregó el marino con una voz ronca y llena de melancolia.

—No, mi querido Juan, no tengo nada que perdonarte, sois intachable y os amaré....

—Gracias!

—Maria mia! dijo el jóven dirijiéndose á su esposa: es preciso que te bajes, porque el momento exije un trabajo asiduo aquí. Ven, te conduciré; y ambos jóvenes bajaron á la camarilla del buque enlazados por el brazo.

Cuando Henderson volvió á subir, Oxenhan tenia el timon con una calma y una energía perfecta.

—Yo soy quien tengo que pedirte perdon, mi querido Juan, de haberte hecho presenciar una escena que debe haber destrozado tu alma. . . . Pero, Juan, sufre por algun tiempo: yo te prometo que Maria y yo haremos inclinar el corazon de Juana hácia el prestigio de tus sublimes prendas.

—Aun no me conoceis, Milord! si creeis que pueda haber sentido otra cosa que íntimo placer al veros tan feliz, dijo el marino con una franquísima honradez. Por lo que hace á Juana, Milord, no intenteis nada: tiene un corazon demasiado noble para resistiros; si la forzais por medio de la gratitud y del deber, seria capaz de condenarse al sacrificio: ya me lo ha dicho, Milord: su alma es española, soberbia y noble por esencia; si hablárais con ella, como yo he hablado, veriais que me parece la hija de un duque, tanta es la dignidad genial que la distingue. ¡No, Milord! no quiero ya nada, sino que me

hagais un servicio en caso que muera, como me lo dice un horrible presentimiento que tengo dentro del alma.

—La melancolía os vuelve niño ¡bravo Oxenhan! ¿por qué habeis de morir, cuando apenas nos quedan ya sombras lejanas de peligro?

—Tengo un presentimiento! y os confieso que me tendria por feliz, si muriese luchando en una batalla contra bravos enemigos: me gustaria arremeterlos, acuchillarlos, aterrarlos, y recibir en el momento del triunfo un balazo de lleno en el corazon! esclamó Oxenhan con la ardentía de un veráz entusiasmo.

—¿O un abrazo de Juana? le dijo Henderson.

—No seais cruel, Milord! le respondió el bravo marino con una amargura tan sentida, que el jóven se arrepintió de haberle querido inspirar aquella esperanza.

—¡Vive Dios, Juan, que haceis una cosa incomprensible! ¡Pensar en presentimientos cuando hemos triunfado! ¿No estamos en el mar? ¿no es la mar el reino sin límites que Dios ha entregado á la bravura del inglés? ¡Vamos, Juan! ¡fortaleza!

—Eh, Milord! ¿pues qué, pensais que me falta fortaleza? sois aun muy jóven para saber lo que pasa dentro de un hombre como yo!

Henderson se sonrió con indulgencia, y le dijo:

—Tambien teneis razon, mi querido Juan.

—Vamos al caso: quereis hacerme el servicio que os he indicado? sí ó nó?

—Sí, Juan, sí!

—Pues bien: tomad este papel, y si llegais algun dia à ver al Almirante, entregádselo de mi parte.

—Juan! le dijo Henderson poniéndose sério: ¿qué premeditais?

—Nada!

—Os creo incapáz de un crímen!....

—Y por qué me lo decís? preguntó el marino asombrado.

—Porque el atentar á vuestra vida seria....

—Vamos! mi Roberto (dijo el marino, como si recien hubiera concebido la indicacion de Henderson) quereis dejaros de absurdos? yo tengo religion, señor mio; y no soy capáz ni de pensar en eso! ¡eh! agregó con desprecio.

—Asi lo he creido siempre.

—Y por qué me lo decís entonces?

—Porque estais tan estraño, que no atino....

—Bueno, ¿me hareis el servicio que os he pedido? aqui está el papel.

Henderson tomó y guardó el papel, prometiéndole hacer lo que se le pedia.

Habian llegado en esto á una distancia de la costa, en que ya necesitaban toda su vigilancia y esmero para encontrar el fondeadero. Llenos de cautela y de silencio, echaron un bote, en el que fué Oxenhan á la orilla; y unos minutos despues, volvió trayendo á un indio, puesto allí de vigía para esperarlos por el cacique Cimarron. El indio les participó que se habia sentido en aquel dia bastante alarma y movimiento en las poblaciones de *Panamà*, *Nombre de Dios y Venta de Cruz*; pero que aun no habian esplorado aquellas costas, ni descubierto el lugar en que se escondia *El Drake*.

Con esta nueva, Henderson y Oxenhan pusieron en movimiento toda la tripulacion. Ya habian ajustado de antemano en varios sacos las riquezas movibles que habian sacado de los galeones apresados; y haciéndolas cargar por unos cuantos marineros, armaron y municionaron bien el resto de ellos, y bajaron á tierra barrenando el buquecillo. Puestos en órden y decididos, acomodaron á Maria y á Juana en una silla de manos que habian preparado á bordo al efecto, y emprendieron la travesía

del Istmo, contando con llegar á la otra orilla á la madrugada del dia siguiente.

En efecto, caminaron con la mayor felicidad, y serian como las cinco de la mañana, cuando avistaron como á una cuadra de distancia los palos del *Drake* meciéndose en una abra bañada por el mar, y rodeada de bosque.

Por mas grande que hubiese sido la disciplina con que los piratas estaban habituados à portarse, no pudieron reprimir un grito de júbilo al ver colmadas sus esperanzas.

No se habian aun apagado los últimos ecos de ese grito, cuando un bote manejado por los cuatro marineros que habian quedado al cuidado del *Drake*, se desprendió veloz hácia tierra, haciendo flotar el pabellon inglés. Pero al mismo tiempo, una detonacion violenta atronó é iluminó repentinamente el bosque: cientos de balas silvaron por encima de las cabezas de los aventureros; y el grito de *¡viva España!* resonando como el bramido de cien fieras, vino á dejar helado y sorprendido el corazon de los mas valientes de los ingleses.

—El enemigo! el enemigo! esclamaron sobrecogidos, y haciéndose un peloton informe.

—Sí, bravos ingleses! ¡es el enemigo! gritó Hender-

son exaltado, ¡y vamos á darle otro escarmiento! agregó saltando hácia adelante, y dando voces de órden y de obediencia.

Por fortuna de los aventureros se pudieron reponer del primer estupor, y cuando los españoles se presentaron diciendo, *¡A ellos! ¡á ellos!* fueron contenidos por una vigorosa descarga, que los obligó á su vez á reconcentrarse, á reconocerse, y sistemar mejor su ataque.

Henderson entonces, lleno de animacion y de valentía, habia logrado inspirar su coraje á su gente: la alegría y la confianza habia renacido en los semblantes; y formado ya en un vigoroso cuadro, que él y Oxenhan dirigia, se pusieron en retirada hácia la orilla, llevando en el centro, la silla de manos y las cargas de riquezas.

Las descargas por una y otra parte, y los gritos de guerra se repetian con un vigor estraordinario; seis marinos corrieron hácia la orilla, mandados por sus gefes, y echándose al mar fueron nadando hasta el buquecillo: con la presteza del rayo dirijiendo hácia el bosque la culebrina giratoria con que estaba armado, y lanzaron una horrible granizada de metrallas, que causó mucho espanto, y mucho daño tambien entre los asaltantes.

Bien lo necesitaban los ingleses, por que ya su retira-

da era penosa; los mas audaces de entre sus enemigos tocaban ya con sus filas.

Al favor de este auxilio pudo Henderson llegar hasta la orilla: defendiendo su posesion como un tigre: hizo saltar seis marineros con Suttonhall al bote, y con trabajos infinitos logró poner dentro de él la silla que llevaba la prenda de su alma. Se desprendia ya el bote para partir, y él se quedaba premeditando lanzarse á nado con algunos compañeros despues que hubiese embarcado el mayor número posible, cuando en medio del alboroto y de los horribles silbidos de las balas, se sintió desfallecer y calló como un escombro en tierra.

Miró Oxenhan aterrado hácia un árbol cercano de donde creyó haber visto partir la detonacion que habia derribado á su jóven jefe, y percibió entre sus ramas á un fraile que bajaba con satisfaccion la boca de su arcabuz. La rabia del marino fué atroz, levantó su arma bien cargada para bajar al matador de su amigo; pero este que apercibió con rapidez su intencion en medio de la confusion general se dejó caer á plomo desde la altura y evitó asi una muerte segura.

Oxenhan, rápido y animado mas que nunca con el dolor de la pérdida que habia hecho su partido, se arrojó

sobre el cuerpo de Henderson, lo alzó en sus robustas espaldas, gritó á Suttonhall que se detuviese un breve momento, se metió al mar, arrojó su querida carga dentro del bote, è instó y azuzó á Suttonhall para que partiese al instante: parte éste en efecto; y Oxenhan se vuelve como un perro lleno de ira y de orgullo á defender el resto de sus marinos. Cuando entró de nuevo entre ellos los encontró audaces todavia. El señor Lentini les servia de jefe con una calma y un valor á toda prueba: haciendo un fuego incesante con su arcabuz, cuando algun enemigo se acercaba demasiado se lanzaban con Oxenhan, espada en mano, y lo acuchillaban.

—Tenemos tiempo aun de salvarnos, Oxenhan: (le dijo el boticario con una frialdad ejemplar) si nos mantenemos asi hasta que vuelva el bote, somos.... veinte.

—Y ellos trescientos por lo menos !

El momento era crítico: los españoles se habian reorganizado en una fuerte columna, y habian resuelto dar el último golpe. Arremetieron con un empuje irresistible, destrozaron y dividieron el grupo que formaban los ingleses; y estos reducidos ya al estremo, se defendian parcialmente los unos, mientras los otros se arrojaban

al mar para ganar á nado el buque si escapaban á las balas del enemigo, apoderado ya de la orilla.

Oxenhan y el señor Lentini se defendieron con una constancia admirable; pero rodeados y golpeados de todos lados, heridos, exánimes casi, cayeron al fin en tierra, y quedaron con muchos otros en manos de los Españoles.

Suttonhall que ya venia trayendo en su bote un refuerzo, pudo ver el triste fin que habia tenido la lucha; hizo algunos tiros con su culebrina; pero vió bien claro que si no se apuraba á zarpar, tardaria muy poco en caer bajo el tremendo poder de los que habian despertado de su letargo.

Cuando los españoles cubrieron, por decirlo así, el campo de batalla, el padre Romea desesperado, se revolcaba por el suelo y maldecia la falta de energía y de rapidez del gefe de la fuerza.

—Se escapan ! esclamaba: ¡ se escapan ! ¡ pronto un parte para *Porto Bello*, que dé la noticia, para que salgan buques á perseguirlos! ¡ Ah ! (gritaba) si no hubiese sido por mí, hasta con vida se hubiera salvado el bandido ! ¡ Pero se la llevan ! ¡ se la llevan ! repetia con la exaltacion del despecho; y frenético como un demen-

te gritaba y maldecia al ver caer sobre sus vergas las velas del *Drake*, y empezar el buquecillo á correr como un delfin sobre las aguas del mar.

CONCLUSION.

Muchos años despues de estos terribles sucesos surgió una grande alarma en Europa al ver aquel formidable armamento que Felipe II hacia contra la Inglaterra, que ha quedado consignado en la historia, con el nombre de la *Invencible Armada.* Movidos de un noble espíritu de patriotismo, los mercaderes de Londres levantaron á su propia costa una escuadra de veinte y seis naves, que pusieron á las órdenes de Drake, el mas popular y célebre de los almirantes, que la Inglaterra tenia á la sazon.[1] Con esta escuadra, Drake asaltó el puerto de Cadiz y destruyó parte de las provisiones y preparativos que allí se hacian para la Armada: apresó la célebre car-

1. Drake's Espeditions, pág. 109.

raca *San Felipe* con el cargamento de fabulosas riquezas que traia de las Indias Orientales; y cuando las tormentas, ó la mano de Dios, dispersó la *Invencible*, Drake enviaba á los puertos de Inglaterra dia á dia sorprendentes noticias de hazañas y de victorias parciales, que habian convertido su nombre en boca del pueblo inglés en el mito de la fortuna y del patriotismo.

Era en esta época de escitacion y de entusiasmo, cuando tenia lugar una escena doméstica que vamos á describir. En una de esas bellas casas de campo, que los Ingleses llaman *countri-mansion*, y á las que solo ellos saben dar ese aire de grandeza, ese brillo del órden, ese aspecto risueño, rico y tranquilo á la vez, que une de un modo peculiar lo mas esquisito del arte con lo mas vivo de la naturaleza, se levantaba un hermoso caserío, rodeado de rejas, de alamedas, mas allá de las rejas, y de prados mas allá de las alamedas; todo respiraba allí el órden, la riqueza y la cultura.

En un hermoso salon de este caserio, adornado de bellos muebles de jacarandá, de cuadros italianos y de otras preciosidades del lujo, se sentaban al rededor de una mesa alumbrada por una espléndida lámpara de plata dos señoras de la primera aristocracia al parecer, ele-

gantemente vestidas, y se ocupaban como en círculo de familia de algunas ligeras labores de manos. Bordaba junto á ellas mezclándose jovialmente en la franca y fácil conversacion que tenian, una bellísima niña de diez y ocho años á lo mas, que por ser un retrato perfecto de una de las dos señoras revelaba bien ser su hija. Esta señora parecia tener de treinta y cinco á cuarenta años: se conservaba hermosa; y si bien una cierta languidez que habia en su semblante le quitaba brillo y lozania, le daba en recompensa un aire mas grave, mas melancólico, mas distinguido que á su compañera, que aparecia mas vivaz, pero mas lijera, mas pronta, pero menos profunda y reflexiva. En la jóven era en quien estaban realzados todos los méritos de la madre, porque en ella estaban reunidas las bellas prendas de esta al vigor y á la lozania de la edad.

Al rededor de la mesa y repartidos por el salon andaban algunos otros niños de diferentes edades jugueteando bulliciosamente unos con otros; y se distinguia entre ellos un precioso muchacho de siete años, atolondrado é inquieto, robusto y anarquista, que á cada momento se atraia las reprensiones de su mamá, (la mas distinguida de ambas) ya porque hacia llorar á un herma-

nito menor, ya porque volteaba una silla, ya en fin por algun otro esceso de este género. Cansado de no inventar cosa que no le obligasen á dejar, diò una carrera hasta el otro estremo del salon y se *enorquetó*, como si saltase á un caballo en las rodillas de un caballero que sentado cómodamente en un sillon leia atentamente separado de las damas, algunos papeles. Era este caballero un bello hombre de cuarenta y dos á cuarenta y cinco años de edad.

—Hijo, por Dios! dijo sugetando al muchacho para que no se cayese.

—Papá! cómo te quitaron este brazo? le dijo el niño con gentileza sacudiéndole una de las mangas del vestido que el caballero tenia vacia y prendida al pecho.

—Ya te lo he dicho mil veces, Roberto! ¡no seas majadero!

—No importa: yo quiero que me lo digas otra vez!

—Vete á jugar, hijo!

—Si no me dejan jugar. ¿No ves que mamá se enoja conmigo por todo?

—Pero si eres tan travieso, hijito! le dijo el caballero dándole un beso en la frente.

—Vaya, pues, papá! cuéntame cómo te quitaron este brazo!

—Pero, hijito, ya no te he dicho cien veces que fué por salvar á tu mamá, y á Mistres Drake.

—Y de qué las querias salvar? ¿De unos hombres que las querian quemar?

—Y si sabes, para qué me lo preguntas?

—Para conversar con vos; ¿no ves que no me dejan jugar? ¿Y vos, papá, peleaste mucho con el otro brazo?

—No, hijo! le respondió distraido con la lectura que el niño le interrumpia.

—No pudiste pelear porque te pegaron este otro balazo aquí en la frente, ¿no es verdad? y te quedaste como muerto ¿no es verdad?

—Sí, hijo: respondia siempre distraido el padre.

—Que si no es eso, vos los hubiérais corrido á todos, ¿no es verdad?

—Quién sabe, hijo.

—Vos sois guapo ¿no papá?

—Quién sabe.

—Sir Francis Drake me ha dicho que sois muy guapo.

El padre continuó su lectura sin responderle.

—Oidme, papá, ¿y como te escapaste?

—¿Ya no te he dicho que me salvó Suttonhall?

—Es verdad! y por eso no te enojas con él cuando se emborra....

—¡Cállate, atrevido! le dijo el padre con prontitud.

Y el muchacho guardó silencio; pero lo hizo sin dar signo ninguno de miedo, y como cambiando su movediza atencion á algun otro objeto.

—Papá, y los que hicieron todo eso, (preguntó bajando la voz) fueron los compatriotas de mamá, ¿no es verdad?

—Vete de aquí niño! le dijo el padre contrariado; y el muchacho sin hacer mucho caudal del disgusto del padre, vino á revolcarse por el suelo y á intrigar de nuevo á sus hermanitos.

Abrióse en este momento la puerta, y entró un sirviente perfectamente vestido trayendo en una bandeja de plata algunas cartas recien llegadas, que presentó al caballero. Apenas las tomó este, dijo con satisfaccion *¡cartas de Sir Francis!* lo que no bien oyeron las señoras y la niña; cuando incorporándose, al momento vinieron á rodearlo llenas de interés y de curiosidad.

Milord Henderson, pues ya el lector habrá comprendido que él es quien está en accion aquí, abrió rápida-

mente la carta: y ya iba á empezar á leer, cuando reparando en el criado que permanecía de pié, le mandó retirarse. Este le dijo entonces que aquellas cartas habian sido traidas por un gentil-hombre estrangero que permanecia esperando en el salon de la entrada.

—Bien! dijo Henderson, decidle que tenga la bondad de esperar á que me informe del contenido de las cartas antes de recibirlo; y que despues estaré á sus órdenes, con lo que el criado se retiró.

Henderson entonces comenzó á leer: — « No podeis figuraros, mi querido amigo, el pesar que he tenido de « haberos dado la delicada comision que os ha separado « de mi escuadra; precisamente cuando la fortuna nos « iba á proporcionar uno de los mas bellos hechos de « nuestra vida. Os conozco demasiado para no decirme « yo mismo todos los reproches que vos me vais á hacer, « por haber sido causa de que no hayais participado de « este hecho. Pero ¿qué quereis, Milord? yo no podia « encargar sino á vos cosa tan delicada como la que llevasteis; y solo vos podiais tratarla con tan buen éxito « como el que habeis obtenido; por que la Reina es difí- « cil, á veces, con sus mejores servidores, y hace mas « caudal de un favorito, que de un guerrero probado....

« Pero ¿adónde voy yo por este camino?. . . . Consolaos, « pues, mi querido Henderson, con haber hecho á la ma- « rina el vital servicio que os encomendé, y con la segu- « ridad de que vuestros otros hechos sobran para vues- « tra gloria. La fortuna de que os hablo, es el apresa- « miento del famoso navio de don Pedro de Valdéz, en « el que venian cincuenta oficiales de los mas distingui- « dos de España, por la nobleza de sus casas y por sus « méritos personales[1]. Entre ellos venia uno que he « querido presentaros, para que lo obsequieis como si « fuese un hermano mio, y le trasmitais igual recomen- « dacion á Mistres Drake. Os vais á sorprender: es un « hijo de Lima.

—De Lima! esclamaron las dos señoras llenas de emocion.

«Es un hijo de Lima (continuó leyendo Henderson «conmovido tambien) y goza de un crédito cabal entre «todos sus compañeros por su bravura, por sus bellas «prendas, y por sus estensos conocimientos: es un crio- «llo *pur-sang*, por su vivacidad, por su franqueza, por «su desparpajo, y un cierto pulido de formas y de alma,

1. Lives and Voyager of Drake tuvendish, etc. etc. pág. 114. Edimb. año de 1837.

«que no encuentro yo en el español puro, bien está que «soy parte interesada, pues tengo una *costilla criolla.*

«En cuanto á los detalles del hecho glorioso, que os «participo, no tengo tiempo de ponéroslos y seria esto «inútil tambien, pues los vereis necesariamente en los «despachos que envio al gobierno.

«Disculpadme con Mistres Drake: me falta tiempo «material para escribirle en estos primeros momentos.

«Supongo que cuando hayais llegado á este renglon «de mi carta, sabreis ya que el caballero que os reco- «miendo tanto es digno bajo todos respectos de ser, co- «mo es, el cercano pariente de vuestra señora, el señor «don Manuel Argénsola y Manrique.»

—Manuel! esclamó llena de júbilo Mistres Henderson.

—Don Manuelito! esclamó Mistres Drake.

Y ambas seguidas de Henderson, se lanzaron hácia el lugar de la casa, en que el querido huésped estaba esperando que le recibieran. Pero Mistres Drake, entrando en reflexion, se detuvo en la pieza siguiente, y volviéndose al salon, dejó correr á los demás hácia el recien-venido.

Don Manuel fué recibido como un hermano por aquella familia. Despues de haber abrazado una y cien ve-

ces á su prima y á todas las interesantes criaturas que lo rodeaban aturdidas, volvió entre ellos al salon. Pero antes de llegar mirando en derredor suyo, dijo:

—No veo aquí á Mistres Drake; y el Almirante me habia dicho que aqui la encontraria.

—En efecto, dijo doña Maria, se ha quedado en el salon: ahora la verás.

—Me dijo el Almirante que era Limeña tambien: ¿de qué familia es?

—Cómo!....le preguntó asombrada doña Maria, ¿pues qué ignoras que es....yo creí que lo sabías.... agregó medio cortada.

—Es Juana!

—Juana? preguntó asombrado don Munuel ¿Juana tu?.

—Calla, por Dios! no podemos decirte mas por ahora sino que es digna de todo punto de la alta suerte que le ha cabido.

—Ya lo sabrá usted todo! le dijo Henderson con un tono caballeroso y de intimidad. Me parece que usted debe presentársele, como si su posicion le fuese bien conocida desde antes, y la tuviese por sancionada.

—Por cierto, que así lo haré, Milord, le contestó don Manuel, con una gracia fácil y urbana.

Y entrando entonces al salon se dirigió hácia Juana abriéndole los brazos y diciéndole—«Juanita; cuánto gusto tengo en ver á usted tan feliz y tan altamente colocada! Créame usted que me felicito de ello con el mas intimo placer.» Ella le dió las gracias; y un momento despues, gracias á la urbanidad de don Manuel, Mistres Drake habia vuelto á su tono natural y salido de la dificil posicion en que se habia creido al principio.

Sentados todos alegremente al rededor de la mesa y agrupados los niños al rededor de su madre y de su padre, con la candorosa curiosidad pintada en sus semblantes, comenzó el ir y venir de las preguntas.

—Tardaste mucho, Maria, en saber la muerte de mi tio?

—Hace diez años que la supe; dijo con una suave tristeza la señora.

—Os voy á preguntar, señor Argensola, dijo Henderson, una cosa que congeturo, pero que no puedo dejar de preguntaros.

—Lo que gusteis, Milord!

—Y Juan Oxenhan?

—Juan Oxenhan, como sabeis, construyó un buquecillo al sur del Istmo; si no me engaño, le acompañásteis

en esa empresa (dijo don Manuel sonriéndose) al volverse fué hecho prisionero; y llevado á Lima, fué egecutado. [1]

—Qué suplicio le dieron? preguntó Henderson sofocando apenas su dolor.

—Uno atroz, Milord!

—Cuál? ¡tened la bondad de instruirme!

—Fué despedazado entre cuatro caballos.

—Qué bárbaros!!! dijo Henderson con rencor.

—Qué horror!!! esclamaron consternadas las señoras.

—Ya sabeis, Milord (dijo don Manuel con moderacion) que la ley es cruel para con los piratas.

—Tenian el derecho de matarlo, no digo que no; pero no tenian el de ser atroces.

—Era un pirata! repuso con una firmeza moderada el oficial español.

—Perdonad, señor! le dijo Henderson: todos los que aquí veis, debemos tanto á la memoria de Oxenhan, que seria una impiedad el que no tomásemos siempre su defensa.

1. While recrossing the Isthmus he was taken captive, and was afterwards executed at Lima. Purchas part. IV pag. 1180: Hakluy vol. III. pag. 572.

—Entonces, es á mi á quien me toca callar! dijo don Manuel con una perfecta urbanidad.

—Y el padre Andres, señor? preguntó Mrs. Drake.

—Nada se ha sabido de él despues del terremoto: se supone que quedó sepultado bajo las ruinas de la inquisicion. En esto al menos, no hubo quien no viese la justicia del cielo.

—Y Mercedes? preguntó doña Maria.

—Mercedes habia sido encarcelada en la Inquisicion, la noche misma del terremoto, y allí pereció.

—Cuántas catástrofes! esclamó conmovida la señora.

—El señor Lentini, fué ejecutado por supuesto? dijo Henderson.

—Sí, señor; y con el mismo suplicio de Oxenhan.

—Papá (dijo el niño muy despacio) este señor fué tambien de los que te cortaron el brazo?

—Calla, niño!

—No, mi hijito! dijo don Manuel atrayendo al niño á sus faldas; yo no he hecho daño alguno á tu papá jamás. Pues como os iba á decir—la prision de don Juan Bautista, tuvo un grande eco por una circunstancia rara.

—Cuál? dijeron todos.

—La de habérsele encontrado atados á su cuerpo unos

papeles de grande importancia, que descubrieron cosas estraordinarias del padre Andres, que no pueden referirse delante de señoras.

Siguieron conversando de otras cosas, hasta que haciéndose tarde, las señoras se retiraron, quedando solos los dos caballeros.

—Tened la bondad de decirme, Milord, cómo es que Juana ha venido á ser la señora del Almirante Drake? preguntó don Manuel á Lord Henderson.

—Como sabeis, este es un país esencialmente aristócrata. Mr. Drake es de una familia oscura: debe su gloria y su grandeza á sus hechos: es el ídolo del pueblo, pero la aristocrácia no lo acoge, y no habria podido hallar en su seno una muger de rango con quien casarse: yo lo lamento, por que es una injusticia. ¿Pero qué quereis? asi es el pais!

—Ya!

—Yo entiendo que Mr. Drake ha tenido grandes disgustos á este respecto, pero ni la Reina misma, que lo proteje con todo su favor, ha podido darle nobleza. En esta situacion conoció á Juana: era bellísima, como sabeis, y como lo es todavia; Juan Oxenhan le habia escrito una carta, (que me confió á mí como un testamento

para que se la entregase) en la que le pedia que fuese el padre de Juana, *si no podia ser otra cosa*, que la recibiese como una hija que él le legaba. Con estos antecedentes se fué formando cariño, amor, y al fin, celebrándolo todos, se casaron. Hoy Mr. Drake y Mrs. Drake figuran como una digna pareja, y empiezan á ser aceptados, hasta por la mas alta nobleza del reino.

—Pues, Milord: os vais á asombrar, cuando os diga, que por parte de su madre, al menos, Juana es tan noble como el primer noble de Europa.

—Qué decís?

—Sí, señor; eso quedó completamente revelado, en los papeles que se le encontraron á don Bautista, segun os he dicho: Juana es hija de la primer familia en nobleza del imperio de los Huincas.

—Y esos papeles donde están?

—En el archivo general de Lima.

—Oh! pues se lo escribiré al Almirante: tiene débil por la nobleza [1], y vá á tener un grande júbilo. ¿Y podeis decirme, quién fué su padre?

—Oh! eso es ya otra cosa! su padre fué un malvado: era el padre Andres!

1. Histórico.

Y don Manuel réfirió aquí á Henderson, aquella antigua historia de Mamapanki y de Sinchiloya, que conocen nuestros lectores.

—Decidme, señor Argénsola, qué paradero ha tenido un señor Romea que....

—Sí, el padre Romea: se jactaba de haberos muerto; y por lo menos, él fué quien os hirió.

—Puede ser.

—Pues bien: este padre Romea venia en la *Invencible*, como grande Inquisidor de Inglaterra, es decir, á establecer su institucion en este reino: venia á bordo del mismo buque en que yó.

—Del buque del señor Valdéz?

—Sí, señor.

—¿Y qué se ha hecho?

—Milord, cuando el padre Romea oyó que habíamos sido apresados por sir Francis Drake, se apoderó tal terror de él, que se arrojó al mar. Fué imposible socorrerlo en el primer momento, y cuando se acudió para ello, se lo habia tragado ya el abismo.

Henderson se quedó reflexivo por un momento:—Veo, dijo, que el Almirante os ha dejado libre, señor Argénsola.

—Completamente libre, Milord; no me ha impuesto mas condicion, sino la que he cumplido, la de haceros esta breve visita.

—Breve, decís? ¿y por qué?

—Porque soy casado en España, Milord, con una muger que adoro, y tengo seis preciosos niños, que á la fecha estarán derramando todos amargas lágrimas por mí: quiero volar para consolarlos, y mañana mismo parto para allá.

—Ah! pues teneis razon, señor! No os ruego mas, sino que no partais antes de que Maria y toda la familia pueda abrazaros.

—Contad con eso, Milord! le dijo don Manuel, y ambos se retiraron á dormir, porque ya era muy tarde de la noche.

Al otro dia, despues de las despedidas y tiernos abrazos de regla, don Manuel de Argénsola marchaba montado en un buen caballo, y siguiendo al guia de que lord Henderson le habia provisto, cuando se halló detenido en una de las alamedas por donde salia de la propiedad, por un indio ó mulato, que no solo presentaba todos los rasgos de un peruano, sino que trajo á la memoria del caballero á algun individuo muy conocido suyo, cuyo

nombre no podia en aquel momento recordar. Este venia de prisa, parecia ya entrado en la vejez, y corriendo hácia el caballo del caballero, lo detuvo gritándole con júbilo: *¡don Manuelito! ¡don Manuelito!* que usted no me conoce? ¡soy Mateo! ¡soy Mateo!

—Mateo! dijo el caballero al instante. ¡Es verdad! agregó, y saltando del caballo, estrechó entre sus brazos al antiguo amigo por un largo rato. ¿Y cómo es que todavia no te habia visto, Mateo? le preguntó con las mayores muestras de ternura.

—Es que vivo lejos, señor! allá en unas tierras que me tiene cedidas Milord, con su generosidad de costumbre.

—Te hallas, Mateo, aquí?

—No, señor! dijo Mateo con una profunda melancolía; ¿qué no daria yo, por poder vivir con Milord, con la señora, y con los niños, en un tierra donde se hablase español, como el que estoy hablando con su señoría! dijo Mateo levantando sus ojos al cielo.

—Pues mira, Mateo, yo tambien tengo una señora y unos niños que son unos ángeles y vivo en España, ¿quieres venirte conmigo?

—¡Señor! ¡ojalá!

—Pues vente, Mateo! le dijo don Manuel estrechándole las manos.

—Seria preciso que me esperárais un dia.... á lo menos, dijo el cholo cavilando.

—Te esperaré cuantos quieras, amigo mio, por llevarte.

Mateo parecia en una grande indecision, pronto de un momento á otro á resolverse.

—¿Hay Inquisicion en España? le preguntó á don Manuel.

—¡Mas fuerte que en ninguna otra parte! le respondió este con abatimiento y con vergüenza.

—Ah! ¡pues entónces no, amito! prefiero quedarme entre estos *bozales!*.... y dando el abrazo de despedida á su antiguo patron, se dió vuelta para sus tierras con sus ojos bañados de lágrimas; mientras el otro montaba á caballo enternecido, hasta lo íntimo tambien, y seguia su camino hácia el puerto en que debia embarcarse para España.

APÉNDICE.

A prima de la noche muy oscura,
La ruina sucedió con temblor crudo;
No está ni puede estar casa segura,
Ni el hombre defenderse con escudo,
Si Dios, que es propio guarda, no procura
Guardarnos; pues aquesto solo pudo
Dejar de aquesta suerte castigada
A Lima con su gente amedrentada.

Cayéronse las casas mas lustrosas,
Los templos y las mas ricas capillas,
Que allí muestra las manos poderosas,
Y hace muy mayores maravillas.
El alto donde hay fuerzas belicosas,
En freno quebrantando las mejillas
De aquellos que procuran alejarse
De su divino bien, y no acercarse.

A Lucifer soberbio y jactancioso
Que á la mañana fresca relucia,
Al infierno en tinieblas temeroso,
Condenado en perpetuo Dios le envia.
Aquel rico avariento codicioso,
Allá desea gustar del agua fria:
El poderoso rey fué convertido
En bestia, y heno y yerbas ha pacido.

A la bendita Vírgen soberana,
Espejo de humildad y de pureza
La vemos por la fé, como mañana,
Y aura, coronada de belleza.
A Lázaro se dió de buena gana
El premio de su pobre y vil pobreza,
Al manso Rey David dió Dios el cielo,
Que manso fué, aunque Rey en este suelo.

Al fin, pues, el temblor que voy contando
Las casas desbarata mas fornidas,
Echando por el suelo y derrocando
Las torres muy hermosas y lucidas;
A las calles se salen suspirando
Las damas, de temor amortecidas
Quedaban, que era lástima mirarlas,
Y mas que no hay quien pueda consolarlas.

Quedó de este temblor tan arruinada,
Y tan perdida Lima, que ponia
Espanto nuevo en verla mal parada,
Que piedra sobre piedra no tenia.

Hallábase en la calle sin posada
Quien bella casa antes poseía,
Y todos, como dicen, á la luna
Quedaron en la prueba de fortuna.

Cual hizo habitacion con una estera,
El otro con un toldo pone tienda,
Y con una tristeza lastimera,
Recoge lo que puede de su hacienda;
A todos parecia la hora postrera.
Madeja muy revuelta era sin cuerda,
Y el cabo no se halla aunque se busca,
Que todos andan hechos chacorrusca.

El Visorey se vá con los Oidores
A San Francisco, y hacen el Audiencia
En toldos, que aposentos los mejores
Tuvieron muy menor la resistencia.
Dejémoslos aquí, frailes menores,
Metidos en clausura y obediencia,
Que Candish andaba agora muy envuelto
En el Estrecho y sur, y el diablo suelto.

(Barco de Centenera—*La Argentina*—
Canto XXV al fin.)

INDICE DEL TOMO II.